



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[Blank white label]

10
L'Allegre
9

BT260
A6
V. 4
C. 1

00860



1080026411



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

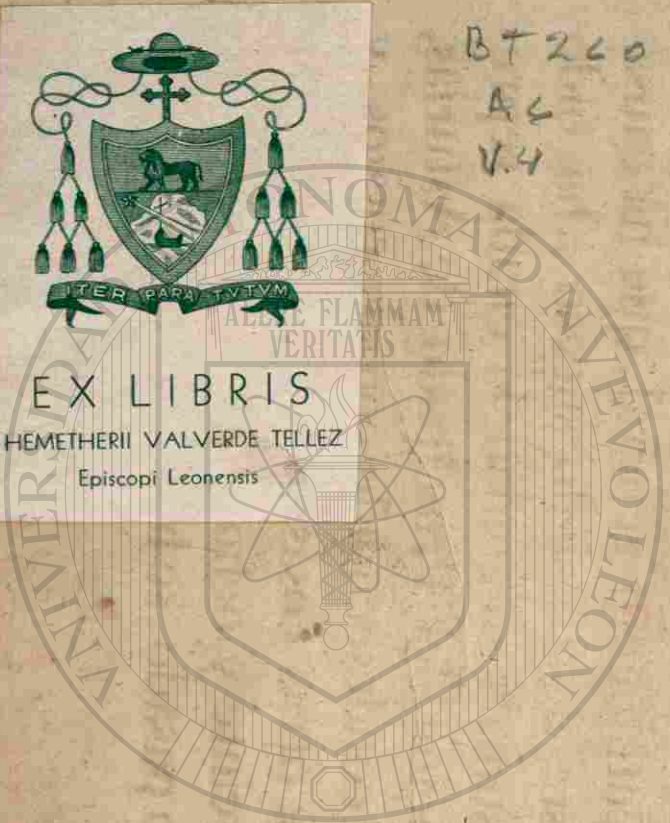


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 CAPILLA ALFONSO DE BORBÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 MAR 27 / 89 MICROFILMADO R-42
 FEB / 98 / 89

y Tellez

BT260
A6
V.4



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AÑO PANEGYRICO,

Ó

SERMONES ESCOGIDOS

PANEGTRICOS,

PARA LOS PRINCIPALES MISTERIOS de Jesu-Christo nuestro Redentor, y Festividades de su Santísima Madre, y Santos que celebra la Iglesia.

REPARTIDOS POR LOS MESES DEL AÑO.

SACADOS DE LOS MAS CLASICOS AUTORES

POR EL PADRE DON PEDRO DIAZ de Guereñu, Presbytero, de la Congregacion de Clerigos Reglares de San Cayetano.

TOMO CUARTO.

CONTIENE LOS MESES DE JULIO, Y AGOSTO. ®

CON LICENCIA:

En MADRID: POR PEDRO MARIN. Año de 1778.

Se hallará en la Librería de Juan de Llera, Plazuela del Angel, junto à la Nevería.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BT 260
A 8
V. 4

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 SERMONES PANEGYRICOS
 PARA LOS PRINCIPALES MISTERIOS
 de Jesu-Christo nuestro Redemptor y
 de sus santisimas Marias y Santos
 que celebra la Iglesia
 REPARTIDOS POR LOS MESES DEL AÑO
 SACADOS DE LOS MAS CLASICOS AUTORES
 POR EL PADRE DON PEDRO DIAZ
 de Guadalupe, Presbitero, de la Congrega-
 cion de Claros Religiosos de
 San Cayetano.



CONTIENE LOS MESES DE JULIO
 CUARTO TOMO
 EN MADRID: Por Pedro Martín. Año de 1770...

TABLA DE LOS SERMONES
 contenidos en este quarto Tomo.
MES DE JULIO.

| | |
|--|------|
| Sermon para el dia de la Visitacion de nues- tra Señora. | 151. |
| Sermon para el dia de San Buenaventura, Car- denal, y Obispo de Albania. | 223. |
| Sermon para el dia de la Festividad del Esca- pulario de nuestra Señora del Carmen. | 51. |
| Sermon para el dia de Santiago Apostol. | 76. |
| Sermon para el dia de Santa Ana. | 80. |
| Sermon para el dia de San Ignacio de Loyola. | 139. |

MES DE AGOSTO.

| | |
|---|------|
| Sermon para el dia del Jubileo de la Por- ciuncula. | 161. |
| Sermon para el dia de Santo Domingo de Guz- man. | 179. |
| Sermon para el dia de San Cayetano. | 208. |
| Sermon para el dia de San Lorenzo. | 233. |
| Sermon para el dia de la Asumpcion de nues- tra Señora. | 261. |
| Sermon para el dia de San Bernardo. | 286. |
| Sermon para el dia de la Beatificacion de San- ta Juana Fremiot de Chantal, Fundadora de la Orden de la Visitacion. | 316. |
| Sermon para el dia de San Agustin. | 346. |

008800

TABLA DE ERRATAS.

| Pag. | Lin. | Errata. | Correccion. |
|-------|------|-----------------|-----------------|
| 5. | 29. | invisiret | invisseret. |
| 13. | 9. | merecistes | mereciste. |
| 38. | 15. | tiempo, y todos | tiempo, todos. |
| 52. | 11. | acreditondola | acreditandola. |
| 84. | 24. | Galicia | Galilea. |
| 88. | 8. | ofrecer, mas | ofrecer más. |
| 95. | 14. | ivalide | valdé. |
| 106. | 30. | pata | para. |
| 147. | 24. | Joanes | Joannes. |
| 185. | 20. | prové | provee. |
| 250. | 24. | nos hacia | los hacia. |
| 251. | 26. | accisus | occisus. |
| 255. | 26. | ceriptum | scriptum. |
| Ibid. | 28. | illeber | illiber. |
| 276. | 25. | nas | mas. |
| 299. | 27. | in terra Juda | in terram Juda. |
| 301. | 14. | ambigus | ambiguus. |
| 307. | 1. | vivero | vivere. |

AÑO PANEGYRICO.
MES DE JULIO.

SERMON

PARA EL DIA DE LA VISITACION
de Nuestra Señora.

*Exurgens Maria abiit in montana dum festinatione
in Civitatem Juda, & intravit in domum Zacha-
riae, & salutavit Elisabeth. Luc. 1.*

Maria se puso en camino, y atravesando las Montañas fue con priesa à una Ciudad de Judea, entró en la casa de Zacharias, y saludó à Isabel.

A Quella Virgen por excelencia, que acaba de concebir en su purisimo seno al Unigenito de Dios; aquella Virgen llena del Espiritu Santo, cuyas delicias eran hasta ahora el mas austero retiro; esta Virgen, humilde, y timida, à quien la vista, y las alabanzas de un Espiritu Celestial causaron una extraordinaria confusion, deja hoy con mucha presteza su soledad, y vá à buscar el trato con las personas del mundo: esta misma Virgen se expone hoy à la vista de los hombres en una casa estraña, oye
Tom. IV. A

TABLA DE ERRATAS.

| Pag. | Lin. | Errata. | Correccion. |
|-------|------|-----------------|-----------------|
| 5. | 29. | invisiret | invisseret. |
| 13. | 9. | merecistes | mereciste. |
| 38. | 15. | tiempo, y todos | tiempo, todos. |
| 52. | 11. | acreditondola | acreditandola. |
| 84. | 24. | Galicia | Galilea. |
| 88. | 8. | ofrecer, mas | ofrecer más. |
| 95. | 14. | ivalide | valdé. |
| 106. | 30. | pata | para. |
| 147. | 24. | Joanes | Joannes. |
| 185. | 20. | prové | provee. |
| 250. | 24. | nos hacia | los hacia. |
| 251. | 26. | accisus | occisus. |
| 255. | 26. | ceriptum | scriptum. |
| Ibid. | 28. | illeber | illiber. |
| 276. | 25. | nas | mas. |
| 299. | 27. | in terra Juda | in terram Juda. |
| 301. | 14. | ambigus | ambiguus. |
| 307. | 1. | vivero | vivere. |

AÑO PANEGYRICO.
MES DE JULIO.

SERMON

PARA EL DIA DE LA VISITACION
de Nuestra Señora.

*Exurgens Maria abiit in montana dum festinatione
in Civitatem Juda, & intravit in domum Zacha-
riae, & salutavit Elisabeth. Luc. 1.*

Maria se puso en camino, y atravesando las Montañas fue con priesa à una Ciudad de Judea, entró en la casa de Zacharias, y saludó à Isabel.

A Quella Virgen por excelencia, que acaba de concebir en su purisimo seno al Unigenito de Dios; aquella Virgen llena del Espiritu Santo, cuyas delicias eran hasta ahora el mas austero retiro; esta Virgen, humilde, y timida, à quien la vista, y las alabanzas de un Espiritu Celestial causaron una extraordinaria confusion, deja hoy con mucha presteza su soledad, y vá à buscar el trato con las personas del mundo: esta misma Virgen se expone hoy à la vista de los hombres en una casa estraña, oye
Tom. IV. A

tranquilamente el magnifico elogio que la hacen, y responde à él sin la menor turbacion; ¿De qué proviene, Señores, tan estraña mudanza en la conducta de Maria? ya nos responde San Ambrosio; la Señora estaba destinada, del mismo modo que su Hijo, à ser un perfecto modelo de todas las virtudes, y para toda clase de personas en todos los estados, y en todas las ocasiones, y así debia enseñarnos con su exemplo à cumplir toda la justicia: *Talis fuit Maria ut ejus unius vita omnium sit disciplina*; y como en otros Mysterios, que de Maria celebra la Iglesia, nos enseña el modo de cumplir santamente con las obligaciones, que nos impone la Ley Divina respecto à Dios, era muy justo que en éste nos enseñase el modo de desempeñar Christianamente, las que la Ley Natural nos impone, respecto del proximo.

Este es, Catolicos, el excelente modelo que hoy nos presenta la Iglesia, para enseñarnos el verdadero modo de santificar una de las mas comunes, y al mismo tiempo mas peligrosas obligaciones de la vida civil. Hablo, Señores, del trato, y comunicacion à que nos obligan el parentesco, los vinculos de la sociedad, y de la amistad, las necesidades de la vida presente, la buena crianza, el Christianismo, y la caridad; trato, y comunicacion muchas veces indispensable, pero muchas mas libre, y voluntario, y aun algunas peligroso, y perjudicial, porque nos governamos en él por principios puramente mundanos, y así no es de estrañar que sea para nuestras almas raiz de infinitos males, y que produzca en nuestras conciencias remordimientos, y frutos de pecado. A

Si queremos, pues, Catolicos, precaver todos estos excesos, y hacer que el trato, y comunicacion sea util, y saludable para nosotros, y para nuestros proximos, imitemos el exemplo de Maria: las razones que la sacan de su retiro, para ir à visitar à su Prima Santa Isabel, todas son sobrenaturales; el modo de portarse en la casa de su Prima, está lleno de edificacion; una Visita tan santa, y tan prudente en sus motivos, tan exemplar, y arreglada en todas sus acciones, es preciso que produzca un maravilloso aumento de meritos en la que la hace, y de abundantes bendiciones en la que la recibe: este es el plan de mi Oracion, en la que os manifestaré las razones que nos persuaden, y aun nos obligan à tratar mutuamente unos con otros, imitando siempre el exemplar de Maria; pidamos à la misma Señora me alcance de su Divino Esposo gracia para hablar dignamente de este Mysterio: AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

NO obstante las mutuas utilidades que sacan los hombres de la sociedad, si bien se reflexionan los inevitables males que à ella están anexos, acaso tendríamos por mas util el vivir retirados en la soledad, privados de todo comercio: es indubitable que tambien en la soledad hay peligros, pues haviendolos hallado los Angeles en el Cielo, y nuestros primeros Padres en el Paraíso, ¿qué lugar de la tierra podrá estar libre de ellos? pero por poco conocimiento que se tenga del mundo, ¿quién pue-

de dudar que en el trato, aun menos frecuente, y mas circunspecto, hay mayores peligros que en el retiro? este conocimiento ha sacado en todos tiempos muchas almas del comercio del Siglo, persuadiendolas à renunciar generosamente el trato, y conversacion de los hombres, para evitar por este medio los males que en ella pudieran hallar: esto no obstante, ni todos los hombres son llamados à este estado, ni pueden serlo; aun muchos de los que tienen valor para abrazar esta generosa resolucion, se hallan muchas veces obligados à ver el mundo, y à tener trato, y comunicacion con él; y pueden muy bien hacerlo usando de modestia, de circunspeccion, y de prudencia para no exponerse à naufragar en sus borrascas.

En unos es mas necesario que en otros el trato, y la comunicacion, pero en todos es indispensable; la naturaleza gravó esta inclinacion en nuestros corazones; la razon la cultiva, y la reduce à los límites de la honestidad, y decencia; pero la religion pasa mas adelante, y no contenta con que seamos prudentes para con el mundo, quiere hacernos justos para con Dios. Con este fin nos manda que santifiquemos nuestras conversaciones, y nuestras visitas, governandolas con una intencion recta, y pura, que mirando en todo à nuestro ultimo fin, à la gloria de Dios, y à la felicidad de nuestra alma ennoblezca las acciones mas sencillas, ensalze las mas naturales, consagre las mas indiferentes, y nos haga hallar merito para con Dios, y medios para nuestra santificacion, en el trato, y comunicacion con las criaturas.

Es-

Este es el primer distintivo de la Visita que hoy hace Maria Santissima à su Prima Santa Isabel: es una visita santa en sus principios, y en sus motivos. Bien sé, Christiano Auditorio, que los Herejes, enemigos declarados de las virtudes, y gloria de Maria, no han tenido horror de atribuirla en esta ocasion los fines mas imperfectos: el impio Autor de la reforma se atreve à pronunciar la blasfemia, de que los motivos que tuvo la Señora para hacer esta Visita, fueron, una vana curiosidad, el deseo de ser admirada, la desconfianza en las palabras del Angel, y el querer asegurarse con su vista de la verdad que acababa de anunciarla el Celestial Espiritu: pero San Ambrosio mas de mil años antes, que el impio Calvino pronunciase estas execrables blasfemias las havia precavido en su Doctrina: *Non quasi incredula de Oraculo, nec incerta de nuntio, nec dubitans de exemplo in montana perrexit.* El mismo Espiritu Santo refuta la calumnia del Hereje, explicandose por boca de Santa Isabel, y declarándola Bienaventurada, por haver creído sin dudar: *Beata quæ credidisti,* (Luc. 1. 45.) y asi, ni el disgusto de la soledad, ni el deseo de ser admirada, ni la falta de fé à las divinas promesas, fueron los motivos que obligaron à Maria à emprender este viage; la gracia es quien se le inspira, la humildad le emprende, y la caridad le executa: *Sed Charitas, sed humilitas, sed Dei Spiritus impulit ut cognatam invisiret;* concluye San Ambrosio.

La gracia es quien se le inspira, ò por mejor decir, el mismo Autor de la Gracia, Jesu-Christo, insta à su Madre, y la lleva con una suave violencia

cia à la casa de Zacharias; apenas encarnó el Divino Verbo, quando no permitiendole su amor permanecer ocioso, empieza à exercer el oficio de Redentor: es verdad, que por mas distante que estuviere corporalmente del Bautista, podia librarle del pecado original, y llenarle de los dones del Espíritu Santo, pero ya era tiempo de manifestar à los hombres el gran Mysterio de su Encarnacion, haciendoles ver la eminente dignidad de aquella Virgen pura, anunciada por Isaías, à la que eligiendola por Madre, havia asociado à la incomparable obra de nuestra redencion; porque así como en este dia empieza el Verbo à exercer el augusto titulo de Salvador nuestro, santificando al Precursor, tambien Maria empieza hoy à exercer la alta dignidad de Medianera, siendo el instrumento visible de que se vale la gracia, y coadjutora de la primera santificacion que obra el Verbo, despues de haver encarnado: reducido éste por nuestro amor, à una incomprehensible dependencia, y no pudiendo moverse por sí mismo, habla al corazon de Maria, y la persuade por medio de secretas inspiraciones, à que le lleve à una casa en donde la presencia del Hijo, y de la Madre ha de obrar uno de los mayores milagros: *En dilectus loquitur, surge, prope- ra amica mea: (Can. 2. 10.)* muy prontamente seréis obedecido Divino Infante; la santa sumision de Maria à todas las inspiraciones de vuestro divino espíritu, os pondrá en estado de satisfacer el deseo que os abraza de comunicaros al mundo; apenas conoce Maria vuestros santos deseos, se levanta, y se pone en camino: *In diebus illis exurgens Maria:*

mar-

marcha apresuradamente, llena de un bien infinito, deseosa de comunicarle: no la asustan los rios, ni las montañas; su valor la hace volar, venciendo todas las dificultades, porque la gracia, como dice San Ambrosio, no sufre tardanzas: *Ahiit in montana cum festinatione.*

La humildad obliga tambien à Maria à ir à visitar à su Prima Santa Isabel; porque aunque sucede raras veces estar unida esta virtud con la grandeza, era muy propia en la mas pura de todas las Virgenes, no obstante hallarse elevada à la incomparable dignidad de Madre de Dios, dandonos en este Mysterio, continúa San Ambrosio, el mas admirable exemplo de una profunda humildad. No esperéis, Catolicos, que su nueva grandeza, tan superior à todas las grandezas criadas, la inspire, como suele suceder en los hombres, deseos de ser estimada, y distinguida, ni medios para mantener el esplendor de su nueva dignidad; ni creáis, que como muchos ciegos mortales, tema afrentar su grandeza, anticipandose à visitar à una parienta que la es tan inferior: estos son vanos pretextos de que suele valerse la prudencia de la carne, para justificar su soberbia, y que no pueden tener cabida en el corazon de Maria: hombres vanos, observad vosotros esas reglas que os señala la falsa politica del mundo; esperad en vuestras casas à los que miráis como à inferiores, sin dignaros de visitarlos en las suyas; Maria se gobierna por otros principios, y las mismas razones que os parece à vosotros, debieran detenerla, son precisamente las que la mueven à emprender su viage; lejos de esperar à que su

Pri-

Prima venga à su casa à tributarla los respetos debidos à una Madre de Dios, se adelanta, y vá ella primero à saludarla: no contenta con ser esclava del Señor, quiere tambien serlo de todas las criaturas, diciendo con el Profeta: *Vilior fiam plusquam facta sum.* (2. Reg. 6. 22.) Esta es la unica, y admirable mudanza que ocasiona en su conducta la sublime elevacion de su nuevo estado; juzga que à su clase, solo pertenece despreciarse à sí misma, humillarse, y abatirse aun mas que antes: *Vilior fiam plusquam facta sum*, y éstas son, ò Dios mio, Dios oculto, Dios humillado, Dios recién encarnado en su casto Seno, estas son las primeras ideas que Vos mismo la inspiráis: hoy se gobierna con Isabel por el mismo espíritu, y por las mismas ideas, con que os governareis Vos, pasados treinta años, para ir à visitar segunda vez al Bautista, y pedirle humildemente su bautismo. O Virgen Santa, Madre del Rey de los Reyes, ¡qué superior me pareceis à todas las grandezas de la tierra, por el sincero desprecio que haceis de vos misma! ¡Qué verdadera elevacion, y qué gloria tan sólida admira toda la Corte Celestial, en esas humildades, y generosas acciones con que os abatis à la vista de los hombres, y que tanto os ensalzan en la presencia de Dios! Con cuánta razon puedo yo exclamar, diciendo con los Espiritus Celestiales: *Quam pulchri sunt gressus tui, filia Principis!* (Cant. 7. 1.)

Finalmente, la caridad lleva à Maria à la casa de su Prima Santa Isabel: aprended vosotras, señoras, prosigue San Ambrosio, con especialidad las Virgenes, y las Viudas, aprended la unica razon
que

que puede obligaros à salir de vuestras casas, à interrumpir vuestros negocios domesticos, y à abandonar el retiro para dejaros ver del mundo, y conversar con él: las obras de caridad, y los exercicios de misericordia, propios de vuestro sexo, son los unicos motivos que pueden justificar en vosotras este trato.

Sup Maria conoce que su presencia puede ser util à su Prima, ya abanzada en edad, è incomodada sin duda con su fecundidad, no obstante ser milagrosa: esta idea basta para que su caridad la inste, la solicite, y la obligue à sacrificar su sosiego, è ir à ofrecerle sus servicios; y no obstante los consue- los que experimentaba en su soledad, no obstante el horror que siempre tuvo al trato del mundo, no obstante lo dilatado del viage, la aspereza de los caminos, la multitud de peligros, su delicadeza, su edad, su embarazo, acude à donde la caridad la llama; solamente dá oídos à los afectos de su corazon, y à la lastima que la inspiran las necesidades de una Parienta Santa.

Imaginad aquí, Catolicos, todas las acciones que puede executar una caridad tierna, ingeniosa, activa, y animada de toda la plenitud del Espiritu de Dios: lo que Maria pretende con su Visita, dice el Venerable Beda, es asistir à Isabel en todas sus necesidades, anticiparse à sus deseos, suplir su vigilancia, aliviarla, y consolarla en sus penas, y cuidar de todos los negocios de su casa, que pudieran causarla incomodidad: su grandeza no se desdén de practicar los mas viles ministerios, y su tierna edad es suficiente para emplearse en las mas pe-
-a Tom. IV. B no-

nosás fatigas: y no penseis, Señores, que esta fue una Visita de pura urbanidad, y cumplimiento; tres meses se detuvo en la casa de su Prima; sirviendola con inexplicable afecto: ¿pero quién podrá contar, Señores, los bienes espirituales que en este tiempo comunicó à Isabel, y à toda su familia? Su entrada, y sus primeras palabras, produjeron inmediatamente los mas extraordinarios efectos: ¿pues qué prodigios no obraria despues su larga residencia en aquella casa? Si el Señor llenó en otro tiempo de sus mas abundantes bendiciones à la casa de un Israelita, por haver servido por espacio de tres meses de mansion al Arca del antiguo Testamento, ¿qué gracias, y qué celestiales favores no atraheria sobre la casa de Zacharias la larga mansion en ella de esta Virgen, Madre de Dios, à quien la Iglesia, con justo titulo, llama Arca del Señor, por excelencia, y que es en la realidad la verdadera Arca de la nueva alianza? *Habitavit Arca Domini in domo Obbedom tribus mensibus, & benedixit Dominus domum ejus propter eam.* (2. Reg. 6. 11.)

¡Qué exemplo este, Católicos! ¡Qué modelo tan propio para excitar en nosotros una santa emulacion! Pero ah! qué pocos hay que le imiten! Examinemos, Señores, las razones que nos mueven à buscar el trato, y comercio con nuestros proximos, y veamos si son tan puras, tan sobrenaturales, y tan christianas como las que mueven à Maria.

¿Es acaso la gracia del Espiritu Santo quien nos inspira este trato, y estas visitas? Ah! si diéramos oídos à su voz; si atendieramos à lo que nos dice en lo intimo de nuestros corazones, sin duda nos abs-

-on

d

.

atendriamos de muchas visitas inutiles, y superfluas, y aun acaso perjudiciales, y escandalosas, en las que además de gastar el tiempo inutilmente, hallan mil escollos nuestras almas, y en los que regularmente suelen perderse; y ya que el trato civil nos es indispensable, huiriamos de aquellas visitas, y de aquellas concurrencias, en que hallasemos el mas leve peligro para nuestra salvacion, frecuentando solamente aquellas en que tuviésemos proporcion para ser utiles à nuestros proximos.

¿Es la humildad quien nos mueve à introducirnos en el trato de los hombres? No por cierto, pues si en nosotros reynara esta virtud, no buscaríamos con tanta ansia la familiaridad, y compania de las personas distinguidas por su nacimiento, por sus dignidades, y por su fortuna, mas que por su cristiandad, y virtud; huyendo al mismo tiempo del trato de aquellos amigos, y parientes à quienes la desgracia ha puesto en un estado humilde, y abatido, por no acordar al mundo nuestros bajos principios: aun en las obras exteriores de piedad que practicamos, elegimos siempre las mas sobresalientes, y las que pueden dar motivo para que se hable de nosotros, y sacarnos de nuestra obscuridad: en todas aquellas acciones que tienen relacion con la sociedad civil, mezclamos siempre un gran deseo de distinguírnos, y señalararnos entre los demás, valiendonos del disimulo, y de la hipocresia, para ocultar nuestros depravados fines.

¿Es la caridad quien nos dirige en el trato civil? Ah! Católicos: ¿qué obras de misericordia son las que practicamos con nuestros proximos? ¿Qué zelo

-sm

B 2

po-

podrémos tener de la salud de sus almas; quando no cuidamos de la santificacion de la nuestra? ¿Nos compadecemos à lo menos, de sus miserias temporales? ¿Cómo nos hemos de compadecer, quando apenas puede sufrir nuestra delicadeza la vista de los infelices? ¿Qué influjo ha de tener la caridad en nuestras visitas, quando solamente frequentamos aquellas en que se trata de los defectos, è imperfecciones de los proximos, haciendolas servir de motivo de diversion, y burla en las conversaciones?

Sabed, pues, Señores, que el trato con los hombres, las conversaciones, las amistades, y visitas, aunque licitas, y honestas, solamente podrán sernos utiles para nuestra santificacion, governandonos en ellas, como Maria, por unos fines santos, y christianos, por motivos sobrenaturales, por un espiritu de gracia, de humildad, y de caridad; y con una perfecta pureza de intencion; y solamente podrán ser utiles, y saludables para nuestros proximos, portandonos en ellas como la Señora, con christiandad, y edificacion, que es la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

Si yo huviera de señalaros, Catolicos, las reglas individuales, que se deben observar para que nuestro trato en la sociedad civil, sea util à nuestros proximos, os diria que debemos atender principalmente à la clase, à la dignidad, y à las disposiciones de las personas con quienes se trata, à la naturaleza de las conversaciones que se suscitan, y à la discrecion, y prudencia con que se han de tratar las

ma-

materias de que se habla; pero estas reglas de la moral christiana piden un largo discurso, y asi me contentaré por ahora, para daros alguna idea de estas reglas, con examinar el incomparable modelo que nos hemos propuesto en la Visita de Maria.

¡O Dios mio! ¡Qué saludables, y santas son las Visitas de Jesus, y de Maria! ¡Feliz casa de Zacharias, è Isabel, que tuviste la dicha de recibir à estos huespedes! Feliz Familia, que merecistes poseer por tanto tiempo à los que son la alegria, la gloria, y el tesoro del Cielo, y de la tierra! ¿Quién vió jamás Visita en que concurriesen almas mas Santas? ¡Qué demostraciones de alegria, qué inocentes caricias, qué conversacion tan celestial, qué comunicacion de luces, y de divinos afectos no havria entre aquellos Santos concurrentes! ¡Quántos Mystérios se encierran en un solo Mystério!

Primeramente, un Dios, encarnado por nuestro amor, y oculto desde pocos dias antes en el Seno de Maria, no pudiendo sufrir ver sujeto al yugo del pecado à aquel à quien havia destinado desde la Eternidad para que fuese su Precursor, y anunciase su venida al mundo, hace las primeras pruebas de su poder, dice San Ambrosio, con el alma del Bautista, librandola de la esclavitud del demonio, y purificandola de la mancha original antes de nacer, haciendo con ella en esta ocasion, lo mismo que despues determina hacer por medio del Bautismo con todos los hijos de Adan.

Este mismo niño, tan amado del Altisimo, no obstante estar encerrado en el seno de su Madre, luego que se le presenta el Sol de Justicia, recibe

las

las luces de la razon, y de la Fé: conoce, adora, y dá gracias à su Divino Bienhechor, y lleno de santas ansias de empezar à practicar su Ministerio, no pudiendo explicarse de otro modo, dá saltos de alegría dentro del seno de su Madre, anunciandola de este modo la Venida del Salvador de Israel, y la presencia del Redentor: *Ut audivit salutationem Mariæ, exultavit infans in utero.* (Luc. I. 41.)

La Madre, llena repentinamente del Espiritu Santo, conoce en su Parienta à la Madre de su Dios, y en un instante se halla instruida acerca del adorable Mystèrio de la Encarnacion del Verbo: Isabel, en medio de tantos motivos de admiracion, lo que mas la confunde, dice el Evangelista, es el honor que recibe, y las humildes, y afectuosas expresiones que la hace la mas pura de todas las criaturas, y la que es bendita entre todas las mugeres: *Unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?*

Esta misma Virgen purissima, lejos de ensalzarse con el magnifico elogio que oye de su grandeza, queda poseída de un extasis de humildad, como le llama San Bernardo, que hace prorrumpir à su abrasado corazon en aquel admirable cantico, que es todas las delicias de la Iglesia: esta misma Virgen en nada quiere exceder à Isabel, sino en la humildad: obligada à confesar, que el Señor ha obrado en favor suyo grandes maravillas, protesta al mismo tiempo, no haver en sí merito para tantas gracias, y que era necesaria toda la Divina Omnipotencia para hacer Madre de Dios à una tan despreciable criatura: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ.* (lb. 48.)

Ved

Ved aqui, Catolicos, dice San Ambrosio, dos Madres, que à un mismo tiempo publican, y celebran los milagros de la gracia; y dos hijos que encerrados en el seno de sus Madres, obra el uno, y recibe el otro los mas extraordinarios beneficios; dos hijos, que aun antes de nacer, saben ya desempeñar las mas sublimes funciones, uno de Salvador, y otro de Precursor; y dos Madres, que animadas del espiritu de sus hijos, hacen de su conversacion un enlace de Divinos Oraculos, de Celestiales Profecias, de Canticos, de acciones de gracias, y de las mas sublimes alabanzas de la Gloria del Altísimo: *Magnificat anima mea Dominum.* (lb. 46.) ¿Quántos Mystèrios se encierran, vuelvo à repetir, en un solo Mystèrio?

¿Qué os parece, Señores? ¿Conformamos nosotros nuestro trato, nuestras conversaciones, y nuestras visitas con este admirable modelo? ¿Qué es lo que regularmente pasa en las concurrencias à que nos obliga la sociedad civil? O Dios mio! ¿cómo me he de atrever yo à referir la monstruosa oposicion que se halla en un punto tan importante para la salvacion, entre nuestra conducta, y la de Maria?

¿Qué podremos decir de la christiana eleccion que se debe hacer de personas rectas, y virtuosas para nuestras amistades, y conversaciones, del extremo cuidado que debemos tener en abstenernos del trato con personas sospechosas en materia de costumbres, y de religion? Cuidado aun mucho mas esencial, è indispensable, como dice San Pablo, que el que se tiene en huir de qualquiera hombre sospechoso de peste en tiempo de contagio; cuidado en

el

el que nunca son excesivas las mayores precauciones: *Ut cancer serpit.* (Timoth. 2. 17.) pues antes que el corazon advierta en sí la menor mudanza, ya se halla absolutamente corrompido; esta es la razon, y el sentido de aquel Precepto de Jesu-Christo, quando hablando de estos públicos perversos de las costumbres, nos dice, que huyamos de ellos como de los Idolatras, y Publicanos: *Sit tibi sicut ethnicus & publicanus,* (Matt. 18. 17.) y cuidado al mismo tiempo, universalmente despreciado en nuestro siglo, pues todos, y con especialidad los jovenes, buscan con ansia el trato, y amistad de los amadores del mundo, de los Sectarios de las nuevas doctrinas, de los falsos Filosofos, de los Apostatas declarados del Evangelio, y de los precursores visibles del Ante-christo, que se precian de Apostoles de la incredulidad, y de la irreligion.

¿Qué podré decir de aquel severo pudor, y christiana modestia que deben acompañar todas nuestras conversaciones, sin apartarse jamás de nosotros, y sin los que se pierde la inocencia en el trato civil, y nos hallamos sepultados en un nuevo delito? pero no nos detengamos mas en este punto tan delicado; basta haverle propuesto, para que atendais, Catolicos, à los saludables remordimientos de vuestras conciencias en este asunto.

Paso à tratar de la materia de las conversaciones de la mayor parte de los Christianos, punto no menos importante que el antecedente: si preguntamos à estos, como preguntó en otro tiempo el Salvador à los Discipulos que iban à Emaús, ¿quál es la materia de su conversacion? *¿Qui sunt hi sermones*

nes

nes quos confertis ad invicem? (Luc. 24. 17.) ¿Hablais de cosas de Dios, y del gran negocio de la salvacion? ¿Tratais algun asunto de edificacion, y piedad? ¿Hablais de las Divinas Escrituras, de la Vida de Jesu-Christo, ò de los Santos, de algunas reflexiones acerca del Evangelio del dia, ò de algun pasage piadoso del ultimo Sermon que haveis oído? Ah! responde Salviano, ¿quién se ha de atrever en el mundo à tratar semejantes asuntos? ¿quién no temeria, si los tratara, el ser tenido por hombre ridiculo, è impertinente? ¿quién se havia de dignar de oír semejantes conversaciones? *Quis audire dignatur, quis recipit, quis ferendum arbitratur?* Es verdad, que por poco conocimiento que se tenga del mundo, se puede decir, que muchos Christianos, mas en el nombre que en las obras, nos pueden responder como los dos Discipulos que iban à Emaús, que sus corazones se inflaman, y se abrasan mutuamente en sus conversaciones; ¿pero en qué sentido, y con qué fuego? ¿ò Dios mio! con el fuego de las pasiones, y de las culpas; comunicandose mutuamente sus escandalosas ideas, y avivando en sus corazones la llama de los mas infames excesos.

¿Quál es regularmente, Catolicos, la materia de las conversaciones de los hombres? los intereses, la fortuna, los proyectos de elevacion, y grandeza, y los medios de enriquecerse: éstos son los asuntos de las conversaciones mas utiles, segun su modo de pensar; si les falta materia en sus propios negocios, inmediatamente se meten à arreglar los del proximo, decidiendo en todo à medida de su ca-

Tom. IV.

C

pri-

pricho, y de su inconstancia: si bolvemos la vista à algunos ancianos, respetables por su edad, però que nunca han sabido respetar à la virtud, ni à las personas virtuosas, les oïremos referir con una indigna complacencia, y con una odiosa vanidad, todas sus pasadas flaquezas, y las grandes acciones de su juventud, esto es, las mas abominables extravagancias de un tiempo en que se hallaba embriagada su razon, y su religion voluntariamente eclipsada. ¿Qué cosa mas comun que oír à los jovenes preciarse de sus actuales locuras, de sus excesos en los banquetes, de sus perdidas, ò ganancias en el juego, y aun de aquellos delitos que nunca han cometido?

¿Pues qué dirémos de las mas frequentes conversaciones que ocurren entre las mugeres? se buscan con ansia, se juntan continuamente, y siempre tienen que hablar, no habiendo jamás en sus conversaciones un asunto sério: unas, cuentan los sueños de la noche antecedente, se quejan de la violencia del frio, y del calor, de la pesadez del tiempo, de las incomodidades de la estacion, y de las molestias de las enfermedades que se figuran padecer: otras, preocupadas de un espiritu de vanidad, y locura, poseídas del deseo de agradar, de nada hablan mas que de adornos, de galas, y de modas, y siendo mudas para todos los demás asuntos, en este nunca se cansan de hablar: otras, curiosas en extremo, dicen todo quanto han oído, para que las demás refieran lo que saben, y tener de este modo que contar en otras visitas: ¡Qué miseria, ò Dios mio! el no saber de qué hablar, sin poder al mismo

tiem-

tiempo contenerse dentro de los límites de un modesto silencio! Bien sabeis, Catolicos, que estas son las materias de las mas inocentes conversaciones; no quiero detenerme en hacer os una pintura de aquellas mugeres altivas, y vanas, que de todo se ofenden, à quiénes una palabra inocente altera, que quieren dominar, y ser miradas como oraculos en todas las concurrencias, que nada disimulan en los demás, queriendo que à ellas se les disimulen los mas visibles defectos: estas mugeres, son en todas partes miradas, y con justa razon, como peste de la sociedad civil.

Por lo que toca, Señores, à la materia de las conversaciones entre personas de diverso sexo, no me atrevo à hablar, por no escandalizar vuestros oídos: en este peligroso trato, regularmente todo se dirige à corromper el corazon: la pasion se vale diestramente de las quejas, de las alabanzas, de los ruegos, de las promesas, y de quantos ardidés es capaz, para introducir en las almas el mas pestilencial veneno.

¿Y cuáles son los efectos de estas conversaciones tan poco Christianas, y aun indignas de los mismos Paganos? Si reflexionais atentamente, Catolicos, hallareis que siempre producen muy funestos efectos; pues de ellas nacen las murmuraciones, las temerarias sospechas, las envidias, los zelos, los odios irreconciliables, las enemistades, y las venganzas: de estas concurrencias proceden la ruina de las familias, por el juego, y la de la salud, por los excesos en las comidas: de aqui nacen las disoluciones, los desordenes, las impiedades se-

C 2

cre-

cretas, y públicas, autorizadas con el mutuo exemplo de los concurrentes: de aqui nace la facilidad en perderse, y la dificultad en convertirse; el amor à los desordenes del mundo, y el disgusto para las cosas de Dios; finalmente, de aqui nacen las abominaciones, y los escandalos, la ruina general de las almas, y los peligros, en que puesto el hombre, aunque sea justo, y formado segun el corazon de Dios, es casi imposible que no se pierda.

Atendiendo, pues, Catolicos, à la depravacion del mundo, y à la fragilidad del corazon humano, es muy dificil poder usar del trato, y comunicacion de los hombres, sin exponerse à cometer gravisimos delitos: un Filosofo antiguo decia, que en el trato con los hombres, siempre perdia alguna cosa su razon, ¿pues con cuánto mas motivo podemos decir nosotros, que en este trato siempre pierde la santidad, y la virtud? Y si os parece, Señores, que pondero demasiado, examinaos à vosotros mismos; ved si las culpas de que mas frequentemente os acusais en el tribunal de la penitencia, no provienen de vuestras conversaciones, y visitas, y si atendiendo à este sincero examen podreis lisongearos de que son inocentes.

Por mas ciegos que estemos acerca de un punto tan importante, no podemos menos de conocer la estrecha obligacion en que nos hallamos, de huir, en quanto nos sea posible, del trato con el mundo; y si las obligaciones indispensables de la vida civil, nos precisan algunas veces à frequentar el trato de los hombres, debemos siempre valernos de las mas serias precauciones: tened presente, Señores, el
exem-

exemplo de un San Francisco de Borja, Duque de Gandía; su estado, y su clase le obligaban muchas veces à presentarse en la Corte, y à parecer en las concurrencias, pero siempre iba prevenido contra los asaltos del mundo, llevando debajo de sus ricos vestidos un aspero silicio; tened presente el exemplo de aquella santa muger, que en tiempo de San Francisco de Asís, siendo precisada, por su marido, que era hombre de honestas costumbres, à asistir à un espectáculo, se vistió interiormente un rallo de hierro, cayó desfallecida en medio del festin, murió en el mismo dia de este accidente, y con su muerte, y el exemplo de su penitencia movió de tal modo el corazon de su marido, que al dia siguiente, postrado à los pies de San Francisco, le pidió humildemente le admitiese en el numero de sus discipulos.

Pensad, Catolicos, del modo que quisierais, pero sabed, que las maximas fundamentales del Christianismo siempre han de subsistir; siempre será verdad decir, que el mundo es enemigo de Jesu-Christo; que las Leyes del Evangelio nos mandan aborrecerle, y huir de él; siempre será verdad decir, que si nuestro estado no nos permite separarnos de él absolutamente, no debemos frequentarle sino quando nos obligue la necesidad: todos hemos renunciado en las Sagradas Fuentes del Bautismo este mundo profano y sensual; Dios tiene presente nuestro juramento, ¿Pues por qué nosotros nos hemos de olvidar de él? y sino le hemos olvidado, ¿cómo puede componerse esta obligacion con nuestros procederes? Es imposible, Catolicos; nunca podremos
mos

mós conciliar con el mundo reprobado las obligaciones de nuestro Bautismo, à no ser que nos abstengamos, no solamente de las concurrencias, y visitas perjudiciales, y escandalosas; sino tambien de las vanas, è inutiles, y que santifiquemos las que nos son inevitables, segun nuestra clase, y nuestro estado.

Y asi, Catolicos, si queremos no degradar el nombre de hijos de Maria, de que tanto nos preciamos, debemos todos postrados à sus pies, decir-la de lo mas intimo de nuestros corazones: Virgen Santa, modelo el mas perfecto de todas nuestras obligaciones, y à quien la Iglesia, con justa razon llama, fiel espejo de la verdadera justicia: *Speculum justitie*, enseñadnos el modo de conciliar lo que debemos à los hombres, con lo que debemos à Dios; de santificar las obligaciones naturales, y civiles, que nos imponen la religion, y la sociedad; y de cumplir todas estas obligaciones de un modo igualmente meritorio para nosotros, y saludable para nuestros proximos; enseñadnos el modo de tratar-nos, y visitarnos mutuamente en la tierra, con unas disposiciones tan christianas, que merezcamos vivir, y vernos eternamente juntos en la Gloria: *Ad quam. &c.*

SERMON

PARA EL DIA
DE SAN BUENAVENTURA,
Cardenal, y Obispo de Albano.

Erat lucerna ardens, & lucens. Joan. 5. vers. 35.

Era una luz, que ardia, y resplandecia.

DE poco sirve, Señores, que un hombre resplandezca en el mundo por su profunda erudicion, por sus estudios, por su talento, y por la viveza de su imaginacion, si su corazon no está al mismo tiempo inflamado, y abrasado en aquel amor que santifica los talentos, los hace utiles en la tierra, y los corona despues en el Cielo.

La ciencia, sin la caridad, nunca formó sino sabios sobervios, y maestros del error, y del vicio: la caridad con la ciencia siempre ha dado à la Iglesia sabios humildes, y defensores de la verdad, y de la virtud.

El Paganismo tuvo sus sabios, pero estos estaban sepultados en muy espesas tinieblas; hablaban bien, pero vivian mal: apenas parece creible, que ellos pudiesen dictar las grandes ideas, que enseñaron de la divinidad; admiramos, y lloramos à un mismo tiempo las lecciones, que daban à sus

mós conciliar con el mundo reprobado las obligaciones de nuestro Bautismo, à no ser que nos abstengamos, no solamente de las concurrencias, y visitas perjudiciales, y escandalosas; sino tambien de las vanas, è inutiles, y que santifiquemos las que nos son inevitables, segun nuestra clase, y nuestro estado.

Y asi, Catolicos, si queremos no degradar el nombre de hijos de Maria, de que tanto nos preciamos, debemos todos postrados à sus pies, decir-la de lo mas intimo de nuestros corazones: Virgen Santa, modelo el mas perfecto de todas nuestras obligaciones, y à quien la Iglesia, con justa razon llama, fiel espejo de la verdadera justicia: *Speculum justitie*, enseñadnos el modo de conciliar lo que debemos à los hombres, con lo que debemos à Dios; de santificar las obligaciones naturales, y civiles, que nos imponen la religion, y la sociedad; y de cumplir todas estas obligaciones de un modo igualmente meritorio para nosotros, y saludable para nuestros proximos; enseñadnos el modo de tratar-nos, y visitarnos mutuamente en la tierra, con unas disposiciones tan christianas, que merezcamos vivir, y vernos eternamente juntos en la Gloria: *Ad quam. &c.*

SERMON

PARA EL DIA
DE SAN BUENAVENTURA,
Cardenal, y Obispo de Albano.

Erat lucerna ardens, & lucens. Joan. 5. vers. 35.

Era una luz, que ardia, y resplandecia.

DE poco sirve, Señores, que un hombre resplandezca en el mundo por su profunda erudicion, por sus estudios, por su talento, y por la viveza de su imaginacion, si su corazon no está al mismo tiempo inflamado, y abrasado en aquel amor que santifica los talentos, los hace utiles en la tierra, y los corona despues en el Cielo.

La ciencia, sin la caridad, nunca formó sino sabios sobervios, y maestros del error, y del vicio: la caridad con la ciencia siempre ha dado à la Iglesia sabios humildes, y defensores de la verdad, y de la virtud.

El Paganismo tuvo sus sabios, pero estos estaban sepultados en muy espesas tinieblas; hablaban bien, pero vivian mal: apenas parece creible, que ellos pudiesen dictar las grandes ideas, que enseñaron de la divinidad; admiramos, y lloramos à un mismo tiempo las lecciones, que daban à sus

discipulos, y los sacrilegos respetos que tributaban à los idolos de los Cesares: ¡qué hombres pueden ser, Catolicos, los que resisten à las mismas luces de la razon!

¿Pues qué diré de los oraculos del mundo, tan estimados en nuestro siglo, cuyas producciones son tan aplaudidas, y cuyos sacrilegos sistemas se atreven à reformar el divino plan de la Religion? La ciencia de estos, Catolicos, solamente alumbraba à los que voluntariamente quieren caminar por la senda de la perdicion: esta ciencia es semejante, à aquellos fuegos fatuos que resplandecen en la obscuridad de la noche à orillas de los precipicios, guiando à ellos à los temerarios.

No sucede asi con los Santos Doctores de la Iglesia; la luz de la verdad al mismo tiempo que alumbraba à los fieles, abrasaba sus corazones: esta preciosa luz ardía con lo vivo de su amor, y alumbraba con el resplandor de su doctrina: *Ardens, & lucens.*

El Serafico Doctor San Buenaventura ocupa, Catolicos, un puesto muy distinguido entre el magestuoso esquadron de Sabios, que han resplandecido en la Iglesia por su santidad, por su ciencia, y por su zelo: vino al mundo mas tarde que los Chrysostomos, los Gregorios, los Geronymos, los Ambrosios, los Augustinos, y los Bernardos, pero no resplandeció menos que ellos: en el siglo decimotercio nos manifestó una viva copia de los talentos, y virtudes de aquellos grandes hombres: las luces que le precedieron, y las de su siglo, tan fecundo en Sabios, de ningun modo ofuscaron su ciencia, y su virtud. El

El gobierno de su Orden: recién fundado, las disputas contra los enemigos de la pobreza del Salvador, los arduos empleos, las mas eminentes dignidades, el encargo de los mas importantes negocios de la Iglesia en tiempo de un cisma escandaloso, y sus escritos llenos de piedad, y sabiduria, son pruebas convincentes de haver sido nuestro Santo luz de su siglo, y luz que al mismo tiempo que alumbraba los corazones, los abrasaba en el divino amor.

El amor divino de San Buenaventura es, Catolicos, un fuego sagrado que abrasa, è ilumina: *Ardens, & lucens*: arde en su corazon, y resplandece en la Iglesia; el distintivo de su santidad, y de su ciencia es ser un Santo sabio: baxo de estas dos ideas os representaré, Señores, al Doctor Serafico, gloria del Orden de San Francisco de Asis, Oraculo de la Iglesia, y de las Escuelas, Consejero de los Reyes, y de los Pontifices, alma de los Concilios, azote de los Hereges, destruidor del vicio, y Maestro consumado de la vida espiritual; pidamos à la Reyna de los Angeles me alcance de su Divino Esposo gracia para elogiar dignamente à su Siervo. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

EL mismo fuego celestial que abrasa el corazon de San Buenaventura en su niñez, anima despues sus palabras, sus acciones, sus proyectos, sus empresas, y sus escritos: nuestro Santo santifica, y consagra sus felices sucesos, y los honores que le son. *Tom. IV.* D tri-

tributan los hombres: sus Maestros al ver su rostro, despidiendo resplandores, quedan poseídos de un santo respeto: en su lengua se halla toda la suavidad, y eficacia del amor, y así mueve, y enciende los corazones: la divina caridad dirige todas sus acciones; esta le señala el tiempo de la oración, del silencio, y del trabajo; la caridad le lleva à visitar todos los Conventos de su Orden; la caridad resplandece en todos sus escritos, y enciende su Divino fuego en los corazones de quantos los leen.

Si os admiran, Señores, el número de sus viajes, los Capítulos à que asistió, y las Obras que compuso, atended à los prodigios, que obra el amor divino en el corazón à quien domina: San Buenaventura, en el estado de simple Religioso, en el de General de su Orden, en el de Cardenal, y Obispo de Albano, siempre fue luz ardiente por su caridad: *Ardens, & lucens.*

Como Dios ama à su Iglesia, y nunca la abandona, la suscita en todos tiempos Santos, y Sabios: estos se suceden unos à otros, y se manifiestan como astros, que aunque diferentes en claridad, y en virtudes, todos la defienden con igual zelo contra sus enemigos, todos son sus columnas, sus oráculos, y su gloria.

A las oraciones de San Francisco de Asis debemos la conservacion de la vida de nuestro Doctor Serafico: San Francisco cierra el sepulcro, que se disponia à recibir à nuestro Santo en su tierna infancia, enjuga las lagrimas de una Madre afligida, que yá contaba por perdido à su Hijo amado; las sombras de la muerte se disipan, y la mano que

iba

iba à cortar esta tierna flor, solo se estiende para mantenerla, y cultivarla en el campo de la Iglesia.

En esta ocasion, como en otras muchas, procede San Francisco de Asis, como Thaumaturgo, y Profeta de su siglo: saca à nuestro Santo de los brazos de la muerte, y le dá un nombre que anuncia à la Iglesia los importantes servicios que de él ha de recibir en lo sucesivo. *Oh, Esposa de Jesu-Christo! aunque te veas afligida por la libertad de las costumbres, y por el furor de la Heregía, puedes consolarte, porque este Niño será uno de tus principales Oráculos, y una de tus mas resplandecientes antorchas.*

El camino que la providencia, que mantiene en su Iglesia una continuada sucesion de hombres heroicos, señala à nuestro Santo, es el de la mas eminente santidad; su piadosa Madre le ofreció al Orden de San Francisco; esta Orden le poseerá, y le admirará como gloria, y ornamento de su Instituto: apenas tiene Buenaventura edad para conocer la oferta de su Madre, quando yá la aprueba, se dispone à cumplirla, y vá à presentarse al Altar, como víctima pura, è inocente.

No me detendré, Señores, en pintaros el fervor de este Novicio, el divino fuego que abrasaba su alma; ni las extraordinarias señales de este incendio que se manifestaban en su rostro: tampoco os referiré los consuelos que experimentaba en su Sacrificio, las virtudes que practicó, despues de la solemne renuncia que hizo del mundo: para daros una justa idea de su virtud, basta deciros, que fue un perfecto Religioso, y que podia servir de modelo à

los mas adelantados en el camino de la perfeccion.

¿Quereis ver, Catolicos, unos prodigios de virtud? Pues representaos à San Buenaventura à los pies de un Crucifixo, abrasado su corazon con el fuego celestial, ofreciendose à su Dios, sintiendo en sí todos sus dolores, y deshecho en lagrimas à vista de sus sagradas llagas: allí adquiere aquellas tiernas expresiones, aquellas vivas luces, y aquella santa eficacia, que son el distintivo de todos sus escritos.

Representaos aquel celestial espiritu, que mientras se celebran los Sagrados Misterios, toma del Altar el Cuerpo de Jesu-Christo, para darsele à Buenaventura; su humildad le apartaba de las Aras, pero Dios hace un milagro para acercarse à él.

Si quereis, Señores, ver mas prodigios de virtud, examinad sus piadosos afectos, quando fue elevado à la dignidad del Sacerdocio: pudiera referiros aqui la oracion que entonces compuso, y que despues abrazó la Iglesia, para daros alguna idea de su abrasado amor, pero paso sin detenerme à representarosle baxo la direccion de los mayores Maestros de su siglo, à los que asombra con los progresos que igualmente hace en las ciencias, y en la virtud.

Florece por aquel tiempo en virtud, y ciencia, Alexandro de Halés, uno de los mas profundos Theologos que ha admirado el mundo; baxo la conducta de este gran Maestro estudia Buenaventura; baxo su direccion hace rapidos progresos en las ciencias; todos admiran sus adelantamientos, y no saben, qué cosa sea en él mas digna de alabanza,

si

si su ciencia, ò la humildad con que la oculta.

Me parece, Señores, estar viendo aquel piadoso espectáculo, que en otro tiempo admiró Athenas en sus Escuelas, esto es, à San Basilio, y à San Gregorio Nazianzeno, estos hombres famosos, y los mas célebres Theologos, y Oradores de su siglo estudiaron baxo la disciplina de unos mismos Maestros, y contraxeron entre sí un inocente comercio de la mas sincera amistad.

El mismo espectáculo nos ofrecen, Catolicos, San Buenaventura, y Santo Thomás de Aquino en la Universidad de París; ambos estaban animados de un mismo amor, y abrasados de un mismo zelo; ambos se hallaban dotados de superiores talentos; ambos se consagraron al servicio de la Iglesia, y ambos eran igualmente enemigos de los honores, y dignidades; aunque San Buenaventura se vió por ultimo obligado à abrazar el Generalato de su Orden.

Hasta aqui, Señores, haveis visto al santo Religioso, ocupado en adornar su alma con las mas raras virtudes, y con el mas profundo conocimiento de las ciencias; bien sabeis los rapidos progresos que hizo en estos caminos, y la universal admiracion con que fue mirado de todos los Reynos Christianos.

El Supremo Gefe de la Iglesia descubrió en este joven Religioso aquellos raros talentos, que anuncian un hombre suscitado por especial providencia de Dios, y asi en los negocios mas importantes de la Iglesia, acude à él para oír su dictamen; y como la Orden de San Francisco es una de las mas pre-

preciosas heredades de este fecundo campo, le encarga su gobierno, sucediendo en él, à Juan de Parma.

No mireis, Señores, la corta edad de San Buenaventura, como obstaculo para esta dignidad, pues aunque joven ha llegado yá à una eminente perfeccion: los años multiplicarán sus virtudes, sin tener motivo para corregir los vicios; su santidad triunfó de la corrupcion del siglo, y de la distraccion de los estudios; y su prudencia le hará ser admirado en su gobierno, portandose en él con afabilidad, y rectitud.

En su gobierno no se verá, ni aquel rigor que abate el animo de los subditos, ni aquella condescendencia que dá motivo à la relajacion: este Orden, que se hallaba algo turbado por los piadosos excesos del General que le gobernaba, gozará de unos días serenos baxo la direccion de San Buenaventura; para él estaba reservada la grande obra de reunir los espiritus, y los corazones, de dividir este Pueblo de Santos en varias Tribus, y de presentarle al mundo christiano como un espectáculo de edificacion.

Juan de Parma tenía todas las virtudes propias de subdito, pero carecia de las necesarias à un Prelado de un Orden, que se estendia por todos los Reynos del mundo, y que por consiguiente abrazaba unos genios muy diferentes: era rigido, pero ignoraba el arte de conciliar los espiritus, usando de honestas condescendencias, con las que se mantiene à los flacos, y se dán nuevos alientos à los fervorosos: estas condescendencias de ningun modo se oponen à la regla de San Francisco, antes bien

se hallan autorizadas con el dictamen de los Sumos Pontifices, perfectamente instruidos de su espíritu: en la virtud, Catolicos, suele haver algunos escesos de severidad, que la debilitan en vez de alentarla: la regla del gobierno, no ha de ser el genio del que manda, sino la Ley de Dios, que toda es amor, y caridad.

Pues, quién mejor que nuestro Santo podia calmar las discordias, que havia excitado una excesiva severidad; el amor, y el agrado acompañaban siempre à todas sus acciones; los Santos Religiosos, congregados por orden de Alexandro IV. conocian muy bien estas virtudes en San Buenaventura; todos le deseaban por Prelado; y el mismo Juan de Parma, justo apreciador del merito, y zeloso del bien de su Orden, le pide por su sucesor, y se despoja gustoso de su dignidad, para que recaiga en Buenaventura. y, sin embargo, algunos de los Religiosos, por una parte las instancias de aquellos Religiosos, y por otra, las resistencias de nuestro Santo: le instan, y ruegan para que acepte un puesto eminente, y él se resiste à condescender con sus ruegos; lejos de imitar à aquellos hombres ambiciosos, que anhelan por los honores, que huyen de ellos, se asusta, y extremece à vista de los honores, que ván à buscarle à su retiro; pondera su indignidad, à los que ván à buscarle movidos de su merito, y nunca se rendiria à sus ruegos, si pudiera resistir, sin desobedecer à la voz del Vicario de Jesu Christo: ¿qué maravillas no se deben esperar del gobierno de un hombre, que se rinde à recibir los honores que no ha buscado; que

solamente abraza con gusto las obligaciones del ministerio, mirando al mismo tiempo con temor las distinciones, y los respetos anexos à él?

Por los felices sucesos del gobierno de nuestro Santo, podreis, Señores, hacer juicio de su milagrosa eleccion; en él se verificó la sentencia de San Gregorio Papa, que dice, que un corazon abrasado en el fuego del amor divino obra maravillas: *Magna operatur.*

Y à la verdad, Señores, ¿qué mayores prodigios que los innumerables capitulos que celebró San Buenaventura en el tiempo de su gobierno? París, Narbona, Pisa, y Assis, le ven casi à un mismo tiempo, presidiendo en las santas juntas que se celebraron en estos Pueblos; en todas ellas es admirado como Oraculo de la piedad, è interprete de la Regla de San Francisco; en todas ellas manifiesta el mismo zelo, la misma sabiduria, y la misma prudencia de su Santo Patriarca: todos los puntos que allí se tratan, quedan decididos, y sellados con el sello de la prudencia, y de la santidad: allí se forman instrucciones Pastorales, y se establecen nuevas constituciones, conformes en todo al espiritu de Francisco: allí se decreta la distribucion de este gran Cuerpo en diferentes Provincias, se establece la uniformidad en el vestido, y se declara por una de las mas esenciales obligaciones de este Orden la especial devocion à la Madre de Dios.

Nada se oculta al zelo, à la penetracion, y à la piedad de nuestro Santo: esta guia enviada del Cielo, como le llama el Papa Alexandro IV. en su elogio, hace de su Orden una de las mas utiles, y glo-

gloriosas porciones de la Iglesia de Jesu-Christo: en todas partes es admirada, y celebrada la hermosura de estos nuevos campos de Israel: en ella halla la Religion Apostoles, Santos, Doctores, y Sabios de que servirse para todos sus ministerios.

El Gefe de este Grande Orden, el alma que le anima, y el Sabio que le gobierna, es San Buenaventura; y asi, no nos deben causar admiracion sus gloriosos sucesos, porque el amor divino siempre obra grandes maravillas: *Magna operatur.*

Averguencense los Sabios del mundo, aquellos Politicos del siglo que se atreven à tratar de hombres inutiles para la Sociedad à los que se dedican al retiro, y al servicio de los Altares: basta para su confusion el ver los servicios, que el Orden de San Francisco ha hecho à la Iglesia de Dios.

Aquellos hombres Apostolicos enviados por San Buenaventura à los Países infieles, para predicar en ellos el Evangelio, y sellarle con su sangre en caso necesario; aquellos hombres Sabios, è instruidos en las ciencias, de quienes se valen los Soberanos Pontifices para tratar con los Principes Christianos los mas importantes negocios de la Religion; aquellas luces ocultas al principio, y colocadas despues sobre el Santo Monte; aquellos Religiosos que han resplandecido desde el Trono Episcopal; aquellos Sabios que han dilatado el reyno de la virtud, destruyendo el de la Heregía; aquellos Santos que gemian en la soledad como palomas, aplacando con sus oraciones la divina venganza, ¿pueden llamarse hombres inutiles?

Pues estos fueron, Catolicos, los hombres que

dió à la Iglesia el Orden de San Francisco, baxó el gobierno de San Buenaventura; à su virtud, y prudencia debe este Orden sus gloriosos progresos; aun despues de colocado en los mas eminentes puestos de la Iglesia, cuida de los negocios de su Orden, siendo el alma de todas las leyes que se forman para su conservacion, y aumento: nó obstante las largas conferencias que tiene en Leon con el Sumo Pontifice, nó obstante los preparativos para un Concilio General, en el que ha de ocupar un puesto tan distinguido, nada de esto le impide para juntar à todos sus hijos, presidiendo en su Capitulo General, celebrado muy pocos dias antes de que se abriese el Concilio, en que esta resplandeciente antorcha havia de lucir, y apagarse.

¡Qué poderosa es, Señores, la caridad, y qué maravillas obra el corazón, que se siente abrasado en este divino fuego! Vereis la prueba de esta verdad en San Buenaventura, sentado en el Trono Episcopal, y revestido con la sagrada Purpura.

Muy pocos hombres hay que huyan de los honores, que teman la caída al verse en la elevacion, y que desprecien sinceramente la opulencia, y la gloria, vinculadas à los puestos eminentes, pensando en las obligaciones que imponen, y en la estrecha cuenta que se les ha de pedir.

Pero ¡ah, Catolicos! Si hoy solamente vieramos à los hombres apetecer las riquezas, y dignidades del siglo: si los sagrados honores del Santuario, y el patrimonio del Salvador no excitarán sus ambiciosos deseos; si estos honores no se concedieran al nacimiento, sin méritos, ó à los talentos sin

virtud; si fuera necesario obligar à los dignos à que los aceptasen; y si la atrevida insuficiencia no hallara poderosos protectores, podriamos à lo menos consolarnos, y dexariamos al mundo, que honrase à sus esclavos con las dignidades que tanto lisongean su ambicion; pero el que unos hombres sin talentos, ni virtud entren en el Santuario, y adquieran las principales dignidades de él, por medio de infames ardidés, esto ha sido, y será siempre motivo del justo llanto de la Iglesia.

Esta se ha visto muchas veces precisada à obligar à los Santos, à que acepten las dignidades Eclesiasticas, y hoy se halla en la triste necesidad de resistir al poder, para apartar de ellas à los indignos; aquellos se negaban à aceptarlas, estos las buscan con ansia: los Santos bañaban con sus lagrimas las exteriores señales de su dignidad; los indignos miran con gusto, y alegria la pompa que la acompaña: ¡qué diferencia esta, Catolicos!

A San Buenaventura le eligió la Iglesia, y le obligó à admitir las dignidades del Santuario: Gregorio X. le miró como una piedra preciosa, necesaria en el edificio que él sustentaba, como sucesor de San Pedro: vió en él la misma virtud, que en Ambrosio, y Augustino, pero tambien halló la misma resistencia.

Sus virtudes, y sus talentos eran motivo de que en todas partes fuese admirado; pero su humildad le ocultaba à la vista de sus admiradores; inmediatamente que llegan à su noticia los aplausos que le tributa Roma, sale de aquella Capital, y se retira del favor del Soberano Pontifice: en vano irian los

honores à buscarle à su retiro, si no fuesen acompañados con un Breve Pontificio; es necesario que este Padre universal de los Fieles se valga de toda su autoridad, y de las amenazas del Cielo, para obligarle à aceptar la carga que le impone.

Si quereis, Señores, saber à dõnde llegó su heroica humildad, consultad la fiel historia de su vida; sabe que Clemerte IV. le ha nombrado para el Arzobispado de York, una de las principales Sillas de las Islas Britanicas, y penetrado de su profunda humildad, responde al Soberano Pontifice, que es indigno de semejante cargo, y que de ningun modo puede aceptarle, consiguiendo con esta renuncia el quedarse en su retiro, para llorar al pie de la Cruz, y adquirir alli aquellas luces que tan util le hicieron à la Iglesia.

Es verdad que Gregorio X. triunfò de su humildad, pero fue despues de haver experimentado la mayor resistencia, oponiendose à su precipitada fuga, valiendose de toda su autoridad, y hablandole en nombre de Dios en un Breve lleno de amor, y caridad que le dirige.

Un hombre que ama la gloria, y la opulencia, se lisongea quando sabe que el distribuidor de las gracias se acuerda de él; pero à San Buenaventura nada le asusta tanto como esta memoria: el Soberano Pontifice, que conoce muy bien su profunda humildad, le dá à entender que intenta hacerle Cardenal, y esto basta para que asustado nuestro Santo huya de Roma, y vaya à ocultarse en su retiro de París; esto es, Catolicos, despreciar sinceramente los honores.

Pero obligado, por ultimo, à vestirse la Purpura Romana, y à sentarse en el Trono Episcopal de Albano, conserva en medio de estas dignidades su profunda humildad, y levanta trofeos à la sencillez Evangelica, y à los humildes ejercicios de la vida religiosa

Los Nuncios del Papa van à darle el parabien de su promocion, llevandole las señales exteriores de su dignidad, y hallan al nuevo Cardenal ocupado en los mas viles ministerios de su Convento; quedan admirados con este espectáculo, y mucho mas al ver que los recibe sin interrumpir sus ejercicios; solamente los Heroes de la Religion conservan la tranquilidad de animo, y el amor à los abatimientos del Evangelio en medio de los grandes sucesos: los Heroes del mundo se desvanecen con las felicidades, y se rinden à las desgracias.

El Vicario de Jesu-Christo triunfa de la resistencia de San Buenaventura; éste le obedece, y prostrado à sus pies recibe la Uncion Santa de sus manos; ungido este Sacerdote del Altisimo, y colocado en el orden Episcopal, vá à iluminar al mundo con el divino fuego, que abrasa su corazon: hasta ahora havia sido una luz ardiente por la actividad de su amor: *Lucerna ardens*; en adelante será una antorcha resplandeciente, que alumbrará con la luz de su ciencia, y doctrina: *Lucerna lucens*: que es la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

Siguendo, Señores el espíritu de la Iglesia, cuento à San Buenaventura entre aquellos Santos Doctores, entre aquellas resplandecientes luces, que Dios ha suscitado en todos los siglos, para disipar las tinieblas del error, confundir à los Hereges, apagar los cismas, defender la verdad, y los dogmas impugnados, y la virtud despreciada, ò afrentada con culpables abusos, y para ser columnas de la Religión.

¿En qué parte del mundo no resplandeció este astro luminoso del Siglo XIII? ¿qué Escuela Católica, qué Universidad, ò qué Academia no admira, y aplaude sus escritos? Si se presenta en la Universidad de París, Escuela la mas famosa del orbe en aquel tiempo, y todos admiran su profundo talento, su vasta erudición, y los progresos que hace en todas las ciencias: si escribe, la Iglesia abraza sus Obras, y los Obispos, y Soberanos Pontífices las miran como sus delicias: los Reyes, y los Grandes, los sabios, y los sencillos, todos hallan en ellas una doctrina pura, un maná oculto, que alimentá el alma, una suavidad, y un fuego que la mueven, y abrasan: si es nombrado por la Iglesia, con Santo Thomás de Aquino, para trabajar en la grande obra de la reunion de los Griegos, ¿con qué zelo no acude inmediatamente al Concilio Ecumenico de Leon? ¿qué felicidades no proporciona en él à la Iglesia con su doctrina? ¿qué honores no recibe de todos los Padres congregados? Esta resplandeciente antorcha de

de la Iglesia en todas partes ilumina: admirad, pues, Catolicos, en nuestro Santo un Doctor que enseña en la Universidad mas famosa del mundo; un sabio que escribe para la posteridad; un Padre de la Iglesia, que es como el alma de un gran Concilio; y una luz, que siempre resplandece con la pureza de su doctrina: *Lucerna lucens.*

San Buenaventura es la luz de su siglo, luz pura, y preciosa, que resplandece en los Claustros, en la Universidad de París, en la Corte, y en todo el universo: sus hermanos le eligen por su Doctor; la Universidad fia à sus talentos una Cathedra, en que se havian sentado los hombres mas eminentes de aquel siglo: San Luis, y la Princesa Isabel, le consultan, y le toman por su Director en el camino de la eterna salud; todas las almas piadosas, que quieren caminar seguras por las estrechas sendas de la perfeccion Evangelica, oyen las lecciones de este gran Maestro de espíritu: Buenaventura forma à un mismo tiempo Doctores, y Santos.

Con el beneficio de esta resplandeciente antorcha, unos penetran las santas obscuridades de la Escritura, examinan con respeto la profundidad de nuestros Misterios, y descubren los artificios de los Hereges: otros hacen extraordinarios progresos en la virtud, aspiran à la perfeccion, evitan los escollos, y las ilusiones de una perfeccion mal entendida, y todos, bajo la direccion de tan consumado Maestro, aprenden à conocer, y amar la Religión.

Pocas veces sucede, Señores, hallarse en un mismo hombre un talento soberano, con un corazón puro, y sencillo; pocas veces sucede poseer à

un mismo tiempo en la flor de la juventud los incomparables tesoros de la ciencia, y de la inocencia; pero este prodigio le admiró en San Buenaventura su siglo: al principio resplandece esta luminosa antorcha entre sus hermanos; todos le miran como à Maestro, y Oraculo: de sus labios, depositarios de la ciencia, salen unas palabras de fuego que abrasan los corazones; una suavidad, y una eficacia que los mueven; unas razones sólidas, y eficaces, que convencen à los entendimientos; un metodo claro con que pone à todos en estado de poder responder à las mayores dificultades, y defender los dogmas Catolicos contra los esfuerzos de la heregía, y de la incredulidad: los adelantamientos de los Discipulos son la mayor gloria del Maestro.

Bajo la direccion de nuestro Santo se forma un cuerpo de Sabios en la famosa Escuela de París; en este cuerpo se entabla una sucesion nunca interrumpida de Doctores célebres, y de zelosos defensores de la sana Doctrina; y hoy dia admiramos, Catolicos, esta misma sucesion, continuada en los sabios Maestros de la Sorbona, gloria de la Religion, y de las Ciencias.

Vedle, Señores, nombrado por la Universidad de París para suceder à Alexandro de Halés, y à Juan de la Rochela, en las Cathedras que con tan general aplauso havian regentado: entre los muchos sabios que aspiraban à este honor, San Buenaventura es elegido por unanime consentimiento de todos: es verdad que no llega à la edad que prescribe en sus Maestros aquella Madre de las Ciencias, pero sus

ta-

talentos suplen la edad: colocado en aquel lugar eminente, despide rayos de luz, y de doctrina, con que ilumina à todo el mundo; sus Discipulos le admiran, y levantan tréfeos à su profunda erudicion, y à su eminente santidad.

Los vivos rayos de esta luz penetran hasta la Corte de San Luis, de aquel Heroe, que fue honor del Trono Francés, por su valor, y sus virtudes, que como Constantino supo reynar él, y hacer reynar à su Dios; que defendió con un mismo zelo los intereses de su Corona, y los de la Iglesia; y que fue mayor por las victorias que consiguió contra sus pasiones, que por las que ganó contra los enemigos de su Estado.

Bien sé, Señores, que un Monarca piadoso no suele sacar mas fruto de sus virtudes, que formar hypocritas en su Estado; el ambicioso no omite medio alguno por llegar à conseguir los honores à que aspira; el hombre perverso se pone la mascara de la virtud, quando conoce que el Principe solamente ama à los virtuosos; y dá muestras de trabajar en el edificio de su salvacion, quando solamente piensa en levantar el de su fortuna.

Pero el Rey, que con su exemplo obliga al vicio à ocultarse, que solo hace estimacion de la virtud, que elige para sus favorecidos à los que mira como santos, y que procura apartar de su Trono à los aduladores, y perversos, es digno de los mayores elogios: estos meritos alegaba el Rey David al Señor, hablando de las personas que componian su Corte, y estos mismos meritos podia alegar San Luis, para el gobierno de sus Estados, eligió siempre va-

Tom. IV.

F

ro

rones sabios, prudentes, y religiosos; y para el servicio de la Religion, y de su culto, se valia de hombres doctos, virtuosos, y apostolicos, como un Santo Thomás de Aquino, y un San Buenaventura.

Pero San Buenaventura fué quien con mas especialidad mereció su confianza, nombrándole por su Director, y Maestro en el camino de la perfeccion, en la que hizo heroycos progresos; compuso nuestro Santo para aquel piadoso Monarca varias obras espirituales, en las que cada palabra es una centella de fuego celestial, que abrasa los corazones en el amor de Dios.

La Princesa Isabel se valió tambien de los consejos de San Buenaventura, quando se dedicó à fundar la célebre Abadía de Longchamp: deseaba esta Princesa mitigar en parte los rigores de la primitiva Regla de Santa Clara, para que viviesen bajo esta Regla las virgenes que intentasen consagrarse à Dios en aquella Abadía; y San Buenaventura, por orden del Soberano Pontifice, forma un nuevo plan, en el que sin alterar el espíritu de la Regla, se acomoda à la humana flaqueza: la Santa Silla aprueba este nuevo plan; è inmediatamente se levanta un nuevo asylo à la virtud en aquel desierto: la piadosa Princesa junta muchas virgenes virtuosas, à las que edifica con su exemplo, y acaba allí sus dias con una muerte preciosa à la vista del Señor, y digna del culto de la Iglesia.

¿Alcanzaria, Catolicos, menos prudencia, menos sabiduria, y menos experiencia en la direccion de las almas, para suavizar los santos rigores de la Regla de Santa Clara, con unas mitigaciones que

en

F

en

en nada se opusiesen à la sólida piedad, que nunca entiviasen el fervor de las virgenes consagradas à Jesu-Christo, ni pudiesen servir de motivo de murmuracion à los espíritus severos, y rígidos? no por cierto: para tan ardua empresa era necesario todo un San Buenaventura.

La ciencia de nuestro Santo estaba señalada con los caractéres del agrado, de la piedad, y del amor divino; en ella resplandecia la fuerza del discurso, lo sublime de su talento, la claridad de las pruebas, las riquezas de la eloqüencia, y la mas acertada eleccion de quanto hasta entonces havian dicho los Santos Padres, tanto para hacer amable la virtud, como para impugnar el vicio, y defender los dogmas de la Fé: en sus Obras resplandece una profunda erudicion, junta con una doctrina pura, y celestial, por lo que han merecido los elogios de todos los sabios, y la aprobacion de la Iglesia, la que le ha colocado en el numero de sus Santos Doctores, y le mira como antorcha del Siglo XIII.

Este sabio tan singular es, Catolicos, el objeto de vuestra admiracion, y de vuestro culto; sus obras están selladas con el sello de la ciencia, y de la mas eminente santidad: los Soberanos Pontifices, las mas célebres Universidades, y los hombres mas doctos, las veneran como un tesoro de luz, y de doctrina, en donde sabios, è ignorantes, hallan que aprender, y que admirar: bastará proponeros una sucinta idea de las obras de San Buenaventura, para que no dudeis de que fue un sabio piadoso, un sabio util, y un sabio exactísimo en la doctrina.

Pocas veces sucede, Señores, el juntarse una

F 2

vir-

virtud sólida, con un talento sublime; la virtud parece que hoy está reservada para los ignorantes; el sabio al mismo tiempo que adelanta en la ciencia, desprecia la virtud; desvanecido con los talentos que le elevan sobre los demás hombres, no se avergüenza de entregarse à unos excesos, que le hacen muy inferior à ellos, y consagra al Demonio unos dones que para bien del universo ha recibido del Dueño Soberano de todo lo criado.

Todos los días estamos llorando, Catolicos, esta desgracia; los sabios de nuestro siglo, suelen ser afrenta de la virtud; ¿qué uso hacen de su eloqüencia, de su estilo, de aquella gracia que tienen para ganar los corazones, y del arte con que saben pintar las inclinaciones, y flaquezas de los hombres? ¿qué uso hacen de su profunda erudicion en las Historias, Sagrada, y profana? ya lo vemos, Catolicos; emplean estos dones que han recibido del Padre de las Luces en componer obras satyricas contra la verdadera devoción, en las que solamente se hallan incentivos para las pasiones, y elogios de los Apostoles de la sensualidad, y de los Heroes del vicio: este, Señores, es el funesto efecto de las infinitas obras que produce nuestro siglo, las que son tan acomodadas al gusto que hoy reyna; los Autores de estas obras son celebrados, y aplaudidos en la Republica de las letras, y mirados como Oraculos entre los Christianos.

La eloqüencia de San Buenaventura, no tenia menos atractivos, y gracias que la de estos sabios del siglo; pero siempre la consagró à la virtud: leed, Señores, sus Obras, y con especialidad las que com-

puso en honra de los trabajos de Jesu-Christo, y de las virtudes, y prerrogativas de su Santisima Madre, y en todas ellas admirareis un corazon abrasado en el fuego del divino amor, y unas expresiones nacidas de la mas sublime piedad.

Un sabio virtuoso es, Señores, un don del Cielo muy util para los hombres; es luz que ilumina, tesoro que enriquece, ryo de donde corren aguas saludables, que riegan las tierras áridas, y zeloso defensor de la virtud, y de la verdad; tal fue San Buenaventura; Guillermo de San Amor, y Gerardo de Abbeville, se declaran enemigos de la pobreza del Salvador; estos Doctores publican unas obras llenas de odiosas maximas, y de principios erroneos contra la pobreza voluntaria; San Buenaventura se encarga de responder à ellas, y lo hace con tanta eficacia que quedan confundidos sus enemigos: el Soberano Pontifice admira, aprueba, y elogia su Obra de la pobreza de Jesu-Christo, y al mismo tiempo condena los escritos de aquellos sabios sobervios.

San Luis dá un público testimonio, que durará tanto como los siglos, del aprecio que hace de las Obras de San Buenaventura, mandando que se quemem públicamente en la Capital de su Reyno las que havian publicado los enemigos de la pobreza del Salvador.

Nuestro Santo explica en sus Obras el enlace que entre sí tienen las virtudes de la Religion, responde à las mayores dificultades, disipa todas las dudas, abate la altivez de la ciencia humana, y destruye todos los falsos sistemas; leed, Señores su explicacion de la Obra de los seis días, y quedareis con-

convencidos de mi verdad: los Soberanos Pontífices le consultan, y desean tenerle cerca de sí para aprovecharse mejor de sus luces; todos los siglos le miran como un sabio util, pues enriquecida la Iglesia con sus Obras, halla en ellas armas para defenderse, y quedar victoriosa contra la heregía, y el libertinage.

Si me preguntais, Señores, cómo pudo San Buenaventura, hombre contemplativo, y encargado del gobierno de su Orden, llegar à adquirir tanta ciencia, os responderé lo mismo que él respondió al Angelico Doctor Santo Thomás, haviendole hecho semejante pregunta: la alta ciencia que admirais, la aprendió al pie de la Cruz; Jesu-Christo Crucificado fue su Maestro; y el que, con San Pablo, solamente estudié à Jesu-Christo Crucificado, excederá en ciencia à todos los sabios del mundo: de este Divino Maestro aprendió San Buenaventura la doctrina pura, y orthodoxa que aprobó la Iglesia, y admira la Christiandad.

La mayor gloria para un sabio, que escribe en materias de Religión, es la aprobacion de la Iglesia; desgraciados de aquéllos que quieren hacer ostentacion de su saber con unas obras que se oponen à la sana doctrina, y que destruyen en vez de edificar: ¿podrán compararse los laureles con que algunas Sociedades literarias de Alemania han coronado las impías Obras de Lutero, con los justos elogios, y sólida gloria que tributan la Iglesia universal, y los Soberanos Pontífices à las de San Agustin? Nosotros estimamos, y reverenciamos la doctrina de San Agustin, por estar recomendada, y apro-

aprobada por la Iglesia, y miramos con horror la de Lutero, por estar condenada por la misma.

Alabo, Señores, la doctrina de San Buenaventura, porque es justamente la de la Iglesia Católica; esta resplandeciente luz jamás padeció el menor eclipse; nunca la ofuscaron las nuves del error, ò de la novedad.

Paso en silencio los magníficos elogios que tres Sumos Pontífices tributaron à esta doctrina, mandando que ella sola, con exclusion de todas las demás, se enseñase en las Escuelas del Orden Seráfico: paso en silencio, que uno de estos Vicarios de Jesu-Christo, cuyo talento, y sabiduria igualaba à su dignidad, y cuyo nombre basta para su elogio, Sixto V. para dar à entender el singular aprecio que hacia de las Obras de San Buenaventura, hizo una diligentísima coleccion de todas, y una edicion correspondiente al respeto con que las miraba: paso también en silencio, que estas Obras fueron propuestas como Oraculos de la Fé, y como compendio de la doctrina de la Iglesia en el Concilio Ecumenico de Florencia, à que asistieron los Griegos.

Los Antoninos, los Sixtos, los Gersones, los Santos, los sabios, y los criticos, todos han hecho extraordinario aprecio de estas Obras: todos confiesan su utilidad, y confiesan haver sido su Autor, luz de su siglo, y antorcha que servirá de guia mientras dure el mundo, à los que caminamos por esta obscura noche de la vida.

San Buenaventura, y Santo Thomás de Aquino, eran, Señores, los dos astros que resplandecian en

la

la Iglesia quando ésta se hallaba afligida con la relajacion de las costumbres de sus hijos, con la opresion que padecian los Christianos en Palestina, y con el cisma de los Griegos: Gregorio X. funda todas sus esperanzas en estos dos hombres eminentes: conoce su zelo, y sus talentos: Santo Thomás de Aquino havia ya refutado los errores de los Griegos Cismaticos en una Obra célebre, que compuso à este intento: San Buenaventura se disponia también à tratar esta importante materia: estas dos antorchas de la Iglesia estaban destinadas à resplandecer en el Concilio General, que el Sumo Pontifice havia convocado para la Ciudad de Leon; pero, ¡oh adorables secretos de la divina providencia! una de estas dos luces se apaga en el camino: la Iglesia queda privada del Doctor Angelico, que havia sido su gloria, y su consuelo; las Escuelas Catolicas pierden su Oraculo, y el mundo Christiano el exemplar de todas las virtudes: nuestro Santo Cardenal llegará solo al Concilio; será el alma, y el Oraculo de aquella santa Junta; y aquel lugar tan memorable, por los triunfos que en él consiguió la Iglesia Catolica, será su sepulcro; pero antes de que este resplandeciente astro se eclipse, los Griegos Cismaticos quedarán iluminados, y reunidos; los Padres del Concilio, los Principes, los Reyes, y los Griegos reunidos, levantarán trofeos à la santidad, à la prudencia, à la eloqüencia, y à la sabiduria de nuestro santo, y estos serán el adorno mas magnifico de su sepulcro.

Al contemplant, Señores, los resplandores de aquella augusta asamblea, me faltan voces para con-

concluir mi discurso; alli se controviernten los puntos mas importantes de la Fé, y de la disciplina; nuestro Santo Cardenal ocupa un puesto muy distinguido entre todos los Padres; sus palabras se miran como oraculos; se confunden los cánticos de alegria, con las lagrimas, y llantos, y se abre el sepulcro que le ha de encerrar, en el mismo lugar en que sus distinguidos meritos le preparaban un Trono.

¿Quereis saber, Señores, la estimacion que de San Buenaventura hizo este Concilio Ecumenico? pues miradle sentado à la derecha del Supremo Gefe de la Iglesia, ocupando el principal lugar despues del Sumo Pontifice, que presidia en él: ¿quereis saber las gloriosas acciones que practicó en este Concilio? pues miradle à un mismo tiempo Orador, Doctor, y defensor de la unidad de la Iglesia: dos veces predicó en él, y ambas se mereció los mas singulares elogios de aquellos sabios, por su eloqüencia, y doctrina.

¿Què penetracion, qué solidéz, qué talentos no manifestó en las conferencias que tuvo con los Padres Griegos! ¿quién hizo ver jamás con mayor magnificencia las promesas de Jesu-Christo à su Iglesia? ¿quién supo ganarse los corazones, y los afectos de todos con tanta generalidad como nuestro Santo? juzgado, Señores, por sus felices sucesos.

Los Griegos reunidos se confiesan vencidos, y la victoriosa afabilidad de San Buenaventura los liga al carro triunfal de la Iglesia; y despues de haver cantado las alabanzas de nuestro Santo Cardenal, cantan con los Padres del Concilio, y los ilus-

tres Condes de Leon, el Symbolo de la Fé, repitiendo tres veces con ellos, que el Espiritu Santo procede del Padre, y del Hijo.

¡Oh Iglesia, oh Esposa de Jesu-Christo! alegrate, pues ya no habrá en adelante mas que un solo Pastor, y un solo rebaño: ¿pero qué veo, Catolicos? esta santa alegría se muda repentinamente en un luto universal: esta columna de la Iglesia cae en tierra, y esta luz se apaga quando despedia mayores resplandores: Buenaventura pasa à la feliz morada de la eternidad, acompañado de sus buenas obras: Gregorio X. baña su sepulcro con sus lagrimas: todos los corazones se hallan poseídos de universal tristeza; el Cardenal de Ostia hace el elogio de sus virtudes en presencia de los Altares, y los Principes de la Iglesia, y del Estado, llevan al sepulcro los sagrados despojos de su mortalidad.

Consuelate, affigida Esposa de Jesu-Christo: este lugubre aparato se mudará muy presto: Dios, que tan admirable es en sus Santos, hará que resplandezca su poder en la misma mansion de la muerte; y manifestará la gloria de su Siervo, obrando por medio de su intercesion extraordinarios prodigios.

Leon, aquella ilustre, y antigua Iglesia de las Gaulas, sin olvidarse de los Photinos, è Irenéos, levantará trofeos à la gloria de San Buenaventura, le colocará en el numero de sus Apostoles, todos los años celebrará sus virtudes con la mayor pompa, y magnificencia, y estos anuales cultos serán público testimonio del amor que la Ciudad de Leon profesa à nuestro Santo.

Feliz yo, Señores, si al mismo tiempo que he expuesto à vuestra vista esta resplandeciente antorcha, he conseguido abrasar vuestros corazones en amor divino, è ilustrar vuestros entendimientos con las verdades de la Religion: la inocencia de costumbres, y vuestra sumision à las ordenes de la Iglesia, son los medios para que seais agradables à la vista del Señor, y para que consigais la corona que tiene reservada para la fé, y buenas obras, en la eterna bienaventuranza. *Ad quam, &c.*

S E R M O N

PARA EL DIA DE LA FESTIVIDAD
del Escapulario de nuestra Señora
del Carmen.

Rationabile obsequium vestrum: Rom. 12.

Vuestro culto debe ser racional.

¡Q UÉ promesa mas magnifica, ni de mayor consuelo, Catolicos, que la que en otro tiempo hizo la Reyna del Cielo à aquel famoso General del Orden del Carmelo San Simon Stok, en aquella célebre aparicion, en que vistiendole el Santo Escapulario, le aseguró que este precioso Hbito seria para él, y para todos los que le vistiesen, señal de salud, defensa en los peligros, divisa de la predestinacion, y prenda de una alianza, de una paz, y de una union indisoluble, y eterna! *Signum*

tres Condes de Leon, el Symbolo de la Fé, repitiendo tres veces con ellos, que el Espiritu Santo procede del Padre, y del Hijo.

¡Oh Iglesia, oh Esposa de Jesu-Christo! alegrate, pues ya no habrá en adelante mas que un solo Pastor, y un solo rebaño: ¿pero qué veo, Catolicos? esta santa alegría se muda repentinamente en un luto universal: esta columna de la Iglesia cae en tierra, y esta luz se apaga quando despedia mayores resplandores: Buenaventura pasa à la feliz morada de la eternidad, acompañado de sus buenas obras: Gregorio X. baña su sepulcro con sus lagrimas: todos los corazones se hallan poseídos de universal tristeza; el Cardenal de Ostia hace el elogio de sus virtudes en presencia de los Altares, y los Principes de la Iglesia, y del Estado, llevan al sepulcro los sagrados despojos de su mortalidad.

Consuelate, affigida Esposa de Jesu-Christo: este lugubre aparato se mudará muy presto: Dios, que tan admirable es en sus Santos, hará que resplandezca su poder en la misma mansion de la muerte; y manifestará la gloria de su Siervo, obrando por medio de su intercesion extraordinarios prodigios.

Leon, aquella ilustre, y antigua Iglesia de las Gaulas, sin olvidarse de los Photinos, è Irenéos, levantará trofeos à la gloria de San Buenaventura, le colocará en el numero de sus Apostoles, todos los años celebrará sus virtudes con la mayor pompa, y magnificencia, y estos anuales cultos serán público testimonio del amor que la Ciudad de Leon profesa à nuestro Santo.

Feliz yo, Señores, si al mismo tiempo que he expuesto à vuestra vista esta resplandeciente antorcha, he conseguido abrasar vuestros corazones en amor divino, è ilustrar vuestros entendimientos con las verdades de la Religion: la inocencia de costumbres, y vuestra sumision à las ordenes de la Iglesia, son los medios para que seais agradables à la vista del Señor, y para que consigais la corona que tiene reservada para la fé, y buenas obras, en la eterna bienaventuranza. *Ad quam, &c.*

S E R M O N

PARA EL DIA DE LA FESTIVIDAD
del Escapulario de nuestra Señora
del Carmen.

Rationabile obsequium vestrum: Rom. 12.

Vuestro culto debe ser racional.

¡Q UÉ promesa mas magnifica, ni de mayor consuelo, Catolicos, que la que en otro tiempo hizo la Reyna del Cielo à aquel famoso General del Orden del Carmelo San Simon Stok, en aquella célebre aparicion, en que vistiendole el Santo Escapulario, le aseguró que este precioso Hbito seria para él, y para todos los que le vistiesen, señal de salud, defensa en los peligros, divisa de la predestinacion, y prenda de una alianza, de una paz, y de una union indisoluble, y eterna! *Signum*

salutis, salus in periculis, fœdus pacis, & patri sempiterni.

Esta ha sido la unanime creencia en el mundo Christiano, de Principes, Reyes, Prelados, y Theologos: esta ha sido la creencia de las personas de ambos sexos, de todas edades, y estados, las que despues de cerca de seiscientos años han acudido con ansia à alistarse bajo los estandartes de Maria, vistiendose la gloriosa librea de esclavos suyos; y esta es la firme creencia en que vivís vosotros devotos oyentes, acreditondola con el amor que profesais al Orden del Carmelo, vistiendo su Santo Escapulario, y desempeñando con edificacion del mundo las obligaciones de su Regla; todas vuestras piadosas acciones, son prueba evidente de lo persuadidos que estais de una verdad, que ha sido la comun creencia de todos los Pueblos Christianos por espacio de cerca de seis siglos.

No es mi intento, Señores, probar hoy la solidez de la devocion al Santo Escapulario, para confirmar vuestra creencia en este punto, pues haria notorio agravio à vuestra piedad si sospechase que en vosotros cabia alguna duda acerca de una verdad tan manifiesta; los motivos que me mueven son vuestro consuelo, la gloria de Maria, el honor de un Orden tan ilustre, y el deseo de acomodarme à las necesidades de nuestro desgraciado siglo; pues no puedo menos de confesar, aunque con grande confusion, que esta superioridad de talento, y de ciencia de que hoy tanto nos preciamos, y en que temerariamente juzgamos exceder à nuestros mayores, no es mas que un espiritu de critica, y de incredulidad.

lidad, por el qual juzgamos tener derecho para negar todo aquello que tiene visos de revelacion, y de milagro; ò un espiritu de irreligion, y de libertinaje, que se burla de todos los exercicios exteriores de devocion, sin perdonar à aquéllos que se hallan solemnemente autorizados por la Silla Apostolica.

Para oponerme, pues, à las falsas, y temerarias maximas que reynan en nuestro siglo, digo, que la devocion al Santo Escapulario, es una devocion sólida, y que atendiendo à su institucion, à sus exercicios, y à su fin; es santa, y está libre de toda censura.

Esta misma verdad insinuaba en otro tiempo el Apostol à los primeros Fieles: para que el culto de un Christiano sea verdaderamente sólido, han de concurrir en él tres distintivos: el de la verdad, al que corresponde la prudencia; el de la sencillez, porque ha de ser puro, y espiritual; y el de la santidad, porque ha de ser propio para reglar nuestras costumbres, y para obrar la santificacion de nuestras almas: este es, segun la exposicion de los Santos Padres, el verdadero sentido de las palabras de mi texto: *Rationabile obsequium vestrum*: (Rom. 12. 1.) estos tres distintivos se hallan perfectamente en el culto que tributamos à nuestra Señora del Carmen.

Este culto es prudente, y arreglado, por derivarse de una revelacion, que aunque no es de fé, se halla autorizada con unas pruebas tan sólidas, que seria temeridad el dudar de él; y este es el distintivo de verdad que se halla en este culto.

Es puro, y espiritual, porque aunque parece que

que se ciñe solamente à exercicios exteriores, y comunes, estos son expresiones naturales de los interiores afectos, con que veneramos à Maria Santisima; y este es el distintivo de sencillez.

Finalmente, es muy à proposito para arreglar nuestras costumbres, y obrar la santificacion de nuestras almas, pues nos señala unos medios muy faciles, y muy acomodados à nuestra fragilidad, para emplearnos en obras de virtud, y nos promete muchas, y muy especiales gracias del Cielo; y esté es el distintivo de santidad.

Explicaré con alguna extension estas tres verdades, que servirán de asunto à mi oracion en tres discursos: el espíritu de error, procura hoy mas que nunca, Catolicos, entibiar la devoción de los fieles para con Maria Santisima; opongamonos, pues, con santa libertad à sus depravados intentos, y vos Señora, alcanzadme de vuestro Divino Esposo gracia para poder hablar dignamente de vuestras glorias.

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

NO permita el Señor, Catolicos, que gobernado yo por un falso zelo, ò dexandome llevar de la frivola aprehension de entibiar en los fieles la devoción al santo Escapulario, tema el desengañarlos en un punto, en que no juzgo, que ninguno padezca engaño: la revelacion particular, en que se funda esta devoción, no es revelacion de fé; este singular privilegio es propio solamente de las verdades reveladas à la Iglesia, las que se contienen en las

las Santas Escrituras, y en la tradicion, explicadas por la Santa Esposa de Jesu-Christo: estas verdades son para nosotros indubitables, y son sagrados dogmas de nuestra Religion, de los que no podemos dudar sin cometer un execrable delito.

¿Pero es posible, que no ha de haver en el Christianismo otras verdades ciertas, mas que aquellas que son de fé? ¿en nuestra Santa Religion no hemos de tener seguridad de otras verdades, mas que de aquellas que se contienen en los Libros Santos? ¿nos ha de ser licito dudar de todo lo que no está expresamente sellado con el sello de la infalibilidad divina? ¡ah, Catolicos! si esto fuera así, ¿qué necesidad teniamos de nuestro entendimiento? ¿para qué nos diria el Apostol, que examinásemos los espíritus, para saber si son de Dios, y para no andar fluctuando con los vientos de las varias doctrinas? ¿à qué Pirrhonismo nos veriamos reducidos acerca de innumerables hechos instructivos, maravillosos, y edificantes, confirmados con las pruebas mas autenticas, y seguras?

Reconozcamos, pues, Señores, en el Christianismo, además de las indubitables verdades de la fé, y de la incertidumbre irrefragable que à ellas conviene, otra certidumbre inferior de segundo Orden, que aunque no tiene en sí la infalibilidad divina, es no obstante suficiente, para fixar el entendimiento de los fieles acerca de aquellas verdades de hecho, que aunque no son dogmaticas, tienen mucha conexión con la fé: à esta certidumbre llaman los Theologos piadosa creencia, y aunque está subordinada à la certidumbre de la fé, es en sí misma suficiente, para ase-

asegurar à qualquiera hombre prudente, y ninguno puede negarla, sin incurrir en la nota de temerario: esta certidumbre de hecho es el fundamento de la devocion, que profesamos al santo Escapulario.

Yá haveis oído muchas veces, Señores, que el Santo General, que recibió de manos de la Reyna de los Angeles el Escapulario, que visten los hijos del Carmelo, fue un hombre dotado desde su mas tierna infancia de una gracia extraordinaria, que como el Bautista fue llevado en su niñez al desierto por el espíritu de Dios, y renovó en él todas las austeridades, practicadas por los primeros Anacoretas de la Thebayda; un hombre, que vivía continuamente entregado à la contemplacion, y que por medio de este santo exercicio llegó à conseguir una pureza angelica, y una familiaridad con Dios, que le asociaba à los espíritus celestiales: un hombre perfectamente instruido en la ciencia de la Religion, y que sin haver tenido mas Maestro, que el Espíritu Santo, fue tan admirado de los Sabios de su País, que éstos miraron como su mayor honor el agregarle à su Universidad de Oxford, famosa yá en aquel tiempo: un hombre, finalmente, amado singularmente de Maria Santisima, y destinado por la misma Señora para columna, y adorno de una familia consagrada con especialidad à su culto, y que aunque muy antigua en el Oriente, quando empezó à manifestarse en Occidente, fue, como suele suceder à todas las obras de Dios, el objeto de las contradicciones de los hombres.

Nada pondero, Catolicos; este es puntualmente el retrato que del glorioso San Simon Stock nos ha-

cen

cen todos los Autores contemporáneos; este es el hombre que nos dá testimonio de ser el Santo Escapulario una particular señal de alianza con Maria Santisima, y una prenda expecial de la poderosa proteccion, que la Señora estiende à su Orden del Carmelo, para que despues, con aprobacion de la Iglesia, se comunicase à todos los fieles: ¿os parece, Señores, que es para despreciado el testimonio de un hombre de estas circunstancias? ¿podremos arguir de engaño, ò de mentira en un punto tan importante à un tan piadoso Solitario? ¿es de creer, que se engañase un Doctor tan sabio, y tan acostumbrado à recibir favores del Cielo? ¿qué extraño es, que Maria, atendiendo à las oraciones de su Siervo, concediese este singular beneficio à una Orden, que desde su nacimiento estuvo dedicada à su servicio, y que siempre fue digna de su amor?

En el siglo trece no pidieron mas pruebas que este testimonio, los piadosos fieles que entonces vivian para desear con ansia el vestirse esta santa divisa: inmediatamente que se divulgó la aparicion de Maria à su Siervo, todos le pedian con fervor, y respeto, que les pusiese el Santo Escapulario: los Eclesiasticos, y los Seglares, los mayores Santos, y los mas famosos pecadores, los Sabios, y los ignorantes, los grandes, y los pequeños, los hombres, y las mugeres, todos deseaban alistarse baxo el estandarte de Maria, y miraban como un distintivo de honor, y de virtud el santo Escapulario.

Pero quiero dexar à parte esta prueba fundada en el unanime consentimiento de todos los Pueblos, y en la piadosa creencia de nuestros Padres; la ver-

Tom. IV.

H

dad

dad del santo Escapulario tiene à su favor otra prueba mas autentica, que es la aprobacion de la misma Esposa de Jesu-Christo: porque aunque es cierto, que es un testimonio de mucho peso para comprobacion de un hecho milagroso, el unanime consentimiento de todas las personas contemporaneas, mientras no esté aprobado por la Iglesia, tiene derecho qualquiera Christiano, sino para negarle, y dudar de él, à lo menos, para suspender su juicio hasta que aprobado solemnemente, sea puesto en el numero de aquellas verdades autorizadas con su irrefragable testimonio; por eso San Agustin decia, hablando con los Hereges de todos los tiempos, que no creeria las mismas verdades del Evangelio, si no estuvieran confirmadas con la autoridad de la Iglesia Catolica: *Ego verò Evangelio non crederem, nisi me Catholicæ Ecclesiæ commoveret autoritas.*

Esta Esposa de Jesu-Christo ha hablado yá repetidissimas veces en los terminos mas expresos por boca de sus Soberanos Pontifices: dexo à parte el testimonio del Papa Juan XXII, de quien se asegura, que à principios del siglo XIV. aprobó públicamente la revelacion hecha à San Simón, y la promesa que en ella se incluye para todos los Congregantes del Carmelo: en la Bula de este Soberano Pontifice hallan algunas dificultades los criticos, y así omitiendola por ahora, paso à los Papas sus Sucesores.

Sería una enumeracion molesta el referiros, Señores, los nombres de todos los Papas, que con su consentimiento tacito, ó con Bulas, y Breves, han autorizado la devocion al santo Escapulario; y así, hablando solamente de los ultimos, ¿qué testimonio

mas autentico puede desearse, que las expresiones con que aprueban esta devocion los Papas, Alexandro V. Clemente VII. Paulo III. Paulo IV. San Pio V. Gregorio XIII. Paulo V. Clemente X. Inocencio XI. y en estos ultimos tiempos Clemente XI. Benedicto XIII. y Clemente XII? Las Bulas de estos Sumos Pontifices cierran la boca à los enemigos del santo Escapulario; en ellas elogian altamente à todos los individuos del Carmelo, y los conceden singulares favores, y gracias, para animar à todos los fieles à alistarse en esta Santa Milicia.

Pues aun quando en la autoridad de todos estos Pontifices, cuyos testimonios uniformes componen una tradicion tan autentica, y autorizada en favor de la verdad del santo Escapulario, aun quando en esta autoridad no concurrieran mas prerrogativas, que en el testimonio de unos hombres particulares, ¿sería prudencia dudar de la certidumbre de sus juicios? ¿pues qué temeridad no sería dudar de ellos, quando sabemos la circunspeccion, y madurez, con que proceden en todos los puntos que interesan la Religion, quando nos consta lo prevenidos que están siempre contra la ilusion, y el engaño en materias de devocion, y quando en semejantes ocasiones tienen por regla inviolable, no decidir sin consultar antes à los hombres mas sabios de su siglo? Estos hombres, tan respetables por su autoridad, eran unos hombres à quienes en todos los puntos de Religion que trataban, asistia el Espiritu Santo con particular influxo; eran Vicarios de Jesu-Christo, y cabeza visible de su Cuerpo místico; eran los organos por donde el divino espiritu pronunciaba sus Ora-

culos, defensores, y Jueces establecidos por Dios para todo lo perteneciente al culto divino: ¿qué temeridad, pues, no sería la nuestra, si el unanime testimonio de semejantes personas no alcanzára à confirmarnos en la verdad de ser prudente, y justa la devocion al santo Escapulario?

Parece, que hallandose yá autorizada esta verdad en la Iglesia con el testimonio de sus Pastores universales, no necesitaba de mas prueba para ser creída, pero con todo eso, el mismo Dios quiso confirmarla, obrando en su favor innumerables, y extraordinarios milagros.

Bien sabeis, Catolicos, que los verdaderos milagros, esto es, aquellos sucesos absolutamente superiores à las fuerzas de la naturaleza, en los que no cabe la mas leve sospecha de prestigio, ni engaño, son precisamente obra de Dios; el mismo Señor nos lo asegura asi por boca de su Profeta: *Qui facit mirabilia solus.* (Psal. 135. 21.) Tambien sabeis, que Dios es verdadero, y fiel; y que sin dexar de ser Dios, es imposible engañarse, ni engañarnos, y consiguientemente es tambien imposible, que comunique à los hombres su poder, para obrar milagros que autorizen la mentira: *Fidelis Deus, negare se ipsum non potest.* (2. Tim. 2. 13.) Esto supuesto, no dudareis de los verdaderos milagros, que se obran en la Iglesia Catolica, y confesareis con San Agustin, que fuera de ella no pueden obrarse: estos milagros son la voz del mismo Dios, y una voz, que no obstante ser muda, es clara, è inteligible para todo el mundo, y asi como el Señor concedió à los hombres las palabras exteriores, para comunicarse mutuamente

sus

sus conceptos, se reservó los milagros para explicarse con nosotros, y confirmarnos las verdades, que nos enseña por el organo de su Iglesia: *Sicut humana consuetudo verbis loquitur, sic divina potentia factis mirabilibus,* dice San Agustin.

Examinad, pues, Catolicos, si podeis, la innumerable multitud de milagros públicos, autenticos, ciertos, y aprobados, que ha obrado Dios en confirmacion de la verdad del santo Escapulario, que Maria Santisima presentó à San Simon Stok, para que sirviese de divisa à sus fieles devotos: ¿qué Reyno, qué Provincia, qué Ciudad Christiana, no ha visto apagados repetidas veces los mas voraces incendios por la divina virtud del santo Escapulario de Maria, conservandose éste sin lesion en medio de las llamas? ¿quántas veces ha librado de los naufragios à los que le vestian? ¿quántas veces los ha servido de defensa contra los rayos, y centellas? ¿qué escudo hay mas seguro en los asaltos, y batallas? ¿quántos exercitos enteros han sido testigos de lo impene-trable, que es esta celestial armadura à los dardos del enemigo? Toda la Francia sabe, que uno de sus ultimos Reyes, Luis el justo, se vistió estas divinas armas, despues de haver visto con sus propios ojos en el sitio de Montauban, Ciudad que el espiritu de la Heregía havia rebelado à su Imperio, à un Soldado à quien el santo Escapulario havia servido de peto, que le salvó la vida, pues la bala que atravesó todos sus vestidos, no pudo pasar la santa divisa, y se estrelló en ella como en una roca; finalmente sería molestar vuestra atencion, y hacer agravio à vuestra fé, el referiros, para prue-

ba

ba de la verdad propuesta, los innumerables milagros, que Dios se ha dignado obrar por medio de esta santa reliquia.

Todos estos milagros, ò los principales de ellos han sido autorizados por testigos fidedignos, y de toda excepcion, han pasado por las pruebas de un examen juridico, y están sellados con el sello de la pública autoridad, de modo que ningun hombre prudente puede dudar de ellos; ¿quién podrá, pues, disputar à la devocion del santo Escapulario el distintivo de la verdad; teniendo en su favor la unanime creencia de todos los Pueblos, habiendo sido autorizada por la Iglesia, y confirmada por espacio de cerca de seiscientos años, con la voz sensible del mismo Dios en sus milagros? y asi, atendiendo à su institucion, se halla libre de toda censura: pasemos à examinar sus piadosos ejercicios, que es la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

LA Religion Chrística, dice Jesu-Christo, hablando con la Samaritana, es una Religion espiritual, y los verdaderos adoradores del Padre Celestial son los que le adoran en espiritu, y verdad: *Veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu, & veritate.* (Joan. 4. 23.) Pero esta Religion tan espiritual es una Religion, dada à los hombres, y establecida únicamente para ellos, debiendo no solamente subsistir, y perpetuarse entre ellos, sino tambien manifestarse exteriormente; y asi, no obstante ser espiritual, es necesario que se sensibilice con actos, ceremonias, y ejercicios exteriores, por medio

de los quales, confesando la grandeza del sér supremo, le glorifiquemos continuamente, segun la expresion del Apostol, con testimonios visibles de nuestra obediencia: *Glorificate Deum in Corpore vestro.* (1. Corint. 6. 20.) *Glorificantes Deum in obedientia Confessionis vestrae.* (2. Corint. 9. 13.)

Conviene, pues, esencialmente à la Religion Christiana el tener un culto visible, acompañado de ejercicios exteriores de piedad: pero como este culto, y estos ejercicios exteriores, solamente pueden dar gloria à Dios, en quanto dimanen de los interiores sentimientos del alma, es absolutamente necesario que este culto, y estos exteriores ejercicios sean una expresion sencilla, y natural de los movimientos del corazon: esta es, Catolicos, aquella augusta, y divina sencillez, en que consiste el verdadero distintivo de nuestra Religion: la sublimidad del culto interior ensalza los ejercicios exteriores mas comunes en la apariencia, y estos ejercicios exteriores son una profesion pública del culto interior más sublime.

Esta es la regla infalible, è invariable por donde debemos juzgar de la solidez de las devociones exteriores, que desde el principio del Christianismo se han introducido en varios tiempos en la Iglesia; esta sencillez es el principal distintivo de los devotos ejercicios mas antiguos en nuestra Santa Religion: aun los mas declarados enemigos del Santo Escapulario, à no ser que no quieran admitir este principio tan evidente, no podrán menos de confesar, que esta devocion está caracterizada con la mas pura sencillez: porque ¿qué cosa mas sublime,

ba-

bajo de mas sencillas, y comunes apariencias, que el culto que tributamos à nuestra Señora del Carmen? exteriormente vestimos su Santo Escapulario, nos gloriamos de tenerle sobre nuestro pecho, dia, y noche, y somos fieles, en no desnudarnos jamás de esta santa insignia: esta es la practica esencial en el exterior, y el cuerpo de nuestra devocion, si es licito hablar asi; pero qual es el espiritu, y que queremos significar con traer sobre nuestro pecho esta divisa dedicada à Maria? Queremos significar, Catolicos, nuestros interiores afectos à Maria, los afectos mas dignos de nosotros, y mas dignos de la Señora, pues se hallan animados de las mas sublimes ideas, que de la gran Reyna de los Angeles puede inspirarnos la Fé.

Buelvo à repetir, Señores, que no es mi intento usar de exageraciones para ensalzar la devocion del Santo Escapulario: todo quanto ha dicho el Espiritu Santo en los Sagrados Libros, quanto ha determinado la Iglesia en sus Concilios generales, y particulares, quanto han escrito los Padres, y Doctores, para inspirar à los Fieles devocion à Maria Santissima, zelo por la defensa de su gloria, veneracion à su santidad, deseo de imitar sus incomparables, virtudes, y confianza en su proteccion, y amparo, todo lo hallo recopilado en los verdaderos hijos del Carmelo; y el Santo Escapulario, segun la intencion de los que le visten christianamente, y la de la Iglesia que le autoriza, nada menos es que una profesion pública, y una manifestacion solemne, y autentica de estos sublimes afectos.

Es una profesion pública del respeto que tenemos

mos à la grandeza de Maria, y de nuestro zelo por la defensa de su gloria: los vestidos que en el principio introdujo en el mundo la necesidad para comodidad del hombre, se mudaron muy presto en otros usos; la politica se valió de ellos sabiamente para diferenciar los estados, y caracterizar las condiciones; la purpura nos anuncia la soberanía de los Reyes; y la fidelidad que à éstos profesan sus soldados, está significada en los uniformes que visten; pues esto mismo que la prudencia humana inspiró à los hijos del siglo, para significar su lealtad, y su amor à los Soberanos, y Principes de la tierra, es lo que una prudencia divina dicta à los hijos del Carmelo, para manifestar à todo el universo su singular amor à la Reyna de los Cielos.

No contentos los hijos del Carmelo con el titulo de Vasallos de la Soberana Reyna, que les es comun con todos los demás verdaderos Christianos, estienen à mas su devocion, quieren ser conocidos en todas partes por domesticos de esta Señora, por Escavos consagrados unicamente à su servicio, y por generosos soldados, dispuestos siempre à estender la Gloria de su Nombre, y à defenderla, si fuese necesario, à costa de su propia vida; pero aun es muy imperfecta comparacion la del amor de un siervo para con su señor, y del zelo de un valeroso soldado por la gloria de su Principe, respecto del amor, y zelo de la Gloria de Maria, que se hallan en un hijo del Carmelo; en los afectos de un hijo vivamente penetrado de amor à una Madre, la mas digna de ser amada, en el zelo de un hermano generoso, y agradecido à una hermana benefica, y

Tom. IV. I aman-

amante , podremos hallar alguna idea mas expresiva , aunque siempre será insuficiente : no os admire , Señores , mi proposicion , pues es muy conforme à la mente de la Soberana Reyna , y à las expresiones de los soberanos Pontifices en sus Decretos ; segun la intencion de Maria , el Santo Escapulario es una señal de filiacion , y de fraternidad especialissima : *Accipe , fili , meæ confraternitatis signum.* Segun las expresiones de los soberanos Pontifices , se asegura de un modo muy especial à todos los que visten el Santo Escapulario del Carmelo , los gloriosos nombres de Hijos , y Hermanos de Maria : *Mariæ filiorum , ac fratrum speciale nomen :* y no penseis , Señores , que este nombre es un titulo vano en los verdaderos hermanos del Santo Escapulario , pues aunque algunos , lo que no puedo creer , desmientan con su conducta la realidad de este titulo , los mas dan , con su buen exemplo , testimonio de su realidad , publicando su amor à la Soberana Reyna , y el zelo de su Gloria que los anima con la constante fidelidad en llevar sobre su pecho la Sagrada Divisa de su Orden.

Gloriaos , pues , ò Soberana Reyna , de que à pesar de la saña con que los enemigos de la Iglesia procuran , hoy mas que nunca , apagar en todos los corazones el zelo de vuestra Gloria , aun teneis una infinidad de siervos , que fundan su mayor honor en ser tenidos por Esclavos vuestros , y que mientras el Santo Escapulario se mantenga con honor en la Iglesia , lo que a pesar del Infierno sucederá mientras duren los siglos , todos los verdaderos Christianos procurarán hacer ver al universo , por medio de

esta Celestial Divisa , el respeto que profesan à vuestra grandeza , y el zelo que tienen de vuestra Gloria.

El Santo Escapulario es tambien , Catolicos , una profesion pública de veneracion à la Santidad de Maria , y un testimonio del sincero deseo que tenemos de imitar sus Virtudes : es verdad de Fé , enseñada por el Apostol , que el que ha sido bautizado en Jesu-Christo con las debidas disposiciones , inmediatamente queda adornado de su gracia , como de un vestido de inocencia : *Quicumque in Christo baptizati estis , Christum induistis ,* (Gal. 3. 27.) y que está obligado à adornar su alma con las virtudes de este Divino Salvador , como con un vestido de santidad : *Induimini Dominum Jesum Christum.* (Rom. 13. 14.)

Pues esta misma es , Señores , la obligacion que contrahe el Christiano , que se pone la Divisa del Carmelo ; al tiempo de vestirse este Santo Habito , debe adornar su alma con la inocencia de Maria , pues promete , que mientras vista su gloriosa librea procurará imitar sus virtudes ; de modo , que en adelante todos podrán decirle con San Buenaventura ; hijo de Maria , tú que haces pública profesion de amarla , revistete de su espiritu , adorna tu alma con sus virtudes , arregla tu vida de modo que todos conozcan en tus costumbres , en tus palabras , y en tus acciones , que eres hijo de tal Madre : *Mariam induite quotquot diligitis eam , hæc splendeat in moribus , hæc fulgeat in actibus.*

Quisiera , Señores , poder escusar à mi alma el dolor de lo que mi conciencia me obliga à confesar ;

todos los hijos del Carmelo deben desempeñar santamente las obligaciones que contrajeron al tiempo de vestirse esta Celestial Divisa, pero en algunos solamente sirve de adorno à un cuerpo encenagado en los placeres, profanado con mil infames excesos, manchado, afrentado, y deshonrado con las mas barbaras disoluciones: otros, debajo de este Santo Habito, ocultan un corazon hinchado con la soberbia, dominado de la avaricia, animado de la venganza, tiranizado de la ambicion, esclavo de los respetos humanos, è imbuído en las falsas maximas del mundo; otros, finalmente, con una indecente libertad, no se avergüenzan de confundir esta Santa Divisa con los adornos escandalosos, y profanos, que cada dia estan inventando el luxo, la vanidad, y el deseo de agradar; esto es una profanacion de este Santo Habito, y el que le deshonra de este modo, puede decir con mas razon, que Job en el tiempo de sus miserias, que sus propios vestidos le abominan, y se horrorizan de él: *Abominabuntur me vestimenta mea:* (Job. 9. 31.) pero al mismo tiempo me consuela el ver que el Santo Escapulario es para muchisimos fieles, vestido de Gloria, y que no obstante los progresos que cada dia va haciendo la iniquidad, muchos hijos del Carmelo manifiestan en lo vivo de su fé, en la pureza de sus costumbres, en la imitacion de las virtudes de Maria, en quanto à cada uno se lo permite su condicion, y su estado, la inocencia, la santidad, y la perfeccion que anuncia su vestido.

Finalmente, el Santo Escapulario es una publica profesion de la alta idea, que formamos del poder

der de Maria, y de la viva confianza que tenemos en su proteccion: esta es una verdad, Catolicos, que no necesita de prueba; aun los mayores enemigos del Santo Escapulario, los Herejes de nuestros tiempos, la confiesan: ¿qué otro motivo han tenido para manifestar contra él el furor de su falso zelo, que el ser esta santa divisa una señal constante, y perpetua de la confianza que los pueblos tienen en Maria, cuya devocion quisieran arrancar de sus corazones? Preguntemos à todos los hijos del Carmelo, empezando por los Pontifices, Cardenales, Obispos, Reyes, Principes, y Grandes del mundo; preguntemos en los demás Estados, al Soldado, al Ministro, al Negociante, al Artesano, al Labrador, al Anciano, y al Niño; preguntemos à todos, qué motivo tuvieron para desear con igual ansia vestirse esta santa divisa, no obstante la diferencia que entre ellos havia de condicion, y estado, y todos nos responderán con aquella admirable sentencia del Sabio: *Fortitudo & decor indumentum ejus.* (Prov. 31. 25.) El Escapulario de Maria, es un vestido de fortaleza, y proteccion, y al mismo tiempo de honor, y gloria, que defiende à los que le visten christianamente contra los asaltos del Infierno, y los peligros del mundo: nos responderán, que penetrados de las magnificas ideas, que nos inspira nuestra Religion, acerca del poder que Maria tiene para con su Santisimo Hijo, y confiados en sus promesas, confirmadas con la experiencia de tantos siglos, nada temen mientras se hallan defendidos con este escudo impenetrable: *Fortitudo, & decor indumentum ejus.* Gozad, pues, Catolicos, los frutos de esta san-

ta confianza, pero tened al mismo tiempo presente, que esa santa Divisa, en tanto os asegura estos frutos, en quanto es en cada uno de vosotros, una señal verdadera del zelo que teneis por la gloria de Maria, y del sincero deseo de imitar sus virtudes: ya haveis visto defendida la devocion al Santo Escapulario, contra las invectivas de los enemigos de la Iglesia; ya haveis visto que en esta devocion se halla el distintivo de sencillez, tan esencial à todos los exercicios de la verdadera Religion; ved ahora como goza tambien el distintivo de santidad, que es el asunto de la tercera parte.

TERCERA PARTE.

DE lo dicho hasta aquí acerca de la institucion, y exercicios de la devocion del Santo Escapulario, se sigue evidentemente, que esta devocion es santa, y perfecta, pues su origen es absolutamente divino: sus exercicios son santos, pues el mas esencial de todos, es un exercicio habitual de Religion, para con Maria Santissima: además, esta devocion es santa en su fin, y la razon es, porque entre todos los devotos exercicios, destinados à honrar à Maria, no hay otro que por medios mas faciles nos asegure mas especiales gracias, y consiguientemente no le hay mas propio para arreglar nuestras costumbres, y obrar la santificacion de nuestras almas.

¿Qué es lo que se le manda, Señores, à un hijo del Carmelo, y à qué se reducen todas sus obligaciones? No obstante haverlo ya insinuado en el discurso de mi Oracion, quiero explicarlo aquí por menor.

Se

1. Se manda que el Christiano, que tiene la dicha de estar alistado en esta Santa Milicia, sea fiel en no desnudarse de dia, ni de noche este Santo Habito: pero advierto que no es del caso que le lleve oculto, ò descubierto, aunque en los tiempos pasados los mayores Principes, y Princesas, despreciando todos los humanos respetos, miraban como precisa obligacion el vestirle públicamente à vista de su Corte.

2. Que guarde la castidad propia de su estado, y que ya sea que viva en el Celibato, ò en el Santo Matrimonio, no se permita deseo, pensamiento, ò accion, que sea contraria à esta virtud tan amada de Maria.

3. Que observe inviolablemente, los ayunos, y abstinencias de la Iglesia, à no ser que su poca salud, ò otros poderosos motivos le escusen de su observancia, guardando al mismo tiempo abstinencia en todos los miercoles del año, si comodamente pudiese hacerlo.

4. Que rece todos los dias el Oficio Parvo de Nuestra Señora, y si no supiere leer, ò no le diesen lugar sus precisas obligaciones, que satisfaga à ésta, rezando devotamente siete Padres nuestros, con siete Ave Marias: à esto se reducen todas las obligaciones que impone esta Santa Regla, sin que ninguna de ellas ligue con precepto de pecado mortal, à excepcion de aquellas que están impuestas por los Mandamientos de la Iglesia, ò de Dios, como son la castidad, y el ayuno.

A estas tan suaves obligaciones, ¿qué recompensas se prometen en esta vida, y en la otra? En

esta vida se promete una inestimable abundancia de bienes espirituales, y la singular protección de María Santísima en la hora de la muerte.

Luego que entráis, Señores, en esta Santa Congregación, y vestis su Escapulario, os haceis participantes de todas las satisfacciones, méritos, oraciones, buenas obras, y frutos de gracia, y de virtud, de que la Orden del Carmelo ha sido siempre una fuente inagotable: no es mi intento por ahora hacer el elogio de esta Orden, igualmente antigua, è ilustre; à todos os consta lo famosa que ha sido en todos los Siglos, por la inocencia de sus costumbres, por la integridad de su fé, por lo sublime de su Doctrina, por la pureza de su moral, por su amor à la Iglesia, y por su zelo en defensa de la Religion; à todos os consta, que esta Orden ha sido una raiz fecunda de admirables Solitarios, zelosos Predicadores, Sabios Teólogos, fervorosos Misioneros, generosos Confesores, y gloriosos Martyres.

Tampoco tengo necesidad de referiros la multitud innumerable de Vírgenes fieles, dignas Esposas de Jesu-Christo, que de tres Siglos à esta parte adornan la Iglesia, en quienes vive el incomparable espíritu de Santa Teresa de Jesus, su fundadora, y vuestra hermana: no obstante la obscuridad de los claustros, en que viven sepultadas estas castas palomas, ¡quién hay en el mundo que ignore, que estas Santas almas ocupan todas las horas del día, y de la noche, en contemplar las verdades celestiales, y en cantar las divinas alabanzas; que su amor à la Penitencia, y à la Cruz, es una serie

con-

continua de mortificaciones, y rigores; que su olvido de las criaturas es tan perfecto, que solo tratan con Dios, y solo piensan en Dios, siendo toda su ocupacion, todo su placer, y todo su deseo, el padecer por Dios, el amar à Dios, y el desear unirse eternamente con Dios!

¡O felices hermanos de esta Santa Congregación! hoy puedo yo deciros en nombre de María; levantad los ojos, y contemplad despacio esa innumerable multitud de Santos de ambos sexos, tanto del antiguo, como del nuevo Carmelo, que todos han crecido bajo la sombra de mis alas, y en el seno de una Orden, à la que siempre he mirado con especialísimo amor; examinad los ayunos, las abstinencias, las vigiliass, las mortificaciones, y demás observancias religiosas que practicaron; ved la eminente caridad, el infatigable zelo, la invencible paciencia, y la profunda humildad con que resplandecieron en el mundo; mirad atentamente los inmensos tesoros de méritos, que adquirieron por su constante fidelidad en los santos ejercicios de una vida interior, y oculta à la vista del mundo; pues todos estos méritos son tambien propios vuestros: *Leva in circuitu oculos tuos & vide, amnes isti congregati sunt, venerunt tibi. (Isai. 49. 18.)*

Esta es la abundancia de bienes espirituales de que se hacen participantes todos los hijos del Carmelo, gozando al mismo tiempo de la comunicacion de todos los privilegios, y gracias concedidas à este Orden por los Vicarios de Jesu-Christo: seria molestar vuestra atencion, Catolicos, el querer referiros por menor todos estos privilegios; basta, de-

Tom. IV.

K

ci-

ciros en general, que casi no hay obra buena de piedad, de religion, de misericordia, de caridad, de supererogacion, ò de precepto, practicada por un hermano de este Santo Instituto, que inmediatamente no se halle recompensada con una magnifica profusion de los mas ricos tesoros de la Iglesia.

Pero lo que me parece mas digno de aprecio para todos los hijos del Carmelo, es la esperanza que tienen en la particular proteccion de Maria para la hora de la muerte: es verdad, Catolicos, que en esta vida nadie puede estar seguro de que ha de conseguir la dicha de morir en gracia, y ser asociado al numero de los Santos, pero me parece que puedo decir sin temeridad, que nadie puede fundar mejor esta esperanza, que los siervos de Maria, y entre éstos, los hijos del Carmelo; este dictamen le fundo en la misma promesa de la Señora; y asi supuesta la verdad de la revelacion que tuvo San Simon Stok, de la que no debemos dudar, seria temeridad el negar, que el hijo del Carmelo que ha sido fiel hasta la muerte en el cumplimiento de las obligaciones de que he hablado, tiene ya gravada en su corazon una preciosa prenda de su eterna salud, que le dá motivo para esperar el ver cumplida esta promesa en la hora de su muerte: me parece, Señores, que no admiten otra explicacion los terminos en que está concebida la promesa de Maria: *El verdadero hijo del Carmelo, no será del numero de las eternas victimas de la divina venganza. In quo quis moriens æternum non patietur incendium.*

¿Pero podrá éste salvarse sin haver observado

tam-

tambien todas las obligaciones de Christiano? No, Catolicos, no permita Dios, que jamás cayga en nuestra idea un pensamiento tan contrario à nuestra Fé: lo que la Madre de Dios promete à la fidelidad de sus devotos hijos, es contribuir à su eterna salud, librandolos de los peligros, y ocasiones de perderse, proporcionandoles auxilios para que salgan del cieno de los vicios, comunicandoles valor, y fortaleza contra las tentaciones del pecado, ayudandoles con su singular proteccion, à guardar fielmente la Santa Ley, y à perseverar con constancia en la práctica de las virtudes, para que de este modo puedan conseguir su ultimo fin.

Cuidad, Catolicos, de no entregarnos à una falsa seguridad, fiados en esta santa promesa: su cumplimiento, asi como el de las demás promesas del Evangelio, depende de vuestra fiel correspondencia à los divinos auxilios: pero con tal que no se aparte jamás de vuestros corazones aquel saludable temor, que tanto encarga el Apóstol, quando nos dice, que trabajemos para nuestra eterna salud con temor, y temblor: consolaos, pues, Catolicos, con la santa esperanza de que después de haveros asistido Maria en esta vida, como Madre amorosa, aumentará sus cuidados, y proteccion en la hora de vuestra muerte, para que consigais la eterna bienaventuranza: *Ad quam &c.*

K 2

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE SANTIAGO

Apostol.

Vidit Jacobum Zebedæi & Joannem. . . Et statim vocavit eos: Mar. I. 19. 20.

Vió à Santiago, y à Juan, è inmediatamente los llamó.

VED aqui, Catolicos, en pocas palabras el mas alto elogio que se puede hacer del Apostol, cuya memoria celebramos en este dia; el Espiritu Santo hace en una sola clausula el mas perfecto Panegyrico à que puede llegar el arte de alabar. Despues de tantos siglos, que en este Augusto Templo consagrado à la gloria de Santiago, resuenan sus alabanzas, la mas sublime eloquencia, y los mas célebres Oradores, nada han dicho que pueda compararse con lo que yo os acabo de decir.

Aquel Dios de Sabiduria, y de Luz, que solamente concede sus favores à los que son dignos de ellos, ò por mejor decir, que hace dignos de sus favores à aquellos à quienes se los concede, llama à nuestro Apostol al mas sublime Ministerio, y le encarga el cuidado de regir, y gobernar aquel pueblo nuevo, aquel pueblo santo, que se ha de formar él mismo con la efusion de su sangre: ¿Qué os parece, Señores, que es un Apostol? juntad en vues-

tra idea las mayores hazañas que han hecho todos los Heroes del mundo, y quantas acciones gloriosas en la presencia de Dios hicieron los Santos; juntad todos los prodigios de valor, y política que ha admirado el mundo, y las mas puras virtudes que en los siglos mas arreglados han servido de edificacion al universo: juntad los meritos que hacen à los hombres singulares, y vivir eternamente en los fastos del Imperio, y de la Religion, los que al hombre ambicioso le grangean los aplausos de un pueblo profano, y los que aseguran al Heroe Evangelico, los respetos de un pueblo fiel; juntad todos los prodigios de la naturaleza, y todos los milagros de la gracia, los talentos mas sublimes, las mas gloriosas acciones, las mayores felicidades, las mayores desgracias, y las mayores virtudes.

Por parte del corazon, figuraos una alma firme, è intrepida, à quien no asustan los mas dificiles proyectos, no cansa el trabajo, ni atemorizan las desgracias, que desafia à los peligros, à todo se atreve, y que mirando con igual indiferencia las dificultades de la empresa, y la gloria de su consecucion, siempre cuenta con la victoria, porque hasta las desgracias, y trabajos las mira como felicidades.

Por parte del entendimiento, idead una superioridad de luces, que disipa todas las nubes, destierra las preocupaciones, destruye los errores, hace callar à las pasiones, humilla la altivez de la ciencia, domina, y cautiva la razon, y muda todas las ideas del espiritu.

Por parte del empleo, contemplad un hombre que

que está con Jesu-Christo, que hace sus veces en la tierra, que es maestro, modelo, oraculo, arbitro, y juez del mundo.

Por parte de los proyectos, de las desgracias, y de las felicidades, ved un hombre que tiene que pelear contra todo el mundo, que ha de resistir à sus furors, que le ha de sujetar al mismo tiempo que se rinde à sus golpes, y le ha de vencer, siendo su víctima.

Por parte de las virtudes, mirad un hombre que las ha de enseñar, mas con su exemplo que con sus discursos, que ha de ser à un mismo tiempo maestro, y modelo de la perfeccion, que todos han de procurar imitarle sin llegar à serle semejantes; finalmente, contemplad un hombre, que para ser Apostol, ha de ser mas que hombre, mas que Heroe, y mas que Santo.

Para formar el Panegyrico de Santiago, bastá examinar su gloria; ésta publica sus meritos; sus titulos son las pruebas de sus virtudes, y para conocer lo que fue, basta saber el ministerio que le encargó Jesu-Christo,

Pero no, Catolicos, este Ministerio, no obstante ser tan noble, y tan divino, es la menor parte de la gloria de nuestro Santo: con decir de otros Santos que fueron Apostoles, se hace un alto Panegyrico de su grandeza, però con esta misma expresion, apenas se dá principio al Panegyrico de Santiago; fue tan grande por sí mismo, como por su Ministerio; dá al Apostolado tanto lustre, como recibe de él, y le honra, no menos de lo que él es honrado: Santiago honra al Apostolado con las vir-

tudes que en sí tiene, quando recibe el Ministerio Apostolico, y por el modo con que desempeña sus obligaciones: las virtudes que adornaban el alma de Santiago quando recibió el Ministerio Apostolico, y el modo con que desempeñó este Ministerio, serán el asunto de este discurso; para desempeñarle dignamente, pidamos todos al Divino Espiritu me comunique sus luces, poniendo por intercesora à su Celestial Esposa: AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

YA deseareis, Señores, saber qué prendas eran las que adornaban el alma de Santiago, quando recibió el Ministerio Apostolico: pues sabed que se hallaba dotado de aquellas virtudes, que vencen los peligros, y disponen los felices sucesos; de aquellas virtudes, sin las quales el Ministerio suele ser peligroso, y funesto para el Ministro, y esteril, è inutil para los pueblos: concurrían en nuestro Apostol una vocacion segura, y verdadera, una fidelidad pronta en seguir la gracia de la vocacion, y un amor tierno, y sincero à Jesu-Christo; luego que el Señor le llama al Ministerio, obedece prontamente à su voz, y entrega todo su corazon, y todo su amor al Dios que le llama.

Examinad atentamente conmigo, Catolicos, los pasos de este grande Apostol; nada os diré que no sea una constante verdad: la injuria de los tiempos nos ha privado de muchas noticias de sus combates, y triunfos; respetaré las tinieblas que la distancia de los siglos ha esparcido sobre sus gloriosas

acciones, las que eran tan dignas de eterna memoria, pero cuidaré de recoger las preciosas reliquias que nos han quedado en los Sagrados Monumentos: y si no digo quanto pudiera decir de nuestro Santo, à lo menos quanto diga será alegando el testimonio del mismo Espiritu Santo, y solamente alabaré lo que alabó el mismo Divino Espiritu: en este elogio, callará el hombre, y hablará Dios; y en él hallareis, Señores, virtudes que admirar, y exemplos que seguir.

El primer distintivo de Santiago, es ser Apostol; pero un Apostol que recibe este Ministerio con la vocacion mas segura, pues el mismo Jesu-Christo es quien le llama, y le destina para él: Ah! Catolicos, quanto debieramos desear, que estuviese tan impresa en nuestros corazones, como en nuestros entendimientos, que se hallase tan autorizada con nuestras costumbres, como lo está con nuestra aprobacion, y que fuese tan observada en la practica, como es cierta en sí misma aquella maxima de San Pablo, es à saber, que el hombre no debe apropiarse los titulos, y los honores, sino que los ha de recibir de la mano de Dios, à quien solamente pertenece dar las virtudes que merecen la gloria, y distribuir la gloria que es recompensa del verdadero merito: *Nec quisquam sumat sibi honorem, sed qui vocatur à Deo.* (Heb. c. 5. v. 4.)

Si esta maxima se observara, no veriamos las dignidades expuestas à ser recompensa de las astucias, y del engaño; no las veriamos hechas juguete de las pasiones humanas, premio del vicio, y patrimonio de la ambicion, la que no tiene otro merito

to

tó mas que el atrevimiento de pretenderlas, y la audacia de usurparlas: no veriamos à tantos hombres perversos conseguir las dignidades, por los mismos medios que debieran apartarlos de ellas, y burlarse de la virtud, al ver los felices sucesos de sus delitos.

Però todos estos funestos estragos son mas de temer respecto de las dignidades del Santuario, de los honores de la Religion, y del Sacerdocio; de un Apostol es, de quien principalmente se debiera decir: *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo.* En las dignidades profanas suele suceder que el deseo de adelantar, basta para desempeñarlas con honor; esta pasion, gobernada por la politica, suele equivaler à la ciencia, y à los talentos; y la ambicion, que à todo se atreve, por llegar à conseguir los honores, se rinde muchas veces, vistiendose de las apariencias de virtud, para mantenerse en ellos.

Però en el ministerio apostolico la vocacion es el alma de todas sus funciones; las demás prendas, sin vocacion, nada valen: si el hombre se introduce en él por sí mismo, se hallará solo; y aunque esté adornado de los mas sublimes talentos, aunque posea todos los tesoros de la ciencia, y aunque tenga las prendas, que hacen mas recomendables à los hombres famosos, carecerá de las que constituyen à un Apostol.

El hombre no tiene en sus manos el corazon del hombre; las virtudes que posee, las recibe, pero no puede comunicarlas; casi nada hace el que planta, y el que riega, dice San Pablo, Dios solo es quien dá el incremento, y la vida: la lluvia de la divina gracia es la que reblandece el seno de la tierra, el

Tom. IV.

L

ro-

rocío del Cielo, quien la fertiliza, el Sol de Justicia quien la enriquece con frutos de santidad, y la mano mas diestra, añade el Profeta, trabaja inutilmente en levantar la santa casa, si Dios no trabaja con ella, y por ella.

Bien instruido se hallaba en esta verdad nuestro Santo Apostol; mucho tiempo antes de su vocacion conocia al Salvador, y era conocido de su Magestad; le amaba, y era correspondido; le buscaba, y si es licito decirlo así, era buscado; todas las circunstancias parece que le convidaban à seguir los movimientos de su corazon, y sus deseos, que eran ofrecerse al servicio de Jesu-Christo: todas parece que le prometian, que sería favorablemente recibido de aquel Dios de paz, y de amor; y le allanaban los caminos para seguir tan gloriosa carrera.

Su fé manifesta la mayor prontitud; apenas havia empezado à oirse la voz de Jesu-Christo en Israel, quando esta misma voz penetró el corazon de nuestro Apostol, y abriéndose camino por entre tantas preocupaciones, que la huvieran ahogado en una alma menos sencilla, halló en la de Santiago una perfecta docilidad: Israel, engañado con el amor à la opulencia, y à la gloria mundana, esperaba un Salvador, que fundando su immortal imperio sobre las ruinas de las Naciones, pusiese en poder de Judá los despojos de los Reyes, y de los Reynos.

Santiago havia mamado con la leche de su madre estas ideas del Mesias, tan lisongeras para el amor propio, ilusion agradable de la que no se vió enteramente libre, hasta que recibió la plenitud del Espiritu Santo; pero no obstante, inmediatamente

que oye el sonido de su voz, conoce en Jesu-Christo errante, y fugitivo en medio de su propia Patria, conoce en este Jesus pobre, y abandonado, al Salvador tan deseado, y esperado por tantos siglos: le conoce en un tiempo, en que las tinieblas que podian ocultarle à una vista aun mas perspicaz que la suya, no se havian disipado con el resplandor de sus prodigios: aunque hijo de Israel, y miembro de un Pueblo, que se havia de obstinar contra las pruebas mas evidentes, es docil, y no espera à los prodigios, para rendirse à la voz de la verdad.

Su fé se adelanta à los milagros: dá un exemplo, que de nadie havia recibido, y que tendrá despues muy pocos imitadores; y así, tributando à Jesu-Christo los primeros respetos, parece que tenía derecho para esperar los primeros favores: ¿con qué ansia no desearia nuestro Apostol estas gracias? pues llevado, no sé si de su amor à Jesus, ò de los violentos movimientos de la ambicion, que despues manifestó, aspiraba à acompañar à Jesu-Christo en sus trabajos, y combates, para participar despues de su gloria, y de sus triunfos.

El Señor le niega estos favores, que con tanta ansia deseaba, pero sin exasperarle, conformandose con su flaqueza para curarla, y para disipar mas seguramente la ilusion de sus preocupaciones: ¿con qué agrado no fue recibido del Señor, quando su amor, y su fé le llevaron à sus pies? ¿quántas veces se dignó el Divino Salvador, de asistir, y acompañarle en su trabajo, imagen del ministerio à que le havia destinado? Yá havia visto à Jesu-Christo emplear à su favor aquel poder, que sujeta à su im-

perío toda la naturaleza, en una pesca milagrosa; yá el Señor le havia manifestado en los beneficios que le havia hecho, que su corazon estaria siempre pronto à condescender con sus ruegos; pero ni estos extraordinarios favores, ni su fé, y su amor, ni las prendas que tenia de la preedileccion del Salvador, fueron capaces para inspirar en su alma una confianza temeraria: contento con haver entregado su corazon à Jesus, luego que el Señor se le pidió, para emplearle en ganar el de otros hombres, espera sus preceptos: encierra dentro de sí su amor, y su fervor; yá se siente animado del zelo, y del valor de un verdadero Apostol; para exercer las funciones de tal, solo espera las ordenes de su Divino Maestro; este dichoso instante siempre le parece que tarda, pero aunque sus deseos son tan vivos, se contienen dentro de los limites de su obediencia, y asi se hace mas digno del titulo de Apostol, por el ansia con que le desea, y por la humildad con que le espera.

Al ver Jesu Christo un amor tan vivo, y una conducta tan prudente, le declara por uno de sus primeros Apostoles: caminando el Señor por las orillas del Mar de Galicia, vió à Santiago, y à Juan, y los llamó; dexad, les dice, como havia dicho à San Pedro, dexad esa barca, y esas redes; esos penosos trabajos han ocupado yá suficientemente unas vidas, que están destinadas para ser la felicidad del mundo; mas alto destino os espera; conquistareis, y gobernareis, Ciudades, Provincias, y Reynos: esta es vuestra vocacion, y vuestro ministerio.

¡Oh, providencia divina! estos son los guerros,

ros, y los Heroes, que elegis para que os acompañen en los combates, y para que os hallanen los caminos para la victoria: estos son los hombres à quienes encargais, que pongan à vuestros pies los despojos del mundo vencido, y cautivo, enviandolos à que enarbolen vuestra Cruz sobre las ruinas del Capitolio: estas son las manos à quienes confiáis vuestra gloria, y vuestros proyectos: los Cesares en su Trono; los Conquistadores à la frente de sus Legiones victoriosas; todos los Sabios de Roma, y de Athenas, los Maestros consumados de Israel, apenas serían à propósito para tan ardua empresa; ¿pues cómo unos hombres desconocidos del mundo, y unos hombres despreciables, segun el mundo, han merecido vuestra atencion?

¿Qué circunstancias concurren en este hijo del Cebedeo, pregunta San Pedro Chrisologo, à quien Jesu Christo elige por uno de sus primeros Apostoles, que no sean dignas del mayor desprecio? Un hombre de obscuro nacimiento, pobre, entregado à una profesion vil, condenado à buscar su sustento à costa de vigilijs, y de penosos trabajos; un hombre, que vive en una costa desierta, expuesto siempre à las tempestades, y borrascas del mar: pero ah! exclama el mismo Santo Padre; esto es lo que vé el mundo, pero lo que vé Dios, y el mundo no conoce, es un hombre falto de bienes de fortuna, pero rico en dones de la gracia; un hombre humilde por su origen, pero sublime por su merito, y por su eminente santidad; quiero conceder, que sea el mas despreciable de todos los hombres por su clase, y condicion; pero su corazon, y sus virtudes le hacen su-

pe-

perior à los dueños del universo: estos son los talentos, que Dios pide en sus Apostoles; además de que no puede faltar circunstancia alguna, al que el mismo Dios llama para el Apostolado: en las manos del Señor, la mas fragil caña, será suficiente para derribar los mas altos cedros del Libano: el mérito sepultado en un calabozo, hará algun dia à Josef, Salvador de Egypto, y del Monarca que le gobierna: una Judith bastará para destruir numerosos exercitos, y para regar con la sangre enemiga los contornos de Bethulia: la modestia, el temor, la afliccion, y las lagrimas de una Esther, quitarán de las manos al fiero Assuero, el rayo con que se disponia à aniquilar la estirpe santa: un Jeremias, que apenas sabe pronunciar, anunciará oraculos terribles, que resuenen hasta en el mismo Palacio de Sedecias, y atemorizará à este Príncipe en su Trono: todos los caminos se allanarán, para que pase el que Dios envia à la conquista de las almas, quando al mismo tiempo el que se gobierna por su propio dictamen hallará en todas partes escollos, y naufragios.

Nuestro Santo Apostol havia esperado con humildad, y paciencia el momento de su vocacion, pero inmediatamente que éste llega, le abraza con prontitud: no resiste à la voz del Cielo como Jonás; no se manifiesta tímido, y cobarde como Ezechiel; no alega excusas, como Jeremias; sin examinar lo que se le manda, lo que se le promete, lo que ha de abandonar, y lo que ha de padecer, solamente atiende à su amor: aunque es mucho lo que se le pide, sabe que es Jesu-Christo quien lo pide: conoce, que es mucho lo que ha de padecer, pero sabe, que pa-

de-

decerá con Jesu-Christo, y por Jesu-Christo; y asi, sin detenerse en reflexiones, vá corriendo à donde es llamado: su fé no dá lugar à que haya intervalo alguno de tiempo entre el movimiento de la gracia, y la correspondencia à la vocacion: se dá priesa à comprar con el sacrificio de quanto posee, la felicidad de vivir, y morir con Jesu-Christo: *Religiis omnibus secuti sunt eum.*

Nosotros, Señores, como hombres carnales, y mundanos no conocemos el inestimable precio del sacrificio de Santiago: nos detenemos en el exterior, sin penetrar las interiores disposiciones de su alma; vemos solamente la barca, y las redes que abandona, y el honor que recibe; no reparamos mas que en la vida penosa, y aspera que dexa, y en la vida de gloria, y de prodigios que empieza à tener en compañía de Jesu-Christo: con todo eso, Catolicos, me atrevo à asegurar, que jamás hubo sacrificio mas digno de nuestra admiracion, y de nuestros respetos, ni se presentó jamás en los Altares del Dios del Evangelio, víctima mas noble, ni mas illustre, yá examinemos este sacrificio, segun el espíritu que le anima, yá miremos à las circunstancias que le acompañan, yá à la extension que en sí encierra.

Este sacrificio es el mas noble, y heroyco, atendiendo al espíritu que le anima: juzguemos, Catolicos, dice San Gregorio, juzguemos del modo que Dios juzga: el valor del sacrificio no se mide por lo grande de la víctima, sino por la grandeza de la fé, y del amor que la presenta: Dios no atiende tanto à lo que se dá, como al afecto, y modo con que se dá: *Non quantum sed ex quanto.* El sacrificio de

nues-

nuestro Santo Apostol no tiene mas límites, que la imposibilidad en que se halla de sacrificar mas: sus deseos exceden infinitamente à su ofrenda: si tuviera que abandonar un mundo entero, todavia le pareceria poco: si se aflige de hallarse pobre, es porque su miseria le priva del merito, y del gusto de dexar mucho; ofrece todo quanto tiene, y para ofrecer, mas solamente le falta tener mas.

Su sacrificio es el mas noble, y mas heroyco, atendiendo à las circunstancias que le acompañan; porque, segun advierte San Juan Chrysostomo, si dexa poco, todavia halla menos: es verdad, que la gracia no le priva mas que de unas redes, y una barca, pero tampoco le presenta mas que miserias, trabajos, peligros, y persecuciones: la gracia le separa de un padre pobre, y desconocido en el mundo; pero en su lugar le dá un Maestro desterrado, y yá casi condenado por el mismo mundo; un Maestro aborrecido de Judá, y de Israel, mas conocido por el desprecio con que le mira el Pueblo, que por sus prodigios; un Maestro despreciado de los Grandes, y objeto de la envidia, y del furor de los Escribas, y Phariseos; un Maestro, finalmente, que no ofrece à sus Discipulos mas felicidad, que el que padecerán desgracias en su compañía: abandona una vida penosa, pero pacífica, y tranquila; y abraza una vida mas pobre, mas penitente, mas austera; una vida en que siempre se están sucediendo unos à otros, los peligros, y las desgracias; y consiguientemente, aunque no necesitase de mucho valor para dexar lo que poseía, le necesitaba muy grande para abrazar lo que se le presentaba.

Su

Su sacrificio fue el mas noble, y mas heroyco en su extension: entre los sacrificios que la gracia ordena à nuestro Apostol, se halla uno, que es el que mas cuesta à las almas, para quienes son faciles los demás sacrificios; un sacrificio, que halla tanta mayor resistencia en el corazon humano, quanto éste es mas noble, y mas digno de Dios: un sacrificio propio de un corazon heroyco, pero que al mismo tiempo es preciso, que le sienta vivamente; un sacrificio que debia ser en extremo doloroso para nuestro Apostol, porque preservado por su corta fortuna de aquellas pasiones vivas que crecen en el seno de la prosperidad, no se havian alterado en su alma los afectos, que inspira la sencilla naturaleza; este sacrificio era el de un Padre, à quien amaba tiernamente, y al que le era preciso abandonar, dexándole sólo, en una edad abanzada, y de una Madre amorosa, que no podia sufrir el verse separada de un Hijo que parecia huir de ella, la que movida de su exemplo, y fiel à la misma gracia, sigue con él à Jesu-Christo: al sacrificio de todo quanto posee, dice San Gregorio, añade el de todo quanto puede desear: sacrifica los deseos vanos, las esperanzas engañosas, los encantos de la prosperidad, y el consuelo en los trabajos: no hay hombre tan feliz, à quien no lisonjee mas la esperanza de los bienes futuros, que la posesion de los que actualmente goza: no hay hombre tan desgraciado, que no enjague sus lagrimas con la lisonjera esperanza de mejorar de fortuna: esta esperanza es una ilusion, una fantasma, y un sueño; es puro efecto de la imaginacion, y nada tiene de realidad: y como aun en

Tom. IV. M la

la mayor opulencia desea el hombre mas de lo que posee, no hay mayor sacrificio, que el que destruye, y abandona hasta los deseos, y esperanzas.

El sacrificio de nuestro Apostol se estiende, Catolicos, hasta sí mismo; no solamente abandona sus bienes, y su familia, sino que tambien se niega à sí mismo: solamente vive en Jesu-Christo, y para Jesu-Christo: solamente trabaja por Jesu-Christo, y descansa en Jesu-Christo; toda su familia es Jesu-Christo; su voluntad la de Jesu-Christo; Jesu-Christo es todo su interés, y toda su gloria.

¡Qué exemplo este para los Ministros de los Altares! ¿tendremos, Señores, valor para imitarle? ¿Seremos tan desgraciados, que no nos atrevamos à seguirle? La vocacion al Sacerdocio, Catolicos, es una vocacion à muchos, y muy grandes sacrificios: la gracia que nos llama al ministerio Evangelico, nos llama al mismo tiempo à todo quanto es necesario para el desempeño, y utilidad del ministerio: sin una entera, y total renuncia de todos los fines de interés, y codicia, de ambicion, y vanidad, de todos los motivos de amor propio, y de quanto puede lisongear las pasiones, nuestro zelo siempre será corrompido en su origen, ciego en su conducta, y desgraciado en sus empresas.

Nuestro zelo será corrompido en su origen, porque en una alma, que no está muerta à sí misma, no tardará mucho este zelo en participar de las pasiones del corazon en que reside: el que se halla dominado del interés, y de la codicia, solo cuidará de aquellas personas que pueden recompensar sus intentos, sin atender à aquellas almas, que no tienen

otra

otra cosa que presentar à Jesu-Christo, mas que su corazon, y disimulará los pecados, quando tenga que temer, ò que esperar de parte del pecador.

El que aspira à conseguir fama, y honor, despreciará los ministerios oscuros, quando en ellos no halle motivos con que satisfacer su vanidad: negará à los pequenuelos los servicios, que solamente presentará à los Grandes, y sacrificando la sólida utilidad del ministerio à la reputacion del Ministro, no pensará mas que en hacerse admirar, dexando à otros el cuidado de mover, y convertir.

El perezoso, y tibio, se asustará con el trabajo, y no le alentará tanto el bien que pudiera hacer, como le acobardarán los males que le es necesario sufrir.

El flaco, y tímido se asustará à vista del menor peligro; ejercerá con gusto el ministerio del zelo, y de la caridad, pero no tendrá valor para ser Martyr, y víctima de su ministerio: su zelo se acomodará à las circunstançias, à las ocasiones, al tiempo, y à las personas; será un zelo animado del espíritu de parcialidad; un zelo de ambicion, y de codicia, y tan impropio para ganar, y edificar à los hombres, como para atraer sobre sí las bendiciones del Cielo; finalmente, será un zelo corrompido en su origen.

Tambien será ciego en su conducta, y desgraciado en sus empresas; porque el Obrero Evangelico que no se ha renunciado à sí mismo, querrá que todos se acomoden à sus ideas, quando es imposible que pueda ganar las almas para Jesu-Christo, no haciendose todo para todos: hallará unas almas

M 2

va-

vanas, y presumptuosas à las que tendrá que confundir, y otras flacas, y timidas à las que tendrá que alentar, y esto nunca lo podrán conseguir unos Ministros poseídos del amor propio, porque querrán decidir, y juzgar de todo segun sus propias ideas; y sin atender à la diferencia de genios, de estados, de condiciones, y de gracias, querrán llevar à todas las almas por un mismo camino, las gobernarán por unos mismos principios, las guiarán à unas mismas virtudes, y las sujetarán à unos mismos ejercicios: estos Ministros, aunque muy zelosos, poco felices en su zelo, trabajarán mucho, pero será inutil su trabajo; por no haver seguido à la gracia de la vocacion al Apostolado, segun toda su extension, no tendrán de Apostoles mas que el nombre; no tendrán el merito de Santiago, que llamado al ministerio por Jesu-Christo, obedece prontamente à la voz de Dios que le llama, dando todo su corazon, y toda su alma al mismo Señor.

Si hemos de juzgar de nuestro Santo Apostol por las noticias que de él nos dán los Evangelistas, su particular distintivo fue un amor vivo, y una sincera inclinacion à la persona de Jesu-Christo; San Juan fue el Discipulo amado de Jesus: *Discipulus ille quem diligebat Jesus.* (Joan. 21. 7.) San Pedro, segun advierte el Chrysostomo, parece que amó à Jesus con un amor mas tierno, y en este sentido no temió dár à su corazon la preferencia sobre el de los demás Apostoles: *¿Diligis me plus his? tu scis quia amo te.* (Ibid. 16.) Pero entre todos los Apostoles, y entre todos los Discipulos de Jesus, ninguno, continúa el mismo Santo Doctor, puede dis-

disputar à Santiago el merito, y la gloria del amor mas sólido, mas generoso, mas constante, y mas invariable.

El amor de Santiago se halla desde su principio en el mas alto grado de perfeccion: creer en Jesu-Christo, y amarle, verle, y seguirle, conocerle, y entregarse à él, sujetarle su entendimiento, y darle su corazon, todo fue en Santiago una misma cosa, luego que oye la voz de Jesu-Christo: *Vocavit eos.* Esta voz penetra su corazon, enciende en él el fuego de la divina caridad, aquel fuego celestial que en un instante consume los vinculos, que le unian à su familia, y à los cuidados de su profesion: *Relictis omnibus secuti sunt eum.* Es verdad, que todavia queda su corazon por algun tiempo poseído de la estimacion de las prosperidades mundanas, pero es mas fuerte la inclinacion que le mueve à seguir los pasos de Jesu-Christo, y si todavia no pone su felicidad en morir por el Señor, à lo menos confiesa que no puede ser feliz, sino viviendo en él, y por él: *Relictis omnibus secuti sunt eum.* Su amor es el mas generoso, è intrepido: Jesu-Christo le pregunta; ¿tendrás valor para beber el Caliz de dolores, y oprobios, que yo he de recibir de mano de mi Padre, y que de la mia ha de pasar à la tuya? *¿Potestis bibere Calicem?* ¡oh, Señor! Vos me conoceis; todo mi corazon es vuestro; hablad, y una sola palabra vuestra bastará, para que yo derrame hasta la ultima gota de mi sangre; ésta desea yá salir de mis venas, y regar la tierra, para dár testimonio de mi amor: feliz yo, si à la gloria de vivir con vos, añado la de morir por vos: *Possumus.*

¡qué

¡Qué amor este tan activo, y generoso! Todo quanto puede ofender à la gloria, y à los intereses de Jesu Christo, hace en su corazon amante una profunda herida: Samaria, neciamente envidiosa, cierra à Jesu-Christo sus puertas, no queriendo admitirle dentro de sus muros; irritado nuestro Santo Apostol al ver el ultrage hecho à su Divino Maestro, se olvida de la mansedumbre de su ministerio, y de sí mismo; pide al Cielo, que envíe rayos sobre aquella Ciudad; no puede sufrir que en un País, en donde fue tan severamente vengada la injuria hecha à un Profeta, quede sin venganza, la que se hace al Dios de los Profetas; no os parezca, Catolicos, dice San Ambrosio, que hubo culpa en este zelo tan intrepido: *Nec Discipuli peccant, qui legem sequuntur.* Es verdad, que este zelo no era digno del Dios del Evangelio; pero estaba aprobado, y justificado por el Dios de la Ley: si Jesu-Christo le reprehende, no es por condenarle, sino para justificarle; y aun dando caso que en esta accion se advierta alguna culpa, no podemos menos de admirar su principio, y su origen.

Este amor fue dignamente recompensado con el amor de Jesu-Christo: aquel Dios para quien el corazon del hombre no tiene velos, ni tinieblas, y que ama à proporcion de lo que es amado, no contento con haver sacado à Santiago de entre la multitud del pueblo, para colocarle en el numero de sus Discipulos; no contento con haverle elevado sobre éstos, haciendole su Apostol, le distingue tambien entre los mismos Apostoles: le elige con San Pedro, y San Juan, para que sea depositario de sus

se-

secretos, compañero de sus vigilijs, y oraciones, y testigo de sus mas extraordinarios prodigios: solamente à estos tres Discipulos se digna el Señor de manifestar su gloria en el Tabór, en estos tres halla el amor necesario para asistir al tragico espectáculo de sus temores, congojas, y lagrimas en el Monte de las Olivas; y si me preguntais los motivos de una distincion tan gloriosa para estos tres Apostoles, os responderé con San Juan Chrysostomo; Pedro amaba tiernamente; Juan era el Discipulo amado, y Santiago tenia un amor intrepido, y un particular deseo de señalarse en el servicio de su Maestro con los mas grandes sacrificios: *Petrus, quia Christum valide diligeret; Joanes, quia diligebatur; Jacobus, responso quo dedit, possumus hunc calicem bibere; & quia implevit quod dixerat.*

¿Podia menos, Catolicos, de estar abrasado de zelo un hombre, en cuyo pecho se encerraba tanto amor? ¿un Discipulo tan amante, podia menos de ser un Apostol, un hombre de fuego, y un hijo del trueno, como le llamó Jesu-Christo, nacido para destruir, y arrancar los escandalos, y las iniquidades de la tierra? Nosotros tenemos zelo por una passion profana, por los intereses de la fortuna, y por todo quanto amamos; y como nada amamos tanto como à nosotros mismos, somos tan delicados en sentir qualquiera cosa que nos ofende, y perdonamos con tanta dificultad à los que nos agravian; ¿pues por qué hemos de ser tan indiferentes acerca de los intereses de nuestro Dios? La razon es, Señores, porque no amamos: si hubiera empezado à encenderse en nuestros corazones aquel sa-

gra-

grado fuego, que Jesu Christo trajo à la tierra, y que consumia à los Apostoles, no mirariamos con tanta indiferencia los peligros que amenazan à la Religión; lejos de condenar el zelo de algunos santos Ministros, les embidiariamos los puestos que ocupan en las batallas del Señor, y la gloria que adquieren por ser felices objetos de los furores de la heregía, y del libertinage.

¿Es posible que el Herege, el Novador, y aun el mismo Demonio han de tener Discipulos intrepidos, y no ha de haver quien se atreva à defender públicamente la causa de Jesu-Christo? ¿La Fé acometida por tantas partes ha de implorar el socorro de sus hijos, y no ha de haver quien oyga sus suspiros, y lamentos?

Sabios, y Politicos del mundo, si quereis que nosotros disimulemos, y callemos, dadnos vuestra tibieza, y vuestra indiferencia; haced que olvidemos lo que nos enseña Tertuliano, ò lo que huvieramos aprendido sin mas Maestro que nuestra fé; es à saber, que en la causa de Dios, y de la Iglesia, todos somos, ò debemos ser Soldados: hacednos ver que vuestra prudencia es conforme al Evangelio, y que no se halla en vosotros aquella prudencia de la carne, que declara San Pablo ser enemiga de Dios: esa prudencia de que vosotros os preciais, de la que se escandalizan los flacos, y se aprovechan los impios, de nada sirve à la verdad, y es muy util para el error: con pretexto de moderar el zelo, le aniquila, y por no faltar à la caridad, hace traicion à la fé: borrarad de los libros Santos las terribles sentencias de Jesu-Christo: el que no está

con

con migo es contra mí: *Qui non est mecum contra me est:* (Matth. 12. 30.) palabras, dice San Agustin, que condenan la falsa prudencia de aquellos Pastores que todo lo aprueban, y toleran, de aquellos Politicos que concilian los mas opuestos principios, y de aquellos hombres tímidos, y cobardes, que por todo lloran, y nada remedian: demos à la Religión lo que esta tiene derecho para esperar de nosotros; tributemosla una sumision perfecta, un amor sincero, un zelo generoso, è intrepido, y de este modo, además de sér sus hijos, seremos tambien su consuelo, y sus Apostoles.

Santiago no honra menos al ministerio Apostolico, por el modo con que le desempeña, que por las virtudes que adornan su alma quando es llamado à él: ya haveis visto, Señores, las qualidades que ennoblecian à nuestro Santo Apostol, quando fue llamado al ministerio; ahora vereis el modo con que le desempeñó, que es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

A Las qualidades que disponen para el ministerio Apostolico, añade Santiago las que aseguran los felices sucesos del mismo ministerio; y son el zelo de la conversion de las almas; el exemplo que persuade, y gana los corazones; y el valor, que todo lo sufre, y à todo se expone por el bien de las almas.

¿Qué zelo mas activo, mas puro, ni mas libre de todos los fines profanos, que el de nuestro Santo Apostol? paso en silencio los primeros ensayos de su Aposto-

Tom. IV.

N

to

tolado, mientras **Jesu** Christo vivió en la tierra, sus viages, sus misiones Evangelicas à las Ciudades de Israel, y de Judá, y à los campos de Samaria, unas veces acompañando à Jesu-Christo, y aprendiendo en la Escuela de este Divino Maestro el arte de iluminar los espíritus, y mover los corazones; otras veces solo, y sin guía, acostumbrandose à seguir los exemplos que havia recibido; mi intento, Catolicos, es representaros à nuestro Santo Apostol en un teatro mayor: la gloria, y la dignidad de Jesu Christo parecia que **havian** espirado con el Señor en la Cruz, y que **havian** sido sepultadas en su sepulcro: los Escribas, y Fariseos se daban el parabien del feliz suceso de su delito: ¿qué motivos pueden detener à los Apostoles, para que tarden tanto en confundir à aquella estirpe maldita del Señor? solamente la obediencia que deben à Jesu-Christo, puede tener cautivo el ardor del zelo que los consume: *Sedete in Civitate: (Luc. 24. 49.)*

Pero por ultimo, llega el momento señalado por el Divino Salvador: embia su Espiritu à sus Apostoles; una llama viva, y pura los penetra, è ilumina: salen del Cenaculo mudados, y transformados en nuevos hombres: hablan, truenan, y convierten: en vano intentan los Principes de las Naciones detener su zelo, y atemorizarlos: responden con resolución à las amenazas, que nada será capaz de impedirles el cumplimiento de su mision, y que aunque respetan la autoridad de los hombres, siempre preferirán à ésta la autoridad de Dios: *Obedire oportet Deo magis quam hominibus: (Act. 5. 29.)* y si los condenan à los mas ignominiosos suplicios, se

da-

darán el parabien de participar de los oprobios de Jesu-Christo: *Ibant gaudentes.*

Estos prodigios, y estos triunfos del zelo, cuya idea nos propone el Espiritu Santo en la Sagrada Historia, ¿no son comunes à todos los Apostoles? Sí, Catolicos; pero no por ser comunes dexan de contribuir à la gloria de Santiago; y aun me parece que debemos mirar como merito propio, y personal de nuestro Santo, lo que le es comun con los demás Apostoles; y es la razon, porque un Discipulo que tanto se señaló en el amor à Jesu-Christo, no pudo menos de distinguirse tambien en el zelo por sus intereses, y su gloria, y porque no se huviera dirigido contra él el primer furor de los Judios, si no huviera manifestado el mayor zelo entre todos los Apostoles: *Statim ab initio rerum, tanto ardore concavit, ut à persecutoribus statim occisus sit,* que dice San Juan Chrysostomo.

Con todo eso, convengo en separar del elogio de nuestro Santo, todo lo que no sea propio, y peculiar suyo: ¿quereis saber, Señores, cuál fue el ardor, la constancia, y la pureza de su zelo? pues examinad atentamente su objeto: dividen los Apostoles entre sí la conquista de todo el universo; ¿y qué tierra, qué clima, qué pueblo, qué porcion del ministerio Evangelico, será el objeto de los deseos de nuestro Santo Apostol?

No penseis, Catolicos, que Santiago es todavía aquel Discipulo ambicioso que aspiraba à los primeros puestos del Reyno de David; pues ya es el mas perfecto imitador de un Dios crucificado: elige el Apostolado mas penoso, y mas obscuro; la tierra

N 2

que

que mas necesita ser regada con sudores, y que promete mas escasa cosecha; el ministerio mas repugnante al amor propio, y que menos lisongea la vanidad; el Pueblo mas barbaro, è indomito; aquel Israel ciego, aquella Judéa sacrilega, y Deicida, que despues de haver descargado su furor contra el Maestro, no ofrece otras esperanzas à sus Discipulos, mas que aumentar el numero de las victimas que há tantos siglos que está sacrificando à sus pasiones.

Ofrezca la Ciudad Santa de Jerusalém, cuna de la Religion, en que à la sombra de la Cruz de Jesu-Christo se juntan las primicias de la nueva Iglesia, ofrezca à otros sus honores, y su Trono; llamen los demás Apostoles à las Naciones, que vendrán apresuradas à ocupar el lugar del infeliz Israel; grangeense los honores, y los aplausos del mundo santificado; Santiago les cede con mucho gusto todos estos triunfos, porque su zelo solamente aspira à los mayores trabajos, y à la mision mas fecunda en contradicciones, y mas esteril en felicidades; y para que abandonase esta mision, bastaria haverle manifestado en otro país mas esperanzas de padecer, y menos felices sucesos: parece, Catolicos, que no tenemos motivo para sentir que la sucesion de los tiempos nos hayan privado de la noticia de muchos pasages de su vida, porque hay ciertas acciones que ellas solas bastan para pintarnos toda una alma: ¿qué mas podian representarnos los mas extraordinarios milagros, ni las acciones mas heroicas, que un zelo que solo aspira à padecer, y que nada teme sino la gloria que puede resultarle del ministerio?

que

211

Ven-

Vengan à aprender en esta escuela aquellos hombres ambiciosos, à quienes unos deseos profanos atrahen al sagrado ministerio, à quienes la codicia mueve à buscar en el Santuario los honores, y la opulencia que no podrian hallar en otra parte; aquellos hombres que honran à la Iglesia con su distinguido nacimiento, para que ésta los entregue sus quantiosas rentas, y que solamente se presentan en el Altar para sacar de él lo que necesitan, para presentarse con fausto, y opulencia en el mundo: vengan à aprender en esta escuela aquellos hombres vanos, y ambiciosos que en el exercicio del santo ministerio se niegan à todas aquellas acciones, en que sino adquirir reputacion, solamente se ganan almas; aquellos hombres cuyo perezoso descuido parece autoriza al mundo critico, è impio, para que diga que el Santuario se ha convertido en asilo del ocio, y del regalo; aquellos hombres sobervios, y altivos, que con escandalosas disputas acerca del honor, y de la preferencia que se les debe, turban la paz, y el silencio del Santuario del Dios de caridad, y humildad.

En la escuela de nuestro Santo aprenderán, que la principal virtud de un hombre Apostolico, es temer, y huir los honores: su principal derecho el abatirse, y humillarse; su principal obligacion padecer, y no desear bien alguno de la tierra; su principal merito olvidarse de sí mismos, y no pensar mas que en la salud de las almas; y las principales muestras de su talento, presentar à los Fieles aquel exemplo que persuade, y gana los corazones.

flos

En

En el ministerio Apostolico, la santidad de vida, y la pureza, è inocencia de costumbres, ocupan el primer lugar, sin que haya arbitrio para suplir estas virtudes con otros medios: en el arte de guiar las almas por los caminos de la salvacion, no sucede lo que en el gobierno Civil, y Politico de los Pueblos, el que no pide mas que talento, y aplicacion: para este gobierno basta en el que manda autoridad para mantener à los Pueblos en el respeto, y subordinacion que le deben; rectitud, y equidad que les inspire confianza; moderacion, y desinterés, que funden todo su poder en la felicidad pública; habilidad para saber manejar los genios, y dominar las voluntades: ¿qué mas necesita el que solo intenta cautivar à los hombres bajo su dominio? ¿pero qué es todo esto quando se trata de mudarlos, y convertirlos? Solamente la santidad, Señores, tiene poder para hacer Santos: la virtud de los Pastores es la fuente de donde mana la virtud de los Pueblos: todas las lecciones serán vanas, si estos no hallan exemplos en sus Maestros: los Apostoles santificaron al mundo mas con sus acciones que con sus discursos: entre todos los prodigios que obraron, el de sus virtudes fue el mas poderoso, y eficaz; éstas, y no sus sermones fueron el fundamento de nuestra Santa Religion: *Non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione spiritus, & virtutis.* (I. ad Cor. cap. 2. vers. 4.)

Entre todos estos prodigios de santidad, que fueron motivo de que todo el universo se sujetase à la voz de los Apostoles, ¿qué santidad fue mas admirable à la vista del mundo, que la de nuestro Apostol?

tol? en él se hallaban las virtudes mas puras, y sublimes; las virtudes mas dificiles, y mas austeras: aquellas virtudes tan superiores al hombre, que no solamente no se atreve à desearlas su corazon, sino que apenas puede formar idea de ellas su entendimiento: aquellas virtudes tan superiores al justo, y al santo, que fueron ignoradas en la Antigua Ley, y que son admiradas en el Evangelio: aquellas virtudes, que à un mismo tiempo son prodigio de la gracia en las almas mas queridas de Dios, y de fidelidad en las mas fervorosas: de todas estas virtudes dió nuestro Santo un extraordinario exemplo al mundo: aquella misteriosa palabra, de la que dixo Jesu-Christo que no todos los que la oían la entendian; aquella palabra que jamás havia sido oída en Israel, ni en Judá; en el Portico, ni en las Academias de los Griegos; aquella virginidad, de que en la Antigua Ley, como dice San Bernardo, no havia precepto, consejo, ni exemplo, y que en el Evangelio solamente se halla aconsejada; esta virtud, que Jesu-Christo havia de predicar al mundo, estaba reservada, dice San Epiphanio, para que Santiago, y San Juan su hermano, fuesen de los primeros que la practicasen, dandose à conocer al universo, por una virtud ignorada hasta entonces, en la que havian de servir à todos de modelo: *Jacobus, & Joannes in virginitate persistentes certaminis illius gloriam, summa cum admiratione reportarunt.*

No tardó mucho el mundo, prosigue San Epiphanio, en seguir el exemplo que le presentaba Santiago: muy presto se vieron algunos hombres, que desprendidos de las flaquezas de la humanidad, imita-

taban en sus cuerpos fragiles, la vida de los Angeles: las virtudes del Cielo bajaron à la tierra; el pudor dió à conocer su inestimable precio; el engañoso deleyte, perdió sus atractivos; el desierto se enriqueció con los despojos de la Corte; de todas partes acudian à él muchos hombres, para librar del contagio de los objetos profanos, y del soplo de la sensualidad la flor de la pureza, tan preciosa, aunque al mismo tiempo tan delicada, y fragil: *Secundum quos infinita hominum millia in mundo, in Monasteriis, ejusdem certaminis decus adepti sunt*: el exemplo de un solo hombre, ayudado de la divina gracia, dió principio à aquella extraordinaria revolucion, cuya memoria será eternamente preciosa en todas las edades del Christianismo: y si es cosa tan divina el imitar un tan admirable exemplo, ¿qué gloria no corresponde, Señores, al Santo que le dió?

No se contentó con esto el fervor de Santiago: estaba destinado por la providencia à manifestar el camino de las virtudes heroicas, y los grados de perfeccion à que puede elevar la gracia Evangelica à un corazon generoso, y magnanimo, abriendo al Pueblo Santo la carrera de los grandes combates, y de las célebres victorias: al mismo tiempo que fue modelo, y exemplo de las almas virgenes, lo fue tambien de las penitentes, entregandose à rigurosos ayunos, continuas vigiliias, y abstinencias: quanto Egipto, y la Thebayda admiraron en sus Solitarios, ya lo havia antes admirado el mundo en un Apostol extenuado, y consumido con las peregrinaciones, persecuciones, y trabajos; finalmente, para que nada

da faltase à su gloria, y à sus meritos, despues de haver sido exemplo del zelo, que solamente aspira à la conversion de las almas, y de la santidad, que persuade, y gana los corazones, es exemplo del valor, que à todo se expone, sufriendo, y padeciendo por la salud de las almas.

Santiago no solamente fue el primero entre los Virgenes, y Penitentes, sino tambien entre los Martyres: no ignoro que antes de que su sangre regase la tierra, ésta havia recibido la de San Estevan; pero San Estevan era del Orden Levitico, y el exemplo de nuestro Santo era para los Apostoles, de cuya dignidad participaba; además de que el golpe que privó à la Iglesia de San Estevan, fue efecto de un pueblo amotinado, fue una repentina borrasca, y no persecucion formal: Santiago fue la primera victima que la autoridad de las leyes, y la pública potestad sacrificaron al interes de detener los progresos del Evangelio.

Reynaba por este tiempo en Israel Herodes Agripa, el que despues de haver comprado el Trono de sus padres, aunque vivia como Rey, y Monarca en Judéa, era Cortesano, y esclavo en Roma, pensando solamente en conservar con su politica lo que havia adquirido con la astucia: para esto se propone ganarse el afecto del Pueblo con un extraordinario beneficio.

¿Qué beneficio os parece que será este, Católicos? un beneficio digno del Pueblo sacrilego que le recibe, y del Monarca interesado que le dispensa: veia, dice San Juan Chrysostomo, que nuestro Santo Apostol, por los felices sucesos de su fervoroso

zelo, era la mas firme columna del Evangelio, y el terror, y espanto del Judio obstinado, y revelado: valióse, pues, de esta ocasion para ganar el amor de los Judios, sirviendo de instrumento à su venganza: *Sic acer, atque gravis Judæis erat, ut magnum munus illis obtulisse, cum eum interfecerit, Herodes visus sit.*

Condenado nuestro Santo Apostol à morir degollado, camina al lugar del suplicio, para presentar à aquel Pueblo furioso el espectáculo de su muerte, que tanto deseaba, ò por mejor decir, para hacerle temblar à vista de un hombre que tranquilo, y pacifico, confunde con su constancia su odio, y su ira; que manifiesta mas deseos de dar su sangre, que los que ellos tenían de derramarla; que tiene mas imperio sobre ellos, despreciando sus furores, que el cobarde Monarca, que por ganar sus afectos, afrenta su dignidad, haciendose ministro de sus pasiones; y les obliga à detestar en lo mas secreto de sus almas un delito inutil, y aun funesto para ellos, pues solo consiguen con él coronar à nuestro Santo Apostol de nuevos resplandores.

¿Qué monumento mas augusto, ni mas durable, podian levantar à la gloria de Santiago, ni que mejor manifestase à las edades futuras, que entre todos los Apostoles era este el mas digno de nuestra admiracion, pues era el mas digno de sus furores? ¿qué vida podia ser mas util, y mas gloriosa à la Religion, que la que juzgó su política ser necesario acabar? ¿qué elogio podemos nosotros hacer à nuestro Santo, que iguale al que le hace el odio de sus enemigos? ¿no le publican éstos por el mayor entre

los Apostoles, quando le escogen para su primera víctima? Me parece, Catolicos, que la mas alta idea que os puedo inspirar del merito de Santiago, es repetir con el Chrysostomo, que la ambicion interesada en mantenersse en el Trono, juzgó pagar suficientemente à los Judios el derecho de mandarlos, entregandoles la cabeza de Santiago: *Sic acer atque gravis, &c.* ¡felices mil veces, Señores, los que como nuestro Santo Apostol, tienen la dicha de ser víctimas de la fé!

Es verdad que ya no hay enemigos exteriores que nos obliguen à sacrificar nuestras vidas; pero tenemos dentro de nosotros mismos otros enemigos mas peligrosos, y que pueden vencernos con mas seguridad que la espada de los Tyranos: nos persuadimos à que tendriamos valor para resistir al furor, y à las amenazas de los perseguidores, y todos los dias nos estamos rindiendo al vil interés, à la vanidad, y à la ambicion; los respetos humanos, el amor à los deleytes, las pasiones alhagüeñas, triunfan de nuestro imaginado valor, haciendonos olvidar de lo que debemos à Dios, y à su divina Ley; ¿pues cómo podremos lisongearnos de tener valor para imitar la constancia de los Martyres, ni para confesar nuestra fé à costa de lo que mas amamos? Esto, Catolicos, es pura ilusion: solamente obedeciendo à la Ley de Dios se aprende à no avergonzarse del nombre de Discipulos de Jesu-Christo: solamente observando sus mandamientos se adquiere gracia, y valor para sacrificarse por él en caso necesario: cautivemos, pues, nuestros entendimientos, y sujetemos nuestros corazones à esta Ley santa, y divina;

hagamos que esta Ley reyne en la tierra, para que por su medio reynemos nosotros eternamente en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SANTA ANA.

Dominus humiliat, & subleuat. 1. Reg. c. 2.

El Señor nos humilla, y nos ensalza, segun los fines de su providencia.

LA Madre de uno de los mayores Profetas de Israel pronunció, Catolicos, este Oraculo: Dios la havia humillado por mucho tiempo con una larga esterilidad, pero despues la consoló con una fecundidad gloriosa: siempre sujeta à la voluntad del Señor en el estado de su abatimiento, le presentaba votos, súplicas, y llantos, pero sin murmurar, ni quejarse; el Señor oyó sus ruegos, mudando en gloria sus abatimientos, y disipando el oprobio que en su Nacion padecian las mugeres esteriles: Samuel, uno de los mayores Heroes de la Synagoga, fue el fruto de su fecundidad: su merito consistió en haver sido siempre humilde à la voluntad de Dios, y su gloria en llegar à ser madre de uno de los mas grandes Siervos del Señor: *Dominus humiliat, & subleuat.*

Bien sabeis, Señores, que la gloriosa Santa Ana, cuya memoria celebramos en este dia, se vió aba-

-ad

ti-

tida, y ensalzada; los mas funestos sucesos sirvieron de prueba à su sumision; y la gloria mas extraordinaria fue la recompensa de su humildad.

Los funestos sucesos que sirvieron de prueba à la sumision de Santa Ana, fueron el ver la autoridad de los Judios en poder de estrangeros, la Corona de sus padres puesta sobre la cabeza de Herodes, y ella entregada al oprobio de una vergonzosa esterilidad: *Dominus humiliat*: pero la gloria con que Dios recompensó su sumision, fue una fecundidad milagrosa que la hace Madre de la Madre del mismo Dios, y la divina alianza que contrae con el Verbo en el Misterio soberano de la Encarnacion: *Dominus subleuat.*

Ya me parece, Señores, que havreis venido en conocimiento de la idea que me propongo en este discurso para elogiar à Santa Ana: su mayor merito fue haver vivido siempre sujeta à la voluntad de su Dios; y su mayor gloria haver cooperado à los designios de la misericordia de Dios; pidamos à la Reyna de los Angeles me alcance de su Celestial Esposo gracia para hablar dignamente de las virtudes de su Santa Madre. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

EN vano busca verdadero consuelo el hombre afligido en los objetos de los sentidos; solamente la Religion puede consolar al Christiano oprimido con las desgracias; oh tristes mortales! vosotros buscáis en las criaturas el alivio de vuestras molestias, la satisfaccion de vuestros deseos, el me-

-id

dio

hagamos que esta Ley reyne en la tierra, para que por su medio reynemos nosotros eternamente en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SANTA ANA.

Dominus humiliat, & subleuat. 1. Reg. c. 2.

El Señor nos humilla, y nos ensalza, segun los fines de su providencia.

LA Madre de uno de los mayores Profetas de Israel pronunció, Catolicos, este Oraculo: Dios la havia humillado por mucho tiempo con una larga esterilidad, pero despues la consoló con una fecundidad gloriosa: siempre sujeta à la voluntad del Señor en el estado de su abatimiento, le presentaba votos, súplicas, y llantos, pero sin murmurar, ni quejarse; el Señor oyó sus ruegos, mudando en gloria sus abatimientos, y disipando el oprobio que en su Nacion padecian las mugeres esteriles: Samuel, uno de los mayores Heroes de la Synagoga, fue el fruto de su fecundidad: su merito consistió en haver sido siempre humilde à la voluntad de Dios, y su gloria en llegar à ser madre de uno de los mas grandes Siervos del Señor: *Dominus humiliat, & subleuat.*

Bien sabeis, Señores, que la gloriosa Santa Ana, cuya memoria celebramos en este dia, se vió aba-

-ad

ti-

tida, y ensalzada; los mas funestos sucesos sirvieron de prueba à su sumision; y la gloria mas extraordinaria fue la recompensa de su humildad.

Los funestos sucesos que sirvieron de prueba à la sumision de Santa Ana, fueron el ver la autoridad de los Judios en poder de estrangeros, la Corona de sus padres puesta sobre la cabeza de Herodes, y ella entregada al oprobio de una vergonzosa esterilidad: *Dominus humiliat*: pero la gloria con que Dios recompensó su sumision, fue una fecundidad milagrosa que la hace Madre de la Madre del mismo Dios, y la divina alianza que contrae con el Verbo en el Misterio soberano de la Encarnacion: *Dominus subleuat.*

Ya me parece, Señores, que havreis venido en conocimiento de la idea que me propongo en este discurso para elogiar à Santa Ana: su mayor merito fue haver vivido siempre sujeta à la voluntad de su Dios; y su mayor gloria haver cooperado à los designios de la misericordia de Dios; pidamos à la Reyna de los Angeles me alcance de su Celestial Esposo gracia para hablar dignamente de las virtudes de su Santa Madre. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

EN vano busca verdadero consuelo el hombre afligido en los objetos de los sentidos; solamente la Religion puede consolar al Christiano oprimido con las desgracias; oh tristes mortales! vosotros buscáis en las criaturas el alivio de vuestras molestias, la satisfaccion de vuestros deseos, el me-

-id

dio

dio para disipar vuestros pesares, suavizar vuestras amarguras, y reparar las ruinas de vuestra fortuna; pero este medio no le hallais en los objetos en que le buscáis; y continuamente estais confesando que estos objetos son consoladores importunos, amigos que pueden poco, y que miran con indiferencia vuestros pesares, y trabajos.

Recurrid en todos esos funestos sucesos que os oprimen al Dios que con ellos prueba vuestra fé, adorad sus incomprendibles designios, ved, que sabe sacar gloria de las mismas ignominias, y hacer llegar à Joseph à la mayor grandeza de Egypto, por el camino de los mas oscuros calabozos, y de las mas crueles persecuciones: su mano misericordiosa, siempre hiere à las almas que mas estima para probarlas, y su mano liberal las llena despues de consuelos para recompensar su sumision: en la illustre Santa, cuya memoria celebra hoy nuestra Madre la Iglesia, vereis la prueba de estas verdades.

Derribada desde el Trono à la mas profunda obscuridad, reducida à la mayor miseria, è infamada con el oprobio de la esterilidad, señal de la mayor ignominia en su Nacion, parece, Señores, que podia decir: ¿dónde están aquellas magnificas promesas hechas à mis Padres por los Profetas? ¿qué se ha hecho el Trono de David, cuya sangre corre por mis venas? ¿dónde está la gloria de sus descendientes? ¿dónde está aquella fecundidad que havia de dar al mundo el deseado de las Naciones?

Hombres mundanos, vosotros hablariais de este modo, por qué no adorais los impenetrables designios de Dios, y por qué no quereis conocer en su sa-

biduria unos arbitrios superiores à los de la mas fina politica: quereis que Dios piense como vosotros acerca de las felicidades mundanas, y esperais murmurando, à que se manifiesten las grandes escenas que justifican el proceder de su sabiduria, y providencia; pero ya que en la decadencia de vuestra fortuna, y en las desgracias que os afligen confesais la inconstancia que siempre reyna en el teatro del mundo, ¿por qué no os entregais absolutamente à vuestro Dios? el Señor prueba à sus siervos, pero no los abandona; y tarda muy poco en premiar su sumision con la gloria mas resplandeciente.

La virtud característica de Santa Ana fue una constante sumision à la voluntad divina; todas sus acciones nos presentan un vivo exemplo de esta virtud: estas acciones se hallan confirmadas con el testimonio de la Historia mas fiel, y no se han atrevido à dudar de su verdad, aun los mas escrupulosos Rabinos.

Herodes Iduméo, usurpador del Trono de Judá, reynaba en aquella Provincia, quando nuestra Santa vivia desconocida, y despreciada de su Nacion; ved, Señores, qué espectáculo de tanto abatimiento para Santa Ana: comparad este estado con las promesas de los Profetas, y ved qué grandeza de animo era necesaria para sufrir con resignacion estas desgracias; Santa Ana, por medio de su sumision generosa, è sacrifica à su Dios todas las grandezas de la tierra; por medio de su sumision continua, alaba à su Dios en medio de los trabajos de su pobreza; y por medio de su sumision heroica, es-

pera que su Dios la ha de conceder la gracia de la fecundidad, no obstante las apariencias que à ella se oponen.

Qualquiera de estas adversidades bastaria, Calicos, para acobardar à un Heroe del siglo; pero todas juntas no son capaces de alterar la tranquilidad del alma de Santa Ana: despues de haver experimentado todos estos abatimientos, podia decir à su Dios con entera confianza: Yo adoro, Señor, vuestros juicios, y recibo con humildad las pruebas que en mí hace vuestra sabiduria: *Dominus humiliat*: examinad atentamente todos los pasages de su vida, y os vereis precisados à confesar, que las desgracias que regularmente abaten la constancia de los mayores Heroes del siglo, en nuestra Santa sirvieron para hacer resplandecer mas la suya.

El alma que se halla enteramente poseida de su Dios, no solamente aspira à la perfeccion, sino que debe contemplarse en el mas alto grado de virtud, sin que sean capaces los mas funestos sucesos de turbar su tranquilidad: nuestra falta de sumision à la voluntad del Señor, que gobierna la mano que nos hiere, y contrista, consiste en que miramos como principales autores de nuestros contratiempos à los que nos usurpan nuestros bienes, ò nos ocasionan otras semejantes molestias: David vivia sujeto à la voluntad del Señor, y asi, despreció los culpables insultos de un vasallo rebelde.

Reconozcamos, Catolicos, un Dios justo, y sabio, supremo distribuidor de los honores, y dignidades de la tierra; un Dios Omnipotente, dueño absoluto de los Cetros, y Coronas; un Dios clemente,

cu-

cuya adorable misericordia sufre por mucho tiempo los pecados de los Reyes, y de los Pueblos; un Dios vengador, que en la ruina de los Imperios ha manifestado en todos los siglos las señales de su justicia: un Dios amante de nuestra verdadera felicidad, que si nos priva de las felicidades, y bienes de la tierra, es para que pensemos en la gloria inmortal que nos está prometida: un Dios, que con su exemplo nos enseñó à caminar por la senda de los abatimientos, no obstante nuestro amor à los honores del mundo: de este modo veremos la voluntad de nuestro Dios en los mas adversos sucesos, los abrazaremos con sumision, como Santa Ana, y le sacrificaremos con gusto todas las grandezas de la tierra, porque el alma santa nada teme sino el perder à su Dios.

Ved, Señores, los mas estraños sucesos, que jamás admiró el mundo: ya llegó el tiempo señalado por los decretos eternos: la autoridad de los Judios ha pasado à manos de estrangeros; el Trono de David se halla usurpado; su familia se vé reducida al mayor abatimiento; vive en una funesta obscuridad; no se vé en ella señal alguna de su antiguo esplendor, ni aun se perciben las ruinas de aquella autoridad, y gloria, que eran la admiracion de los Pueblos mas remotos; muchos de sus ilustres descendientes viven en un obscuro retiro, ganando su sustento con el trabajo de sus manos.

Entre estos ilustres hijos de David, veo à Santa Ana, ocupada en sacrificar al Señor las grandezas fugitivas del mundo: mira, sin murmurar, à Herodes el Grande, sentado en el Trono de sus mayo-

- Tom. IV.

P

res,

res, y vive mas contenta poseyendo à su Dios en el retiro, que si gozàra de las mas brillantes Coronas, careciendo de él: para manifestaros, Señores, la generosa sumision de nuestra Santa, y el merito que con ella se adquiere, basta comparar à esta illustre heredera de David, con el usurpador de su Trono.

Santa Ana, y Herodes, ambos vivian en Judea; Herodes, protegido por los Romanos, reynaba, y mantenia la pompa, y magnificencia Real, à costa de las ruinas del Imperio de los Judios; Santa Ana, en el estado en que su Dios la havia puesto para probar su constancia, vivia pobre, y abatida, sufriendo con resignacion el yugo de la dependencia; pero no penseis, Catolicos, que murmura, ni se queja de su triste suerte: semejante à aquellos venerables ancianos, que ponen sus Coronas à los pies del Cordero, hace à su Dios sacrificio de todos los augustos titulos que han pasado à la cabeza de un extranjero, y respeta al que Dios ha declarado por Rey de los Judios.

Herodes, Catolicos, es demasiado conocido para ser estimado; à su fugitiva gloria se siguió una eterna ignominia: su politica, y sus crueldades, le hicieron célebre, y han derivado su infamia hasta nuestros tiempos: este Principe adquirió el Trono por medio de infames astucias, se mantuvo en él por su politica, y afrentó la dignidad Real con sus crueldades: como Cortesano habil supo ganarse el afecto de Augusto, y éste se declaró su protector, manteniendole en el Trono contra todo el poder de sus enemigos: Pagano en el corazon, y Judio en el

exterior, puede decirse que la politica era el Dios que dirigia todas sus acciones. Bajo su autoridad se formó una secta de Judios Platonicos: unas veces erigia trofeos à las falsas divinidades, y otras levantaba las ruinas del Templo de Jerusalém: vivió siempre aborrecido de los Isrraelitas sinceros, y amado de los Romanos, enemigos declarados de los Judios: la sangre de Mariene, y de Alexandra, derramada por su orden, serán un perpetuo monumento de la infamia de su reynado: la de aquellas inocentes victimas que sacrificó à sus recelos en los contornos de Bethlem, le mantendrá eternamente en los Anales de la Iglesia, en el numero de los mas crueles, y barbaros Tyranos; y así, no debe causar admiracion el que una muerte vergonzosa, y tragica, fuese justo castigo de una vida tan indigna de la humanidad.

Santa Ana veía à este Principe sentado en el Trono de sus mayores; y pudiera haver dicho con el Santo Job; ¿por qué permitís, oh Dios mio, que los impios vivan tranquilamente, gozando de la gloria, y de los honores? *¿Quare impij vivunt sublevati?* pero santamente conforme en su abatimiento, esperaba à que se aclarasen unos Misterios tan contrarios, en la apariencia, à la bondad del Señor: no tenia mas voluntad que la de su Dios, y en qualquiera estado que el Señor la colocase, su mayor felicidad era vivir sujeta à sus ordenes: como Dios reynaba en su corazon, veía sin embida reynar à Herodes en la tierra: ocupada siempre su alma en las grandezas celestiales despreciaba las terrenas, y confiando solamente en la proteccion del Cielo, vivia

via tranquila, sin que suceso alguno fuese capaz de turbar su felicidad.

Persuadida nuestra Santa à que el verdadero modo de reynar es obedecer à los decretos del Cielo, se conforma siempre gustosa con la voluntad de su Dios, aun quando parece que éste la abandona: el Justo, Catolicos, es mas grande, aun en medio de los mayores abatimientos, que el pecador en su mas alta elevacion: no siente la pérdida de una gloria que muchas veces ha despreciado; y aun quando el mundo se halla abatido, el Justo espera, porque nadie puede quitarle los bienes que desea.

Saúl se entristece, y pierde el animo quando un Profeta le anuncia que su Corona ha de pasar à la cabeza de David, y que él acabará muy presto de reynar en Israél: tiembla, se estremece, y hasta la vida, que tan amada es de los hombres, es molesta para Saúl al oír esta triste nueva: esta, Señores, es una imagen de la afliccion que oprime à los mundanos en el tiempo de las desgracias: si Dios reynára en sus corazones, nada sería capaz de contristarlos.

Así sucedía à la gloriosa Santa Ana: si levanta su voz en sus infortunios, es para decir al Señor con David: *Deus cordis mei. . . . pars mea in æternum:* vos sois el Dios de mi corazon, y vos solo ocupais toda su capacidad: yo, Señor, soy heredera de vuestra gloria, como del Trono de Judea; pierdo sin susto el Trono de mis padres, y solo suspiro por el patrimonio Celestial: vos sois mi heredad eternamente: me sujeto, Señor, à vuestra voluntad en la privacion de los honores, y en los trabajos de la miseria

ria que padezco, porque sé que vos lo disponeis así: *Dominus humiliat.*

El Corazon, Señores, es el que decide del merito de las virtudes: en este secreto Santuario nacen los culpables deseos de adquirir riquezas, y las murmuraciones contra los trabajos de la pobreza: el corazon forma los ricos inocentes, y los pobres humildes: la opulencia de muchos Santos ha dexado en todas partes monumentos eternos de su caridad; y tanto la Religion, como el Estado, se glorían de las liberalidades de estos corazones magnanimos: la sumision del pobre nos edifica; su mayor gloria es la conformidad con Jesu-Christo: el rico sin caridad, y el pobre sin sumision, son oprobrio de la divinidad: el Señor los crió à ambos para gloria suya: *Simul in unum, dives, & pauper.*

Si separamos de las riquezas el abuso que de ellas suele hacerse, es preciso confesar, que son medios muy eficaces para conseguir la salvacion: si separamos del corazon del hombre el desordenado amor à los bienes percederos, será à un mismo tiempo rico, è inocente, porque todo es util, para el que vive sujeto à la voluntad de Dios: es verdad, que vemos con dolor à muchos hombres avaros, quebrantar las leyes de la equidad, y la justicia por aumentar sus tesoros, los que son semejantes à aquellos impetuosos torrentes, que para aumentar sus aguas rompen todos los diques; pero tambien vemos con consuelo muchas familias ricas, que gozan inocentemente del patrimonio de sus mayores, y que con sus limosnas enjugan las lagrimas de los miserables, semejantes à aquellos rios que corren con magestad,

lle-

llevando à todas partes la abundancia: lo que solamente puede asustar à los ricos inocentes, aunque al mismo tiempo es el mayor motivo de consuelo para los pobres mas despreciados, es la eleccion que Jesu-Christo hizo de la pobreza, segun advierte San Agustin: *Pauper esse voluit Filius Dei.*

Reparad, Catolicos, en el modo con que la divina sabiduria dispone su nacimiento: la familia de que determina nacer, aunque antes havia ocupado el Trono, se hallaba reducida à la mayor miseria; todos sus parientes, segun la carne, eran pobres, y desconocidos; entre ellos no havia ricos, ni poderosos, y todos vivian à costa del trabajo de sus manos: viven tranquilos en su obscuro retiro, fundando su felicidad en su sumision à la voluntad de Dios; su fé adora la mano que los guia por estos caminos de abatimiento, y que los separa de las riquezas, y opulencia del mundo: el mismo Jesu-Christo, desde el pesebre en que nace, predica à los hombres las utilidades de la pobreza, y confunde con esta voluntaria eleccion, que hace de la pobreza, la estimacion que nosotros hacemos de los bienes perecederos de la tierra.

Si estos bienes fueran necesarios para nuestra eterna salud, la opulencia huviera presidido en el nacimiento del Salvador; Maria, y sus parientes no se huvieran visto reducidos à tan estrecha pobreza; y si no fueran peligrosos, Dios no los huviera reprobado: Jesu-Christo, dice San Agustin, eligió la pobreza, quando vino al mundo, porque entonces todos los hombres amaban con el mayor extremo las riquezas: *Quia divitias homines appetebant.*

To-

Todos los Judios, à excepcion de un corto numero de virtuosos Israelitas, estaban dominados de las ideas de la grandeza, y opulencia: esperaban un Salvador, acompañado de toda la magnificencia de los Conquistadores; y no obstante la decadencia de su Imperio, despreciaban la pobreza; y los abatimientos: en todos los estados se hallaban abandonadas aquellas sabias leyes, que havian hecho los Romanos para mantener la sencillez: y à excepcion de un corto numero de Philosophos, que llevados de su soberbia, querian ser admirados como despreciadores de las riquezas, en todos los demás hombres dominaba este insaciable deseo: *Divitias appetebant.*

La Republica Romana manchó su gloria con el exceso de su luxo, y luego que dexó de amar la pobreza, dexó tambien de ser la admiracion de las demás Naciones; y el sepulcro de su modesta sencillez lo fue tambien de sus gloriosas acciones: à la sencillez, que reynaba entre los Romanos, acompañaban todas las virtudes; pero Roma se vió inundada de todos los vicios, luego que en ella se empezaron à tributar respetos à la opulencia.

Este era el error de casi todos los hombres, quando Jesu-Christo vino al mundo, como dice San Agustin; todos adoraban al idolo de la fortuna; por eso el Señor dispuso, que sus parientes fuesen pobres, y quiso él mismo nacer en el seno de la pobreza, y de los abatimientos: *Pauper esse voluit.*

Aun antes de manifestarse al mundo levantó el estandarte de la pobreza, llevando à Santa Ana, como por la mano, por el camino de la humildad, y de la miseria, para que la que havia de ser madre,

de

de la Madre de Dios, representase anticipadamente los misterios de su humildad en el pesebre; y para que diese al mundo un exemplo de la mas perfecta sumision à la voluntad de su Dios.

La nobleza, Catolicos, es un don muy apreciable, pero al mismo tiempo es una carga muy pesada, quando faltan los medios para sostener su esplendor: los titulos, sin bienes, solo sirven de hacer mas desgraciados à los que los poseen: quando el lustre del nacimiento se halla sepultado en las miserias de la pobreza, no goza de aquellos respetos, que tanto lisongean à los mortales: el fausto, y la magnificencia dán entrada en todas partes al poderoso; todos respetan su nobleza, sin meterse à examinarla; la pobreza es un bocado muy amargo para el noble, que por razon de su clase debiera gozar de los honores anexos à la opulencia.

Ved aqui, Señores, otra circunstancia, que ensalza la sumision de Santa Ana à la voluntad de su Dios: tenia nuestra Santa los mismos derechos à la opulencia, que al Trono: al Trono de Judá estaban vinculados dominios inmensos, y titulos muy gloriosos: y quando debiera haver heredado de sus padres estos lisongeros bienes, se halla reducida à la mayor miseria; pero su sumision à la voluntad de Dios la hace superior à quantas utilidades huvieran podido proporcionarla estos bienes temporales.

Mira con indiferencia todas las riquezas, que debiera haver heredado de sus padres; no se quexa de su pérdida: no compara su actual miseria con la opulencia de sus abuelos, y siempre sujeta à la voluntad de su Dios, le bendice, y adora en el humilde es-

tado, en que la ha colocado su sabiduria.

Esta sumision de nuestra Santa es digna de muy particulares elogios; Santa Ana se manifiesta superior à los hombres mas célebres que han abrazado voluntariamente la pobreza, despues de la publicacion del Evangelio; no solamente por su Dignidad de Madre de la Reyna de los Angeles, sino por el heroismo de su sumision; ved, Señores, la prueba: Jesu-Christo levantó el Estandarte de la pobreza; los Apostoles siguieron sus huellas; los primeros Christianos abrazaron esta virtud; despues ha sido mirada de todo el mundo Catolico, como una señal de honor, y de gloria: muchos Monarcas, y Grandes la han abrazado, levantando troféos en honra suya, pero no sucedia asi en tiempo de Santa Ana, nadie miraba à la pobreza como virtud, y así era preciso que fuese muy horoyca la sumision de nuestra Santa à la voluntad de Dios, para vivir gustosa en los trabajos de la miseria, en un tiempo en que ésta era tan aborrecida de los hombres.

Santa Ana halla toda su satisfaccion en la pobreza, porque sabe lo mucho que su Dios ama esta virtud: muy diferente de aquel sobervio mortal de quien habla la Escritura, que decia, ya soy rico, ya he hallado mi Dios, y mi Divinidad: *dives effectus sum, inveni idolum mihi*: Santa Ana decia, me hallo reducida à la mayor pobreza; la opulencia de mis mayores desapareció con su trono, pero en este estado de miseria, y abatimiento hallo à mi Dios: su adorable mano es quien me gobierna; no cesaré de bendecirle, y alabarle mientras me dure la vida; y no obstante la gloria à que aspiran todas las Ma-

dres en Israel, viviré conforme con su voluntad santa, à pesar de los oprobios de la esterilidad: los mas penosos sacrificios, son faciles para el alma que posee à Dios, y que vive entregada à su voluntad adorable: *Dominus humiliat.*

La fecundidad era en la antigua Ley un distintivo muy glorioso, y las mas veces era la recompensa de las mayores virtudes: Dios promete à Abraham grandes prosperidades en la tierra, y todos los Misterios de su futura grandeza empiezan por la milagrosa fecundidad de su esposa Sara: Abraham se halla constituido Padre de una posteridad muy numerosa: los Patriarcas, los Profetas, los Pontifices, y Reyes de Israel, todos descienden de él.

La fecundidad es la gloria de la casa del Justo, dice David; el Señor derrama en el seno de su familia las mas suaves bendiciones; sus hijos, como nuevos Olivos, rodearán su mesa, y le llenarán de consuelo, y alegría: por eso todas aquellas desgraciadas Israelitas, que padecian la nota de la esterilidad se afligian, y lloraban, pidiendo continuamente al Señor borrarse de su familia este oprobio, concediendolas una feliz fecundidad. La Madre de Samuel regaba el suelo del Templo con sus lagrimas, y ofrecia al Señor el incienso de sus Oraciones, pidiendole la concediese el don de la fecundidad; y la hija de Jephté errando por los montes, hacia que resonasen los peñascos con el eco de sus suspiros, llorando su desgraciada esterilidad.

Dios llevó à Santa Ana à lo sumo de la Gloria, por el camino que guiaba à los mayores abatimientos, y probando su constancia con una larga este-

ri-

rilidad, se ve honrado con la perfecta sumision de nuestra Santa à su voluntad Divina, pues sacrifica à esta voluntad las preocupaciones de su Nacion, el oprobio de la esterilidad, el desprecio de sus Ciudadanos, y la gloria de la fecundidad; y asi no me admira que los Padres de la Iglesia hagan tan magnificos elogios de la sumision de nuestra Santa à las ordenes del Cielo, pues era tan heroyca, y havia llegado à tan alto grado de perfeccion.

No quiero representaros, Catolicos, siguiendo el estilo de algunos Autores, à Santa Ana, y à su Esposo, entregados à los excesos del dolor, que son las mas vivas señales de las aflicciones que padecen los mundanos en sus adversidades: tampoco os representaré à San Joachin arrojado del Templo por el Sumo Sacerdote, quando iba à ofrecer sus Sacrificios, ni llorando despues en los desiertos, retirado del comercio de los hombres, la infamia que atribuía su nacion à los que carecian de posteridad: no os representaré à Santa Ana oprimida con el peso de sus desgracias, llorando unas veces la ausencia de su Esposo, y otras los oprobios de su esterilidad, é improperando al Cielo la fecundidad que concede à las aves; estas noticias las sacaron los Orientales de un Evangelio, falsamente atribuido à Santiago, y asi no merecen nuestra atención,

En los respetables Autores de los primeros Siglos de la Iglesia, hallamos magnificos, y verdaderos elogios de la Madre de Maria; en sus escritos nos han conservado la memoria de su nombre, y de sus virtudes; en ellos nos la representan, resignada siempre en la voluntad de su Dios, y sufrien-

Q 2

do

do con paciencia, y alegría las mayores adversidades: siguiendo à estos respetables Oraculos de la Iglesia, os representaré, Catolicos, las heroycas virtudes que resplandecieron en Santa Ana, las que tuvieron su principio en su incomparable sumision à la voluntad del Altisimo.

El silencio que observan los Evángelistas acerca de esta ilustre Santa, es motivo de que los Christianos Oradores se hayan estendido tan poco en sus elogios: quando en la santidad de los Heroes de la Religion, no se hallan sucesos singulares, y acciones extraordinarias, quando no han concurrido juntos el Sacerdocio, y el Imperio à hacerlos famosos en el mundo, parece que falta materia à sus Panegyricos, como si la santidad por sí sola no supusiera necesariamente extraordinarios esfuerzos, y singulares victorias; y como si lo que Dios admira, alaba, y recompensa, no fuera suficiente para merecer nuestras admiraciones, y alabanzas.

Para hacer juicio, Catolicos, de la heroyca sumision de Santa Ana à la voluntad de su Dios en sus mayores trabajos, basta compararla con la impaciencia que manifestamos nosotros en las aflicciones que Dios nos envia: el mundano atribuye todos sus contratiempos à la malicia de los hombres, en vez de adorar en ellos la invisible mano del Señor; hace todos los posibles esfuerzos para levantarse de su caída; se consuela con quejarse à todos de su miseria, pero no llora la pérdida de la gracia; ningun alivio halla en sus penas, porque no se conforma con la voluntad de su Dios.

Parece, Señores, que el hombre quiere que su

voluntad sea la del mismo Dios; espera con impaciencia los felices sucesos de sus empresas; desea con ansia llegar al fin que se ha propuesto; y quando vé desvanecidos sus proyectos, ò frustradas sus ambiciosas esperanzas, pierde el animo, y se halla abatido, y confuso.

Santa Ana llegó al mayor grado de Gloria por medio de aquella perfecta sumision que une la criatura al Criador: Dios la governaba, y probaba con aflicciones, pero como conocia nuestra Santa, que los golpes que la herían, venían de la adorable mano de su Dios, siempre permanecía tranquila en las mayores desgracias: y esta santa conformidad es la verdadera grandeza à que debe aspirar el alma; del mérito de esta virtud podreis juzgar, Catolicos, por el modo con que Dios la recompensó en nuestra Santa: ya haveis visto que su principal mérito fue el haver vivido sujeta à la voluntad de su Dios, ahora vereis, que su mayor gloria consistió en haver cooperado tambien à los fines de su misericordia: *Donus sublevat.*

SEGUNDA PARTE.

LAS aflicciones del Justo tienen su termino, del mismo modo que las felicidades del mundano: en el orden del Evangelio, vemos salir la gloria del mismo seno de los abatimientos; en el orden de las cosas del mundo, vemos salir los abatimientos del mismo seno de la gloria mas lisongera.

La sumision con que se mantiene el Justo en medio de las aflicciones que padece, le merecen

consuelos eternos; la politica que por algún tiempo mantiene al mundano en sus prosperidades, no puede impedir sus desgracias: los Grandes del mundo son poco poderosos para hacernos verdaderamente felices, son muy inconstantes, y así no podemos gozar por mucho tiempo de su favor, y tan injustos, que luego que no nos consideran utiles para sus designios, nos miran como culpados.

¿Quántas veces hemos visto, Catolicos, arruinarse en un estado los mismos trofeos que se acababan de levantar? La sabiduria, el valor, y los talentos, no siempre sirven para mantener en sus dignidades à los hombres de merito: en el mundo se juzga del merito por los sucesos: ¿pues qué gloria puede ser la que depende de tantas casualidades? Si quereis, dice el Espiritu Santo, llegar à conseguir una gloria verdadera, seguid con sumision los caminos que os señala el Señor: *Magna est gloria sequi Dominum.*

La Santa, cuya memoria hoy celebramos, experimentó en sí estas verdades, Catolicos: aun en esta vida se vió honrada con los singulares favores con que Dios suele distinguir à sus escogidos: su sumision se vió recompensada con las mas gloriosas prerrogativas: à pesar de la usurpacion de Herodes, fue reconocida por heredera del Trono de David; no obstante los muchos años que havia pasado en la esterilidad, concibe, y pare à la Madre del Redentor del mundo, y no obstante la infinita distancia que hay entre la criatura, y el Criador, llega à ser por medio del Misterio de la Encarnacion, Abuela de Dios hombre.

La

La predileccion con que hoy Dios la distingue, havia sido en otro tiempo la gloria de su familia: su milagrosa fecundidad denota la futura grandeza del fruto que concibe en sus entrañas; y la gloriosa alianza que contrahe con Dios hombre, manifiesta la parte que tuvo en los Mystérios de nuestra Redencion: ¡Qué prerrogativas éstas, Catolicos! nuestra Santa podia muy bien decir; Señor, vos me ensalzasteis à la mayor gloria, eligiendome para la execucion de vuestros misericordiosos fines: *Dominus subleuat.*

Hablo, Señores, de una grandeza, que no tiene aquellas brillantes exterioridades que tanto aprecia el mundo: Santa Ana es grande à vista de la Religion, y no à vista de la sabiduria del mundo; rompieronse, por ultimo, aquellos oscuros velos que ocultaban à Santa Ana en su retiro: un resplandor Divino la manifiesta al universo admirado; luego que dá al mundo aquella incomparable Virgen, anunciada por los Profetas, se halla adornada de las mas ilustres prerrogativas, y todos la reconocen por hija de David.

Entre sus gloriosos ascendientes, cuenta la Sagrada Historia muchos Patriarchas, Pontifices, Reyes, y Grandes Capitanes: es verdad que Herodes está sentado en su Trono; pero todas las revoluciones que han hecho pasar esta Corona à una casa estrangera, han sido dispuestas por la Suprema Sabiduria del Señor: y la Fé vé salir à nuestra Santa de los oprobios, y abatimientos, con una gloria muy superior à la de los mas felices mundanos: el mismo Espiritu Santo, es Catolicos, quien forma la

ilus-

ilustre genealogía de nuestra Santa, pues hablando de Maria Santísima, dice, que corria por sus venas la sangre de David: *De domo & familia David*. Y atendiendo à esta conducta del Señor, haré algunas utiles reflexiones para confundir las falsas ideas con que todos los hombres viven engañados acerca de la gloria del mundo.

El Evangelio nos refiere la grandeza, y lustre de la sangre de Santa Ana, refiriendonos la de Maria Santísima su Hija: la manifiesta à todas las Naciones, como heredera del Trono de David; nos enseña, que los descendientes de uno de los mayores Reyes, que tuvo el mundo, vivian en la obscuridad, y en la miseria: y en un tiempo destinado por la Eterna Sabiduría, à publicar en todo el universo las grandezas de Santa Ana, ésta no toma posesion de su Trono, y el usurpador sigue gozando pacíficamente de su Corona.

Los Sabios del mundo, los que solamente aman las grandezas de la tierra, los que aspiran à conseguir títulos vanos que lisongean la ambicion, ¿podrán decir, dónde está la gloria de Santa Ana? Pero vosotros, Católicos, que os hallais instruidos en las maximas del Evangelio, sabeis muy bien, que su gloria consiste en haber sido elegida por Dios, no para reynar en la tierra, ni tomar posesion de la Corona de sus mayores, sino para ser Madre de una Virgen, prometida desde el nacimiento del mundo, de la Reyna del Cielo, y de la tierra, de una criatura, que ella sola constituye una gerarquía entre Dios, y los Angeles, de la Madre de un Dios hombre, superior à todos los Tronos, y dominaciones.

Su

Su verdadera gloria consiste en haver sido escogida por Dios, para dar al mundo, aquella Virgen de la que havia de nacer el Salvador, siendo preferida en este incomparable favor à tantas ilustres mugeres que en la Synagoga se havian adquirido una gloria inmortal, à una Judith, à una Esther, à una Debora, à la Madre de Samuel, y à la de los Machabeos; à todas estas Mugeres tan famosas en la Escritura por sus heroicas virtudes, por su invencible zelo, por su prudencia en el gobierno, y por sus celebres victorias; à estas Mugeres, que eran gloria de Jerusalem, alegría de Israel, y honor del Pueblo Judaico.

Su verdadera gloria consiste en haver sido escogida por Dios, siendo preferida à su Parienta Isabel, que veía reunidas en su casa todas las grandezas del Sacerdocio, y el Imperio: ambas eran estériles, ambas debieron su fecundidad à las misericordias del Señor, que se dignó de oír sus ruegos; y aunque Isabel tuvo la gloria de dar al mundo el Precursor del hombre Dios, Santa Ana la excedió, dandole la Madre del mismo Dios que havia de salvar à los hombres.

Esta eleccion que el Señor hace de Santa Ana, nos manifiesta dos distintivos de su gloria, es à saber, el singular amor que Dios la tuvo, y la grandeza de su familia: *De domo & familia David*: ved aqui, Católicos, una genealogía que nos refiere el Evangelista, no para hacernos estimar las grandezas humanas, sino para anunciarnos el cumplimiento de los Divinos Oraculos: ¿qué diferencia tan notable no se advierte entre esta genealogía, y las que

Tom. IV.

R

for-

forma la adulacion, para alimentar la ambicion de los hombres, valiendose de la obscuridad de los siglos, para manifestar los descendientes de unos Heroes, cuyos titulos procuran apropiarse, sin cuidar de imitar sus virtudes! los hombres hacen muy poco caso de la virtud, y santidad, para contarlas entre los timbres de su familia; solamente aprecian en ella, las riquezas, y dignidades de sus antepasados.

Si Dios antes del Nacimiento del Mesias huviera manifestado à Santa Ana, adornada del resplandor de las grandezas humanas; si huviera obligado à Herodes à cederla su Trono, y su Corona, los Sabios del mundo, deslumbrados con el resplandor de su elevacion, confesarían que los Oradores tenían un campo muy dilatado para formar sus Panegyricos; pero estos mismos Sabios, hacen muy poco caso de una gloria que es toda celestial, de una gloria que consiste en la preedileccion, en los favores, y en las gracias que la concede su Dios: la obscuridad se acomoda muy bien à la Sabiduria del Evangelio, pero en nada conviene con la sabiduria del mundo: la grandeza que proviene de la Divina Gracia, es de muy poco aprecio para los mundanos, quando no está acompañada del lustre del nacimiento: por eso los hombres hacen tantos esfuerzos para disimular la obscuridad de su origen, con una nobleza que no suele ser propia de su familia.

Qué podremos pensar, Catolicos, de aquellos hombres embriagados con la gloria del siglo, que avergonzandose de su misma opulencia, quando ésta carece de titulos distinguidos, compran los honores,

res, para ocultar bajo la novedad de los nombres que adquieren, la obscuridad de su nacimiento, quando al mismo tiempo, sus mas cercanos parientes gimen oprimidos con el peso de la miseria, sin atreverse, no solo à pedirlos que los socorran, sino ni aun declararse por tales. Qué hemos de pensar, si no que estos hombres no conocen el valor de la gloria de los amigos de Dios, la que no consiste, como estais viendo en el ilustre exemplar de Santa Ana, en las grandezas de la tierra, sino en los favores, y distinciones del Cielo.

Dios quando determina que se cumplan las profecías, publica la antigua grandeza de Santa Ana, sin ponerla en posesion de los augustos titulos de sus Padres: su gloria consiste en haver merecido la preedileccion del Cielo, y en una milagrosa fecundidad que dá al mundo la gloria del Redentor de todos los hombres: *Cum gloria suscepisti me.*

Ved aqui, Catolicos, nuevos motivos de gloria en nuestra Santa, los que han servido de materia à los sublimes elogios, que muchos Santos Doctores han consagrado à su memoria: eloquencia profana nunca podrás llegar à representar dignamente la milagrosa fecundidad de Santa Ana, la grandeza del fruto que concibe en su vientre, y los preciosos bienes, que por este medio nos proporciona: solamente estaba reservado para la eloquencia christiana del Damasceno, y de algunos Sabios, y piadosos Emperadores, el poder pintar con religiosa magnificencia la gloria de la Santa, Madre de Maria, y referir con un estilo propio de la grandeza de nuestra Santa Religion, los mysterios de su fecundidad.

Ved, Señores, al Gran San Juan Damasceno, condenado por un cruel Edicto à perder la mano con que havia escrito las glorias de Maria, la que milagrosamente se le restituye por medio de la poderosa intercesion de la Señora: este zeloso defensor de las Santas Imagenes, que tuvo valor para oponerse al infame Emperador Leon Isaurico, Protector declarado de los Inconoclastas, que siempre se vió favorecido con la singular proteccion de la Reyna de los Angeles, es uno de los mas célebres Panegyristas de Santa Ana: siempre miró la milagrosa fecundidad de nuestra Santa, como una fuente inagotable de alabanzas; en uno de sus discursos, alabando las grandezas de Maria, y de su Madre, nos dice; que por medio de Maria tuvimos à Jesu-Christo, y por medio de Santa Ana tuvimos à Maria.

No solamente los Santos Doctores, sino tambien algunos Christianos Emperadores se han preciado de ser Panegyristas de Santa Ana: ¿Quién no tiene noticia de la erudicion, y zelo del Emperador Leon, que mereció el glorioso titulo de Sabio? Pues este Principe emplea toda su eloqüencia, por la que fue tan aplaudido en el mundo, en elogiar à Santa Ana, y entre los varios pasages de su vida, elige el de su fecundidad milagrosa, como el de mas interés para la religion, de mayor consuelo para los hombres, y el mas glorioso para nuestra Santa.

Imitando, pues, yo à estos hombres célebres, os manifestaré, Catolicos, las maravillas de la fecundidad de Santa Ana; éste es el mas glorioso distintivo de nuestra Santa, y el mas plausible trofeo que

que podemos levantar à su gloria: esta milagrosa fecundidad es tan recomendable para todos los hombres, porque miran à Maria Santisima, como fruto de ella, y esta Santa Hija, es la mayor gloria de la Madre.

En la fecundidad milagrosa de la Madre de Samuel, veo à un Dios que enjuga sus lagrimas, oye sus ruegos, y la concede un hijo, que llega à ser un gran Profeta, conocido en todo el universo por Apostol de los Reyes, Juez, y Oraculo de Israel.

En la fecundidad de Santa Isabel, veo muy extraordinarios prodigios: el Angel habla à su marido en el tiempo que está sacrificando; el hijo que se halla encerrado en su vientre, es iluminado por el Sol de Justicia antes de nacer; su nacimiento ocasiona una pública alegría; y el universo admira en este Niño al mayor de entre los hijos de los hombres.

¿Pues qué cosa se halla en la fecundidad de Santa Ana, que sea superior à la de estas Santas Mujeres? ¿Qué se ha de hallar Catolicos? la inefable grandeza de la hija que concibe: la gloriosa dignidad de Madre de Dios, à que está destinada Maria, dá un particular resplandor à la fecundidad de Santa Ana. Maria es superior à Samuel, y al Bautista, y asi la gloria de su Madre es superior à la de aquellas Santas Mujeres: en todas son unos mismos los principios de su fecundidad milagrosa, pero el fruto de ella es muy diferente: Maria Madre de Dios, es elevada sobre todas las criaturas, por eso la gloria de Santa Ana, es superior à la de todas las mujeres mas favorecidas del Cielo, sin que esta gloria ha-

haya sido comunicada à ninguna otra criatura. Oid, Señores, à aquella Muger que levanta su voz entre las turbas, y que en nombre de la Iglesia, como dicen los Sagrados Interpretes, tributa alabanzas à Maria; esta Muger alaba à la Madre, despues de haver admirado la grandeza del hijo; admirada de su Sabiduria, y milagros, exclama; felíz el vientre en que estuvisteis encerrado, y felices los pechos que te dieron de mamar: de este modo, como nota el Venerable Beda, se hace Apostol del Misterio de la Encarnacion, alaba à la Madre del Dios hecho hombre, y canta las glorias de la que le dió al mundo.

Me parece, Señores, que es escusada la aplicacion; ya no os causará admiracion, el que despues de haver visto las grandes maravillas que el Señor obró en Maria, las gracias, los privilegios, y los extraordinarios milagros, que manifestaron al mundo una Virgen fecunda, y una Madre Virgen, los gloriosos titulos que posee, y los tesoros de gracias que en ella se depositan para repartirse entre los hombres por su medio, los mas Santos, y célebres Oradores de la Iglesia, exclamen con la Muger del Evangelio, y digan en el mismo sentido que ella: felíz la que te concibió, y parió: su gloria es sin comparacion mayor que la de la Madre de Samuel, y del Bautista; el glorioso titulo de Madre de tal Madre, la hace amable à toda la Iglesia, y digna de veneracion para con todos los hombres.

Pero advertid, Catolicos, que Santa Ana supo desempeñar dignamente esta alta dignidad de Madre de Maria, correspondiendo su santidad à la gran-

grandeza del deposito que se la havia confiado: no quiero contraponer aqui, Catolicos, la educacion celestial que Santa Ana dió à Maria, con la educacion profana, que muchos padres mundanos dan à sus hijos; el cuidado que tuvo de que creciese en virtudes, y de mantenerla en ellas con su exemplo, con el culpable silencio que muchos padres guardan con sus hijos, acerca de las importantes verdades de la religion, y con los pecaminosos exemplos de codicia, y ambicion, que los manifiestan; ni aquella generosa piedad con que lleva à Maria al Templo en sus tiernos años, para consagrarla en él al Señor, con aquella infame prudencia, que solamente lleva al Altar las víctimas despreciables, ó con aquel amor carnal que destina al mundo à los hijos à quienes Dios llama para el retiro: mi intento es solamente representaros aqui la gloria con que Dios recompensó la sumision de Santa Ana, y no ponderaros las virtudes que en ella resplandecieron.

El principio de esta gloria, Catolicos, fue la Reyna de los Angeles Maria Santisima, pues por su medio contrajo con Jesu-Christo una alianza, que manifiesta la parte que tuvo en los Misterios de nuestra redencion, y la santa magnificencia con que Dios se dignó recompensarla: *Dominus sublevat.*

La alianza de Dios con el hombre es uno de los mayores Misterios de su amor: la infinita distancia que hay entre el Criador, y la criatura, no nos permitia pensar, que Dios pudiese hacerse hombre, por ser el hombre obra de sus manos, y un conjunto de polvo, ceniza, y todas las miserias; ni el hombre llegar à ser Dios, por ser este un sér supremo,

y un conjunto de todas las perfecciones. Estas son las gloriosas utilidades que nosotros sacamos del Mysterio de la Encarnacion. Jesu-Christo haciendose hombre, contrajo con nosotros una alianza divina; se abatió para ensalzarnos: nosotros participamos de la gloria de la naturaleza divina, porque Dios se dignó de vestirse la naturaleza humana: somos llamados, y somos en la realidad hijos de Dios, porque Dios es verdaderamente hijo del hombre: somos coherederos de su gloria inmortal, porque el Señor se cargó con nuestras miserias temporales: ¡o dignidad imponderable del Christiano, cuya excelencia tanto nos encargan los Santos Doctores que meditemos!

Pero además de esta alianza de adopcion, y de esta union divina del hombre con su Dios, la que forma, y mantiene la caridad, Jesu-Christo contrajo tambien una alianza, segun la carne, con los hombres en el Mysterio de su Encarnacion, naciendo, como dice San Pablo, de una Muger Virgen: *factum ex Muliere*, y teniendo verdaderos parientes, segun la carne, en Judea; toda la familia de Maria es, Catolicos, la misma familia del Salvador, segun la carne, y aunque Jesu-Christo dijo, que no conocia mas Parientes, que aquellos, que hacian la voluntad de su Padre Celestial, no por eso quiso privar à los suyos de esta gloria.

No sé si me atreva à decir, Señores, que entre todos los Parientes de Jesu-Christo, Santa Ana ocupa el primer lugar; que fue un Astro resplandeciente que disipó las tinieblas que los ocultaban à la vista del mundo, y que tuvo la gloria de haver tenido

par-

parte en los Mysterios de nuestra Redempcion, de un modo muy singular.

¿No tuvo nuestra Santa la gloria de ser verdadera Abuela del Salvador? ¿La sangre que animaba à la Reyna de los Cielos, no circuló antes por las venas de Santa Ana? ¡O Catolicos! todos quantos honran à Maria Santisima, por haver sido Madre de Dios, deben tambien honrar à Santa Ana, por haver sido Madre de Maria.

San Agustin, queriendo darnos una justa idea de la grandeza de Maria, y de sus prerrogativas, no usa de mas palabras que éstas: *Caro Jesu, Caro Mariae*. Estas palabras encierran en sí toda la grandeza, toda la gloria, y todas las distinciones, que pudiera expresar la mas sublime eloquencia, pues anuncian una alianza inefable, y son gloriosos troféos que publican la Maternidad Divina contra las blasfemias de algunos impíos Hereges.

Para manifestaros, pues, Catolicos, toda la gloria de Santa Ana, en la alianza que el Verbo Eterno contrajo con los hombres; para probaros las distinciones que goza entre toda su familia, no necesito valerme de otras palabras mas que de las de San Agustin, y decir de Maria, y de su Madre lo que el Santo dice de Jesus, y de Maria: la Carne de Maria es Carne de Santa Ana; Santa Ana concibió, y tuvo en su vientre à la misma à quien Dios escogió para ser Madre de su Hijo: ¿qué gloria, y qué excelencia podrá compararse con ésta, Catolicos?

Ya no me admira, Señores, la devocion de los fieles, el zelo de la Iglesia, y las liberalidades de los Principes Christianos, quando se trata del culto

Tom. IV.

S

de

de Santa Ana: no me admiro de que los mayores Emperadores hayan levantado suntuosos edificios en honra suya; que la Iglesia haya señalado dias en que se la tributen solemnnes cultos, ni de que todos los fieles acudan à los Templos consagrados à su honor, à implorar su intercesion, y patrocinio: la Madre de Maria Santisima, siempre será digno objeto del culto de los verdaderos Christianos.

Esta es, Catolicos, la gloria de los que se conforman humildemente con la voluntad de Dios, y adoran sus fines en los mayores trabajos con que su Magestad los prueba: à estas pruebas con que el Señor los affige, se siguen muy abundantes recompensas.

Vuestras quejas, vuestras murmuraciones, vuestros esfuerzos, los arbitrios de vuestra prudencia, nunca podrán trastornar los designios que Dios tiene para con vosotros, Catolicos; estos siempre han de tener su debido efecto: conformaos con su voluntad, y adorad sus juicios en vuestras desgracias; el negocio de vuestra eterna salud, que es muy diverso de los negocios del mundo, depende de Dios, y de vosotros, y se consumará tanto por medio de las prosperidades, como de las desgracias; y vuestra conformidad con su voluntad santisima, os hará dignos de la Gloria eterna: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA.

*Esto vir fortis & Præliare bella Domini. Lib. i.
Reg. cap. 18.*

Sé valiente, y pelea por la Gloria del Señor.

LA Divina Gracia, siempre solícita del bien, y de la salud del hombre, se acomoda en algun modo à su flaqueza, para hacerle Santo; presenta à su corazon aquellos mismos objetos, que antes le agradaban, y consagrando hasta sus propias pasiones, hace que éstas sirvan en el principio para su conversion, y despues para su santificacion perfecta: Magdalena convertida, emplea en su Salvador todos los amorosos afectos, que tan prodigamente havia antes repartido con el mundo: San Pablo, despues de haver sido derribado en tierra, se levanta con la misma grandeza de alma, y con el mismo valor, pero emplea uno, y otro en establecer, y defender la Religion que antes havia tan cruelmente perseguido: San Agustin, despues de haver abandonado sus errores, y desordenes, emplea todo su entendimiento, y todo su corazon en sacar del camino de la heregía, y del libertinage, à los que

de Santa Ana: no me admiro de que los mayores Emperadores hayan levantado suntuosos edificios en honra suya; que la Iglesia haya señalado dias en que se la tributen solemnes cultos, ni de que todos los fieles acudan à los Templos consagrados à su honor, à implorar su intercesion, y patrocinio: la Madre de Maria Santisima, siempre será digno objeto del culto de los verdaderos Christianos.

Esta es, Catolicos, la gloria de los que se conforman humildemente con la voluntad de Dios, y adoran sus fines en los mayores trabajos con que su Magestad los prueba: à estas pruebas con que el Señor los aflige, se siguen muy abundantes recompensas.

Vuestras quejas, vuestras murmuraciones, vuestros esfuerzos, los arbitrios de vuestra prudencia, nunca podrán trastornar los designios que Dios tiene para con vosotros, Catolicos; estos siempre han de tener su debido efecto: conformaos con su voluntad, y adorad sus juicios en vuestras desgracias; el negocio de vuestra eterna salud, que es muy diverso de los negocios del mundo, depende de Dios, y de vosotros, y se consumará tanto por medio de las prosperidades, como de las desgracias; y vuestra conformidad con su voluntad santisima, os hará dignos de la Gloria eterna: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA.

*Esto vir fortis & Præliare bella Domini. Lib. i.
Reg. cap. 18.*

Sé valiente, y pelea por la Gloria del Señor.

LA Divina Gracia, siempre solícita del bien, y de la salud del hombre, se acomoda en algun modo à su flaqueza, para hacerle Santo; presenta à su corazon aquellos mismos objetos, que antes le agradaban, y consagrando hasta sus propias pasiones, hace que éstas sirvan en el principio para su conversion, y despues para su santificacion perfecta: Magdalena convertida, emplea en su Salvador todos los amorosos afectos, que tan prodigamente havia antes repartido con el mundo: San Pablo, despues de haver sido derribado en tierra, se levanta con la misma grandeza de alma, y con el mismo valor, pero emplea uno, y otro en establecer, y defender la Religion que antes havia tan cruelmente perseguido: San Agustin, despues de haver abandonado sus errores, y desordenes, emplea todo su entendimiento, y todo su corazon en sacar del camino de la heregía, y del libertinage, à los que

seguian las sendas de la perdicion: me parece, Señores, que ya haveis hecho la aplicacion de estos exemplares que acabo de proponeros à el Gran Santo, cuya festividad celebramos en este dia, y que estais persuadidos à que la gracia obraria en San Ignacio de Loyola grandes prodigios, pues la naturaleza le havia hecho hombre singular: es indubitable, Catolicos, que la Divina Gracia halló en nuestro Santo muy felices disposiciones; halló una nobleza de pensamientos, que suele ser efecto de un nacimiento distinguido, una imaginacion viva, y un valor intrepido; halló en él, prudencia en la execucion de sus proyectos, constancia en los peligros, y valor en las mas arduas empresas; en una palabra, la gracia halló en San Ignacio todas aquellas prendas que constituyen à los hombres grandes: para santificar, pues, à una alma tan enriquecida de dones naturales, era necesario hacerla mudar de objeto, sin que mudase sus inclinaciones, y hacerla pasar de una Milicia profana, à una Milicia santa, del servicio de los Reyes de la tierra, al servicio de Jesu-Christo, y purificar todas estas admirables qualidades, para hacer un Heroe Christiano, de aquel que parece podia aspirar à ser colocado en el numero de los Heroes del mundo: *Esto vir fortis, & praeliare bella Domini*; bajo esta idea os he de representar hoy, Señores, à San Ignacio de Loyola; tres cosas son igualmente necesarias en un Heroe; el valor, la prudencia, y la felicidad: el valor sin la prudencia, hace à los hombres temerarios; la prudencia sin el valor, los hace tímidos; y quando à estas dos virtudes no acompaña la felicidad,

dad, pierden todo su merito para con los hombres: para emprender acciones heroycas, se necesita de valor, para gobernar estas acciones se necesita de prudencia, y para conseguir un fin glorioso, se necesita de felicidad: estas tres qualidades hicieron à San Ignacio de Loyola un Heroe Christiano, y son el asunto de este discurso: tuvo valor para emprender acciones heroycas; tuvo prudencia para gobernar estas acciones; y tuvo la felicidad de ver logrados sus intentos, coronando Dios sus trabajos con las mayores felicidades; pidamos à la Reyna de los Angeles me alcance de su Divino Esposo, gracia para hablar dignamente de las virtudes de su siervo: AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

SIN valor, Catolicos, es igualmente imposible conseguir las empresas, tanto en el servicio del mundo, como en el de Dios: en todas partes se hallan escollos, y obstaculos: el cobarde tiembla à vista del peligro, y huye del enemigo; si quereis saber, Señores, hasta dónde llega el valor de San Ignacio, examinad las acciones que emprende por su propia salud, y por la salud de los demás hombres.

Su valor resplandece en las acciones que emprende por su propia salud: no os parezca, Señores, que es mi intento haceros admirar en nuestro Santo un valor profano: si os le represento encerrado dentro de los muros de Pamplona, animado de aquel marcial ardor, que inspira en un Joven Noble la edu-

educacion militar, y el deseo de adquirir fama, volando de esquadron en esquadron, y encendiendo en el animo de todos los Soldados el mismo fuego, que à él le abrasa; si os le represento al frente de muchos valerosos Soldados, animandolos con su voz, y con su exemplo, no es mi intento dar à la ambicion mundana los elogios, que en un Christiano Pulpito solamente deben tributarse al Dios de los Exercitos: vuestra providencia, ò Dios mio, le guia à la brecha para herirle como à San Pablo, y en todas las gloriosas acciones de Ignacio, solamente intento hacer adorar vuestra providencia: el valor con que ahora se expone à los peligros, mudado por vuestra divina gracia, tendrá muy presto un objeto mucho mas digno de su generoso corazon: ved, Señor, que llega el feliz momento de su conversion, señalado en vuestros inmutables decretos: aquel brazo omnipotente, que supo echar por tierra à un cruel perseguidor, derribe tambien, y confunda à este ambicioso Joven: ya veo, Señores, à Ignacio derribado en tierra, y herido con una bala de cañon, que le rompió una pierna: Ignacio cae, y como si solamente su valor sostuviera el sitio de aquella Plaza, al ver su caída, pierden el animo los Navarros, y se entregan à discrecion: Ignacio es llevado al Campo de los Franceses; éstos, que saben respetar el valor, y el nacimiento aun en sus mismos enemigos, cuidan del herido con toda la atencion que merece su persona, hasta que algo restablecido, se halla en estado de poder ser conducido al Castillo de Loyola: allí, despues de haver sufrido los mas crueles dolores, Dios por su misericordia

dia se digna de hacer un milagro, para conservar al mundo un hombre, que havia de ganar tantas almas para el Cielo: Ignacio, para divertir su larga, y penosa convalecencia, pide unos libros, en que se hallan celebradas por los Poetas las acciones de los Heroes fabulosos; pero Vos, Señor, que cuidais de la salud de vuestros escogidos, dispusisteis, que en lugar de estas ridiculas Historias, llegase à sus manos la Historia de Jesu-Christo, y de vuestros Santos: en estas sagradas fuentes bebió las santas reflexiones que por ultimo le mudaron, y que aun hoy mudarian à muchos corazones rebeldes, si cuidaran de acudir à ellas. Ignacio movido, desengañado, y despertando de su letargo, llora, gime, se muda, y se convierte: su conversion fue la alegría de los Angeles del Cielo; la casa en que habitaba se estremeció hasta los fundamentos, manifestando Dios con señales milagrosas que aceptaba el Sacrificio de su Siervo; ¿pues qué no debe esperarse de una conversion en que tanto se interesan el Cielo, y la tierra? Ignacio se convierte, y en el mismo instante de su conversion manifiesta su valor, por medio de las heroycas acciones que emprende para conseguir su eterna salud: pecadores, que como nuestro Santo os sentis movidos de Dios, aprended de él, à ser fieles à la gracia: Ignacio se propone inmediatamente practicar una conversion perfecta; esta perfecta conversion encierra en sí la mudanza del corazon, y la mortificacion del cuerpo; esta es la idea que Dios, por sus Profetas, nos dá de una perfecta conversion: *Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, in fletu, in planctu*: no basta abau-

abandonar el pecado, si no que es tambien necesario expiarle.

Veamos pues, Catolicos, el valor con que Ignacio emprende estas dos acciones: penitentes cobardes, en este ilustre exemplar nada vereis que autorice vuestra tibieza, ni las indignas restricciones que haceis, como Caín, Saul, Ananías, y Safira: hoy os enseña Ignacio, que el que no se entrega todo à Dios, ò reserva para sí alguna cosa, se niega absolutamente à su Magestad: os enseña, que no debeis contentaros con una reforma exterior, con un metodo de vida mas regular, ò con algunos superficiales ejercicios de virtud, en los que regularmente suele consistir toda la conversion de aquellos, que parece aspiran solamente à adquirir una vana reputacion, y à ser tenidos del mundo por lo que no son en la presencia de Dios. La penitencia, como dice el Profeta, ha de obrar interiormente antes de manifestarse en el exterior: *Scindite corda vestra, & non vestimenta vestra.* Ignacio, preocupado con las ideas, y maximas del mundo, las que hasta entonces le havian servido de arreglo en su conducta; dotado de un talento vivo, y agradable; igualmente esclavo de las pasiones que lisongean al alma, y de las que encantan el corazon; no habiendo sabido nunca ni refrenar su altivez, ni poner limites à su inclinacion, piensa desde entonces, que le es necesario oponer unos fuertes diques à estos dos torrentes, agotar del todo sus inficionados manantiales, y arrancar la raiz de aquellas funestas semillas, que produciendo continuamente nuevos frutos de maldad, le apartan tanto mas de Dios, quanto mas le unen

unen al mundo, y à sí mismo: conoce todas estas verdades, y sin detenerse à examinarlas, como hacen muchos cobardes pecadores, que se lisongean con los deseos de la conversion que siempre están premeditando, y nunca llegan à poner en execucion, sin temer la fantasma del mundo, sin dar oídos à las vanas razones de una pasion artificiosa, que procura apartar el golpe que la ha de sacrificar para siempre, renuncia sin detenerse las inclinaciones, y afectos que en su corazon havian formado unos lazos muy dificiles de romper; mira como su mayor confusion aquellas cadenas que en otro tiempo le havian parecido tan gloriosas; el idolo del mundo, al que su corazon adoraba, que le turbaba en sus oraciones, como confesó él mismo despues à un amigo suyo, contandole las circunstancias de su conversion, que le distraía de sus santas reflexiones, y le apartaba de sus mas generosos propositos, este idolo cayó como el de Dagon en presencia del Arca: pero ah! con cuánta amargura de su corazon, exclamaba continuamente, como en otro tiempo San Agustin; ¡ò hermosura tan antigua, y tan nueva! ¡por qué ò Dios mio, por qué havré yo empezado à amaros tan tarde! *Sero te amavi.* La pasion dominante en nuestro Santo, era la ambicion, pasion que miran como nobleza de animo los mundanos, y así contra ella dirigió Ignacio sus primeros combates: siguió perfectamente el consejo del Espiritu Santo, y se humilló à proporcion de lo que se havia ensalzado: *Quanto magnus es, tanto humiliat te in omnibus.* No era, Catolicos, un espectáculo digno de los Angeles, y del mismo

Tom. IV. T Dios,

Dios, ver à un hombre distinguido en el mundo por su nacimiento, y su merito, confundido en un hospital con una multitud de pobres mendigos? en otro tiempo, Ignacio gustaba de dejarse ver en la brecha de una muralla, al frente de un escuadron de nobles valerosos, y ahora oculto, desconocido, y despreciado, busca los lugares mas humildes; en otro tiempo no omitia diligencia alguna para grangearse las atenciones del mundo, y para merecer su estimacion, hasta llegar à sufrir (ò infame vanidad del hombre!) crueles tormentos por conservar la hermosura de su cuerpo: pero ¡oh Dios mio! ¡qué mudanzas no obra vuestra gracia en un corazon docil à vuestras inspiraciones! ¿Es este hombre el mismo que vemos hoy caminar, cubierto con un saco, desnuda la cabeza, y con un bordon en la mano? ¿Es este hombre altivo, y sobervio, el mismo que hoy vemos pidiendo una limosna de puerta en puerta? ¿Es este hombre vano, y mundano, el mismo que hoy tan cuidadosamente oculta su nacimiento, para no ser conocido del mundo? Si hoy no vemos en los penitentes del mundo estas prodigiosas mudanzas, no es, ó Dios mio, porque no sea igualmente eficaz vuestra gracia, que en aquel tiempo, sino porque los hombres son infieles à vuestros llamamientos.

¿Pero à qué no se estiende el valor christiano, y de qué heroycas acciones no hace capáz à un verdadero penitente? Ignacio, temiendo ser conocido por su fisonomía, ó por la noble disposicion de su persona, afecta un trato rustico, y descuida tanto de su compostura, como antes havia cuidado de ella:

ella: solamente Dios puede conocerle; su rostro desfigurado, sus cabellos descompuestos, la barba tan crecida, que causaba espanto, todo esto hacia despreciable su figura à la vista de los hombres; pero todo esto era efecto de un valor heroyco, que le hacia agradable à los ojos de Dios: ¡oh sobervios mundanos! ¿cabe en vosotros mas amor à la gloria, que el que manifiesta Ignacio à los desprecios? Mirad à este hombre tan zeloso de su reputacion, y tan delicado en los puntos de honor, fingiendose insensato, para tener mas parte en las injurias que Jesu-Christo havia sufrido por su amor, siendo tratado como loco: ¿qué no hizo para desarraygar de su alma aquel amor à la gloria mundana, que tanto le havia dominado? Si para esto es necesario, como enseña San Bernardo, explicando estos diversos grados de humildad, si para esto es necesario renunciar los bienes de la tierra, y las esperanzas temporales, à exemplo de los Apostoles: *Abdicationem rerum exemplo Apostolorum*: Ignacio abandona su país, y sus bienes, y todo lo renuncia: si para esto es necesario desnudarse los vestidos ricos, y sobervios, como Elias, y el Bautista: *Abdicationem vestium sicut Elias, & Joanes*, Ignacio cambia sus ricos vestidos con los del primer pobre que encuentra: si para esto es necesario entregarse al trabajo corporal, como San Pablo: *Exercitium corporis ut Paulus*, Ignacio camina à pie, sufriendo las mayores incomodidades, y fatigas: si es necesario ser modesto en la prosperidad, como David, que de Pastor pasó à ser Rey: *Directionem in prosperis instar David pauperis, & Regis*, ó paciente en la adyersidad, como

Job, y Tobías: *Patientiam in adversis sicut Job, & Tobías*: Ignacio padece tanta pena en las alabanzas que le tributan, como experimenta alegría, quando se vé hecho objeto del escarnio de un tropel de muchachos, que se burlan de él: para Ignacio es poderosa razon para abandonar un país, el verse estimado en él, y solo se detendrá en donde sea desconocido, y despreciado.

Penitentes cobardes, ¿procurais vosotros arrancar de este modo de vuestros corazones las pasiones que en ellos dominan? ¿qué exemplar este, ó por mejor decir, qué argumento este tan fuerte contra vuestra cobardía! Pero si tanto os admira el valor que manifiesta Ignacio en la mudanza de su corazon, ¿qué direis al ver las acciones con que procura expiar sus culpas, y dar satisfaccion à la Divina Justicia? Después de haver borrado sus pecados con una humilde, sincera, y perfecta confesion, la que de tal modo interrumpia con sus lagrimas, que necesitó de tres dias enteros para acabarla, no pensó mas que en expiar sus culpas con una rigurosa penitencia; oíd vosotros, los que después de haver vivido largo tiempo en los desordenes, quereis seguir todavía disfrutando los placeres, y que no teneis valor para armaros contra vosotros mismos, con los rigores de la santa penitencia, oíd la vida de un Santo, que era hombre como vosotros, pecador como vosotros, pero penitente mas singular, y mas valeroso que vosotros; animado con el exemplo de aquellos famosos Anacoretas, víctimas de la penitencia, que envejecieron en los desiertos, entre la aspereza de los rallo, y cilicios; admirado de su valor, y santamente

te

te indignado al contemplar su propia cobardía, se decia à sí mismo, como en otro tiempo San Agustín; ¿por qué no has de hacer tú lo que aquellos hicieron? *Non poteris quod isti, & istæ?* Siendo mayores las ofensas que tú has cometido contra tu Dios, que las que ellos cometieron, ¿por qué ha de ser menor tu penitencia que la suya? La gracia, el dolor de sus pecados, el deseo de ver vengado à su Dios, y un santo odio contra sí mismo, no le dan lugar à mas reflexiones: pasa toda una noche velando en oracion delante del Altar de la Reyna de los Angeles en la Iglesia de Mons Serrat; cuelga su espada en una columna cerca del Altar, dando à entender en esta accion que desde entonces renuncia à la milicia del mundo; y que alistado en la milicia del Señor, determina hacer cruel guerra à sus pasiones: no tiene mas casa que la de los pobres que le alvergan; no usa de mas sustento, que del pan que recibe de limosna; su vestido se reduce à un aspero silicio, cubierto de lienzo; su cama es la dura tierra: las vigiliass, los ayunos, y la oracion, eran la mas suave ocupacion de su vida: ¡oh Dios mio! si los pecadores que me están oyendo, no os han ofendido menos que Ignacio, ¿por qué no le imitan en la penitencia? ¡Ah, Catolicos, cómo confunde nuestra cobardía el valor de este illustre penitente! ¿quién sino vos, ó Dios mio, puede darnos noticia de la vida que hizo en la obscura cueva de Mons Serrat? Figuraos, Señores, un lugar desierto, mas propio para retiro de las bestias feroces, que para habitacion de criaturas racionales; una caverna tan obscura, que apenas pueden entrar en ella los rayos del Sol, sin

mas

mas camino que las zarzas, y espinas que la rodean; pues à esta obscura gruta guia à Ignacio el amor à la penitencia: si os horroriza esta habitacion, mas debe admiraros la vida que en ella hace nuestro illustre penitente: ciñe su cuerpo con una pesada cadena de hierro, le castiga con crueles disciplinas quatro, ò cinco veces al dia; pasa tres, ò quatro dias continuos sin tomar alimento; si le faltan las fuerzas, el alimento de que usa para confortarlas, es algunas pocas ubas silvestres, que halla en aquel desierto; y en vez de siete horas que antes empleaba en la oracion, pasa en ella los dias, y las noches enteras, ocupado siempre en llorar sus antiguos desordenes, y en alabar las misericordias del Señor: no sois vosotros capaces, Catolicos, de inventar tantos arbitrios para regalar vuestros cuerpos, como hallaba Ignacio para castigar el suyo.

¿Pero qué es lo que hago, Catolicos? me parece que en vez de animaros, os acobardo con la relacion de unas penitencias que mirais como muy superiores à vuestras fuerzas: es verdad, Señores, que os manifesto sus martyrios, sin haceros ver los interiores consuelos de la gracia, que los suavizaban, y consiste en que es mucho mas facil referir sus penitencias, que los inexplicables favores que recibia de Dios: almas penitentes, no os acobardeis, sabed que trabajais por un Señor, que no puede dejarse vencer en generosidad: ¿quién podrá explicar, Catolicos, los santos consuelos con que Dios alentaba el corazon de Ignacio? ¿quién podrá explicar aquellas vivas expresiones de amor, que sacadole fuera de sí, le unian à Jesu-Christo, de modo, que podia decir

con el Apostol, no vivo yo ya en mí, sino que en mí vive Jesu-Christo: ¿quién podrá explicar aquellos abundantes consuelos que dilataban su corazon, haciendo de sus ojos, como de los de David, un manantial inagotable de lagrimas? ¿con qué extraordinarias luces no iluminó el Señor su entendimiento? juzgado, Señores, por aquel admirable libro de Exercicios Espirituales que compuso; libro admirado por todos los Sabios, aprobado por la Santa Silla, y mucho mas recomendable por las extraordinarias conversiones que obró en aquel tiempo, y está obrando todos los dias en las almas, que retirandose del mundo por algun tiempo, dedican algunos dias à pensar en su salvacion.

Este fue, Señores, el valor que manifestó Ignacio en su penitencia; jamás desmayò desde el instante en que formó la santa resolucion de convertirse à Dios: el Demonio le acometió muchas veces con pensamientos de vana complacencia, otras con el temor de no poder continuar en un metodo de vida tan aspera; unas veces induciendole à una vana esperanza, y otras à una funesta desesperacion; pero siempre quedó burlado: el mundo, y el infierno conspiran contra él, pero Ignacio, ayudado de la divina gracia, sale victorioso de todos los combates: su valor no es menos heroyco en las acciones que emprende à favor de sus proximos, que en sus rigores, y penitencias.

Los hombres Apostolicos, à imitacion de Jesu-Christo su Maestro, y modelo, suelen tener la desgracia de sembrar muchas veces en tierras ingratas, y no recoger mas fruto de sus sudores, y fatigas, que el

el odio, y las persecuciones del mundo; esta fue la suerte de San Ignacio de Loyola; pero nuestro Santo, semejante à una roca puesta en medio del mar, y combatida por todas partes de las olas, las que se deshacen luego que tropiezan en ella, à todo se expone por la salud de las almas; decia muchas veces, que miraba como muy bien empleadas todas sus fatigas, aun quando no huviera conseguido con ellas mas que impedir un solo pecado: en Barcelona reforma una Casa Religiosa, y la recompensa de su zelo fue verse expuesto à perder la vida: conviérte en Alcalá à un hombre, que ocupaba una de las principales Dignidades de la Iglesia de España, è inmediatamente es acusado de ser sospechoso en la Fé: trabaja en Salamanca con feliz suceso en la conversion de los pecadores, y logra por premio de su trabajo, quedar preso en la Carcel: en París, en Roma, en Venecia, en todas partes halla aflicciones por premio de sus fatigos; pero estas aflicciones solo sirven de alentar su zelo, y su valor: miradle, Señores, metido en un estanque elado, en lo mas riguroso del invierno, esperando alli à un pecador, para hacerle avergonzar de su culpa à vista del espectáculo de una tan aspera penitencia: si pide limosna, no es tanto para socorrerse à sí mismo, como para tener proporcion por este medio para instruir à los pobres, y salvar sus almas: si estudia con los niños, al mismo tiempo que con ellos aprende las lecciones profanas, les dá lecciones saludables: todavia se conservan en Roma gloriosos monumentos de su zelo en los varios Seminarios, que hizo edificar para los Pueblos de diversas Naciones; en los

los Retiros que levantó, para que se acogiesen aquellas almas à quienes havia sacado del error, y en los Asilos que fundó, para las que havia librado del camino de la perdicion: ¿quántas lagrimas, quántos cuidados, quántas oraciones le costó un San Francisco Xavier, nuevo Pablo de nuestros tiempos, y Apostol de las Indias, y del Japon? la conversion sola de San Francisco Xavier, à la que siguió la de tantas almas, seria para otro Heroe que San Ignacio, un elogio el mas perfecto; pero aún se estendia su zelo à mucho mas; y puede muy bien decirse de nuestro Santo lo que de San Pablo decia el Chrysostomo, esto es, que su corazon en algun modo, era el corazon del mismo Jesu-Christo: *Cor Christi erat cor Pauli*: su zelo no tenia mas limites que los que Dios havia puesto à este mundo visible: *Totius orbis cor*: Ignacio se propone conquistar todo el mundo, no para hacer callar en su presencia à toda la tierra, segun la expresion de la Escritura, hablando de las conquistas de Alexandro, no para que el mundo admirase sus hazañas, como sucede à los Heroes profanos, sino para que todos conociesen à Jesu-Christo, y sirviesen, y adorasen al verdadero Dios: en este vasto proyecto, vé desde luego, como San Pablo, llevado por el espiritu de Dios à Jerusalem, persecuciones, y trabajos; pero ni el hambre, ni la sed, ni la muerte, ni el mundo, ni el Infierno podrán arrancar de su corazon la caridad de Jesu-Christo; y como si el Salvador le huviera dicho à él solo aquellas palabras, que en otro tiempo dirigió à todos sus Apostoles; id, recorred todo el mundo, y predicad el Eyangelio à todos los hombres, se

Tom. IV. V mi-

mira como superior à quantas dificultades pueden oponerle el mundo, y el Infierno; si un solo hombre se propusiese destruir todos los Idolos del universo, arruinar los Altares de las falsas Divinidades, y levantar sobre sus ruinas la Cruz de Jesu-Christo: si otro intentase confundir todos los errores, y hacer triunfar la Religion Catolica contra el cisma, y la heregia; si uno ciñendo todos sus cuidados à la mas noble porcion del rebaño de Jesu-Christo, no omitiese diligencia alguna para librar al Justo del pecado, y elevarle à la mas alta perfeccion: si otro, como un Pastor amoroso, corriendo detrás de todas las ovejas descarreadas, procurase ganar à todos los pecadores, y apartarlos de los estraviados caminos à donde los guia la passion: si uno, aprovechandose de los talentos particulares que ha recibido de Dios, quisiese instruir à los Grandes, y à los ricos en la humildad christiana, y à los pequeñuelos, y pobres en la paciencia: si otro trabajára solamente en preservar à los Sabios de las ilusiones, y vanidad que suele sugerir la ciencia, y en disipar las tinieblas de la ignorancia, por medio de saludables instrucciones: si un hombre Apostolico se dedicára à cultivar las tiernas plantas, y à formar à Jesu-Christo en sus corazones: finalmente, si muchos hombres se dedicáran à la conversion de una Provincia, de una Nacion, ò de un Imperio, no obstante las dificultades de tan ardua empresa, sin tener por fin, como los mundanos, el adquirir fama; ò riquezas, ¿qué alabanzas no tributariamos, Catolicos, al valeroso zelo de estas diferentes personas? Pues ved, Señores, lo que se propone San Ignacio, y hasta don-

de se estiende su valeroso zelo: *Totius orbis cor*: el Infiel, y el Atheista, el Herege, y el Libertino, el Justo, y el pecador, el rico, y el pobre, el sabio, y el ignorante, el Principe, y el vasallo, todos son objeto de su zelo; à todos quiere ganarlos para Dios, sin mas fin que la gloria del mismo Dios: una obra tan grande pide un valor extraordinario, y una prudencia heroyca: veamos cómo gobierna esta grande obra nuestro Santo, que es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

LA gracia, Catolicos, que hace sobresalir en cada Santo alguna virtud, que es como su particular distintivo, dotó à San Ignacio de Loyola de una prudencia christiana, y sobrenatural, que le hizo ser admirado, de modo, que podemos muy bien aplicarle aquellas palabras que dixo Dios à Salomon: *Dedi tibi cor sapiens, & intelgens, in tantum ut nullus ante te similis tui fuerit, nec post te surrecturus sit.* Esta sabiduria, que dimana del Cielo, esta prudencia sobrenatural, que es propriamente el don de Consejo, el que comunica el Espiritu Santo à aquellos hombres à quienes destina para las mas arduas empresas, resplandece mas particularmente en la eleccion de los medios que los hace elegir para llegar à conseguir los fines que se proponen: ved, Señores, los medios que elige Ignacio para convertir à la Fé de Jesu-Christo todo el universo, y de aquí podreis inferir qual fue su prudencia.

Huviera sido inutil que nuestro Santo huviese concebido grandes ideas acerca de la conversion de las

las almas, si él no huviera procurado ponerse en estado de trabajar en esta conversion; y para esto, siendo ya de edad de treinta años, se dedica al estudio de las Ciencias: un Cavallero criado en el ocio de la Corte, educado en el exercicio de las armas, un hombre ambicioso, preocupado con ideas de vanidad, olvidandose de su ambicion, se abate hasta ser en las Escuelas el juguete de los niños, que todavia no tenian el talento suficiente para conocer su merito, ni para respetar su virtud: de este modo, aquel mismo Dios, que en otro tiempo suscitó un Joven para que hiciese triunfar à su Pueblo de la insolencia de Goliath, obliga hoy à Ignacio, à que en algun modo se vuelva niño, para hacerse capaz de librar al mundo de la tiranía del pecado: ¿pero qué combates no presentó el Demonio à esta prudencia de Ignacio? ¿què locura, le decia, el abatir un entendimiento acostumbrado à la contemplacion de las cosas celestiales, al penoso estudio de las letras humanas! ¿no te bastan, le decia, las luces que te ha comunicado el Señor? ¿tuvieron necesidad de estudiar los Apostoles? ¿no les enseña el Espiritu Santo en un momento todas las verdades que ellos havian de enseñar à los Fieles? Dexa esos inutiles estudios; el que tiene à Jesu-Christo por guia, no debe buscar otro Maestro; pero nuestro Santo, ilustrado ya en los caminos de la eterna salud, conoció facilmente estos artificios de nuestro comun enemigo, y siguiendo las sobrenaturales luces que havia recibido del Cielo, conoció que su caridad, y su zelo, sin ciencia, solo producirian en él deseos esteriles de la conversion de las almas, ò le precipitarian en em-
pre-

presas temerarias; conoció que Dios, que es poderoso para hacer milagros quando quiere, no siempre quiere hacerlos; y que el hombre, que en todas sus acciones debe portarse esperando toda su fortaleza de solo Dios, debe tambien poner de su parte los medios para conseguir el fin, con tanta actividad como si nada esperára de parte de Dios: gobernado Ignacio por estas santas ideas, no omitió diligencia alguna para ser util à su proximo; pero la misma sabiduria, que le guiaba por este camino, le enseñó tambien los peligros que debia temer en el uso de las ciencias, esto es, aquellas profanas novedades, que manda el Apostol evitar à su Discipulo: *Profanas vocum novitates evita*: el entendimiento del hombre, naturalmente curioso, y soberbio, desea instruirse, y averiguar los mas ocultos misterios; pero si no tiene la humildad, y sumision à los Decretos de la Iglesia, propias de un niño, halla mil dificultades, y duda de todo lo que no puede comprehender su flaca razon, y juntandose à estas dudas la vanidad, y la soberbia, forma de su propia ignorancia un punto de Religion, equivoca el error con la verdad, defiende obstinadamente sus errores, los comunica à otros, se levanta contra la Iglesia, la niega la obediencia que la debe, y bajo el velo de una fingida virtud, y de un zelo hypocrita, oculta una secreta soberbia, un espiritu de revelation, y algunas veces un corazon entregado à las mas infames pasiones: Ignacio conoció todos estos peligros, y procuró evitarlos; huyó de la ciencia que hincha; miró siempre con horror à los libros, y à los Maestros sospechosos; y aunque es verdad que

esta aversion, que siempre manifestó à las heregias, le adquirió muchos enemigos, puede mirarse como su mayor gloria el haver sido aborrecido de los mismos enemigos de Jesu-Christo.

Finalmente, la prudencia governó en San Ignacio el uso que debía hacer de su ciencia; porque, como dice San Bernardo, unos estudian unicamente por ser sabios, y esto es curiosidad: *Turpis curiositas est*: otros estudian por adquirir fama, y esto es vanidad: *Turpis vanitas est*; y algunos intentan utilizarse de su ciencia, y esto es una infame negociacion: *Turpis questus est*; pero tambien hay muchos que se dedican al estudio para su propia edificacion, y esto es prudencia; *Prudentia est*, ò para edificar à sus proximos, y esto es caridad: *Charitas est*; pero Ignacio estudia para ser util, y no para ser estimado; para servir à la Iglesia, y no por motivos de ambicion; y sin pensar en las recompensas, que regularmente siguen al merito, y más quando à éste se junta un ilustre nacimiento, solamente se propone la gloria de Dios, y la salud de las almas; si sube al Pulpito, no es para hacer en él ostentacion de su doctrina, sino para dar à entender, como San Pablo, que no sabe mas que à Jesu-Christo, procurando convertir, y no agradar: de su auditorio solicita suspiros, y no aplausos: en la direccion de las almas supo observar aquel prudente medio tan poco conocido, apartandose tanto de la relajada condescendencia, como de la rígida severidad, no lisongeando à los pecadores, ni asustando à los penitentes: era severo sin exceso, y afable sin lisonjas: siempre se opuso con valor al pecado, y ganó con su afabi-

lidad al pecador; nunca disimuló la verdad con la lisonja, ni la exageró con indiscrecion: esta es la regla que dá San Bernardo à los que se dedican à la direccion de las almas: si es necesario usar de severidad, dice este Santo Padre, debe portarse el Director como Padre, y no como Tyrano: *Si severitate opus est, paterna sit non tyrannica*: y al mismo tiempo que reprehende al pecador con un valor propio de un verdadero padre, debe manifestarle que le está mirando con entrañas de madre compasiva: *Sit Pater corripiendo, & Mater blandiendo*.

Paso en silencio, Catolicos, otros infinitos medios de que se valió San Ignacio, para llegar à conseguir el fin que se havia propuesto: su zelo se extendia à todas las edades, à todos los estados, à todos los Países, y à todas las Naciones: cuida de la educacion de los niños, inspirandolos en aquella tierna edad el santo temor de Dios: impugna à los Hereges con libros, y conferencias públicas, y particulares: busca al Infiel, y le instruye, le gana, y le convierte: estos son, Señores, los frutos con que Dios coronó sus trabajos, y este debiera ser el objeto de la tercera parte de mi Panegyrico; pero el tiempo no me permite referiros por menor los felices sucesos de su zelo; en Alemania, Francia, è Inglaterra, convierte muchos Hereges, y los trae al seno de la Iglesia; en las Indias, en el Japon, en la China, y en la nueva Francia, ilumina à los Infieles; en la Moscovia, y en la Grecia, sujeta à la Suprema Cabeza de la Iglesia muchos Cismaticos: en todas las Provincias del mundo convierte Libertinos,

y guia à los Justos por el camino de la perfección; restablece el uso frecuente de los Sacramentos, despierta la piedad, aviva el fervor, y logra con su zelo restituir la Religion à su antiguo esplendor: parece que la providencia suscitó en San Ignacio un nuevo Esdras, para restablecer la Ley, ò un nuevo Judas Machabeo, para reparar las ruinas del Templo de Dios: ¿no tuvo, pues, razon, Católicos, para representaros à nuestro Santo en el principio de mi discurso, bajo la idea de un Heroe Christiano? *Esto vir fortis, & præliare bella Domini*: los Heroes profanos, à quienes la antigüedad idólatra ofreció incienso, y levantó Altares, no tuvieron, ni tanto valor en sus empresas, ni tanta prudencia para dirigirlas, ni tanta felicidad en ejecutarlas: Ignacio es verdaderamente digno del elogio, que en otro tiempo le tributó un Soberano Pontifice, valiendose de las mismas expresiones con que Dios havia elogiado à Josué: *Fuit magnus secundum nomen suum, maximus in salutem electorum Dei, expugnare insurgentes hostes*: fue grande por su nombre, y fue grande para la salud de los escogidos de Dios; y fue capaz para vencer à los enemigos que contra él se levantaron; haga el Cielo, Católicos, que imitando vosotros su valor en su conversion, y penitencia, y su prudencia christiana en nuestra propia conducta, podamos conseguir tan felices sucesos como él, para que despues de haver imitado su generoso valor en los combates, le acompañemos en la feliz morada de la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DEL JUBILEO
de la Porciuncula.

Servus meus orabit pro vobis, & faciem ejus suscipiam. Job c. 42. vers. 8.

Mi Siervo orará por vosotros, le miraré, y oiré favorablemente.

EL Espiritu Santo nos pinta, Católicos, el valor, y la eficacia de la oracion del justo: esta oracion detiene el brazo del Señor, y suspende los rayos que están para caer sobre nuestras cabezas; proporciona la victoria à los Capitanes valerosos, y confunde à sus enemigos: esta oracion detiene el curso del Sol, hace baxar fuego del Cielo, y le abre, y cierra à medida de sus deseos: parece que el mismo Dios gusta de obedecer à la voz del justo: *Obediente Domino voci hominis.* Moyses, Josue, y Elias, alcanzan de Dios todo quanto piden, y à sus ruegos se conceden los mas extraordinarios prodigios.

Pero no es menos poderosa, ni eficaz la oracion de San Francisco de Asis, en la Capilla de la Porciuncula: la oracion de este pobre, muda la tierra en Cielo: Dios convierte este lugar, el que ya estaba santificado con su presencia, y con las lagrimas, ayunos, y oraciones de San Francisco, en un Trono

y guia à los Justos por el camino de la perfección; restablece el uso frecuente de los Sacramentos, despierta la piedad, aviva el fervor, y logra con su zelo restituir la Religion à su antiguo esplendor: parece que la providencia suscitó en San Ignacio un nuevo Esdras, para restablecer la Ley, ò un nuevo Judas Machabeo, para reparar las ruinas del Templo de Dios: ¿no tuvo, pues, razon, Católicos, para representaros à nuestro Santo en el principio de mi discurso, bajo la idea de un Heroe Christiano? *Esto vir fortis, & præliare bella Domini*: los Heroes profanos, à quienes la antigüedad idólatra ofreció incienso, y levantó Altares, no tuvieron, ni tanto valor en sus empresas, ni tanta prudencia para dirigirlas, ni tanta felicidad en ejecutarlas: Ignacio es verdaderamente digno del elogio, que en otro tiempo le tributó un Soberano Pontifice, valiendose de las mismas expresiones con que Dios havia elogiado à Josué: *Fuit magnus secundum nomen suum, maximus in salutem electorum Dei, expugnare insurgentes hostes*: fue grande por su nombre, y fue grande para la salud de los escogidos de Dios; y fue capaz para vencer à los enemigos que contra él se levantaron; haga el Cielo, Católicos, que imitando vosotros su valor en su conversion, y penitencia, y su prudencia christiana en nuestra propia conducta, podamos conseguir tan felices sucesos como él, para que despues de haver imitado su generoso valor en los combates, le acompañemos en la feliz morada de la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DEL JUBILEO
de la Porciuncula.

Servus meus orabit pro vobis, & faciem ejus suscipiam. Job c. 42. vers. 8.

Mi Siervo orará por vosotros, le miraré, y oiré favorablemente.

EL Espiritu Santo nos pinta, Católicos, el valor, y la eficacia de la oracion del justo: esta oracion detiene el brazo del Señor, y suspende los rayos que están para caer sobre nuestras cabezas; proporciona la victoria à los Capitanes valerosos, y confunde à sus enemigos: esta oracion detiene el curso del Sol, hace baxar fuego del Cielo, y le abre, y cierra à medida de sus deseos: parece que el mismo Dios gusta de obedecer à la voz del justo: *Obediente Domino voci hominis.* Moyses, Josue, y Elias, alcanzan de Dios todo quanto piden, y à sus ruegos se conceden los mas extraordinarios prodigios.

Pero no es menos poderosa, ni eficaz la oracion de San Francisco de Asis, en la Capilla de la Porciuncula: la oracion de este pobre, muda la tierra en Cielo: Dios convierte este lugar, el que ya estaba santificado con su presencia, y con las lagrimas, ayunos, y oraciones de San Francisco, en un Trono

desde donde distribuye las mas preciosas gracias: este pacifico retiro se convierte en mansion de su gloria, y de sus misericordias, por un modo muy particular.

El Patriarca Jacob se halló poseído de un santo respeto, al ver aquella misteriosa Escala, y los Angeles, que por medio de ella mantenian un santo comercio con la tierra: arrebatado en extasis, exclamó: ¡oh, qué terrible es este lugar! pusole por nombre casa del Señor, y puerta del Cielo; ¿pues qué admiracion no sería, Catolicos, la de San Francisco de Asis, al ver en la Capilla de la Porciuncula al mismo Dios, acompañado de su Santisima Madre, y rodeado de infinidad de Espiritus Celestiales, para hacerle, en algun modo, depositario de sus favores? Esta célebre aparicion fue, Señores, como una dedicacion solemne de todos los Conventos del Orden de San Francisco: el Dios de la Gloria consagra por sí mismo este primer Hospicio con la mayor magnificencia.

Es verdad que hoy nuestro siglo solamente aplaude las pecaminosas producciones de los incredulos; pero no obstante su temeridad procuraré, Catolicos, manifestaros en este discurso la verdad de la famosa Indulgencia de la Porciuncula, la que se halla justificada por el espiritu de San Francisco, y el de la Iglesia: San Francisco pide à Dios esta Indulgencia, y el Señor se la concede; la Iglesia la abraza, y la publica; este será el asunto de las dos partes de mi discurso: implorémos todos la asistencia del Espiritu Santo, por medio de la intercesion de Maria. AVE MARIA.

PRI-

PRIMERA PARTE.

NO penseis, Catolicos, que vengo à contaros algun caso maravilloso, no aprobado por la Iglesia, y cuya noticia pueda servir solamente de entibiar la sumision, debilitar la fé, impugnar la verdad, y autorizar la independenciam, y la relajacion: tampoco penseis, que os he de referir algunas visiones de personas poco autorizadas, cuyo principal merito suele consistir en lo extraordinario de su conducta: mi intento, Señores, es edificaros, è instruirlos acerca de un hecho maravilloso, muy conforme à la santidad de nuestra Religion, à la caridad de Jesu-Christo, y digno de nuestra atencion, y respeto.

El espiritu de San Francisco de Asis que pide, y alcanza esta famosa Indulgencia, que hoy predico, la justifica contra la impiedad de algunos criticos, enemigos declarados de la Iglesia: en San Francisco reynaba un espiritu de piedad, que le hacia agradable à Jesu-Christo: un espiritu de caridad, que le hacia pensar de la salvacion, del mismo modo que havia pensado Jesu-Christo; y un espiritu de oracion, con el que alcanza de Jesu-Christo los mas señalados favores: ¿pues, cómo podrá, en un Santo de estas circunstancias haber sospecha, quando él mismo nos refiere la milagrosa aparicion, y la famosa Indulgencia, que hoy predico?

Me parece, Señores, que no tengo necesidad de probaros, que el justo es agradable al Señor, que su Magestad siempre le ampara, y protege, y que vive tranquilo en medio de las inquietudes, que le

X 2

suscitan el mundo, y el Infierno: registrad los Libros Santos, y ved, si falta en ellos alguna cosa para gloria del justo.

Unas veces se halla comparado en estos Libros à un arbol plantado por el Señor, cerca de la corriente de las aguas, que produce abundantes frutos, que se conserva sin secarse, y que siempre está acompañado de honor, y gloria: otras, es llamado hombre de Dios en la tierra, objeto de su amor, canal de sus gracias, interprete de su voluntad, y depositario de su poder: este es el Justo, Catolicos, segun la pintura que de él hace el Espiritu Santo; y esto mismo fue San Francisco de Asis, segun la historia mas fiel, y verdadera de su vida.

San Francisco de Asis fue un hombre suscitado por Dios, para representar al mundo profano los misterios del pesebre, y de la Cruz, que abatió la soberbia de los Philophos con su sabiduria, la de los Politicos con la fundacion de su Orden, y ofuscó la gloria de los mayores Imperios, con los honores que se le han tributado en todos los siglos: un hombre de tan grande santidad, no podia menos de ser muy agradable à Dios, y era incapaz de engañarnos.

No podemos menos, Catolicos, de respetar el testimonio de un Santo tan grande en su humildad, tan opulento en su pobreza, y tan admirable en su penitencia; respetado de los Reyes, y de los Pueblos, admirado de los Barbaros, y conocido hasta en el mismo Imperio de Mahoma: un hombre, pues, de una fé tan pura, tan obediente à la Santa Silla, y tan temido de la heregía, no era capaz de publicar un suceso falso, para grangearse la estimacion de los hombres.

Ca-

Callad, pues, Criticos sobervios, sabios mundanos, vosotros, que ignorais quan admirable es Dios en sus Santos: el Señor revela siempre à los sencillos, y pequenuelos los misterios de sus misericordias: à los humildes concede sus mas preciosas gracias: la sabiduria mundana no conoce las maravillas del Señor.

Si os admira, Catolicos, la extraordinaria aparicion de Jesu-Christo en la Capilla de Porciuncula, y las excelentes promesas que en ella hace à San Francisco, reparad en la eminente santidad de este Siervo de Dios: reparad, en que el lugar en que ora, el espiritu con que pide, las gracias que solicita, y la proteccion que invoca, para conseguir sus suplicas, todo era muy del agrado de Dios.

Para orar, se retira à un lugar oculto, porque sabe, que en la soledad habla Dios al alma, y la declara sus Misterios: riega el suelo con sus lagrimas, humillandose profundamente en la presencia del Señor, porque sabe, que Dios ha prometido mirar con ojos propicios al pobre humillado, que conoce su miseria: pide la gracia de la conversion de las almas, porque sabe, que Dios las ama, y no quiere que ninguna de ellas perezca: honra à Maria Santisima, implorando su patrocinio, y poniendo su nuevo Orden baxo su proteccion.

¿Hay en todas estas circunstancias alguna de aquellas señales, que manifiestan la singularidad, la novedad, ò la astucia de los hypocritas? ¿no nos anuncian todas ellas un Santo, y un penitente? ¿no son todas muy conformes al espiritu de nuestra Religion, à aquel espiritu de piedad que hace à San

Fran-

Francisco tan agradable à Jesu-Christo, y à aquel espíritu de caridad que le hace tan conforme à Jesu-Christo? Pues donde reyna el espíritu de Jesu-Christo, Catolicos, reyna tambien la verdad, y no tienen lugar el error, ni la mentira.

No es menos admirable, Señores, la caridad de San Francisco de Asis, que la prodigiosa aparicion sucedida en la Capilla de Porciuncula: en esta caridad hay tambien sus prodigios, y sus milagros: no me admiro ya de que Dios corra los velos, con que cubre los resplandecientes rayos de su divinidad en favor de un justo à quien ama, y que está animado de su espíritu: Moyses en el Monte Sinai, mereció hablar despacio con Dios; Jacob en el desierto recibió sus favores; Pedro, Santiago, y Juan, vieron su gloria en el Tabor: San Pablo fue arrebatado hasta el tercer Cielo, en donde aprehendió cosas admirables: todos estos eran hombres flacos, estaban cargados con los despojos de la carne, y se hallaban en estado de pelear; todavia no havian llegado al termino; y asi, es indubitable, que la tierra ha sido muchas veces teatro de las maravillas del Señor.

Bien sé, que no debemos creer à todo espíritu; conozco la prudencia de la Iglesia, y las reglas que nos propone, para discernir el que proviene de Dios, del que es propio del hombre, y distinguir los favores, que su amor concede al justo, de las falsas historias que publica el error, ò la ignorancia: supuestos estos principios, digo, que el espíritu de caridad, que anima à San Francisco, debe hacernos respetar el prodigio que hoy aplaudimos, como un hecho digno de la Religión, y muy propio para con-

de-

denar el error, la ilusion, y la ceguedad de los mundanos.

San Francisco piensa del mismo modo, que pensaba Jesu-Christo, y se ocupa en los mismos ejercicios, que el divino Redentor: si pasa la mayor parte del tiempo en la Capilla de Porciuncula; si riega el suelo con sus lagrimas; si gime, y suspira, todo es por alcanzar del Cielo gracias, y auxilios, que muevan los corazones de los pecadores, y los conviertan.

En el admirable espectáculo que vé en esta aparicion, en medio de los inefables consuelos que experimenta à vista del Salvador, de su Santa Madre, y de una multitud de Celestiales Espiritus, siempre permanece su corazon poseído del dolor de la pérdida de los pecadores: se olvida de sí mismo, y de las necesidades de su Orden, y solo pide la conversion de las almas que se pierden: ¿qué caridad tan pura, Catolicos! ¿qué ideas estas tan sublimes, y tan conformes à los deseos de Jesu-Christo, que quiere salvar à todos los hombres, y que murió por todos generalmente! ¿qué ideas tan conformes à los deseos de su Santa Madre, que es el refugio de los penitentes, y à los de los Angeles, que se regocijan en el Cielo por la conversion de un solo pecador!

Ah! este prodigioso espectáculo, del que dudan los criticos libertinos, y se burlan los mundanos, es muy conforme à la caridad de San Francisco: esta caridad le hacia merecedor de estos favores del Cielo; es verdad, que el espíritu de error tiene muy poco interes, en defender la verdad de estos milagros; ni es extraño, que unos hombres que cierran el co-

ra-

razon de Jesu-Christo en la Cruz, para una innumerable multitud de Pueblos à quienes havia criado, que hablan de su Santa Madre, de un modo indecente, y poco respetuoso, que parece les pesa, de que Jesu-Christo sea tan clemente para con los pecadores, no es extraño, buelvo à repetir, que siendo su espiritu tan contrario al de San Francisco, se nieguen à creer, è impugnen el hecho milagroso, que el mismo Santo les refiere.

¿Pero quiénes son estos sabios del mundo, estos talentos tan delicados que temen dár credito à los hechos milagrosos? ;ah, Catolicos! verguenza causa decirlo; son unos hombres que tienen valor para acreditar con su voto los mas extravagantes sistemas, para justificar el libertinage de los mas temerarios Autores, y para ponderar los progresos de las mas barbaras Sectas: ¿qué diferencia no se advierte entre el testimonio de San Francisco, y el de estos espíritus perversos, entre el espíritu que anima à este Santo Penitente, y el que anima à estos sequaces del error, entre los caminos de este hombre de Dios, y los de los enemigos de la virtud?

San Francisco, ocupado unicamente en cuidar de la eterna salud de sus proximos, merece nuestra admiracion, y nuestra confianza: al ver las gracias que pide, no nos debe causar admiracion, que sean oídos sus ruegos; todo quanto pide es muy conforme al amor de Jesu-Christo: su oracion es pura, desinteresada, y heroyca: no pide bienes temporales, porque los desprecia, y los teme; no pide felicidad, y gloria en sus empresas, porque no obstante ser tan santas, prefiere otros cuidados à los de su nuevo Orden;

den; abrasado de un fuego celestial, y divino, y animado de una caridad heroyca se olvida de las utilidades de su Orden, y el unico objeto de sus lagrimas, de sus suspiros, y de sus oraciones en aquel santo lugar, es la salud de las almas, y la conversion de los pecadores.

¿Pues cómo era posible que en aquella milagrosa aparicion no concediese Jesu-Christo à San Francisco lo que le pedia? San Francisco pedia las mismas gracias, que nos ofrece Jesu-Christo, y las que mereció muriendo por los hombres; Jesu-Christo conocia muy bien el corazon de Francisco, y éste sabia, que todos los hombres tienen lugar en el corazon de Jesu-Christo.

San Pedro vió à su Divino Maestro en el Tabor, rodeado de toda su gloria, y encantado con un espectáculo tan admirable, pide, y suplica permanecer eternamente en aquella mansion de paz, y de delicias; pero el Señor no oye sus ruegos, porque son indiscretos, y contrarios à las ideas de Jesu-Christo: los ruegos de Francisco son mas conformes à las ideas de la providencia, y à los deseos de Jesu-Christo: la milagrosa aparicion con que es favorecido en la Capilla de Porciuncula, no le mueve à desear permanecer en aquel santo lugar: no pide quedarse allí gozando eternamente las celestiales dulzuras, que en aquel instante experimenta: su zelo, y su amor le representan la multitud de pecadores, que se pierden; pide su conversion; esta es la unica gracia, que pide al Cielo, en una ocasion en que este le favorece de un modo tan singular: en esta ocasion se manifiesta igual à Moyses, y San Pablo, que

deseaban ser anathemas por sus hermanos, y así, alcanza quanto pide.

Los ruegos de Salomon fueron agradables à Dios, porque pedia sabiduria: la oracion de Francisco fue agradable à Jesu-Christo, porque pedia la conversion, y eterna salud de sus proximos: ¿ cómo era posible, que un Dios, que desea la salvacion de todos los hombres, resistiese à una oracion tan pura, tan desinteresada, y tan conforme à su amor? Este espíritu de San Francisco ha hecho que este prodigio sea tan admirado, y aplaudido de los hombres mas santos, y doctos, que ha tenido la Christiandad.

San Bernardino de Sena, San Antonino, Santa Brigida, estas grandes almas que fueron gloria de su siglo, y consuelo de la Iglesia por su heroyca santidad, su zelo, y las maravillas de su vida, respetaron siempre, y admiraron este singular favor, que el Cielo concedió à San Francisco: las mas célebres Universidades de España, Italia, y Francia, han mirado siempre este milagroso suceso como muy propio de la santidad de nuestra Religion, y muy conforme à la Doctrina de la Iglesia: el Cardenal Belarmino, uno de los mas famosos Controversistas, le defendió contra las censuras de los Herejes, y Libertinos.

Admiremos, pues, Catolicos, en San Francisco de Asis, el espíritu de Religion con que pide, y alcanza de Dios el Jubiléo, ò Indulgencia de la Porciuncula, y veneremos el espíritu de la Iglesia, que abraza, y publica esta Indulgencia: este es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

LA Iglesia, asistida de su divino Esposo, obra siempre conforme à su espíritu: este espíritu, que es sabiduria, y luz, la mueve à abrazar las maravillas, que la anuncia San Francisco; este espíritu, que es suavidad, y clemencia, la hace estender à todos los fieles las gracias que ha obtenido del Cielo San Francisco; y este mismo espíritu, que es verdad, y santidad, la obliga à instruir à los fieles en el modo de hacerse dignos de merecer las gracias que Jesu-Christo concedió à San Francisco: estadme atentos, Catolicos, pues son muy importantes para vuestra instruccion los puntos que voy à tratar.

Esta misma Iglesia es la que decide acerca de la santidad, y milagros de los Siervos de Dios; luego que la Iglesia habla, todos los fieles tributamos cultos à los Heroes de la Religion, y publicamos sus virtudes, y milagros, las obras del hombre, y las obras de Dios, lo que ellos hicieron para santificarse, y lo que Dios hizo para honrarlos; y alabamos à un mismo tiempo sus heroycas acciones, y la gracia que les dió fuerzas para executarlas: aquellos milagros, que no han sufrido el examen de la Iglesia, no deben publicarse, y siempre debemos mirar como sospechosa qualquiera otra autoridad, distinta de la de esta Esposa de Jesu-Christo.

La santidad extraordinaria, los prodigios, las profecías, las revelaciones, todo es sospechoso para un verdadero, Catolico, quando no está aprobado

por la Iglesia; nada de esto merece nuestras admiraciones, y respetos, quando carece de esta tan esencial circunstancia; en todo puede caver sospecha de ilusion, de vanidad, ò de heregía; pero luego que la santidad extraordinaria, las profecias, y los prodigios, reciben esta autoridad que los confirma, y aprueba, todos debemos respetarlos, y venerarlos.

De este modo se portó, Señores, San Francisco: era Catolico, sincero, è hijo obediente de la Iglesia, y así inmediatamente la dá cuenta de los favores, que ha recibido del Cielo: sujeta al examen, y al juicio de Honorio III. que entonces gobernaba la Iglesia, quanto havia visto, quanto havia oído, y quanto Dios le havia prometido en la Capilla de Porciuncula: la voz de aquel Sumo Pontifice instruye à los fieles à cerca de este prodigio, y con su autoridad le expone à la pública veneracion de los fieles; todo se obra en este caso con arreglo al espíritu de Jesu-Christo.

La Iglesia ha manifestado en todos los siglos este espíritu de sabiduria, y de luz, que distingue las obras de Dios de las del hombre, los caminos extraordinarios por donde guia à algunas almas, de las sendas ocultas por donde quiere llevarlas el comun enemigo, las inspiraciones del Espíritu Santo, de las astucias de Satanas, y la verdad, de la mentira.

Si examinamos las historias, veremos en todos los siglos à este espíritu de sabiduria, y de luz, distinguiendo los prodigios de la gracia, de las obras del hombre; veremos à los impostores confundidos, su falsa santidad despreciada, desterrada su erronea doctrina, reprobados sus engañosos milagros, y arrui-

ruinados los trofeos, que los havia levantado la credulidad de los Pueblos; pero tambien veremos al mismo tiempo honrados en sus fastos los verdaderos Siervos de Dios, los Thaumaturgos, y Profetas, veneradas sus revelaciones, y expuestas à nuestro culto: la Iglesia, luego que reconoce las obras de Dios, las abraza, y respeta.

Pues estas son, Catolicos, las poderosas razones, que nos mueven à venerar la solemnidad de este dia: la Iglesia, sabia, è ilustrada, ha abrazado el milagro, que hoy publicamos; nuestros respetos se fundan en su decision; y así, conformandonos con su espíritu, debemos defenderle contra el dictamen de los criticos, y libertinos, que à él se oponen.

En los hechos maravillosos que se proponen à la creencia de los fieles se debe atender principalmente à tres cosas; à la doctrina del que los refiere, à la sentencia que defiende, y quiere establecer, y à las ideas que publica de sí mismo: si el que propone un hecho milagroso, no es obediente à la autoridad de la Iglesia, no debemos pararnos, ni aun à examinarle; si las sentencias, que quiere confirmar con las maravillas que publica, se hallan condenadas por la Iglesia, no debemos creer, que Dios es autor de ellas; si intenta grangearse la estimacion de los hombres por este medio, desde luego debemos mirar los prodigios que refiere, como ilusion, y sobervia: estas reglas, Catolicos, son en todo conformes al espíritu de la Iglesia.

Supuestos estos principios, ¿à quién podrá causar admiracion, que la Iglesia haya abrazado el milagro del Jubileo de la Porciuncula? San Francisco de Asis era

era un Catolico sincero, y obediente à la Santa Silla, y el azote de los Hereges de su tiempo: las maravillas que refiere, no autorizan novedades, sino que publican la clemencia de Dios para con los pecadores penitentes; las cuenta, no para que los hombres formen altas ideas de su virtud, sino para que las confirme la legitima autoridad: en este modo de proceder, está resplandeciendo, Señores, el espíritu de la Iglesia: este espíritu la movió à abrazar las maravillas que la refiere Francisco, y à estender à todos los fieles las gracias que Francisco los havia alcanzado del Cielo.

El amor que la Iglesia tiene à todos sus hijos, la movió à estender à todos la famosa Indulgencia de la Porciuncula: al principio solamente se concedió esta gracia, à aquellos que visitasen el lugar santificado con las oraciones, y lagrimas de San Francisco: estas gracias tan singulares, solamente se recibian en aquel célebre Oratorio, en donde Jesu-Christo se apareció à su Siervo, y fueron como la dedicacion solemne del Orden de San Francisco.

Estas gracias me traen à la memoria las que el Señor hizo à Salomon, despues de haverle este Rey edificado aquel famoso Templo, que fue la admiracion del universo, y despues de haver celebrado su dedicacion con una pompa, y magnificencia, que infundia el mayor respeto en los corazones del Pueblo: el Señor se le apareció en aquel santo lugar, le llenó de su magestad, y su gloria, y le dixo al mismo Salomon: yo he oído tus ruegos: *Exaudi orationem tuam*: mi Pueblo experimentará en este santo lugar mi clemencia, y mi misericordia, luego que

yo

yo le vea arrepentido de sus delitos: le llenaré de favores, y enjugaré sus lagrimas; suspenderé las plagas que le afligen; me olvidaré de sus ingratitudes; en este lugar seré Dios de clemencias, y no Dios de venganzas, usaré de indulgencia, y me manifestaré propicio à los pecadores penitentes.

Ved aquí, Catolicos, una fiel pintura del divino espectáculo, que vió San Francisco de Asis en la Capilla de Porciuncula: en esta vision se advierten las mismas promesas, y las mismas circunstancias: la dedicacion del primer Oratorio del Orden de San Francisco no es menos lucida, ni menos sumptuosa, que la del Templo de Salomon: San Francisco ora en su Templo, como oró en el suyo aquel Principe pacifico; Dios oye su oracion, y le hace extraordinarias promesas à favor de los pecadores penitentes; pero advertid, Señores, que esta Indulgencia, en el principio solamente se concederá à los que oren en aquel lugar santo: *In loco isto*. Solamente en aquel Templo podia ganarse: allí concurría innumerable multitud de Pueblo; las personas mas distinguidas de la Iglesia, y del Estado, todas acudian con ansia à aquel santo lugar, para enriquecerse en él con los dones celestiales.

Esta Indulgencia se estendió despues à todos los Conventos del Orden de San Francisco, y consiguientemente à todas las Ciudades, Provincias, è Imperios; la Iglesia por su piedad quiso, que todos sus hijos gozasen de este beneficio; animada de aquel espíritu de clemencia, que su Divino Esposo manifestó siempre à los pecadores penitentes, concedió à todos sus hijos, que pudiesen gozar de este singular

lar

lar favor en todos los lugares, sujetos à su autoridad; por lo que los Soberanos Pontifices declaran en sus Bullas, que todos los Conventos del Orden de San Francisco gozan del mismo privilegio, que la Capilla de Porciuncula: la misma autoridad que abrazó esta Indulgencia, la estendió à todos los lugares de la tierra: la Iglesia abre los tesoros de gracias, que Dios depositó en ella; gime como una casta paloma, deseando la conversion de sus hijos; no quiere asustarlos con rigores; condena el modo de proceder de aquellos austeros Phariseos, que aumentan los grados de la penitencia à medida de su gusto; no quiere dexarlos gemir mas largo tiempo en sus pecados, con pretexto de que experimenten su pesada carga; y hallandose al mismo tiempo animada del espíritu de verdad, y santidad, los instruye, para que no abusen del tiempo de la misericordia.

Aunque confesemos, Catolicos, que la Iglesia tiene poder para conceder indulgencias, muy poco adelantamos, si no seguimos el espíritu de verdad, y de santidad, de que ella está animada: el Jubileo, ó Indulgencia, que hoy predico, remite aquellos rigores, de que sois deudores, y no podeis practicar, pero en nada disminuye la severidad de la penitencia, que predicó Jesu-Christo: suple la imperfeccion de la satisfaccion, que debemos à la divina justicia, pero no autoriza la culpable condescendencia de que usais con una carne pecadora.

Si huviese algunos Catolicos tan ignorantes, que piensen que basta visitar una Iglesia en determinados dias, y horas, rezar ciertas oraciones, confesarse sin dolor, y comulgar sin amor, para quedar libres de

las

las penas, de que son reos por sus pecados, se engañan, y es muy reprehensible su conducta; porque la Indulgencia solamente nos escusa de aquellos santos rigores, de que nosotros no somos capaces; suple la imperfeccion de nuestra penitencia, pero no autoriza nuestra ociosidad, y regalo: para instruirse acerca de esta verdad, basta leer las Bulas, en que la Iglesia concede las Indulgencias, y esto basta tambien para confundir à los Hereges, y à quantos tienen la osadia de acusar de relajacion à sus gracias.

La Iglesia promete una Indulgencia, una gracia singular que suple los rigores de la penitencia, que no podemos practicar; ¿pero à quién concede esta gracia? à los verdaderos penitentes, à los que tienen su corazon penetrado de dolor, que lloran, gimen, y confiesan con humildad sus pecados: *Veré contritis, & confessis*. Seguid estas reglas, Catolicos, y no quebrantareis las de la penitencia: la Indulgencia será en vosotros suplemento de los rigores que no podeis practicar, y no titulo que os escuse para llorar vuestras culpas: la Indulgencia, que Dios usó con David, y con la Magdalena, no eximió à estos Santos Penitentes de las austeridades con que procuraron expiar sus pecados.

La Indulgencia, que Dios concedió à San Francisco de Asis en la Capilla de Porciuncula, no le dió motivo para ser menos mortificado, ni menos vigilante: su rigurosa penitencia duró tanto, como su vida: sus hijos, à quienes hizo participes de este singular favor, han continuado siempre, edificando à la Iglesia con los rigores de una santa penitencia; saben que las gracias, que concede el Cielo à los pe-

Tom. IV.

Z

ca-

cadores, suponen siempre en ellos la penitencia, y santos rigores de que son capaces.

¿Qué penitencia puede ser, Señores, aquella en que no se halla ni odio del pecado, ni amor à Dios, y que no corresponde à la enormidad, y gravedad de la culpa? Esta penitencia es falsa, porque en ella no hace el hombre de su parte quanto puede, y la clemencia de Dios, solo suple lo que nosotros no podemos practicar: es verdad, que Jesu-Christo busca à los pecadores, que los acaricia quando los halla, que defiende à la muger adultera, à la Magdalena, y al hijo Prodigio, y que en todas estas ocasiones nos dá muestras de su bondad, y misericordia; pero tambien dá iguales muestras de su severa justicia, quando dice; si no haceis penitencia, todos perecereis.

Si el Señor no usára de misericordia con nosotros, nunca podriamos satisfacer à su justicia ofendida; quantos rigores practicasemos serían insuficientes; pero con la Indulgencia de un Dios que conoce nuestra flaqueza, la penitencia que nosotros podemos practicar, ya es suficiente: la aplicacion de los meritos de Jesu-Christo, y de sus Santos, dá valor à nuestra penitencia, y la hace agradable à los ojos del Señor, à quien tenemos ofendido: esta, Catolicos, es la Doctrina de la Iglesia, la que enseña à sus hijos, para que puedan aprovecharse de las Indulgencias que los concede, y para que juntando su satisfaccion con la de Jesu-Christo, que es de infinito valor, alcancen él perdon de las penas que merecen sus culpas, y consigan despues de esta vida la Gloria eterna: *Ad quam, &c.*

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE SANTO DOMINGO
de Guzman.

*Messis multa, operari autem pauci, rogare ergo Dominum
messis, ut mittat Operarios in messem. Luc. c. 10.*

La cosecha es abundante, y los obreros son pocos: suplicad, pues, al dueño de la cosecha, que envíe Obreros para recogerla.

Estas son las palabras, que dixo Jesu-Christo à sus Discipulos, quando à vista de tantos Pueblos derramados por la redondez de la tierra, los consideró como ovejías faltas de Pastor que las gobernase; quando viendo tantos Pueblos sentados bajo las sombras, y tinieblas de la muerte, le pareció estar mirando un basto campo, cubierto de espigas ya maduras, y amenazadas de ser derribadas por la tempestad, por no haver segadores que las recogiesen, y encerrasen en los graneros del Padre Celestial.

El Salvador del mundo atendia entonces principalmente à la salud de las ovejías de Israel, por las que mas particularmente havia venido al mundo: la virtud de esta oracion debia manifestarse con mas especialidad à los Apostoles, à los que iba à enviar por toda la redondez de la tierra; pero como sabia que la gracia de la predicacion Evangelica, despre-

cadores, suponen siempre en ellos la penitencia, y santos rigores de que son capaces.

¿Qué penitencia puede ser, Señores, aquella en que no se halla ni odio del pecado, ni amor à Dios, y que no corresponde à la enormidad, y gravedad de la culpa? Esta penitencia es falsa, porque en ella no hace el hombre de su parte quanto puede, y la clemencia de Dios, solo suple lo que nosotros no podemos practicar: es verdad, que Jesu-Christo busca à los pecadores, que los acaricia quando los halla, que defiende à la muger adultera, à la Magdalena, y al hijo Prodigio, y que en todas estas ocasiones nos dá muestras de su bondad, y misericordia; pero tambien dá iguales muestras de su severa justicia, quando dice; si no haceis penitencia, todos perecereis.

Si el Señor no usára de misericordia con nosotros, nunca podriamos satisfacer à su justicia ofendida; quantos rigores practicasemos serían insuficientes; pero con la Indulgencia de un Dios que conoce nuestra flaqueza, la penitencia que nosotros podemos practicar, ya es suficiente: la aplicacion de los meritos de Jesu-Christo, y de sus Santos, dá valor à nuestra penitencia, y la hace agradable à los ojos del Señor, à quien tenemos ofendido: esta, Catolicos, es la Doctrina de la Iglesia, la que enseña à sus hijos, para que puedan aprovecharse de las Indulgencias que los concede, y para que juntando su satisfaccion con la de Jesu-Christo, que es de infinito valor, alcancen él perdon de las penas que merecen sus culpas, y consigan despues de esta vida la Gloria eterna: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SANTO DOMINGO
de Guzman.

*Messis multa, operari autem pauci, rogare ergo Dominum
messis, ut mittat Operarios in messem. Luc. c. 10.*

La cosecha es abundante, y los obreros son pocos: suplicad, pues, al dueño de la cosecha, que envíe Obreros para recogerla.

Estas son las palabras, que dixo Jesu-Christo à sus Discipulos, quando à vista de tantos Pueblos derramados por la redondez de la tierra, los consideró como ovejitas faltas de Pastor que las gobernase; quando viendo tantos Pueblos sentados bajo las sombras, y tinieblas de la muerte, le pareció estar mirando un basto campo, cubierto de espigas ya maduras, y amenazadas de ser derribadas por la tempestad, por no haver segadores que las recogiesen, y encerrasen en los graneros del Padre Celestial.

El Salvador del mundo atendia entonces principalmente à la salud de las ovejitas de Israel, por las que mas particularmente havia venido al mundo: la virtud de esta oracion debia manifestarse con mas especialidad à los Apostoles, à los que iba à enviar por toda la redondez de la tierra; pero como sabia que la gracia de la predicacion Evangelica, despre-

ciada de los Judios, havia de ser trasladada à las Naciones, que aquella viña, entregada à una infelíz esterilidad por la negligencia de su ingrato Pueblo, havia de ser entregada à otras Naciones, para que la cultivasen, y que mientras durase su Iglesia, habria algunos tiempos, en que la escasez de Obremos Apostolicos dexaria expuesta à las incursiones del dragon infernal esta misma viña, regada con la sangre de Jesu Christo, y de sus Apostoles, pide al Padre Eterno unos hombres llenos del Espiritu Santo, enriquecidos con sus Dones, y su ciencia, para socorrer la Iglesia en las necesidades, y aflicciones, que padeceria algunas veces: à la virtud de esta oracion, que se estendia à todos los tiempos, y à todos los lugares, debe la Religion el inestimable beneficio de haverla concedido el Cielo à Santo Domingo de Guzman, cuyas virtudes celebramos en este dia: la caridad vigilante de aquel universal Pastor le hizo ver en espiritu las peligrosas circunstancias, en que se hallaria la Iglesia, quando nuestro Santo vino al mundo: previó la ignorancia de los Ministros, los vicios de los malos Christianos, la multitud, y el furor de los Hereges, y el universal descuido de todos los fieles, mientras que el hombre enemigo sembraba à manos llenas, la zizaña entre la buena semilla: el ministerio de la predicacion, medio eficaz, y permanente para mantener la fé, y la Religion, se hallaba, ò despreciado, ò interrumpido; los Principes Christianos estaban divididos entre sí con sangrientas guerras, las que siempre son tan funestas para la Religion, como para el Estado: y aunque algunos piadosos Catolicos, movidos de un religioso zelo, iban

à enarbolar la Cruz sobre las margenes del Nilo, el Dios crucificado sentia mas dolor, con los ultrages que le hacia en Europa la vida disoluta de los malos Christianos, que complacencia en la venganza, que en Asia tomaba el piadoso Conquistador contra sus injurias: en este tiempo envió la providencia al mundo à Santo Domingo para despertar la fé adormecida, por medio de sus extraordinarios milagros, para poblar el mundo Christiano de Predicadores zelosos, è infatigables, para destruir numerosos Exercitos de Hereges, confundiendo sus errores, y deteniendo su furia, para colgar en los Templos de Jesu-Christo los despojos de las Naciones Barbaras, para derramar una copiosissima lluvia de gracias sobre los fieles, excitando en todos los corazones la devocion à aquella Soberana Reyna, que es el canal por donde el Padre Celestial reparte sus Soberanos Dones; en una palabra, para mudar los gemidos de la Iglesia en cánticos de triunfo, y de alegria: este, Catolicos, es el hombre extraordinario, enviado de Dios para socorro de las necesidades de su Iglesia, y baxo esta idea le he de proponer hoy à vuestra veneracion: Dios derramó su misericordia, y la tierra dará su fruto, dice el Profeta: *Deus dedit benignitatem, & terra dabit fructum suum.* (Psal. 84. 13.) El don, que la Iglesia recibió en Santo Domingo, y los frutos que la Iglesia recogió por medio de los trabajos de Santo Domingo, la extraordinaria mision de este gran Santo, y la fidelidad en desempeñar las obligaciones de esta mision, serán los dos puntos, en que dividiré mi oracion: imploramos la asistencia del Divino Espiritu, por medio de la intercesion de la Reyna

na de los Cielos , diciendola con el Angel: AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

EL alabar à los Santos, es uno de los mas dignos empleos de la Religion; el mismo Espiritu Santo nos dá exemplo en el Ecclesiastico, celebrando con magestad , y elegancia las virtudes de los hombres mas famosos del Antiguo Testamento: no hay cosa mas augusta en su origen, que estas anuales festividades que consagra la Iglesia à la memoria de aquellos felices hijos, que son su alegria, y su corona: es muy justo, que al mismo tiempo que Dios derrama sobre ellos todas las riquezas de su Gloria, les tributemos nosotros este corto obsequio, de que somos capaces: la lengua de un Predicador Evangelico no puede emplearse mas dignamente en la tierra, que en elogiar à aquellos Heroes, que cantan eternamente las alabanzas del Cordero en la Gloria.

Pero tambien es preciso confesar, que la dificultad de esta empresa corresponde à su dignidad: los Sagrados Ministros, à quienes destina la providencia à este exercicio, rara vez le desempeñan à medida de los deseos de los fieles; unos, preocupados contra los mas sagrados adornos, quisieran que los Panegyricos de los Santos se mudasen en disertaciones, ò instrucciones, y acusan con el Apostol, (*Cor. 4. 2.*) à casi todos los Oradores de aquel adulterio espiritual que se comete, quando se corrompe la pureza de la divina palabra, que debe estar mas tersa, que la plata purificada siete veces en el fuego: (*Psal. 11. 7.*) sin acordarse de que los Santos Padres

dres trataron los asuntos mas tristes de nuestra Religion, con una eloqüencia tan sublime, que nunca podemos nosotros imitarla: otros, llevados de aquella curiosidad que suele hacer perder el fruto de la Cruz, quisieran que solamente se sembrasen flores muy escogidas sobre los sepulcros de los Santos, y que en una Corona que se fabrica en presencia de los Altares, y de Jesu-Christo coronado de espinas, no se pusiesen mas que rosas: de modo, que es casi imposible satisfacer el excesivo rigor de unos, y la profana delicadeza de otros: pero ah! desgraciados de nosotros si subimos à este santo puesto con el infame fin de agradar à los mundanos con una pompa vana de palabras, ò de grangearnos la estimacion de los sabios, con una peligrosa ostentacion de ciencia; pero supuesto que el Apostol quiere que todos procuremos agradar à nuestros proximos para edificarlos: *Unusquisque placeat proximo suo ad ædificationem:* (*Rom. 15. 2.*) debemos hacer los posibles esfuerzos para evitar estos dos escollos igualmente peligrosos, particularmente en el Panegyrico del mas Santo Predicador de la Iglesia, al que he de representaros como un Ministro extraordinariamente embiado de Dios.

Asi como la Religion no tiene mas autoridad sobre los entendimientos, que la que Dios la comunica, recibe tambien toda su eficacia de la mision, de la que el mismo Dios es el principio: la Ley Judaica se fundaba en la mision de Moyses, y de los Profetas; la Ley Evangelica se funda en la mision de Jesu-Christo, y de sus Apostoles: propiamente hablando, no ha havido mas mision extraordinaria que

la

la de Moysés, y del Mesías: de estas dos misiones se derivan todas las demás: Moysés, embiado de Dios para librar al Pueblo de Israel del cautiverio, dió, por orden del Señor, à su hermano Aaron la unción sagrada del Sacerdocio eterno, que se perpetuó en su familia: Jesu-Christo, dando su mision à los Apostoles, los comunicó poder para embiar como ellos eran embiados; y su autoridad, que dimanaba inmediatamente del mismo Jesu-Christo, ha pasado de siglo en siglo hasta los que ocupan su lugar en la Iglesia: pero así como en la Ley Judaíca suscitaba Dios de tiempo en tiempo algunos hombres, à quienes dotaba con los extraordinarios dones de profecía, y milagros, para que bolviesen à atraer al culto del Dios verdadero, aquel Pueblo inconstante, dispuesto siempre à sacrificar à las falsas divinidades de las Naciones estrangeras, del mismo modo en la Ley de Gracia embia la providencia de tiempo en tiempo unos hombres, que sin salir del orden de la mision establecida, y legitima, parecen extraordinariamente embiados de Dios para socorro de su Iglesia en las necesidades, y peligros en que se halla.

El Glorioso Santo Domingo de Guzman fue de este numero; la mision de este hombre famoso, embiado principalmente para renovar el espiritu de la predicacion Evangelica, os parecerá, Señores, muy extraordinaria, ya atendais à los motivos que la ocasionaron, ya à las circunstancias del sugeto que la recibe, ò à las prodigiosas señales de que está acompañada, porque à estos tres puntos se reduce todo quanto puede hacer extraordinaria una mision: quando Dios embia al mundo aquellos hombres

Apos-

Apostolicos, à quienes llena de sus talentos, y dones, se determina à esto por motivos poderosos, que le hacen abrir los tesoros de su misericordia, para sacar de ellos estos preciosos dones: antes de embiar à Moysés, (*Exod. 3. 9. 10.*) espera à que su Pueblo, oprimido con el pesado yugo de Faraon, dirija sus tristes clamores al Cielo, y su providencia se vale de la crueldad de aquel Rey Barbaro, para criar en su misma Corte al Libertador de Israel: para embiar à Elias, (*3. Reg. 18. 2.*) espera à que sacrificados sus Sacerdotes, por orden de la impia Jezabel, dexen su Templo sin sacrificio, y que los sacrilegos Altares, que se levantan al Idolo de Baal, le dexen sin adoradores en Israel: para embiar al Mesías, espera à que toda la tierra esté sepultada en las tinieblas de la idolatría, y que en el corto recinto del mundo, en donde es adorado su nombre, se halle corrompida la pureza del culto legitimo por las supersticiones de los Judios carnales, y terrestres: esta misma providencia que provè los remedios proporcionados à las heridas con que permite que sea afligida su Iglesia, movida de los gemidos de esta desconsolada Paloma, la embia à Santo Domingo para su remedio: la vestidura de esta Esposa sin mancha, aunque siempre indivisible, estaba entonces despedazada con los progresos de la heregia Albigena, que con su veneno havia inficionado casi todas las Provincias de la Christiandad: la mayor parte de los Principes Catolicos se hallaban divididos con sangrientas guerras: el ministerio de la Predicacion, medio eficaz, y permanente para mantener la Religion, y para servir de dique al torrente de la impiedad,

Tom. IV.

Aa

y

y del libertinage, se hallaba despreciado, ò interrumpido: para remediar todos estos males, suscitó Dios à Santo Domingo, y le inspiró el designio de renovar el espíritu del Apostolico ministerio, casi arruinado entonces en la Iglesia.

No me detendré, Señores, en referir las particularidades de su vida, porque supongo muy instruido en ellas à un Auditorio tan devoto de nuestro Santo: todos sabéis, que siendo Canonigo Reglar en el Obispado de Osma, fue nombrado por la Corte de España para pasar à la de Francia, en compañía del Obispo de la misma Diocesis, para formar una alianza Real entre estas dos Coronas, y que se desvaneció su idea, por la inopinada muerte de la Princesa, que era el objeto de la alianza; que encendido su zelo por la gloria de su Dios, al oír los desordenes que en todas partes ocasionaba aquella funesta heregia, señalada con los infames distintivos que pone el Espíritu Santo (*Apoc. 15.*) en la misteriosa bestia del Apocalipsis, emprendió nuestro Santo el viage de Roma, con el Prelado, à quien acompañaba, para pedir socorros al Sumo Pontifice, para detener el furor de este monstruo, que al mismo tiempo que turbaba la paz de la Iglesia, introducía el fuego de una guerra infernal en toda la Europa: que Inocencio III. movido de las virtudes de este hombre singular, à las que se añadía lo ilustre de su nacimiento, despues de haver despachado para su Iglesia de Osma al Obispo, à causa de su avanzada edad, nombró à Santo Domingo su Legado en los Reynos de Francia, para que en ellos publicase una Bula de Cruzada, y animase el zelo del Rey

Rey Christianísimo, contra un error que triunfaba al frente de mas de cien mil hombres armados en su defensa.

Veñ aquí, Catolicos, una mision bien singular por parte de los motivos que la ocasionan, atendiendo à los hombres, pero mucho mas atendiendo à los fines de la providencia que la dispone: quando Dios suscita estos Ministros extraordnarios, no manifiesta desde luego todos los designios que quiere poner en execucion, por medio de su ministerio: à Moysés parece que le elige solamente para que libere à los Israelitas del cautiverio de Pharaon; pero su intencion es servirse de este Santo Legislador, para abrirles un camino milagroso à la tierra prometida, y para dibujar en los milagros, en las ceremonias, en los sacrificios, en las guerras, en los viages: finalmente, en todas quantas cosas sucedian à este Pueblo, la multitud de sombras, y figuras, que cumplidas despues tan fielmente, sirven de admirable prueba à la Religion Christiana, salida, por decirlo así, del seno de la Mosayca: quando Dios embió à Francia à Santo Domingo, no manifestó ni la mas minima parte de los fines à que le destinaba: la mision de este hombre famoso parece no tenia mas fin que la extirpacion de una sola heregia, y la providencia dispone un medio eficaz para destruirlas todas, por medio de la predicacion de su palabra, la que como espada de dos filos (*Heb. 4. 10.*) corta las raices del error en las almas: Santo Domingo solamente es considerado como un Legado Apostolico, que viene à poner la sagrada espada de San Pedro en la mano de un Monarca Christiano, para que use de ella con-

tra los enemigos del Estado, y de la Religión; pero Dios le destina para Predicador de su Ley, y para que restituya à la Iglesia el espíritu de la primera misión de los Apostoles, que fueron embiados à todas las partes del mundo, para que predicasen el Evangelio à todas las criaturas: quando este gran Santo empezó el primer discurso, que pronunció en presencia de un auditorio de los mas augustos, con las palabras del Angel San Gabriel à Maria, parece que solamente intenta abrir una santa guerra, bajo la proteccion de la Santa Virgen contra los blasfemos que la ultrajan; pero Dios, con este grande exemplo, queria enseñar à todos los Ministros que le havian de suceder en este santo exercicio, que nunca debian empezarle, sin haver implorado antes el patrocinio de esta Madre de todas las gracias; queria fundar, por medio de este devoto siervo de Maria, la célebre devocion del Santo Rosario, autorizada despues con tantos milagros, honrada con tantos privilegios, y continuamente aprobada con las innumerables bendiciones que Dios derrama sobre los que la abrazan con un espíritu verdaderamente christiano.

No siempre sale Dios de las reglas generales de su providencia para formar Ministros de su voluntad, y su palabra, tan perfectos como Santo Domingo; aunque es verdad que nunca faltan en la Iglesia hombres distinguidos por sus raros talentos, los que consagran à la conversion de los Pueblos, nuestro Santo desde la morada de la Gloria, en donde habita, está viendo à muchos hijos suyos, herederos de su zelo; que en el ministerio de la Predicacion,

que

que tan dignamente exercen, mantienen el titulo peculiar de una Orden tan util à la Iglesia: en este mismo siglo ha suscitado Dios algunos hombres llenos de su espíritu, que desterrando de los discursos Evangelicos la ostentacion de una ciencia vana, è inutil, se dedican unicamente à reformar las costumbres, y à hacer patentes aquellos vicios, que el amor propio oculta con tantos velos, para que no se conozcan, ò impugnen; pero estos mismos hombres gimen en su interior, quando ven que sus oyentes los aplauden, en vez de herir sus pechos con demostraciones de dolor, quando ven profanados nuestros Templos con aclamaciones mundanas, en vez de resonar en ellos el eco de los penitentes suspiros; el amor propio, que solamente cuida de buscar objetos en que complacerse, se divierte al ver los fieles espejos que se le presentan de sus ilusiones; y artificios, admira lo perfecto del retrato, pero no se averguenza del vicio, alaba la penetracion, y habilidad del Medico, que sabe manifestar las mas ocultas enfermedades del alma, pero no se vale de los remedios que le propone: temed, Catolicos, que Dios castigue severamente el desprecio de su palabra: esta ingrata viña, dice el Señor, (*Isai. 5. 6.*) no produce fruto; todos los medios de que me he valido para hacerla fecunda, han sido inutiles, mandaré à las nuves que no descarguen sobre ella sus riegos: siempre tendreis Predicadores, Catolicos, porque estos nunca han de faltar en la Iglesia; pero serán unos Predicadores sin eficacia, porque vosotros sereis unos oyentes sin compuncion: serán nuves vacías, y sin agua, como aquellas de que habla el Apostol San Ju-

Judas, (*Jud. 12.*) que en vez de derramar un saludable rocío en vuestras almas, os ocultarán los rayos de la verdad: mi palabra, dice Dios à su Profeta, se halla despreciada, pero yo para vengarme pondré esta divina palabra en tu boca, (*Jerem. 5. 14.*) como un fuego consumidor, y haré que los Pueblos que la oigan, sean como una leña seca, que queden inmediatamente abrasados: es verdad que Dios ha de pedir muy estrecha cuenta à los Predicadores, de los discursos que pronuncian desde la Cathedra de la verdad; pero tambien los oyentes serán responsables de la doctrina que han oído; y la palabra de Dios, que en las Divinas Escrituras se llama carga pesada, *Onus verbi Domini*, (*Zach. 9. 1.*) oprimirá à los Christianos que la oyen sin fruto, del mismo modo que à los Ministros que la predicán sin fervor, y sin imitar à Santo Domingo, à quien han sucedido en el ministerio.

Dios, cuya gracia se reviste de varias formas, segun la expresion del Apostol, y obra de diferentes maneras, (*1. Cor. 12. 4.*) no comunica siempre unas mismas qualidades à los Ministros que embia extraordinariamente para fundadores, ò restauradores de la Religion: unas veces se vale de hombres de obscuro nacimiento, sin educacion, sin ciencia, sin politica, y en quienes suelen hallarse defectos, directamente opuestos à los empleos que los quiere confiar, para que los maravillosos efectos de sus obras, producidos por unos instrumentos tan desproporcionados, dén mas à conocer, como dice San Agustin, la causa divina, y superior de donde dimanar: en la Escritura leemos, (*Exod. 4. 10.*) que
Moy-

Moyisés se escusaba de ir à hablar à Pharaon de parte de Dios, alegando el defecto de su lengua, y que no era eloquente: que Jeremias, viendo, que el Señor queria oponerle como un muro de bronce à la Casa de Judá, alegó por escusa ser balbuciente, y le dixo temblando: *à à à Domine nescio loqui*: (*Jer. 1. 6.*) que los Apostoles, destinados à convertir toda la tierra, eran unos hombres rusticos, y de la infima clase del pueblo; (*Act. 4. 13.*) pero tambien sabemos, que Isaias era descendiente de la familia Real; que David subió al Trono para cantar en él los cánticos del Señor, y para ser organo de todas las voces consagradas à este santo exercicio: que San Pablo tenia muy perfecto conocimiento de la Ley, y un ardentísimo zelo de la defensa de sus tradiciones, quando fue separado para ser Doctor de las Naciones: finalmente, que Jesu-Christo, llamado el Mesías por lo singular de su mision, quiso descender de la Real Casa de David, y que las mugeres que le oían, exclamaban, que jamás havia otro hombre hablado como él: del mismo modo Dios dotó à Santo Domingo de unos talentos proporcionados à las heroycas acciones que havia de obrar por su ministerio; quiso que naciese de la ilustre, y antiquissima casa de los Guzmanes en España, un hombre que havia de encender el zelo de los Soberanos Pontifices, y de los Monarcas, y llevar el Estandarte de la Cruz, en calidad de Legado, y Conquistador en los Exercitos Christianos: el Señor le llenó de los tesoros de su ciencia, hizo que fuese admirado en Roma como el primer Theologo de su tiempo, antes de valerse de él para confundir la heregia, y
de

de constituirle por piedra fundamental de aquella misteriosa Torre de David, de la que están colgados mil escudos impenetrables à los dardos del error, y de la ignorancia; le dotó de una eloquencia que cautivaba los corazones; le hizo un Predicador original, que havia de dexar este nombre en herencia à una posteridad santa, consagrada por particular voto à este ministerio: en este hombre Apostolico todo predicaba; sus palabras eran otras tantas centellas del divino fuego, que abrasaba su corazon, el que encendia en las almas de sus oyentes, y como otras tantas agudas flechas, que despedidas por la actividad de su zelo, atravesaban los corazones de los enemigos de Dios.

A estas admirables prendas de su alma, se pueden añadir las de su exterior, el que hacia la virtud venerable à los Pueblos; las profecías que precedieron, ò acompañaron à su nacimiento; la resplandeciente estrella que se manifestó en su frente, quando este astro de la Iglesia empezó à resplandecer en el mundo; el cuidado particular que tuvo la providencia de que naciese en España, en el mismo dia en que nació en Francia el Gefe de la famosa heregia Albigense, la que él havia de confundir; aquel profetico sueño, tan gloriosamente verificado, en el que su madre creyó salia de su seno con una hacha encendida aquel animal, al que nos representa la Escritura como simbolo de los Predicadores, de quienes havia de ser padre Santo Domingo; esta es la tercera razon que hace extraordinaria la mision de este gran Santo; la señal mas evidente de esta mision es el don de milagros: es verdad que el Bau-

tis-

tista, embiado extraordinario de Dios para predicar la penitencia à los hombres, no hizo milagro alguno: *Signum nullum fecit: (Joan. 10. 41.)* pero además de haver estado acompañado su nacimiento de extraordinarios prodigios, y haver sido un continuo milagro su methodo de vida, no permitió la providencia que hiciese milagros, porque la luz de esta luminosa antorcha se havia de eclipsar antes que la del Salvador: era necesario que huviese una muy notable diferencia entre el Precursor, y el Mesías, para que los Judios que estaban dispuestos à reconocerle por el verdadero Christo, no se confirmasen en este error, si además de las virtudes que en él admiraban, le viesen hacer milagros; pero todos los demás hombres embiados extraordinariamente por Dios, tanto en el Nuevo, como en el Antiguo Testamento, para convertir à los Pueblos, todos han confirmado su mision con esta señal: este sello de la divinidad, se manifestó con extraordinario resplandor en nuestro Santo; basta para prueba la resurreccion de tres muertos, de cuyo hecho no puede dudar aun la impiedad mas incredula.

¿Qué Sermon tan persuasivo fue el de San Pablo, Catolicos, quando resucitó à aquel joven que se mató, cayendo desde lo alto de un techo, mientras estaba predicando el Apostol, y poniendole, como dice San Juan Chrysostomo, en su lugar, le mandó dar un testimonio de la otra vida, que en su boca no podia ser sospechoso, pues bolvia él mismo de la region de los muertos: Santo Domingo pudo muy bien decir, como aquel grande Apostol, (1. *Cor.* 2. 4.) que su predicacion estaba acompañada de

Tom. IV.

Bb

pc-

poder, y sabidaria: *In ostensione sapientie. & virtutis*: ¿qué eficacia no tendrían las verdades Evangelicas en la boca de un hombre, que al mismo tiempo que predicaba à Jesu-Christo crucificado, imitaba sus prodigios? ¿Que no tenga yo tiempo, Catolicos, para cotejar la gloriosa semejanza que se halla entre la resurreccion de un joven, que el poder de Santo Domingo concedió à las lagrimas de su tio, y la de Lazaro, que concedió el Salvador à las lagrimas de Marta, y de Maria? Veriais à Domingo que ora, llora, y manda al muerto que se levante, como havia hecho Jesu Christo: la resurreccion de aquel infeliz, que acababa de espirar à impulsos de un accidente tragico, os pareceria tan admirable como la de Lazaro ya medio podrido en el sepulcro, y aplicariais à este milagro de nuestro Santo, lo que del prodigio del Salvador dice San Agustin, es à saber, que fue una prueba de su divinidad, la que havia de triunfar de la incredulidad mas obstinada, y que en esta ocasion excedió la esperanza que havia concebido la fé de los Apostoles: *Tunc verè probatus est Christus; tunc plus fecit quam ausa est fides sperare*: ¿quereis saber si Santo Domingo fue verdaderamente un hombre embiado de Dios? pues no necesitais de mas señal que la misma respuesta que dió Jesu Christo à los Discipulos de Juan, quando le preguntaron si era el Mesías: los ciegos ven, los cojos andan, y los mudos hablan: (*Matth. 11. 5.*) la mision de Santo Domingo tiene todas estas gloriosas señales, y verifica la prediccion del Salvador à sus Apostoles, quando les dixo que harian portentos mucho mayores, que los que él mismo

mo havia hecho: (*Joan. 14. 12.*) parece que el Señor havia comunicado à nuestro Santo aquel poder absoluto, con el que él mismo se manifiesta Rey de los Elementos, como le llama Tertuliano: el fuego, el ayre, el agua, y la tierra obedecen à sus ordenes; las llamas respetan los sagrados caracteres de la verdad en un libro que havia compuesto: nuestro Santo sale sin lesion de entre las llamas, como los tres niños salieron del horno de Babylonia: el mar, obediente à sus palabras, vomita vivos quarenta Ingleses, que se havia tragado en un naufragio; el ayre se consolida para mantenerle sobre sí, quando sus extasis le arrebatan de la tierra: las tempestades, y borrascas se disipan, y luego que él manda callar à los vientos le obedecen: el Infierno reconoce su autoridad, quando arroja los Demonios de los euerpos de los energumenos, librando al mismo tiempo sus almas de la esclavitud del comun enemigo: los Angeles baxan desde el Cielo para alimentarle milagrosamente en compañia de sus Religiosos: Estas, Catolicos, son verdaderas señales de una mision extraordinaria: el siglo de Santo Domingo fue testigo de todos estos prodigios, y la conversion de mas de cien mil Hereges, es una prueba indubitable de estos hechos.

Pero supuesto, Catolicos, que los Panegyricos de los Santos están destinados, tanto para su elogio como para nuestra instruccion, hagamos acerca de estos milagros de Santo Domingo algunas reflexiones propias para animar nuestra fé, confesando los sólidos fundamentos en que estriua nuestra Religion.

Yo hago, dirá alguno, los mayores esfuerzos para confirmarme en la fé, pero no puedo cautivar mi entendimiento bajo el yugo de aquellas verdades, que parece se oponen à la recta razon: pero ah! Calicos, eso consiste en que quereis confirmar vuestra fé con unos discursos, à los que Dios no mueve con su gracia, en vez de recurrir siempre en vuestras dudas à la poderosa virtud de la oracion: decid al Señor, con el padre del Lunatico del Evangelio: *Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam: (Matth. 9. 23.)* Yo creo, ó Dios mio, ayudad mi incredulidad; creo las adorables verdades que haveis revelado à vuestra Iglesia, y los Oraculos que estrivan en fundamentos eternos: no obstante, Señor, padezco algunas dudas, y algunas incertidumbres involuntarias, las que os pido que disipeis: manifestadme los Misterios de vuestra Santa Religion con aquella claridad, que al mismo tiempo que los dá à conocer, los hace respetar, y que hace al alma decir con el Profeta: (*Psalm. 92. 5.*) Señor, vuestros testimonios son en extremo creibles; haced que resplandezca à mi vista aquella columna de fuego, que guiaba à los Israelitas por el desierto; aquella ráfaga de luz, que guía à las almas predestinadas por entre las misteriosas tinieblas que la ocultan en esta vida las sendas de la verdad: *Deduc me in via eterna: (Psalm. 138. 24.)* si oraseis de este modo, Catolicos, con una santa confianza, caerán de vuestros ojos los velos de la incredulidad, se consolidará vuestra fé, sereis fieles en el cumplimiento de vuestras obligaciones, las que desempeñareis como desempeñó Santo Domingo los cargos de su mision extraordinaria.

SE-

SEGUNDA PARTE.

DIOS nunca mantendrá la fé en toda su pureza, sin conservar à la predicacion su virtud, porque los dos fundamentos en que estriva la Religion, son las verdades que el Señor nos ha revelado, y las leyes que nos manda observar: y cómo es imposible que la divina providencia prive absolutamente à su Iglesia de aquellos hombres iluminados de su espiritu, que la libren de los errores con que pueden alterar la pureza de su doctrina, la ignorancia, y la soberbia del espiritu humano, del mismo modo está obligada esta providencia à mantener en su Iglesia hombres llenos del zelo de la ley, para oponerse à los desordenes de las costumbres, para impugnar los vicios del siglo, y para reformar los abusos que se introducen contra la regularidad de la disciplina, para que no obstante las alteraciones que padece la verdad, y las corrupciones que se introducen en la ley, haya siempre una regla infalible de lo que debemos creer, y de lo que debemos obrar; para que ya que no siempre sea observada esta regla, à lo menos siempre sea conocida; y para que la verdadera Religion, que consiste en creer precisamente lo que Dios ha revelado, y en observar exactamente sus preceptos, nunca padezca menoscabo en sí misma.

Aquellos hombres à quienes hace Dios depositarios de su ciencia, para que defiendan la pureza de la doctrina, no siempre tienen el don de hablar desde los christianos Pulpitos contra los pecadores, y aque-

aquellos à quienes concede el don de la eloquencia evangelica, suelen carecer de la profunda erudicion que se necesita para defender los dogmas de la Religion, ò ya porque sus ocupaciones no les permiten una continua aplicacion à este estudio, ò porque el Espiritu Santo reparte sus Dones segun su voluntad; pero como Santo Domingo fue un Ministro extraordinario, reunió en sí, en un grado muy eminente, estos dos talentos, è impugnó los errores, y vicios de su tiempo, con tanto zelo como felicidad.

Pero no basta mirar à Santo Domingo como un Doctor, y un Predicador que confunde à la heregia con la fuerza de los argumentos, que la impugna en sus escritos con su sólida doctrina, y que la amedrenta desde el Pulpito con el zelo de su predicacion, sino que à un mismo tiempo hace dos especies de guerra contra el error, triunfando de la falsedad de sus maximas, y de la obstinacion de sus sequaces: emplea en su destruccion la espada de dos filos de la divina palabra, aquella espada terrible, que puso Dios en manos de los Reyes, para abatir la potestad ilegítima, que se levanta contra su autoridad sagrada; semejante à aquellos valerosos Israelitas, (2. Esdr. 4. 17.) que bajo la direccion de Esdras, reedificaron el Templo, al mismo tiempo que con una mano reparaba las ruinas de la casa del Señor, peleaba con la otra contra los Pueblos que se atrevian à interrumpir el curso de una obra tan santa; y despues que su lengua havia hecho resonar en los Templos los Oraculos de la verdad, colgaba de sus columnas los despojos de sus enemigos.

¿Qué no pueda yo, Catolicos, representaros con los

los mas vivos colores de la eloquencia christiana uno de los pasages mas admirables de la vida de nuestro Santo? Por una parte os representaria los horribles excesos de la heregia Albigense, figurados en la triste imagen de la profanacion del Templo, que nos refiere el Espiritu Santo en el Libro de los Machabeos, (1. Mach. 1. 57.) quando dice, que los Vasos Sagrados fueron entregados al pillage, interrumpidos los sacrificios, manchadas las paredes con abominaciones, sacrificados los Sacerdotes en vez de victimas, destruidas las mas santas ceremonias, colocadas sobre las alas de los Querubines del Santuario las supersticiones de un culto sacrilego, las Sagradas Virgines entregadas à los animales inmundos, executados en presencia del Dios de la pureza, los horrores que no ha podido ocultar la obscuridad de los tiempos, y desfigurada toda la hermosura de la Esposa de Jesu-Christo con los mayores oprobrios: espectáculo funesto, que representaba en la Iglesia, una Babilonia sentada en el Trono de la impiedad, ofreciendo con una mano el caliz de sus errores, y fornicaciones, y teniendo en la otra una espada, con la que amenazaba herir à los que se negasen à beber de aquel Caliz: Santo Domingo, autorizado con una Bulla Pontificia, predica una Santa Cruzada contra aquella impia Secta; marcha con un corto numero de Caballeros, y Soldados Christianos contra un Exercito de mas de cien mil Hereges, que havian hecho al Languedoc teatro de su rebellion, y de sus violencias: luego que llega nuestro Santo Conquistador, se desordenan sus Batallones, y los Soldados, que no huyen, quedan prisioneros, ò muertos.

tos: una vasta Campaña, inundada de su sangre, y cubierta de cadaveres, se ofrece en sacrificio al Dios de los Exercitos: ¡oh, Señor! ¿cómo era posible, que un solo hombre venciese à mil, y que un corto numero de Soldados, auyentase unos Esquadrones, cuyo numero igualaba à las arenas del mar, segun la expresion de la Escritura, si vos no huvierais peleado invisiblemente à favor de los que defendian vuestra causa? (*Exod. 17. 11.*) Domingo, como otro Moyses, levantaba los brazos al Cielo, mientras que el piadoso, y valiente Conde de Montfort, como otro Josue, derrotaba à los enemigos: me parece estar viendo en ese Crucifixo, en ese Rosario, y en esa Bulla de Cruzada, que lleva en sus manos Santo Domingo en medio de los combates, el misterioso aparato, que en otro tiempo derribó por tierra los muros de la soberbia Jerichó: (*Jos. 6. 20.*) con estas armas, à las que estaba unida la fuerza del todo poderoso, derribó nuestro Santo el sacrilego Altar, que Baal havia levantado contra Jesu-Christo: en memoria de esta célebre victoria autorizó el Cielo la santa, y venerable devocion del Rosario, bajo cuyos estandartes tuvo glorioso fin aquella santa guerra: Santo Domingo dió un público testimonio à Maria Santissima de haver debido los felices sucesos de esta guerra à su poderosa intercesion, pasando desde el campo de batalla à una Capilla consagrada à la Reyna de los Angeles, y tributandola aquel elogio, que despues abrazó tan gloriosamente la Iglesia: *Cunctas hæreses sola interemisti.* Elogio justo, y verdadero por ser la heregia de los Albigenses un monstruoso conjunto de todos los errores: el ayre resue-

na con los gritos del Soldado que clama victoria, y al mismo tiempo, resuena tambien el Templo con los hymnos de alegria, y agradecimiento que entona Santo Domingo: semejante à David, que con las manos teñidas en la sangre de los enemigos de Dios, toma el harpa sagrada para cantarle cánticos, y al mismo tiempo que buelve de vencer à los Philisteos, lleva en triunfo el Arca Santa: (*2. Reg. 6. 12.*) pone nuestro Santo toda su gloria al pie de los Altares, y solamente celebra la gloria del combate, para añadirla à los infinitos triunfos, que la Iglesia ha conseguido contra las heregias.

Luego que nuestro Santo arrojó à la heregia de los puestos que ocupaba, se dedicó à la conquista de las almas, de que se havia apoderado, pues no huviera quedado satisfecho su zelo, si despues de haver desarmado à los rebeldes, no huviera convencido à los obstinados: ¿qué extraordinarios ruegos no dirigia al Cielo, pidiendo su conversion? ¿quántas veces se indignaba santamente à vista de los infelices Apostatas de la fé, que abandonaban la fuente de aguas vivas, para ir à beber en las cisternas impuras? ¿quién podrá referir sus conferencias, sus Sermones, sus viages, y sus milagros? Acordaos, Señores, de lo que hizo Elias en presencia del Pueblo de Israel, quando le dixo ¿hasta quando has de estar indeciso, y titubeando entre dos caminos: (*4. Reg. 18.*) si Baal es la divinidad, à quien debes adorar, derriba los Altares del Dios de Israel; pero si el Señor es el verdadero Dios, derriba los Altares de Baal: para acabar de resolvernos convengamos en que el Dios, que haga bajar fuego del Cielo sobre el

Sacrificio, que se le ofrezca, ese es el Dios verdadero: bien sabeis, Catolicos, las circunstancias de aquel famoso suceso, y que los Sacerdotes de Baal, despues de haver experimentado, que su Dios estaba sordo à sus ruegos, y supersticiosas invocaciones, vieron bajar fuego del Cielo sobre el Sacrificio de Elias, el que quedó consumido en un instante, no obstante la mucha agua, que sobre él havia derramado el Profeta, para hacer mas admirable el prodigio; ved, Señores, renovado aquel milagro, en lo que pasó entre los Doctores de los Albigenses, y Santo Domingo, quando entregado à las llamas el Libro en que se contenian los Dogmas de esta Secta, fue consumido en un momento, quando al mismo tiempo el que havia compuesto Santo Domingo contra este error, arrojado tres veces consecutivas en una hoguera encendida, lejos de recibir lesion alguna, quedó intacto, sin que le manchase el humo: à vista de este milagro quedó confundido todo el partido rebelde. Pero el zelo de Santo Domingo no se limitó à la conversion de los Hereges, sino que se estendió à todos los pecadores: como se abrasaba en el amor à Jesu-Christo, estaba lleno de una compasion caritativa de los males de su Iglesia, y animado de una santa ira contra los enemigos de Dios, y de su Pueblo: en la historia de su vida se lee, que jamás se le oyó pronunciar una palabra, que no se dirigiese à glorificar à Dios, y à ganar almas para su Magestad: era, como el Bautista, una antorcha luciente, y luminosa: (*Joan. 5. 35.*) *Lucerna ardens, & lucens*: luminosa para alumbrar los entendimientos, y ardiente para inflamar las voluntades: sus discursos es-

taban llenos de una secreta energía, à la que nadie podia resistir: quando hablaba à los Pueblos, despedia su rostro rayos luminosos de la ciencia, y caridad de que estaba llena su alma; y San Vicente Ferrer nos asegura, que mas parecia Angel, que hombre: ¿quereis saber, Señores, el maravilloso efecto de la gracia particular que havia recibido del Cielo, para convertir à los mas obstinados pecadores? Pues acordaos de quando cayò en las manos de aquellos infames salteadores, que despojados de todos los afectos de humanidad, parece se havian revestido de la ferocidad de las fieras que habitaban los bosques, en donde ellos vivian retirados; nuestro divino Predicador los habló con tanta eficacia, que consiguió ablandar aquellos empedernidos corazones; como otro Moyses, hizo salir de aquellos insensibles peñascos lagrimas de penitencia, y animado con la gracia de aquel Señor, que convirtió al buen Ladron en la Cruz, los hizo detestar los excesos à que vivian entregados, y abrazar una vida penitente.

Era muy corta la extension de un solo Reyno para su ardiente zelo, y así, llevado del impulso del espíritu que le animaba, recorrió las Provincias de Francia, Italia, y España, como nube misteriosa, derramando en todas partes, à imitacion de los Apostoles, el precioso, y saludable rocío de la Sangre de Jesu-Christo: de esta mística nube salian relámpagos que alumbraban al mundo, quando explicaba las verdades del Evangelio; truenos que atemorizaban, quando hacia resonar las amenazas Evangelicas en los oídos de los pecadores; rayos que abrasaban, y herian, quando publicaba maldiciones, y anathemas

contra los pecadores obstinados; y lluvias saludables que regaban, y fertilizaban, quando despues de haver movido los corazones de sus oyentes, los hacia deshacerse en lagrimas: muchas veces renunció la dignidad de Obispo, por estar libre para emplearse en evangelizar à todo el Universo; pero su zelo se dirigia antes à cuidar de su alma, que de las de sus proximos: como fiel Discipulo de Jesu-Christo enseñaba primero con las obras, y despues con las palabras: castigaba su cuerpo, y le reducía à servidumbre, temiendo, que despues de haver predicado à los demás, quedase él reprobado: el Historiador de su vida dice, que por la noche practicaba las doctrinas que enseñaba por el día, y que toda su vida estuvo dividida entre la predicacion, y el exemplo: su cama era el escalon del Altar; interrumpia tres veces el sueño, para castigar su cuerpo con crueles disciplinas: su vestido, su sustento, su habitacion, todo estaba respirando la mortificacion Evangelica: podia decir, como el Bautista, que era voz, pues en él todo estaba predicando penitencia.

En este genero de predicacion debemos exercitarnos todos los Christianos: solamente los reprobos dicen con Caín, que no están encargados de la custodia, y conducta de sus hermanos: *Numquid custos fratris mei sum ego?* (Gen. 4. 9.) pero los verdaderos Christianos saben que esta es una obligacion comun à todos, señalada en el Eclesiastico: *Unicuique mandavit Deus de proximo suo:* (Eccl. 17. 11.) cada uno à su modo está encargado de la salud de su proximo: Dios tiene sus Predicadores, pero tambien el mundo, y el Demonio tienen los suyos, pues no se

puede dar otro nombre à aquellos hombres, que sin acordarse de su Dios, esparcen con tanta desvergüenza las maximas del libertinage; à aquellos hombres, cuya boca es un sepulcro abierto, que exhala en todas partes olor de muerte, de corrupcion, y de escandalo; à aquellas mugeres mundanas, que son como el fomento de la concupiscencia de los ojos sensuales, y adulteros, que pasan toda su vida en proveer al Demonio Meridiano, (Psalm. 90. 6.) de aquellas venenosas saetas de que él se vale para atravesar à las almas con las mortales heridas de la impureza; que llevando en su corazon el fuego abrasador de sus pasiones, siembran por todos los parages por donde pasan, sus funestas centellas; con la indecencia de sus acciones, y vestidos: llegará día en que estas cabezas, que ahora son idolo del mundo, se muden en un espectáculo asqueroso: llegará día en que esos cuerpos corrompidos, servirán de pública satisfaccion à las injurias, que con sus regalos, y adornos hicieron à Jesu-Christo crucificado: llegará día en que Dios os pedirá esas almas, precio de sus sudores, y de su sangre, que le haveis arrancado de las manos; en que habiendo sido instrumentos del Demonio para condenar à los hombres, seais compañeras eternas de sus suplicios; en que todas esas desgraciadas victimas, que han perecido en los lazos que las haveis puesto, se levantarán contra vosotras, pidiendo venganza de su perdicion, de la que fuisteis la principal causa: Santo Domingo decia, que tendria por bien recompensados todos sus trabajos, si con ellos ganára una sola alma para Jesu-Christo; y en el Infierno hay infinidad de almas condenadas

das por el mal exemplo de una sola persona: ah! si no teneis compasion de las almas de vuestros proximos, compadeceos à lo menos de la vuestra: *Miserere animæ tuæ: (Ecl. 30. 25.)* no quiero decir que vayais à convertir Hereges, è infieles, pero à lo menos no perdais à vuestros hermanos: la conversion de todas las Naciones, pertenece solamente à Santo Domingo, y à los Ministros embiados extraordinariamente de Dios como él. Este gran Santo, siempre tuvo presente en su espiritu aquella vision del Apostol San Pablo, en la que vió à un hombre Macedonio, que estendiendo hácia él sus brazos le decía estas amorosas palabras: *Transiens in Macedoniam adjuva nos: (Act. 16. 9.)* à todas horas le parecia estar oyendo unas voces que desde todas las partes del mundo le decian: venid à socorrernos, è iluminarnos en estos países barbaros, en donde no ha quedado señal alguna de la primera predicacion Evangelica: venid à estas campañas desiertas en donde la negligencia, ò falta de Pastores, dexa expuesta la viña del Señor à las incursiones de la bestia feroz: *Transiens in Macedoniam adjuva nos:* pero nuestro Santo, viendo que él solo no podia acudir à todas las necesidades de la Iglesia, y que la muerte havia de interrumpir necesariamente el curso de sus trabajos, halló el secreto de multiplicarse, y eternizarse, instituyendo un Orden, cuyos individuos se consagrasen con voto particular al divino ministerio, que él exerció toda su vida: pudiera tener visos de politica mundana la loable costumbre que se usa en estas solemnidades de pasar de las alabanzas del Fundador à las de sus hijos; pero

Jesu-Christo nos enseña que debemos juzgar del arbol por sus frutos, y sería ocultar una parte muy preciosa del retrato de Santo Domingo, si callasemos lo mucho que la Iglesia debe à su Orden.

Bien sabeis, Catolicos, quan dignamente desempeña este Orden el glorioso titulo, que le distingue de los demás en la Iglesia de Dios: paso en silencio otros muchos titulos que la adornan, y por no traspasar los limites de mi ministerio, alabo solamente en los dignos hijos de un Predicador embiado extraordinariamente de Dios, la gloria con que desempeñan el sagrado ministerio de la divina palabra: ¿pero qué fruto sacais vosotros, Señores, de sus Sermones, y de sus fatigas Apostolicas? Ah! temed que Dios os prive de estos Predicadores excelentes, para embiarlos à otros oyentes mas dociles, amenaza que hizo en otro tiempo San Pablo à los Judios, antes de ir à predicar el Evangelio à los Gentiles, (*Act. 13.*) la que vemos verificada en nuestros dias, por los copiosos frutos que estos Predicadores recogen en los climas infieles, donde predicán la divina palabra, con una sencillez apostolica, quando al mismo tiempo la viña del Señor, continuamente regada, y cultivada en el centro de la Religion, permanece estéril: pidamos hoy, por medio de la intercesion del Santo Predicador, cuya memoria celebramos, gracia para hablar como dignos Ministros del Evangelio, y para oír su doctrina como Christianos dociles, y humildes; de este modo recogeremos en esta vida ciento por uno de esta preciosa semilla, y tendremos por recompensa de nuestras fatigas, la eterna:

Ad quam, &c.

SERMON

PARA EL DIA DE SAN CAYETANO.

Statuam pactum meum inter me, et te, ut sim Deus tuus: tu ergo custodies pactum meum. Gen. c. 17.

Haré contigo un pacto; yo seré tu Dios, y tú cumplirás las condiciones que yo te proponga.

LA vida de Abraham, Catholicos, ya se considere por parte de las rigurosas pruebas que el Señor hizo de su virtud, ó por parte de las recompensas con que premió su constante fidelidad, toda estuvo llena de prodigios: desde sus primeros años el Señor le hizo oír su voz, manifestandole extraordinarias promesas; ¿pero con qué condiciones? Sal, le dice, del seno de tu patria, y abandona tus parientes; pero esto no era mas que el principio de la penosa carrera que havia de seguir aquel Santo Patriarca.

Desde este instante, siempre viajando, sin ver jamás el término de sus peregrinaciones; guiado siempre por una providencia, que parece gustaba de ocultarse á él, empeñado algunas veces contra todas las reglas de la prudencia humana, en las mas arduas empresas, siempre tranquilo, sin desconfianza, y sin inquietud, aun hallandose en las circunstancias mas críticas, se manifiesta digno instrumento de las divinas misericordias, derrama por todas

-RER

par-

partes la bendicion, se olvida de sí mismo, y del peligro á que se expone, siendo víctima de la injusticia, y del furor de aquellos á quienes ha salvado: si el Señor condesciende con sus deseos, es para ponerle inmediatamente en la prueba mas difícil, pidiendole el sacrificio de la unica prenda que le havia dado de sus promesas.

Pero al mismo tiempo, ¿qué gracias, y qué favores no derramó sobre él? Justifica con extraordinarios prodigios su ciega confianza, le defiende con su proteccion contra la malicia de sus enemigos, y corona todas sus empresas, haciendo que todo el universo le admire, y le respete; finalmente, Abraham parece haver nacido para ser el hombre de Dios: *Custodies pactum meum*, y el Señor parece que se precia de ser reverenciado como Dios de Abraham: *Ut sim Deus tuus.*

Me parece, Catholicos, que por estas señas habreis venido ya en conocimiento del illustre Patriarca, cuya memoria celebra hoy la Iglesia nuestra Madre: este es su verdadero retrato, y todo mi discurso se reducirá á justificar el paralelo que os acabo de proponer, manifestandoos en la primera parte, que Cayetano fue el hombre de Dios; y en la segunda, que el Señor era el Dios de Cayetano: *Custodies pactum meum, ut sim Deus tuus*: pidamos á la Reyna de los Angeles me alcance del Divino Espiritu, gracia para hablar dignamente de las virtudes de su especialísimo devoto Cayetano, saludandola como es costumbre. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

UN hombre que no vé mas que à Dios en el mundo, que solamente espera en él, y se abandona ciegamente à su providencia; un hombre à quien parece que el Señor ha hecho nacer solamente para sí, para hacerle su Agente, y su Ministro universal; un hombre, finalmente, que se consagra sin limitacion alguna à la execucion de todos los designios de su Dios; este hombre se llama con propiedad el hombre de Dios, y esto fue lo que practicó Cayetano todos los dias de su vida: nuestro Santo fue hijo muy particular de la divina providencia, instrumento de sus designios, y víctima de su gloria.

Ya havia muchos siglos que miraba la Iglesia como su mas segura esperanza à la Casa de Thiene, en cuyos hijos havia hallado los mas zelosos defensores de su gloria: unos la havian vengado de las armas de los Tyranos que la oprimian; otros la havian restituido la paz con la profundidad de sus consejos, y casi todos la havian ilustrado con la luz de su doctrina, y edificado con el exemplo de sus virtudes; pero el siglo decimoquinto vió reunida en Cayetano toda la gloria de sus mayores, ò por mejor decir, queriendo el Señor manifestar los tesoros inagotables de su providencia, embiando al mundo à Cayetano, dió à la Iglesia en un siglo de los mas funestos para ella, un Apostol, un restaurador, y un modelo.

Pudiera, muy bien, Catolicos, justificar el primer

mer titulo que acabo de dar à Cayetano, y probar que fue verdaderamente hijo de la providencia, comparando los graves males que affligian à la Iglesia en aquel siglo de escandalos, con los socorros que el Señor la destinaba en su persona; veriais que el niño Cayetano, como Samuel, parecia haver nacido, no tanto para sí, como para el Tabernaculo: *Non sibi sed Tabernaculo*, y como Samson, mas para humillar à los enemigos del Pueblo Santo, que para trabajar en su propia gloria: *Ut salvet Populum meum*.

Es muy corto el tiempo, Señores, que se permite à un Panegyrico, para que podamos detenernos à recoger flores para adornar su cuna: dexemos crecer à este hijo de bendicion entre los brazos de su virtuosa madre: este nuevo Nazareno, consagrado al Señor, aun antes de nacer, desde el seno de la opulencia, y de la grandeza, empieza à hacer ensayos de la pobreza mas rigurosa: bajo la conducta de sus Maestros, los que no cesaban de admirar su profundo talento, se aplica como Daniel al estudio de las ciencias, cuya vanidad desprecia, aun antes de poder conocer su peligro; y Dios, para confundir algun dia à los falsos sabios por su medio, le dá, como al Profeta, el don de la inteligencia de sus Misterios.

El primer fruto de sus estudios, fue el odio, y el desprecio de la gloria, y fortuna mundana: apenas empezó à conocerse, quando, segun la expresion de San Gregorio, se sintió oprimido con el peso de las riquezas: el zelo de la Casa del Señor, que le inflamaba, le presentó una ocasion muy favorable pa-

ra deshacerse de ellas; de comun acuerdo con su hermano el Conde de Thiene, edificó, y dotó una Iglesia para comodidad de las gentes del Campo, à quienes la distancia de la Ciudad autorizaba para no asistir à los Divinos Oficios.

Pero quantos mayores esfuerzos hacia Cayetano para huir del mundo, éste parece que le buscaba con mas ansia; se multiplicaban sus cadenas, segun trabajaba nuestro Santo con mayores esfuerzos para romperlas: llegó à Roma la fama de sus virtudes, y quando Cayetano iba à aquella Ciudad para vivir en ella retirado, y desconocido, le salen al encuentro las Dignidades, y empleos: los Principes de la Iglesia procuran à porfia proporcionarle el camino para los honores; su merito, por mas que él procura ocultarse, le hace visible en todas partes; pero sus rápidos progresos asustan su humildad: muy poco conoce al mundo el que piensa poderle conciliar con la perfeccion del Evangelio,

¿Puede pedir mas el mundo en un hombre à quien caracteriza con los titulos de honrado, y de prudente, que el que se declare enemigo de la lisonja, que honre à sus Superiores con una modesta libertad, que sea afable, sin afectacion, equitativo sin rigor, condescendente sin flaqueza, que se acomode con prudencia à las necesidades del tiempo, y que no se rinda por interés, ò cobardía à las pasiones de los hombres? Nada mas puede pedir el mundo; pero Cayetano forma mas alta idea de las obligaciones del Christiano: mira con los ojos de la fè los ardidés de la Corte, los artificios de la prudencia humana, el favor tan estimado de los Grandes,

y

y descubre en ellos lo que el encanto de la vanidad oculta à nuestra vista.

Dios le guia à la soledad para hablar allí à su corazon mas individualmente: allí dispone consagrarle à su servicio de un modo muy particular, como à Moysés, y revestirle de un caracter mas santo, para proporcionarle à que lleve su palabra à los Reyes, y à los Pueblos: el Sacerdocio despojó enteramente à Cayetano de sí mismo, y le hizo un hombre nuevo: Vincencia su patria, le vió admirada consagrar à la caridad las riquezas que se havian librado de su zelo: quedó tan pobre, que no tenia mas alvergue que el comun hospicio de los pobres, y despues de haver dado à éstos quanto poseía, les dió tambien su propia persona.

Nada mas le quedó que su propia voluntad, y aun ésta empezó muy presto à serle molesta, no habiendo reservado para sí mas fondo que la providencia de su Dios: no quiso tampoco tener otra guia que la misma providencia: ya havia mucho tiempo que el Señor hablaba intimamente con su alma, como con los mas favorecidos Profetas; para entender mejor la voz del Señor, le pareció ser el camino mas seguro el de la obediencia; y como otro Samuel, cuya docilidad tanto alaba la Escritura, obedece ciegamente los preceptos de su Director: apenas éste le manda que abandone su patria Vincencia, quando sale de ella sin detenerse; si le manda pasar à Venecia, obedece con prontitud, y si le vuelve à llamar à Roma, ni las reconvenciones de sus amigos, ni las persuasiones de que éstos se valen, ni los pretextos que le alegan del mucho bien que

que hacia en aquella Ciudad, y el desorden que ocasionaria su ausencia, son capaces de detenerle.

Toda su vida vivió del mismo modo; siempre estuvo en las manos de sus Superiores, como un instrumento en las del Artifice, dispuesto à quantos usos quiera hacer de él: siempre prefirió el merito de obedecer à la gloria frivola de mandar, y siempre estuvo dispuesto à mandar por obediencia, como à obedecer por gusto, é inclinacion: los Sumos Pontifices le hallaron siempre pronto à executar sus ordenes, sin permitir que se les representasen los peligros à que le exponian sin saberlo: nunca usó de dilaciones en obedecer los preceptos, aun quando le autorizaban para ello las causas mas legítimas: ¡quántas veces llegando à postrarse à sus pies, los dejó admirados con la generosa prontitud de su obediencia! ¡qué propio era, Católicos, para instrumento de los designios de Dios, un hombre tan desprendido de sí mismo, y tan entregado à su divina providencia!

Para representaros, Señores, la perfecta sumision de nuestro Santo à las ordenes del Cielo, me es preciso referir aqui la historia de nuestras antiguas desgracias: ¡pero ah! ¿qué no pueda yo borrar con mis lagrimas las memorias en que estas se conservan? Quiero escusaros, Católicos, el dolor de oír tan funestas tragedias; basta decir, para gloria de nuestro Santo, que en todos los peligros de que se vió amenazada la Religion, Cayetano se manifestó siempre como aquel Leon severo, de que habla Isafas, que servia de centinela en la Casa de Dios: *Leo super speculam Domini*: velando dia, y noche para acu-

acudir à donde le llamaba el peligro: *Stans jugiter per diem, stans totis noctibus.*

¡Oh guardiá fiel de la Casa del Señor, decidnos vos mismo, cuántos, y cuán varios peligros os asustaron! Nuestro Santo vió con tanta realidad como Jeremías, obscurecido, y privado de todo su resplandor el precioso oro del Templo, dispersas las piedras del Santuario, y casi hechos pedazos los vasos en que debia conservarse el depósito de la doctrina, y de la fé: el hambre, anunciado en otro tiempo por el Profeta Amós, el hambre de la divina palabra, asolaba la tierra: los Pueblos hambrientos pedian, aunque en vano, este celestial alimento, y apenas se hallaba un dispensador fiel que se le repartiese: la Tribu de Leví casi no se distinguia de las otras Tribus: los excesos de los Sacerdotes autorizaban los de los Pueblos, los de los Pueblos parece que hacian tolerables los de los Sacerdotes, y unos, y otros justificaban, al parecer, la pretendida reforma, que con pretexto de enmendar las costumbres, intentaba destruir la fé.

En medio de estas necesidades levantó el grito Cayetano: *Clamavit Leo super, speculam*: al oír su voz, como la de Elias, se juntaron al rededor de él los Profetas fieles, que havian quedado en Israel: inmediatamente enciende en sus corazones el mismo fuego que à él le abrasa, y les comunica todo su espíritu: id, Angeles del Señor, impelidos del impetuoso viento del Espiritu Santo, que os anima, y os guia: *Ite Angeli veloces*: id à hacer que se avergüence el libertinage, à convencer al error de calumnia, y de mentira, con el exemplo de vuestras vir-

virtudes, à avivar la fé, y à animar la piedad, casi igualmente apagada en todos los corazones.

Vió en la realidad, como antes havia visto David, al Señor irritado, que enviaba sobre toda la Italia sus Angeles exterminadores: todas las plagas del Cielo caían sucesivamente sobre aquellas infelices Provincias: la discordia enciende el fuego de la division en muchas Ciudades rebeldes, è introduce el azote de la guerra: la suerte mas feliz es la de los miserables, que mueren al filo de la espada: à otros los consume lentamente la esterilidad de la tierra, y la peste acude à arrebatár à los que se libran de las dos plagas anteriores.

A vista de un espectáculo tan triste levanta Cayetano el grito de la caridad: *Clamavit Leo super speluncam.* Acude el primero à donde mas insta la necesidad; parece que se multiplica para acudir à todas partes; y se multiplica realmente en el espíritu de cada uno de sus hijos: id, pues, Angeles del Señor: *Ite Angeli veloces:* id à consolar à los pobres con el espectáculo de vuestra pobreza, y de vuestra paciencia: id à animarlos con vuestros discursos, y à aliviarlos con vuestros servicios: Angeles de paz, id à reconciliar los corazones, y à anunciar en todas partes, que Dios se acuerda ya de sus antiguas misericordias.

A todo atiende la vigilancia de este nuevo Apóstol; no le pongo yo este nombre, Católicos, toda Italia, con una voz unanime, le llamó así antes que yo: à todo alcanza su infatigable zelo: si se trata de restituir à su antiguo fervor la disciplina regular, relajada en muchos Monasterios, de levantar

las ruinas de los Hospitales, entre las que parece que havia quedado sepultada la caridad de los fieles, de restituir el culto santo à su antiguo esplendor, de restablecer el frecuente uso de los Sacramentos, de alentar la tibieza de los justos, è de confundir la impiedad de los libertinos, à todo alcanza la actividad de Cayetano, y en todas partes se manifiesta, como instrumento de las misericordias de Dios: en nuestro Santo se vé, Señores, una generosa víctima, que por su gloria se entrega à las persecuciones, y à la muerte.

Ministros del Señor, vosotros cultivais una tierra ingrata: al mismo tiempo que procurais limpiarla con vuestros cuidados, y fatigas, os ensangrienta con sus espinas: el mundo que no respetó al Unigenito del Eterno Padre, ¿respetará acaso à sus Ministros? Cayetano, como otro Jeremías, experimentó estos malos tratamientos del mundo; podia contar, como aquel Profeta, el numero de sus persecuciones por el de los dias de su vida, y por sus enemigos declarados à todos los que lo eran de la virtud, y de la fé; pero todavía son estas pocas pruebas de su valor invencible: en donde mas admirareis su constancia, es en las desgracias que sufrió la Iglesia en el saco de Roma.

¡Oh terribles juicios de nuestro Dios, y Señor! parece que en su indignacion havia abandonado su Esposa al furor de las Naciones: ¿pero qué digo de las Naciones? Los mismos hijos de Sion se havian conjurado contra su Madre, y despedazaban el seno que los havia dado la vida: el enemigo se hallaba à las puertas de nuestra verdadera Jerusalem, y

admirados los Reyes de la tierra apenas podian creerlo: *Non crediderunt Reges terræ, quoniam ingrederetur hostis per portas Jerusalem.* La Ciudad Santa se vió hecha presa de su furor, la sangre corria en arroyos al rededor de sus murallas; el ungido del Señor se vé despreciado; el pudor de las Virgenes no estaba seguro en los mas santos asilos; y los Sacerdotes queriendo defender los Altares, quedaban convertidos en víctimas de su zelo: ¿hasta quando, ó Dios mio, ha de consumir à vuestro Pueblo el fuego de vuestra indignacion? ¿Usquequo Domine? ¿no han de poner límites vuestras misericordias à vuestras venganzas?

No, Católicos; la justicia del Señor, irritada por los pecados de su Pueblo pedia una víctima, que desarmase su indignacion: Cayetano se ofrece como tal, y el Señor la acepta: mirad, ó gran Dios, à vuestro Siervo entre los que mueren, y agonizan, en medio de las llamas que abrasan la Ciudad Santa, desafiando à los peligros, y despreciando el furor de los Soldados: acude à todas partes à donde le llama la imagen de la muerte: la avaricia, y la crueldad inventan contra Cayetano los mas barbaros tormentos: le ponen tendido entre dos tablonnes, los que aprietan con tanta fuerza, que à no cuidar el Señor extraordinariamente de su vida, la hubiera perdido en este nuevo genero de martyrio: cansados de atormentarle los primeros verdugos, ceden à su constancia, pero los suceden otros de nuevo: le arrancan del pie del Altar, en donde estaba ofreciendo à Dios sus ultimos suspiros, y le precipitan, en compañía de sus amados hijos, en un obs-

cuero calabozo: ¡oh, constancia maravillosa de los Santos! aquel lugar de horror se muda en un Santuario: aquel obscuro calabozo resuena con el cántico de los Psalmos, y se practican en él los santos ejercicios de la Religion con el mismo orden, y fervor, que si gozaran de una paz tranquila: oid, ó Dios mio, los votos de Cayetano: solamente os pide, que dirijais contra él los golpes de vuestra venganza: ¿es posible, Señor, que no os haveis de mover à vista de sus lágrimas, y oraciones?

Sí, Católicos; el Cielo oye los ruegos de Cayetano: cesa la persecucion, se retira el enemigo, y la Italia empieza à respirar; mas para que quedase enteramente aplacada la divina venganza, era necesaria la absoluta destruccion de la víctima; ya bastará para consumirla, el ardiente fuego que la abrasa: rompióse el dique, que se havia empezado à levantar contra las inundaciones de la irreligion: la interrupcion del Santo Concilio de Trento sepultaba à la Iglesia en nuevos males, y desvanecia sus bien fundadas esperanzas: el fuego de la discordia se bolvia à encender con mas actividad que antes, amenazando reducir à una de las mas florecientes Provincias de Italia à un monton de cenizas.

A vista de estas desgracias, no cesaba Cayetano de hacer resonar en el Santuario sus acentos, mezclados con sus suspiros: Señor, exclamaba continuamente en los éxtasis de su alma, Señor, acordaos de vuestras antiguas misericordias; salvadnos, Señor, por vuestra propia gloria; acordaos de vuestro santo nombre, el que tantas veces ha sido invocado sobre vuestro Pueblo: finalmente, no pudiendo resistir à

la idea de los males, que amenazaban à la Iglesia, ni al dolor que le ocasionaban los ultrages, que veía cometer contra su Dios, se rinde, y pide la muerte por ultimo favor, no pudiendo, à imitacion del Grande Augustino, sobrevivir à los desastres de su Pueblo: el fuego de la caridad aviva en las venas de Cayetano el incendio, que ha de consumir esta victima; pero no pasemos mas adelante, Señores: hasta ahora habeis admirado en Cayetano el hombre de Dios; resta todavia vér, como el Señor se manifestó siempre el Dios de Cayetano, que es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

EL Señor es fiel en sus promesas, y nos dá por prenda infalible de ellas su Omnipotencia, y su misericordia: esta prenda fue siempre el fundamento de la confianza de los Santos, la que nunca se halló confundida, y el mismo Dios se precia de justificarla, manifestandose siempre mas magnifico, con los que menos limites ponen à su confianza en él.

De esta verdad nace, Catolicos, la serie casi infinita de prodigios, que os he de referir: si Cayetano, por su singular desprecio de todas las cosas de la tierra, se manifestó verdaderamente hombre de Dios, el Señor, por medio de los mas extraordinarios prodigios, se manifestó el Dios de Cayetano: los prodigios de la providencia justificaron su confianza; los prodigios de la divina misericordia le consolaron en sus trabajos; y los prodigios de la divina magnificencia coronaron su sacrificio.

¿Qué

¿Qué otro nombre podremos dár, que el de prodigios de la providencia, à aquellos felices lances que parece se presentaban en el tiempo mas critico, y oportuno, para manifestar al mundo el estado, à que el espíritu de Dios havia reducido à su Siervo? Estas felices circunstancias le hacian ser mirado, como dice David, hablando de sí mismo, como un hombre singular, y extraordinario: *Tanquam prodigium factus*; y declaraban al mundo, que vos, ò Dios mio, sois un defensor poderoso: *Et tu adjutor fortis*.

En los primeros siglos del Christianismo se vieron poblados los desiertos con una multitud de Santos Anacoretas, desprendidos absolutamente de todos los bienes de la tierra, pero à lo menos se reservaron el trabajo de sus manos para ganar el sustento.

Despues se manifestaron en el mismo centro de la Sociedad aquellos varones heroycos, que olvidandose de todo, se olvidaban tambien en algun modo de sí mismos, por cuidar de la salud de sus proximos; pero creyeron, que para poderse dedicar mas libremente à este noble ministerio, debian estar libres de todos los cuidados, que puede ocasionar la necesidad: otros pasaron mas adelante, pues desprendidos de todos los bienes de la tierra, y haciendo profesion de una muy estrecha pobreza, acudian à remediar las necesidades de sus proximos, sin reservarse para sí otro derecho, mas que el mover la compasion de los fieles con la relacion de sus miserias.

¿Os parece, Catolicos, que podia llegar à mas

al-

¿atto punto la perfeccion de la pobreza? Pues sabed, que Cayetano estaba destinado por el Cielo, para dár al mundo un exemplar de pobreza, unico, è ignorado desde el tiempo de los Apostoles: Cayetano no solamente se despojó de todos los bienes terrenos, sino que quiso tambien privarse de todos los medios para subsistir, que no dimanasen inmediatamente de la providencia: este proyecto necesariamente havia de admirar à la prudencia humana: *Tanquam prodigium factus sum.* Cayetano solamente le consulta con su Dios, y con tal Consejero es preciso, que venza todas las dificultades: en aquel siglo infeliz se havian introducido en el Santuario el interes, y la codicia; la Heregia se hallaba triunfante, pero Cayetano vengará el interes de la causa de Dios con el exemplo del mas heroyco, y perfecto desinterés: amigos carnales, protectores timidos, todas vuestras persuasiones, fundadas en la prudencia humana, serán inutiles, vuestras ofertas le importunan, y vuestras liberalidades le molestan: si los hombres abandonan à Cayetano, Dios nunca le abandonará: si para llevar adelante su proyecto, huviere necesidad de milagros, el Dios de Cayetano es el dueño Soberano de la naturaleza: *Et tu adjutor fortis.*

Por otra parte, querer unir el silencio de los Solitarios mas retirados del mundo con los cuidados de la vida activa, las fatigas del ministerio Apostolico con las de la vida Monastica mas severa, el servicio de los Altares con el de los pobres, ¿no era esto querer en algun modo multiplicar al hombre, y reunir unos empleos incompatibles, los que los

mismos Apostoles tuvieron por conveniente separar? ¿un Fundador que propone semejantes Leyes, hallará discipulos que le sigan? *Tanquam prodigium factus sum.*

Pero cuándo se vió repentinamente, que los varones mas famosos de Italia le pedian, que los admitiese baxo su obediencia, quando se vió à un célebre Prelado, à quien sus raros talentos havian grangeado la confianza de casi todos los Monarchas de Europa, que havia sabido hasta entonces en las mas dificiles negociaciones, hacerse igualmente amable de los opuestos partidos que intentaba conciliar, quando se vió à un Carrafa, cuyo nombre os representa, Señores, uno de los mas célebres Pontifices que han gobernado la Iglesia, quando se vió, que este grande hombre ofrecia à Cayetano su autoridad, su fortuna, y su misma persona; que renunciaba las mas eminentes dignidades, y las mas lisongeras esperanzas, por dedicarse à estudiar en la escuela de Cayetano las mas sublimes virtudes, las que fueron causa de que despues, aunque muy contra su voluntad, fuese arrebatado de entre los brazos de su Maestro, para ser colocado en la Silla de San Pedro, entonces conoció el mundo admirado, que nunca es vana la esperanza, de los que confian en el Señor: *Et tu adjutor fortis.*

No obstante la autoridad de semejante Discipulo no pudo impedir que el nuevo Instituto padeciese terribles oposiciones: pocas veces sucede, Catolicos, que la obra de Dios llegue à perfeccionarse por medios humanos: la prudencia humana, siempre tímida, segun la expresion del Sabio, no

podia acomodarse à este pensamiento: del mismo modo que los Discipulos de Jesu-Christo, se escandalizaron de la incomprehensibilidad de su Doctrina, y de la austeridad de su moral, algunos Discipulos de Cayetano, que en el principio se manifestaron muy fervorosos, desconfiaron muy presto de poder llegar à aquel grado de perfeccion que los proponia este nuevo Maestro: la misma Corte de Roma no se atrevia à autorizar un plan de vida, que nadie juzgaba practicable: *Tamquam prodigium factus sum.*

Todas las circunstancias anunciaban la ruina de este nuevo plan, que apenas havia acabado de idearse; y consistió, Catolicos, en que el Señor queria reservarse para sí solo la gloria de su execucion: quando menos se pensaba, manifestó visiblemente que tiene en sus manos los corazones de los hombres, y que dirige con muy especial Providencia à los Gefes de su Iglesia: una confirmacion autentica, y solemne puso à Cayetano en libertad, para desembarazarse de las preocupaciones del mundo: la gracia concedió una feliz fecundidad à este nuevo Patriarca; cada dia se aumenta el numero de sus hijos, y los gloriosos sucesos de un proyecto tan quimérico à los ojos del mundo, confunden à los cobardes recelos de la humana prudencia: *Et tu adiutor fortis.*

No obstante todas estas felicidades, vió Cayetano muchas veces à su nueva Congregacion à pique de quedar ahogada en su cuna; ya por las desgracias de los tiempos, ò ya por los rigores de la necesidad; el saco de Roma, la peste de Venecia,

las

las inundaciones del Tiber, y las sediciones de Napoles, fueron otras tantas boerascas que amenazaron derribar à este nuevo edificio, todavia no bien asegurado.

¡O Dios mio! ¿quién detendrá las espadas que amenazan à las cabezas de estos hombres, que à nada aspiran mas que à morir por vuestra gloria, si Vos no cegais à sus enemigos, como lo hicisteis en otro tiempo à favor de vuestro Siervo Eliseo? ¿quién alimentará à estos pobres mudos, y faltos de todo socorro, si Vos no enviais Cuervos como à Elías, para que los lleven el sustento? ¿quién sacará à estos nuevos Apostoles del obscuro calabozo en donde están presos, si no les enviais vuestro Angel como à San Pedro, para que rompa sus cadenas?

La Providencia, Catolicos, admirable en todos sus medios, no siempre acude al socorro de sus escogidos con un ruidoso aparato, y haciendo ostentacion de su poder: muchas veces los favorece por unos medios sencillos, y comunes, aunque no por eso son menos milagrosos.

¿Es pequeño milagro, ver à un hombre desconocido, en medio de la funesta confusion del saco de Roma, seguir à los Soldados por las calles, recogiendo los comestibles que se les caían, ò arrojaban por inútiles para llevarlos al Siervo de Dios?

¿Es pequeño milagro ver à un Oficial de la Tropa compadecido del espectáculo de su prision, empeñarse en su libertad, hasta llegar à amenazar al que los tenia presos, si inmediatamente no se los entregaba?

¿Es pequeño milagro ver à estos Siervos del Señor,

Tom. IV.

Ff

ñor,

podia acomodarse à este pensamiento: del mismo modo que los Discipulos de Jesu-Christo, se escandalizaron de la incomprehensibilidad de su Doctrina, y de la austeridad de su moral, algunos Discipulos de Cayetano, que en el principio se manifestaron muy fervorosos, desconfiaron muy presto de poder llegar à aquel grado de perfeccion que los proponia este nuevo Maestro: la misma Corte de Roma no se atrevia à autorizar un plan de vida, que nadie juzgaba practicable: *Tamquam prodigium factus sum.*

Todas las circunstancias anunciaban la ruina de este nuevo plan, que apenas havia acabado de idearse; y consistió, Catolicos, en que el Señor queria reservarse para sí solo la gloria de su execucion: quando menos se pensaba, manifestó visiblemente que tiene en sus manos los corazones de los hombres, y que dirige con muy especial Providencia à los Gefes de su Iglesia: una confirmacion autentica, y solemne puso à Cayetano en libertad, para desembarazarse de las preocupaciones del mundo: la gracia concedió una feliz fecundidad à este nuevo Patriarca; cada dia se aumenta el numero de sus hijos, y los gloriosos sucesos de un proyecto tan quimérico à los ojos del mundo, confunden à los cobardes recelos de la humana prudencia: *Et tu adiutor fortis.*

No obstante todas estas felicidades, vió Cayetano muchas veces à su nueva Congregacion à pié que de quedar ahogada en su cuna; ya por las desgracias de los tiempos, ó ya por los rigores de la necesidad; el saco de Roma, la peste de Venecia, las

las inundaciones del Tiber, y las sediciones de Napoles, fueron otras tantas borrascas que amenazaron derribar à este nuevo edificio, todavia no bien asegurado.

¿O Dios mio! ¿quién detendrá las espadas que amenazan à las cabezas de estos hombres, que à nada aspiran mas que à morir por vuestra gloria, si Vos no cegais à sus enemigos, como lo hicisteis en otro tiempo à favor de vuestro Siervo Eliseo? ¿quién alimentará à estos pobres mudos, y faltos de todo socorro, si Vos no enviáis Cuervos como à Elías, para que los lleven el sustento? ¿quién sacará à estos nuevos Apostoles del obscuro calabozo en donde están presos, si no les enviáis vuestro Angel como à San Pedro, para que rompa sus cadenas?

La Providencia, Catolicos, admirable en todos sus medios, no siempre acude al socorro de sus escogidos con un ruidoso aparato, y haciendo ostentacion de su poder: muchas veces los favorece por unos medios sencillos, y comunes, aunque no por eso son menos milagrosos.

¿Es pequeño milagro, ver à un hombre desconocido, en medio de la funesta confusion del saco de Roma, seguir à los Soldados por las calles, recogiendo los comestibles que se les caían, ó arrojaban por inútiles para llevarlos al Siervo de Dios?

¿Es pequeño milagro ver à un Oficial de la Tropa compadecido del espectáculo de su prision, empeñarse en su libertad, hasta llegar à amenazar al que los tenia presos, si inmediatamente no se los entregaba?

¿Es pequeño milagro ver à estos Siervos del Señor,

ñor, que embarcados en el Tiber, huyendo de las desgracias de Roma, se hallan repentinamente acometidos en su embarcacion por un enemigo, que con la espada en la mano respira venganzas, y que al verlos se le caen repentinamente las armas de las manos, y se muda en su Protector, y Padre?

Finalmente, ¿es pequeño milagro, que hallándose sin saber à donde dirigir sus pasos, sin credito, sin esperanzas, y sin mas caudal que sus Breviarios, les llame la Ciudad de Venecia, ofreciendoles en su propia Patria un muy honrado asilo? Pero qué es lo que veo, Catolicos! apenas entra nuestro Santo con su corta Familia en Venecia, quando aquella Ciudad tan floreciente, se convierte en un teatro de miserias: la peste, de comun acuerdo con el hambre, reducen muy presto à los mas ricos à la imposibilidad de socorrer tantas desgracias: Cayetano, que se halla el mas pobre de todos, se encarga de cuidar de la subsistencia de todos los pobres: y si me preguntais, Señores, cómo pudo salir de este empeño, os respondo, que por medio de uno de los mayores milagros de la Providencia, el que hizo que Cayetano fuese admirado en toda Italia como un prodigio: *Tanquam prodigium factus*: pero un prodigio, que manifestaba claramente el poder de Dios, en quien Cayetano ponía su confianza: *Et tu adjutor fortis.*

De este modo justificaba el Señor la confianza que nuestro Santo manifestaba en los peligros, con los prodigios de su Providencia, pero no le consolaba menos en sus trabajos con los milagros de su misericordia.

Unas

Unas veces consolaba à su alma en medio de las austeridades de la vida mas penitente, con las mas abundantes bendiciones de su gracia; otras la llenaba de inexplicable alegría al ver la repentina, y milagrosa reforma, que ayudado del ministerio de sus hijos introducía en las costumbres. ¡Oh Señor! ¡Qué suave es vuestro espíritu para los que os sirven! No hay caliz, por amargo que sea, que no se le convirtáis en una muy deliciosa bebida: Cayetano, destinado como Nehemias à reedificar el Templo, ò como Judas à purificarle, podia entrar con la Esposa de los Cantares en las Bodegas de su Esposo, y embriagarse en ellas con aquel suave licor, que deja al alma insensible à todas las cosas de la tierra.

Es verdad, que nuestro Santo se dedicó principalmente al culto exterior, à la observancia de las ceremonias de la Religion, à adornar las Iglesias, y à cantar con orden, y decencia las divinas alabanzas, pero todos estos actos exteriores de Religion, estaban animados de aquel espíritu interior, que es el alma del Christianismo.

Animado de este espíritu, asistía à los Divinos Oficios: inmediatamente que invocaba al Espíritu Santo, parecia que su alma abandonaba su cuerpo; arrebatado en suaves éxtasis, veía, si es licito decirlo así, cara à cara, à aquel Señor, cuyas grandezas celebraba su boca, y cada una de sus palabras era un nuevo dardo de fuego que inflamaba su corazón.

Lleno de este mismo espíritu, llegaba todos los dias à la Sagrada Mesa: ¡qué no pueda yo, Catolicos, manifestaros lo que pasaba entonces en su alma!

Ee 2

ma!

ma! ¡pero qué mucho que yo no acierte à referirlo, si el mismo Santo no podia explicarlo! este espiritu le guiaba à aquellas fervorosas oraciones, y à aquel trato, en que desprendida el alma de los sentidos, se familiariza con su Dios; pasando muchas veces en estos inexplicables éxtasis ocho horas continuas.

Salía de ellos, como dice el Chrysostomo, hablando de San Pablo, lleno de Jesu-Christo, transformado en Jesu-Christo, y deseando padecer, y morir por Jesu-Christo; pero con todo eso, lloraba contemplandose como un siervo muy inutil; acusaba à su corazon de ingratitude, y tibieza para con su Dios; pero quanto mas se humillaba, mas infables consuelos derramaba el Señor sobre su alma santa.

Ved aquí, Catolicos, un nuevo genero de combate, entre Dios, y Cayetano, combate muy diferente del de Jacob con el Angel: en esta lucha intenta nuestro Santo retener para sí à un Dios crucificado, el que solamente se le quiere manifestar como Dios de misericordias, y consuelos: en uno de aquellos raptos, que solamente se conceden à las almas abrasadas en el Divino Amor, el Dios de Magestad se aparece à Cayetano en figura de un tierno niño, llenandole de favores, y finezas: ò Santo mio, ¿cómo se hallaba vuestra alma quando teniais en vuestros brazos, y apretabais contra vuestro pecho al deseado de vuestro corazon? ¿Qué trabajo podria costaros el despojaros de todos los bienes de la tierra, y el padecer los mayores tormentos por un Dios que se os comunica con tanta fineza?

Aunque estos favores son pasajeros, las impresio-

sio-

siones que hacen en el corazon, siempre duran: Cayetano llegó una vez à poseer à su Dios, pues nunca se desprenderá de este tesoro: *Tenui, nec dimittam*, aunque se aparte de sus brazos, siempre estará en su corazon, y en su alma: ya nada me admira de quanto hace por su Señor un siervo tan favorecido, ni tampoco el que un instrumento tan intimamente unido al Soberano Artifice, perfeccione todas las obras que emprende.

Reparad, Señores, en todas las acciones que emprendió Cayetano para gloria de su Dios, y salud de sus proximos; todas quedaron señaladas con el sello de las misericordias del Altisimo; me parece estar oyendo aquí al Profeta, que leyendo en el libro de los siglos futuros, vé en ellos congregarse à todos los pueblos, bajo las vanderas del Mesías triunfante: me regocijarè, exclama, en mi Dios, que es toda mi fortaleza, y que me llevará en su compañía, cantando siempre canticos de accion de gracias: *Deducet me Victor in Psalmis canentem.*

La Italia cantó muchas veces, Catolicos, estos canticos à la gloria de su nuevo Apostol, particularmente quando le debió la conservacion de la antigua Doctrina: Napoles se veía amenazada del veneno del error; tres hombres, por desgracia de la Religion, llenos de la ciencia que hincha, havian dividido entre sí el funesto cuidado de corromperla: ya empezaban à conseguirlo, y hubieran perfeccionado su intento, si Cayetano no hubiera descubierto la raiz del mal, y si no hubiera detenido sus fatales progresos: estos impostores huyen luego que son conocidos; el zelo de Cayetano los persigue de

Ciu-

Ciudad en Ciudad, hasta dejar libre à toda Italia de su infeccion: el Señor, que es toda su fortaleza, le hace triunfar igualmente de sus atrevidos esfuerzos, y de sus sofisticas astucias: *Dominus fortitudo mea deducet me victor in Psalmis canentem.*

No quiero decir, que estas victorias no costasen combates à nuestro Heroe, antes bien, como ya he dicho, le costaron mucha sangre, y por ultimo la vida: pero se tenía por dichoso en medio de los suplicios, al ver que su sangre no se derramaba en vano: y si Cayetano se ofrece víctima por la gloria de su Dios, el Señor se manifiesta Dios de Cayetano, aceptando su sacrificio, y aplacandose con su sangre.

En otro tiempo, el ilustre vencedor de los Philisteos, ofreciendose él mismo à la muerte por vengar, y reparar la gloria de Israel, *Moriatur anima mea cum Philistim*, mereció por su generoso sacrificio ser oído de su Dios, y como advierte la Escritura, hizo mas con su muerte, que quanto havia hecho en su vida; puso en libertad à Israel, y le libró del yugo de los Philisteos: *Multo plures interfecit moriens, quam ante vivus occiderat*: Cayetano no teniendo prevaricaciones que expiar en sí mismo, presentó à Dios una ofrenda mucho mas pura: el golpe que privó al mundo de Cayetano, parece fue el golpe mortal que derribó à la Heregía, y la discordia, è hizo triunfar la paz, y la religion: *Multo plures interfecit moriens, quam ante vivus occiderat.*

Toda Italia, Catolicos, confiesa à una voz esta verdad: todavia duran los testimonios del público
agra-

agradecimiento, y hoy mismo, si fueseis transportados en espiritu à la Ciudad de Napoles, veriais al Magistrado à la frente del pueblo, adornando sus imagenes con flores, cargando de votos su sepulcro, y tributandole respetos, en memoria de la paz que con su muerte alcanzó del Cielo para sus mayores.

Esta paz no fue mas que el primer prodigio de magnificencia, con que Dios quiso coronar su víctima; despues hizo el Señor que su nombre fuese terror, y espanto de la muerte, y del Infierno, delicias de los hombres, y motivo de veneracion para todos los pueblos.

El Señor manifestó con mas especialidad estos prodigios, despues que la caridad sacrificó esta víctima: su sepulcro::: ¿Pero qué nombre es este Catolicos? el sepulcro es el fatal termino de todas las grandezas del mundo; en él desaparecen los Heroes, los Principes, y los Monarcas, pero los Santos empiezan à manifestar en él su resplandor, y su gloria: el sepulcro de los Grandes es trofeo de la muerte, el de los Santos es su escollo: el sepulcro de Cayetano, se vió repentinamente convertido, como el de Eliseo, en fuente de salud, y vida: al redor de él se ven colgados los simbolos de los innumerables prodigios que Dios obra por su intercesion, y las prendas de la tierna devocion que le profesan todos los pueblos.

El Dios de Cayetano corona los meritos de este Santo Patriarca, con la gloria de sus hijos; y para recompensar à su Siervo, mantiene con especial Providencia, una obra que es propia suya: así como
mo

mo en otro tiempo, quantos favores recibia Israel del Cielo, se le concedian en atencion al merito de su Padre Abraham, del mismo modo toda la gloria de los hijos de Cayetano, es propia de su Santo Padre; y quantos despojos han alcanzado, y alcancen en adelante del mundo, y del Infierno, deben servir de trofeo à su sepulcro.

De este modo honra, Señores, nuestro Dios la sencillez del Justo: el Justo pone en manos de su Dios todos sus cuidados, y la Providencia de Dios, atenta siempre à sus necesidades, y deseos, no permite que se frustre su esperanza: el Justo se entrega absolutamente à su Dios para ser un instrumento puesto en sus manos; y este Señor misericordioso, al mismo tiempo que le aplica à los mas asperos trabajos, le llena de consuelos: el Justo, finalmente, se entrega con heroyco valor, como victima por la gloria de su Dios; y la magnificencia de Dios, aceptando su holocausto, le corona de gloria en el mismo Altar en que se sacrifica, manifestandose de un modo muy extraordinario Dios de aquellos que ponen solamente en él su confianza: *Custodies pactum meum, ut sim Deus tuus.*

Me direis acaso, Catolicos, que todas estas heroycas acciones, que os he referido, son milagros; es indubitable, pero son unos milagros que el Señor está siempre dispuesto à renovar en todos tiempos, y para con todos los hombres, si éstos cumplen las condiciones à que están vinculados: son milagros, pero unos milagros que nos deben determinar à poner en Dios toda nuestra confianza, y à declararnos sus adoradores, sus hijos, y criaturas: *Custodies*
pac-

pactum meum; para que el Señor se declarase, nuestro Dios como lo hizo con Abraham, y Cayetano: *Ut sim Deus tuus*: de este modo tendremos por recompensa de nuestra confianza la feliz inmortalidad: *Ad quam &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SAN LORENZO.

Æstimati sumus sicut oves occisionis, sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos. Ad Rom. cap. 8.

Nos miran como à ovejas destinadas à la muerte; pero en todas estas persecuciones, quedamos victoriosos por medio de aquel Señor que nos ha amado.

ESTE, Catolicos, era el estado de la Iglesia, y la suerte de los primeros fieles; si los Discipulos de Jesu-Christo hubieran lisongeadó à las pasiones humanas, su Ministerio hubiera sido pacifico, porque su doctrina no las incomodaria: el mundo da nombre de prudente al que justifica sus desordenes; el que se conforma con sus ideas, vive seguro de agradarle; pero como los Christianos se declaraban enemigos del error, y del vicio, como el mundo se veía condenado en sus maximas, y confundido con su exemplo, no podian seguir en la publicacion del Evangelio, sin exponerse à sus
Tem. IV. Gg per-

mo en otro tiempo, quantos favores recibia Israel del Cielo, se le concedian en atencion al merito de su Padre Abraham, del mismo modo toda la gloria de los hijos de Cayetano, es propia de su Santo Padre; y quantos despojos han alcanzado, y alcancen en adelante del mundo, y del Infierno, deben servir de trofeo à su sepulcro.

De este modo honra, Señores, nuestro Dios la sencillez del Justo: el Justo pone en manos de su Dios todos sus cuidados, y la Providencia de Dios, atenta siempre à sus necesidades, y deseos, no permite que se frustre su esperanza: el Justo se entrega absolutamente à su Dios para ser un instrumento puesto en sus manos; y este Señor misericordioso, al mismo tiempo que le aplica à los mas asperos trabajos, le llena de consuelos: el Justo, finalmente, se entrega con heroyco valor, como victima por la gloria de su Dios; y la magnificencia de Dios, aceptando su holocausto, le corona de gloria en el mismo Altar en que se sacrifica, manifestandose de un modo muy extraordinario Dios de aquellos que ponen solamente en él su confianza: *Custodies pactum meum, ut sim Deus tuus.*

Me direis acaso, Catolicos, que todas estas heroycas acciones, que os he referido, son milagros; es indubitable, pero son unos milagros que el Señor está siempre dispuesto à renovar en todos tiempos, y para con todos los hombres, si éstos cumplen las condiciones à que están vinculados: son milagros, pero unos milagros que nos deben determinar à poner en Dios toda nuestra confianza, y à declararnos sus adoradores, sus hijos, y criaturas: *Custodies*

pac-

pactum meum; para que el Señor se declarase, nuestro Dios como lo hizo con Abraham, y Cayetano: *Ut sim Deus tuus*: de este modo tendremos por recompensa de nuestra confianza la feliz inmortalidad: *Ad quam &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SAN LORENZO.

Æstimati sumus sicut oves occisionis, sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos. Ad Rom. cap. 8.

Nos miran como à ovejas destinadas à la muerte; pero en todas estas persecuciones, quedamos victoriosos por medio de aquel Señor que nos ha amado.

ESTE, Catolicos, era el estado de la Iglesia, y la suerte de los primeros fieles; si los Discipulos de Jesu-Christo huvieran lisongeadò à las pasiones humanas, su Ministerio huviera sido pacifico, porque su doctrina no las incomodaria: el mundo da nombre de prudente al que justifica sus desordenes; el que se conforma con sus ideas, vive seguro de agradarle; pero como los Christianos se declaraban enemigos del error, y del vicio, como el mundo se veía condenado en sus maximas, y confundido con su exemplo, no podian seguir en la publicacion del Evangelio, sin exponerse à sus

Tem. IV. Gg per-

persecuciones : su misma inocencia los hacia odiosos à los Pueblos , y sospechosos à los Principes : su nombre solamente era suficiente titulo para que fuesen condenados : *Æstimati sumus sicut oves occisionis.*

Qué estado este tan triste en la apariencia , pues vemos en él la verdad desterrada , y la inocencia oprimida : pero estas apariencias eran muy engañosas , porque en medio de tantos horrores , y tribulaciones se levanta el triunfo de la Cruz : ¡pero qué espectáculo se presenta aquí à mi vista , Catolicos! estoy viendo un infinito numero de generosos Athletas , à quienes la gracia de Jesu-Christo saca victoriosos de la corrupcion de los pueblos , de la falsa sabiduria de los Filósofos , y de la cruel prudencia de los tiranos : veo à estos nuevos Israelitas multiplicarse à pesar de la opresion de los embidiosos Egypcios ; veo la sangre de los Martyres , convertida en preciosa semilla de Christianos , y establecerse la Iglesia por los mismos medios , que parece debieran arruinarla : veo arruinada la humana politica , confundida la impiedad , y al mundo vencido , y santificado à un mismo tiempo : en vez de asombrarme el exceso de la malicia de los hombres , à la que anima el Demonio para que arruine la fidelidad de los Martyres , admiro la fidelidad de los Martyres , la que Dios anima para que confunda la malicia de los hombres : *Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos.*

D Todos los Martyres , en general , dieron testimonio de la santidad , y verdad de la Religion Christiana ; de su santidad , con la pureza de sus costumbres,

bres , la que les hacia objeto del odio de los hombres : *Æstimati sumus sicut oves occisionis* , y de su verdad , con el rigor de sus trabajos , que eran la materia de sus triunfos : *Sed in his omnibus superamus* : como víctimas , y defensores de la Fé , y testigos de Dios en la tierra , manifestaban con sus severas maximas la Santidad de Jesu-Christo , y con la felicidad de sus combates , su Omnipotencia.

Pero entre todos los Sagrados Heroes que pelearon contra el furor del Paganismo , me atrevo à decir , que no hubo testimonio mas famoso que el que en la Antigua Roma dió el famoso San Lorenzo , aquel ilustre Diacono , cuyo triunfo celebramos en este dia : en aquella soberbia Ciudad , enemiga en otro tiempo de los Profetas , y bañada en la sangre de los Martyres , manifestó en su persona nuestro Santo Levita toda la perfeccion del Christianismo , y toda la fuerza de la verdad , irreprehensible en sus costumbres , fiel en el Sagrado Ministerio , despreciado de todos los bienes de la tierra , compasivo con los pobres , amante de sus proximos , y despreciador de sí mismo , era modelo de todos los Christianos , y enemigo declarado de los infieles ; fue mirado de todos como una oveja destinada à la muerte , y como una víctima destinada al sacrificio : animado del deseo de padecer martyrio , santamente valeroso , y tranquilo en medio de los mas crueles tormentos , adquiere con el extraordinario genero de suplicio que padece ; y con los frutos de su muerte , la gloria de haver sido uno de los mas ilustres vencedores de la impiedad : *Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos.* Nuestro

tro Glorioso Santo representó toda la santidad de la Religion Christiana con el exemplo de sus virtudes, las que le expusieron à la persecucion, y sirvió de prueba à la verdad de la Religion, con la firmeza de su fé, quedando victorioso de sus perseguidores: estas dos proposiciones serán el asunto de este discurso.

O vosotros, juvenes, y piadosos Levitas; que criados como Samuel dentro del recinto del Templo, bajo la direccion de un digno Pastor, (*) me mandais hoy emplear mi voz en pagar el justo tributo de alabanzas, que debéis à un Santo à quien honrais como à singular Patron, y al que haveis elegido por modelo de vuestras costumbres, ayudadme à pedir al Divino Espiritu las luces necesarias para proponeros los exemplos de Lorenzo, de un modo, que sirva de edificacion à vuestra piedad, y aliente la fé de este gran pueblo, que os mira como su consuelo, y esperanza: para alcanzar esta gracia, pongamos por intercesora à Maria, saludandola con el Angel. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

EL principal distintivo de la Religion Christiana, es guiar al hombre à lo sumo de la santidad; esto la distingue de las otras Religiones, que eran impuras, como la de los Paganos, ò imperfectas como la de los Judios: los Paganos, como no

(*) Se predicó este Sermon en la Parroquia de Santiago, de cuyo Cabildo Eclesiastico es Patron San Lorenzo.

tenian mas guia que una razon ciega, casi todos estaban sepultados en unos vicios barbaros, y solo tenian algunas falsas virtudes: los Judios, aunque tenian por regla una ley santa, regularmente no se proponian mas que una virtud comun: pero el Christianismo es tan puro, que no solamente aparta de sí el mal, sino tambien la mas leve sombra de culpa, y guia al hombre à la práctica del bien mas excelente.

Para mejor conocer esta verdad, advertid, Catolicos, en que segun el Apostol, todos tenemos dentro de nosotros mismos tres infelices principios, de donde nacen todos nuestros delitos, y son la sensualidad, la codicia, y la soberbia: à estos tres vicios opone nuestra Santa Religion tres virtudes, las que son como principio de todas las demás: à la sensualidad opone la pureza, que mortifica nuestros sentidos; à la codicia, la caridad, que atregla nuestros afectos; à la soberbia, la humildad, que nos abate: estas tres virtudes son como el origen de toda la santidad del Christianismo.

Estas tres virtudes fueron el distintivo del Santo Levita à quien hoy veneramos: su corazon estuvo siempre consagrado à su Dios; y absolutamente desprendido de las criaturas; cada dia iba creciendo en sabiduria, renunció todas las esperanzas que le li-songeaban en el mundo, despreció los vanos, y peligrosos atractivos de la juventud, y en la inocencia de su tierna edad, manifestó que la gracia le havia elevado sobre todos los afectos del siglo: fiel como Abraham à la voz del Cielo, que le mandaba salir de España su patria, para ir à Roma, en donde Dios

dis-

disponia que sirviese de espectáculo à todo el universo, tuvo el mismo valor que aquel Santo Patriarca, para desprenderse del justo amor que tenia à sus parientes, y para privarse del que éstos le profesaban: tuvo valor, buelvo à repetir, para desprenderse de entre los brazos de un padre, y de una madre, que merecieron ser colocados en el numero de los Bienaventurados, que le miraban como à objeto de toda su complacencia, porque era perfecto imitador de sus virtudes, y que lejos de perjudicarle con su autoridad, podian serle muy utiles con su exemplo, porque su casa era un Santuario, en donde se adoraba, y servia à Dios en espíritu, y verdad.

O glorioso Santo, ¿por qué abandonais unos padres tan dignos de ser amados? Es verdad, Señores, que los padres de Lorenzo eran Santos, pero eran hombres, y todos debemos abandonar à los hombres por seguir à Dios: esta es una separacion dolorosa, pero necesaria; es extraordinaria, pero perfecta, y tanto, que no hallo voces para ensalzar la fidelidad de nuestro Santo, y la conformidad de sus padres: porque me parece que no pueden hallarse circunstancias mas criticas, que aquellas en que es necesario desconfiar de las inclinaciones que inspira la naturaleza, y mas quando éstas están unidas con la piedad, y la virtud.

Pero la prueba mas autentica de la pureza de sus costumbres, y del cuidado que ponía en conservarla, es el ansia que manifestó Roma de incorporarle en el Clero mas illustre del mundo: no ignorais, Señores, la pureza que antiguamente pedía la Iglesia en sus Sagrados Ministros: no abría las puer-
tas

tas del Santuario, sino à los que por su inocencia se hallaban adornados con la vestidura blanca de su Bautismo. La misma penitencia inclusa en sí cierta especie de irregularidad, porque suponía haver antes pecado, y era la razon, porque como casi todos los que participaban de la gracia del Christianismo, eran Santos, era preciso, que los que huviesen de tener parte en el Sacerdocio Real de Jesu-Christo, fuesen perfectos, y estuviesen libres de toda mancha, para que fuesen conocidos, tanto por sus virtudes, como por su carácter: por eso, dice San Ambrosio, quiso Dios desde el principio, que sus Ministros compusiesen un cuerpo separado, dándoles à entender que no debían sufrir en sus personas cosa alguna que los confundiese con el vulgo, que un metodo de vida, que en nada se aventajase à la de los demás fieles, profanaría en algun modo su persona, que así como los vasos del Santuario están separados de los que sirven à otros usos, los Ministros del Altar deben estar separados de las costumbres de los demás fieles; y que serían peores que éstos, siempre que no fuesen mucho mejores, pues en este caso, serían notados de una infame ingratitude, por no corresponder à la excelencia de su vocacion: no, Catolicos, la Iglesia en sus primeros siglos, no tuvo el dolor de ver las piedras del Santuario esparcidas por las plazas públicas, ni à los Ministros del Altísimo, distraídos en los placeres del mundo, à los Angeles de Luz transformados en espíritus inmundos, el vino de las Virgenes derramado en el caliz de Babylonia, el trigo de los escogidos, repartido por una mano infame, ni al Cordero
sin

sin mancha entregado à la discrecion de un Asmodeo, y crucificado, por decirlo asi, en el seno de la sensualidad: por el contrario, tuvo el consuelo de ver à sus Ministros, esparciendo por todas partes el buen olor de las azucenas de la pureza, porque asi como la Ley solamente abria las puertas del Santuario à la inocencia, ésta era la que conservaba, y mantenia en él à los Ministros.

Pues si para ocupar en la Iglesia un puesto distinguido, era necesario, que el Ministro estuviese adornado de una pública inocencia, ¡qué pureza de costumbres, y qué eminente virtud no se pediria al que era elevado à la dignidad de primer Diacono! este era un ministerio que incluía unas obligaciones muy vastas, y pedia una muy delicada conciencia: à él correspondia, como à Samuel, manifestar los ungidos del Señor, presidir en la tremenda eleccion de los que havian de tener parte en el Santo Ministerio, y descubrir las manchas que pudieran hallarse en los Angeles del Señor; era centinela del Obispo para velar sobre la conducta de los Levitas, y debia estar dotado de todas aquellas prendas, que rara vez se hallan en un solo hombre. Debia ser, sabio, infatigable, justo, discreto, prudente en sus consejos, fiel en su testimonio, y tan exacto en sus procederes, como cuidadoso de la conducta de los que estaban à su cargo: en una palabra, estaba establecida esta dignidad para ayudar con su Ministerio al Pontifice, y para ser censor, y modelo de los que debian serlo de los simples fieles: qué difícil no es, Catolicos, el haver de desempeñar un Ministerio, en donde hay precision de ser perfecto entre los per-

perfectos, y de contener dentro de los limites de la disciplina, à aquellos cuyos defectos es preciso ocultar, honrando al mismo tiempo su caracter: si à éstos se les tolera, condescendiendo con sus flaquezas, se les pierde; y si se les castiga por satisfacer à la justicia, se les irrita: si el respeto debido à su caracter persuade el disímulo, es dar motivo à que se desprecie la autoridad; y si el zelo intenta corregirlos, parece que esto es faltar al respeto debido à su profesion.

A vista de estas dificultades podreis comprehender, Catolicos, cuál seria la santidad de Lorenzo: pero en donde mas resplandeció la integridad de sus costumbres, fue en la fidelidad con que desempeñó la obligacion en que se hallaba constituido por su Ministerio, de guardar los caudales de la Iglesia, y cuidar de la subsistencia de los pobres, y particularmente de la de las Virgenes, y Viudas.

Y à la verdad, ¡à qué peligros no se ve expuesto un joven Levita, quando por razon de su oficio está precisado à tratar con un sexo, en el que aun la misma virtud suele algunas veces tener muy sospechosos encantos! ¡Quánto es de temer que el trato frecuente, è indispensable perturbe la vigilancia, y haga menos exacta la modestia! pero no, Catolicos, nuestro Santo es superior à todos estos peligros: una prudente caridad regla sus visitas, una sabia circunspeccion gobierna su lengua, una mortificacion continua, reprime sus sentidos, una modestia angelica dirige todas sus acciones, y de este modo cierra todas las entradas de su corazon à los venenosos halitos del espiritu inmundo: se halla en medio

dio de las Esposas de Jesu-Christo, y de las Viudas de Israel, como un Angel de Luz, que disipa las impuras tinieblas: sabe mantener su inocencia, y su fama; aparta de sí todas las sospechas de pecado, y al mismo tiempo que libra de una fuerte tentacion à aquellas personas à quienes socorre en su miseria, asegura la castidad en sus proximos, sin exponer la suya.

Con esta santa vigilancia, y con una prudencia superior à su edad, exerció Lorenzo un Ministerio tan delicado, conservando la integridad de su persona, y el honor de su caracter: sabia que la caridad debe ser arreglada, y el zelo discreto; que el Evangelio nos manda ser tan prudentes como sencillos, que nunca son ociosas las mas escrupulosas diligencias para mantener puro nuestro corazon, y que entre todas las virtudes, ninguna pide mas cuidado para conservarse, que la castidad, porque ninguna otra está mas expuesta à la malicia de los juicios de los hombres, y à la experiencia de nuestra propia flaqueza.

La caridad de San Lorenzo, no conoce límites: si se presenta la ocasion de haver de socorrer à otros pobres mas que aquellos que estan à su cargo, sin detenerse en reflexiones, acude à su alivio, enseñandonos que la caridad, aquella gran virtud, que es como lo sumo de la perfeccion christiana, es tambien uno de los principales distintivos de su perfeccion.

El principal objeto de la caridad, Catolicos, es el mismo Dios, que es tambien el principio de donde dimana, y aun me atrevo à decir, que nuestro amor

amor al próximo, es la prueba mas segura de nuestro amor à Dios; porque la caridad, que no puede estar sin accion, nos induce necesariamente à socorrer por todos los medios posibles à nuestros proximos, y serian falsas nuestras expresiones de amor à Dios, si no nos empleamos al mismo tiempo en el alivio de los infelices. San Lorenzo no solamente manifestó la eficacia de su amor à Dios en el genero de muerte, que sufrió por su gloria, sino que nos dió las pruebas mas autenticas de este amor en todo el curso de su vida, por la compasion que manifestaba tener de los pobres, y por la generosidad con que los socorria.

Mirad, Señores, à nuestro Santo Diacono, como otro Tobias entre los Assirios, empleando el tiempo en obras de misericordia, y sus bienes en socorrer à los pobres; buscando à los infelices Israelitas en los lugares mas oscuros, que los servian, ò de velo para ocultar su miseria, ò de asilo contra la persecucion; aprovechandose del silencio de la noche, para que las sombras de su humildad ocultasen sus buenas obras; juntando el Ministerio de Apostol con el de Levita, cuidando de confirmar en la Fé à los mismos à quienes alivia en sus miserias: disipando santamente los tesoros de la Iglesia, por enjugar las lagrimas de los afligidos, y siendo tanto mas fiel en su ministerio, quanto es mas inagotable su caridad; exponiendose al furor de los tiranos, por exercer las funciones de su Ministerio, y sin temer ser buscado como depositario de los bienes de la Iglesia: despreciando de este modo, no solamente las riquezas temporales, sino tambien una vida tan pre-

ciosa como la suya; dispuesto siempre à desprenderse de todo quanto posee, y à entregarse él mismo, como el Apostol, para alivio, y salud de los hermanos: *Ego autem libentissime impendam, & superimpendar ipse pro animabus vestris.*

No os parezca, Catolicos, que Loreazo es un Economo infiel, que mira el campo de la Iglesia como una tierra abundante en miel, y leche, que usurpa la substancia del pobre, por convertirla en su propia substancia, ò que inficionado con la lepra de Giezi, pretende hacer de su administracion un empleo mercenario, ò valerse de su trabajo para pretexto de su codicia: por el contrario, es un dispensador fiel, y prudente, à quien la mas perfecta caridad une estrechamente con su Dios, y à quien el amor mas puro hace insensible à todos los intereses, que no son intereses de Jesu-Christo; es un Ministro, que no desea tener mas recompensa de su trabajo, que sus propias fatigas, que sabe que el Templo no se ha de convertir en casa de negociacion, que solamente desea atesorar para el Cielo, que entró en el Santuario, no para vivir en él à costa del Patrimonio del Señor, sino para poseer en él à Dios, como su unico Patrimonio, y que mirando el Estado Eclesiastico como medio para llegar à la perfeccion, ama à los pobres con la mas viva caridad, y à la santa pobreza con el mas generoso desinterés.

Suspended aqui vuestra atencion, hombres del mundo que me escuchais; vosotros que à vista de un Levita tan caritativo, no obstante estaros mandado que no toqueis à los ungidos del Señor, os atreveis à juzgar de sus acciones, vinculando à ellos

sólos el cumplimiento del precepto de la caridad, con pretexto de que la modestia de su estado, la santidad de su profesion, y la naturaleza de sus bienes, les obliga mas especialmente à mirar à los pobres como à hermanos suyos; sabed que en vuestras inectivas hay mas malicia que fundamento, y que quereis justificar vuestros desordenes con los que advertis, ò suponeis en los Sagrados Ministros: oid à S. Juan Chrysostomo, que os dice, que vosotros debéis tambien ser prudentes administradores de vuestros bienes, asi como deben serlo los Eclesiasticos de los tesoros de la Iglesia: tambien tienen derecho los necesitados à los bienes que à vosotros os sobran: la obligacion de los Eclesiasticos en nada disminuye la vuestra; y aunque es verdad que son mas culpados que vosotros, si emplean mal las riquezas del Santuario, no por eso os debéis mirar como inocentes, quando usais mal de los bienes que os ha confiado la Providencia: aprended, pues, en el exemplo de San Lorenzo, quanto se opone à las leyes del Christianismo, y al espiritu de la caridad, esa indiferencia que manifestais à los pobres; atended, à que en el desprecio que de ellos haceis, no solamente despreciáis vuestra propia carne, sino tambien la Persona de Jesu Christo, y que al mismo tiempo que es justicia el socorrerlos, es tambien gloria el honrarlos.

Nuestro Santo, no solamente fue tan caritativo, que se despojó de todos sus bienes à favor de los pobres, sino que al mismo tiempo fue tan humilde, que los respetaba como à miembros de su Divin Salvador, manifestando en esto aquel espiritu de

humildad, que es el tercer distintivo de la perfeccion Evangelica: su fé le representaba en los pobres al mismo Jesu-Christo, pobre, y humillado, y su estado era à un mismo tiempo objeto de su veneracion, y de su lastima: todo era comun entre nuestro Santo Diacono, y los pobres de Roma: él sufría sus trabajos, y ellos participaban de sus bienes; los hacia tan ricos como él, ò por mejor decir, se hacia pobre como ellos, dandolos en su corazon una preferencia, que le obligaba à tributar à sus personas los mismos respetos que ellos rendian à su caracter, y à su virtud: ¡Qué edificacion era para los fieles de aquel tiempo el ver à nuestro Santo Diacono, à este hombre tan celebre en el mundo por la fama de su Santidad, tan distinguido en la Iglesia por su importante ministerio, tan respetado de los pobres por las profusiones de su caridad, prostrado à los pies de estos mismos pobres, empleando sus puras manos en lavar sus pies, y sus sagrados labios en besarlos con el mismo amor, y respeto, que si besara los del Salvador! ¡qué espectáculo este, Catolicos, tan tierno, y tan propio para animar nuestra fé, y representarnos la santidad de nuestra Religion, que condena la soberbia, y quiere que fundemos nuestra gloria en ser fieles imitadores de la humildad de Jesu-Christo!

A vista de esta humildad, no debeis estrañar, Señores, que nuestro Santo no aspirase à otro orden mas sublime que el de Diacono: ¿cómo era posible que desease mayor elevacion el que solamente apetecía los mayores abatimientos? ¿cómo havia de querer ser colocado en el numero de los Presbyteros, el

el que hallaba todas sus delicias à los pies de los pobres? nuestro siglo vive en el engaño de pensar que no es temeridad ni ambicion aspirar al Sacerdocio, porque esta alta dignidad se ha hecho menos venerable, segun ha llegado à ser mas comun: pero nuestro Santo Diacono, que en todos sus juicios se gobernaba por las luces de la Religion, y por los principios de su humildad, conocia su grandeza: miraba como un Ministerio superior à sus fuerzas, la obligacion de ofrecer à Dios el Sacrificio del Cuerpo, y Sangre de Jesu-Christo; temia que sus manos no fuesen bastante puras, para desempeñar el cargo de distribuirle à los fieles; y lejos de estar inficionado con el vicio de Coré, se miraba como demasadamente ensalzado, por hallarse en el orden de los Levitas.

Esta, Señores, fue la eminente santidad de vuestro glorioso Protector, al que debeis mirar como modelo de vuestras acciones. En la integridad de sus costumbres, en la extension de su caridad, y en su humildad profunda teneis un exemplo muy poderoso para instruiros, y animaros. Nuestro Santo por medio de sus virtudes, fue gloria del orden Levitico, vosotros para conseguir la perfeccion de vuestro estado, debeis imitar su exemplo, y seguir sus pasos; no solamente los Ecclesiasticos, sino tambien todos los Christianos, tienen en San Lorenzo un exemplar de virtudes, y un severo censor de los vicios; no solamente debemos considerarle como un Levita casto, mortificado, caritativo, modesto, desinteresado, y humilde; sino tambien como un Christiano insensible à los placeres de los sentidos,

à los atractivos de las riquezas, y à los movimientos de la vanidad: contemplad, Católicos, la oposicion que se advierte entre vuestras costumbres, y este perfecto modelo: vosotros parece que abandonais la santidad Christiana, para los Eclesiasticos; para éstos, segun vuestro dictamen, no hay virtud que sea demasiado severa, ni falta que admita escusa; mirais sus mas leves defectos como gravisimos delitos, y à vuestros execrables delitos los disfrazais con otros nombres: al libertinage llamais politica; à la avaricia, prudencia; y à la ambicion, grandeza del alma: sois inexorables, con aquellos desgraciados Eclesiasticos, que caen por su flaqueza, en alguna culpa, y no reparais en las sublimes virtudes de muchos individuos del mismo estado; y aun algunas veces, os acordais, aunque con una infame hipocresia, de la primera edad de la Religion, en la que no se veían en el Santuario, sino vasos de oro: ponderais la santidad de los antiguos Ministros de la Iglesia, para compararlos maliciosamente con los de nuestros días: ¿pero por qué no llorais tambien el desorden de vuestras costumbres, que es la verdadera causa de la relajacion de la disciplina? ¡Ah Dios mio! que no veamos renovarse aquellos felices tiempos en que la Iglesia no sufría ni indignos Ministros, ni malos Christianos! de este modo nos costaria menos trabajo el ser perfectos en medio de un Pueblo Santo, que el permanecer Santos en medio de un Pueblo corrompido: bolved vuestras censuras, Católicos, contra vosotros mismos; estudiad en el exemplo de San Lorenzo las obligaciones de un verdadero Christiano, y confusos al ver lo distantes que

que hasta ahora haveis vivido de la santidad de nuestra Religion, procurad hacer los mayores esfuerzos para llegar à ella; y para mas alentar vuestro fervor, os manifestaré en la segunda parte de este discurso, que nuestro Santo sirvió de prueba à la verdad de nuestra Religion por la firmeza de su fé, la que le dió una completa victoria contra sus perseguidores.

SEGUNDA PARTE.

PARA conocer el distintivo de verdad, que reyna en la Religion Christiana, basta representarnos las reglas que señala à las costumbres, y las ideas que forma de la Divinidad. Sola esta Religion nos enseña à vivir de un modo digno del hombre, y à pensar dignamente de Dios, y por consiguiente, sola ella nos guia à la verdadera sabiduria, y à la verdadera felicidad.

Pero no obstante ser tan sublime por su perfecta moral, y por la grandeza de sus misterios, me atrevo à decir, que no hay cosa mas propia para alentar nuestra fé, que la constancia, y multitud de sus Martyres, y para confundir à la incredulidad, no hay voz mas eloqüente que la de su sangre: reflexionemos atentamente esta prueba de nuestra Religion, la que no es agena del presente discurso, y aun acaso hace muy necesaria esta reflexion, la corrupcion de nuestro siglo.

¿A qué podria atribuirse, Señores, la constancia de tantos Christianos, en medio de los mas crueles tormentos? ¿Seria acaso efecto de las preocupaciones

de la educacion? No por cierto, porque criados, la mayor parte de ellos en el seno del Paganismo, abandonaban contra todas las preocupaciones de su educacion, una supersticion floreciente, que era la Religion dominante, por abrazar una nueva doctrina, que era el escandalo del mundo. ¿Seria efecto del poder, y autoridad de los Gefes de esta Religion? No, Señores, pues no tenian otro objeto de su adoracion, que un Dios crucificado, ni mas predicadores de su fé, que unos hombres despreciables en el mundo por su pobreza, y ministerio: ¿seria el deseo de vanagloria? ¿à qué gloria havian de aspirar unos hombres que vivian desconocidos del mundo, ò que si éste los conocia era solamente para calumniarlos, obligandolos à buscar su seguridad en las tinieblas, ó à perder su honor, y su vida en los cadahalsos? ¿serian los intereses de la carne, y de la sangre? ¿pero qué atractivos podia hallar la naturaleza en una vida pobre, y mortificada, y en una muerte cruel, è ignominiosa?

¿A qué podremos, pues, atribuir los milagros de paciencia, de valor, y de santidad que admiramos en los Martyres? ¡oh Dios mio! vuestra gracia solamente era la que nos hacia inflexibles contra el error, è invencibles en las persecuciones: solamente vos, ò Dios mio, podeis ganar el corazon del hombre, por medio de los trabajos, llenarle de alegria en las aficciones, y hacerle que halle su mayor deleyte en la mortificacion, sus riquezas en el desprecio de todos los bienes de la tierra, su gloria en los abatimientos, su libertad en las cadenas, su consuelo en los suplicios, y su salud en la muerte.

No

No os admireis, pues, Catolicos, al oirme decir que San Lorenzo sirvió de prueba à la verdad de la Religion: esta gloria, aunque le es comun con los demás Martyres, se puede mirar como muy propia suya: su triunfo fue de los mas famosos que celebra la Iglesia; y para ver la eficacia del testimonio que dió en favor de la Religion Christiana, no tenemos mas que representarnos las ansias con que deseó la muerte, y el genero de muerte que sufrió.

Lo primero que se presenta à nuestra vista en San Lorenzo, es el ansia con que deseó padecer: no os figureis, Catolicos, à nuestro Santo, animado de aquel zelo indiscreto de algunos Christianos poco instruidos, que buscando por sí mismos la persecucion, la atraían infelizmente sobre los demás hermanos, rindiendose despues ellos mismos, por flaqueza, al peligro en que se havian empeñado por temeridad. La antigua disciplina no permitia estos excesos, los que aunque algunas veces eran laudables, las mas solian ser funestos: la Iglesia, prudente siempre en sus reglas, no queria que sus hijos tuviesen la presuncion de presentarse à los perseguidores, solamente les mandaba que tuviesen valor para resistir à sus amenazas, y aun negaba los honores del martyrio à los que, por decirlo asi, le habian deseado con ambicion: *Si quis idola fregerit, & ibidem fuerit accisus, quia in Evangelii non est scriptum, nec invenitur ab Apostolis unquam factum, placuit eum in numerum non recipi Martyrum: (Concil. Illeber. Can. 60.)* Si en algunas ocasiones colocó en el numero de sus Santos, à los que por sí mismos se presentaron à los Tyranos, no quiso que su exemplo

li 2

sir-

serviese de regla, solamente intentó darnos á entender, que así como en los unos sabia contener los movimientos humanos, sabia tambien respetar en los otros los extraordinarios impulsos del Espiritu Divino.

En San Lorenzo debeis admirar, Catolicos, un Santo, cuyo fervor fue igualmente generoso, y arreglado: no tuvo la temeridad de querer obligar á los Tyranos á que derramasen su sangre, pero tampoco tuvo la cobardía de usar de precauciones para librarse de su furor: vedle, Señores, como fiel Ministro del Santo Pontifice Sixto II. acompañándole al lugar del suplicio, y publicando ser su Diacono, en una ocasion, en que ni aun Christiano podia llamarse, sin exponerse al ultimo peligro: oídle publicar las limosnas que repartia á los pobres, y embidiando santamente la muerte de su Obispo, quejabase á él de que no le asociaba á su martyrio; ¿por qué, exclama, abandonas á un hijo, que siempre ha venerado como á Padre? ¿por qué ofreces tú solo tu propio sacrificio, quando antes nunca ofrecias el de Jesu-Christo sin que yo te acompañase? ¿puedes temer que yo sea un exemplar de cobardía, quando tú me estás dando un exemplo de tanta constancia? Haz la prueba de si el Ministro que elegiste para distribuir la Sangre de Jesu-Christo, tendrá valor para derramar la suya: para poder yo participar mas libremente de la Corona, que á tí te está preparada, he repartido entre los pobres todos los tesoros que havias fiado á mi cuidado: no permitas, pues, que la muerte separe á un Pontifice del Levita con quien vivió tan intimamente

uni-

unido por su ministerio, ni te prives de la gloria de vencer segunda vez al Tyrano en la persona de tu Discipulo.

Estas generosas expresiones de nuestro Santo, no podian menos de nacer de un zelo ardiente por la gloria de Jesu-Christo, y de una viva persuasion de la verdad de su Evangelio: bien sé que hay cierto fervor indiscreto, que se exhala en vanos deseos, y que solo sirve de hacernos vanagloriar de nuestras fuerzas, y de ocultarnos nuestras propias flaquezas: porque muchas veces sucede, que contra el precepto del Apostol, queremos exceder la medida de nuestra virtud, y los limites de nuestra vocacion: el espiritu engañador suele inspirarnos algunas veces una falsa emulacion, y un engañoso deseo de aspirar á cosas que son superiores á nuestras fuerzas: embidiamos á los Santos sus heroicas acciones; nos quejamos secretamente de que solamente nos faltan las ocasiones que á ellos se les presentaron, y no las virtudes que ellos tuvieron: esta suele ser una ilusion muy frecuente en las personas que tratan de virtud, y por eso se desvanecen en proyectos quimericos; miden, no las fuerzas que en la realidad tienen, sino las que juzgan tener; no reparan en las cosas pequeñas, porque están llenas de ambicion por las grandes; y por tener la temeridad de aspirar al don que desean, tienen la desgracia de perder el que han recibido.

Pero los deseos que San Lorenzo manifestaba del martyrio, estaban muy distantes de esta ilusion: sus ansias nacia de una caridad mas fuerte que la muerte, y así, su mayor consuelo fue la esperanza que le

le dió San Sixto de su proxima muerte: no te aflijas, hijo mio, le dice aquel Santo Pontifice, yo de ninguna manera te abandono, padezco solo, porque tú tengas tambien la gloria de triunfar solo: tu generoso corazon no necesita de mi exemplo para permanecer constante en el suplicio que te espera; si se te retarda la muerte algo mas que à mí, es porque te espera un suplicio mucho mas cruel, y porque el Señor reserva para el vigor de tu edad un combate, que no se ha dignado conceder à la flaqueza de la mia.

Ya llega el tiempo, Catolicos, de ver cumplida la profecía del Santo Prelado, y de que el sincero testimonio que Lorenzo acababa de dar en favor de la Religion, sea mas público, y famoso; por su constancia en padecer la muerte mas cruel: nuestro mismo Santo pronunció contra sí el decreto, quando publicó el uso que havia hecho de los bienes de la Iglesia; al oír sus expresiones, le manda el Tyrano que ponga en su poder los tesoros que estaban confiados à su ministerio; el Santo Levita obedece, y juntado todos los pobres, entre quienes havia repartido los caudales, se los presenta al sobervio Valeriano, asegurandole ser aquellos los verdaderos tesoros de la Iglesia; pero al ver el cruel Emperador frustradas sus injustas esperanzas, manda à nuestro Santo que sacrifique à los Idolos, amenazandole, si no lo hace, de reunir en su persona todos los generos de tormentos con que havian sido martyrizados otros illustres Confesores.

Os representaré aqui, Catolicos, al casto cuerpo de San Lorenzo cruelmente azotado, despedazado con puntas de escorpiones, quemados sus costados

dos con hachas encendidas, y descoyuntado en el eculeo? Pero todo esto no es mas que prelude de un espectáculo en que por una parte se vió à quanto llega la crueldad que el Demonio puede inspirar à un Tyrano, y por otra la fortaleza que puede inspirar la gracia à un Christiano: para el invencible Lorenzo no basta padecer él solo en su cuerpo los varios generos de suplicio, que se havian antes repartido entre otros muchos Santos Martyres, sino que tambien debe padecer un martyrio extraordinario, y unos tormentos inauditos, para que de este modo queden satisfechas las ansias que tiene de padecer, y sea mas admirable su victoria.

Representaos, pues, Catolicos, à nuestro illustre Martyr tendido sobre unas parrillas, como sobre una cama de dolor, y quemado à fuego lento, como un cordero, que ha de servir de pasto al perseguidor, y de victima à Jesu-Christo: ¡qué afectos puede excitar en nuestros corazones un espectáculo tan extraordinario! Christianos delicados, vosotros los que no teneis valor para desear los trabajos, mirad à ese hombre tendido en esas parrillas; mirad esa carne negra, y tostada, mugeres mundanas, que poneis todo vuestro cuidado en adornar un cuerpo, que ha de ser pasto de gusanos, y que acaso está manchado con los mas execrables delitos: amados oyentes míos, mirad todos à ese gran Santo, y medid el rigor de su martyrio por los excesos de vuestra delicadeza: vosotros, Ministros del Santuario, que os hallais honrados con la alta dignidad de Sacrificadores, mirad à un Levita, tendido sobre el Altar de su caridad, y de su Religion, en donde él

mis-

mismo es Hostia de su sacrificio; ved lo superior que le hace à nosotros la fuerza de su amor, quando nosotros somos tan superiores à él por la excelencia de nuestro caracter.

¿Pero cómo es posible que mis toscas expresiones puedan haceros comprehender, Catolicos, la naturaleza de su suplicio, y los prodigios de su constancia? ¿quién puede alcanzar cuál sea la impresion de un fuego que penetra una carne abierta ya por muchas partes con el cuchillo? En otros Martyres hay el consuelo de que, ò los tormentos son mas cortos, ó son menos crueles; pero, ¡oh ingeniosa crueldad, que has hallado el secreto de dar al martyrio de Lorenzo un nuevo grado de violencia, y sin abreviar su duracion, aumenta su padecer! Cruel Tyrano, ¿por qué no le dás la muerte, ò le permites que viva? ¿no te basta el haverle embriagado con su sangre, sin querer tambien hartarte con su carne? y si todavia quieres gozar de ese barbaro placer, ha de ser necesario que esa carne inocente sea quemada viva, para que de ese modo sea mas deliciosa à tu crueldad? Angeles del Cielo, testigos de tan tragica escena, que con mano caritativa acudisteis al remedio de las primeras heridas, ¿por qué no templais ahora el ardor de ese fuego cruel? ¿y Vos, Señor, cómo no vengais la soberbia de vuestros enemigos, y dexais padecer de este modo à vuestros siervos? ¿por qué permitis que se tributen respetos à unas Divinidades inanimadas, como si tuvieran poder para perder à vuestros Martyres, y que se blasfeme vuestro Santo Nombre, como si no fuerais Dios de las Venganzas?

¡Pero

¡Pero que es lo que digo! ¿à dónde vá à precipitarme mi compasion? ¡ah, Catolicos! adoremos la sabiduria de un Dios santo, que quiere ser glorificado por medio de los dolores, porque solamente al Demonio corresponde ser glorificado por medio de la sensualidad: admiremos la constancia de un Martir protegido de Dios; y si contemplamos la violencia de sus tormentos, sea solamente para admirar su valor, y para imitar su constancia.

Ved aqui, Señores, un Santo que no se cansa de padecer, aunque los Verdugos se cansan de atormentarle; que conserva toda la libertad de su espíritu, y toda la tranquilidad de su alma, para burlarse del Tyrano que le atormenta, para alabar la misericordia de Dios que le conforta, y para regocijarse en los tormentos, que son corona de su triunfo: ¿qué objeto de mayor consuelo para nosotros, Catolicos, que la fé invencible de un Christiano, que sufre la violencia de un fuego abrasador, sin perder la paz de su alma, que viendo ya su cuerpo tostado por un lado, pide que le buelvan del otro; que convida tranquilamente al inhumano Juez à que coma de su carne, y que mira los excesos de su crueldad con mas gusto que hubiera mirado los efectos de su compasion? En este triste estado halla la fé de Lorenzo su mayor consuelo, y en él descansa su amor: su corazon se conserva vivo en medio de tan cruel martyrio, porque le anima la caridad: su espíritu solo piensa en la felicidad que le espera; ofrece à Jesu-Christo sus dolores, y à Dios su agradecimiento: finalmente, padece con paz, y alegría, porque padece mas de lo que hasta entonces havia padeci-

Tom. IV.

Kk

do

do hombre alguno, y aun mas de lo que parece puede padecer un hombre.

A vista de tan gran triunfo, no me admira, Católicos, que la sangre de este ilustre Martyr haya pasado à otras venas; y se haya renovado en las personas de un Romano, y de un Hypolito: no me admira el que el glorioso suplicio de este Heroe, haya sido mirado como el mayor esfuerzo de las Potestades del Infierno, y como seguro presagio de la decadencia de su Imperio; porque ¿cómo era posible, ò Dios mio, que los infieles no admirasen en un exemplar tan extraordinario, una prueba visible de nuestra fé, y un poderoso motivo para su conversion? ¿cómo podrian menos de confesar à vista de tan barbaro espectáculo, que solamente el Demonio puede inspirar una crueldad tan monstruosa, y que solamente el verdadero Dios puede comunicar à sus siervos tan singular constancia? *Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos.*

Tampoco me admira el que el fuego que consumió el cuerpo de Lorenzo, alumbrase los corazones de los infieles; lo que sí me admira es, que este fuego se haya apagado para nosotros, que haya tanta tibieza, y tanta corrupción entre los Christianos, y que seamos menos fieles à Dios, porque ahora nos cuesta menos trabajo el servirle: confieso, Señores, que me parece que hoy tiene el mundo la misma oposición à la virtud que tenia antiguamente à la fé: me parece que el vicio ha sucedido en el imperio del error, y que los pecadores ocupan el lugar de los Paganos: me parece que Jesu-Christo no tenia menos siervos en los primeros tiempos, porque havia

muy

muy pocos Christianos que no fuesen Santos, y que el Demonio no tiene hoy menos sectarios que entonces, porque hay muy pocos Santos entre tan gran numero de Christianos: no sé si la paz es mas saludable à la Iglesia, que la persecucion; si debe alegrarse de la tranquilidad que al presente goza, pues vé à tantos Christianos entregados à un funesto reposo, ò desear las pasadas aflicciones que la proporcionaban tantas Coronas en los triunfos de sus hijos: no sé si era menos feliz en aquellos antiguos dias, en que expuesta à la violencia de sus perseguidores, resplandecia con la santidad de sus hijos, ò si es mas triste para ella el presente siglo, en que se vé afrentada con sus desordenes, al mismo tiempo que reyna su fé, bajo la proteccion de los Principes: ¡oh tiempo de tribulacion! ¿por qué no has durado siempre? ¡oh tiempo de inocencia! ¿por qué te acabaste tan presto?

Nosotros principalmente, Señores, à quienes la gracia llamó al santo ministerio, nosotros, que elegimos al Señor para patrimonio nuestro, estamos mas obligados à mantener el honor de la Religion con nuestra fidelidad en el desempeño de nuestras obligaciones. Asi como los Israelitas, al ver el segundo Templo, no pudieron dexar de hechar menos la gloria del primero, nosotros no podremos tampoco acordarnos de las antiguas costumbres de los Christianos, sin llorar amargamente la relajacion que vemos en nuestros dias; pero esta misma relajacion debe alentar nuestro fervor, y nuestro zelo: esto pide la santidad de nuestro estado: nos hallamos mas particularmente alistados en la milicia de Jesu-Christo,

Kk 2

to,

to, para que trabajemos por su gloria! Hemos sido educados en el seno de la Iglesia, para que algun dia llegamos à ser dignos Ministros suyos; y asi, debemos hacer revivir à vista de los fieles las virtudes de nuestro glorioso Levita, y protector, para que en nuestro exemplo aprendan la idea que deben formar del nombre christiano: seamos pruebas vivas de nuestra santa Religion por nuestro fervor, è inocencia, y animados de aquel espiritu de fortaleza que en él resplandeciò, imitemos del modo posible su valor en defender nuestra fé.

¿Y vosotros, fieles, no os haveis de avergonzar de afrentar con vuestras costumbres el santo nombre que os distingue de los demás Pueblos de la tierra? ¿no haveis de conocer la obligacion en que os hallais de mantener la dignidad de este santo nombre, con la moderacion de vuestras costumbres? El honor de la Religion es un deposito que está en las manos de todos los que la pròfesan, y del que se des pedirá muy estrecha cuenta: es obligacion comun à todos los Christianos el animarse mutuamente à la virtud, y evitar los escandalos, de modo, que estós sean tan raros como eran entre los primeros fieles: asi como hay en la Iglesia una tradicion de sana doctrina, debe haver tambien una sucesion de costumbres santas; las leyes del Evangelio no obligan menos, por ser mas antiguas, ni puede prescribir contra ellas la relajacion que se ha introducido entre nosotros: es verdad que no todos son llamados como Lorenzo, à la perfeccion del estado Eclesiastico, ni à dar testimonio de su fé à costa de su sangre: es verdad que ya, por la misericordia del Señor, no estamos en tiem-

tiempo de sufrir injustas persecuciones, por conservar la fé; pero, como dice el Apostol, siempre somos una estirpe escogida, una Nacion santa, y un Pueblo conquistado con la sangre de Jesu-Christo, y estos gloriosos titulos nos dán à entender, que somos llamados à ser Santos en este mundo, para poder ser eternamente felices en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE LA ASUMPCION

de nuestra Señora.

Quæ est ista, quæ progreditur quasi Aurora con-
surgens, pulchra ut Luna, electa ut Sol, terri-
bilis ut castrorum acies ordinata? Cantic. c. 6.

¿Quién es esta, que camina como una recién nacida Aurora, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, y terrible como un Exercito formado en batalla?

HOY aplica la Iglesia, con justa razon, à Maria Santisima las palabras del Esposo de los Cantares: hasta ahora la Reyna de las Virgenes, oculta en la mas profunda obscuridad, no ha manifestado las extraordinarias maravillas, que se han obrado en su persona; pero ya llegó el dia glorioso, en que disipadas las sombras que la rodeaban, sale de entre las tinieblas, y todo el universo admirado es testigo de su gloria: hoy la vé el mundo

to, para que trabajemos por su gloria! Hemos sido educados en el seno de la Iglesia, para que algun dia llegamos à ser dignos Ministros suyos; y asi, debemos hacer revivir à vista de los fieles las virtudes de nuestro glorioso Levita, y protector, para que en nuestro exemplo aprendan la idea que deben formar del nombre christiano: seamos pruebas vivas de nuestra santa Religion por nuestro fervor, è inocencia, y animados de aquel espiritu de fortaleza que en él resplandeciò, imitemos del modo posible su valor en defender nuestra fé.

¿Y vosotros, fieles, no os haveis de avergonzar de afrentar con vuestras costumbres el santo nombre que os distingue de los demás Pueblos de la tierra? ¿no haveis de conocer la obligacion en que os hallais de mantener la dignidad de este santo nombre, con la moderacion de vuestras costumbres? El honor de la Religion es un deposito que está en las manos de todos los que la pròfesan, y del que se des pedirá muy estrecha cuenta: es obligacion comun à todos los Christianos el animarse mutuamente à la virtud, y evitar los escandalos, de modo, que estós sean tan raros como eran entre los primeros fieles: asi como hay en la Iglesia una tradicion de sana doctrina, debe haver tambien una sucesion de costumbres santas; las leyes del Evangelio no obligan menos, por ser mas antiguas, ni puede prescribir contra ellas la relajacion que se ha introducido entre nosotros: es verdad que no todos son llamados como Lorenzo, à la perfeccion del estado Eclesiastico, ni à dar testimonio de su fé à costa de su sangre: es verdad que ya, por la misericordia del Señor, no estamos en tiem-

tiempo de sufrir injustas persecuciones, por conservar la fé; pero, como dice el Apostol, siempre somos una estirpe escogida, una Nacion santa, y un Pueblo conquistado con la sangre de Jesu-Christo, y estos gloriosos titulos nos dán à entender, que somos llamados à ser Santos en este mundo, para poder ser eternamente felices en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE LA ASUMPCION

de nuestra Señora.

Quæ est ista, quæ progreditur quasi Aurora con-
surgens, pulchra ut Luna, electa ut Sol, terri-
bilis ut castrorum acies ordinata? Cantic. c. 6.

¿Quién es esta, que camina como una recién nacida Aurora, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, y terrible como un Exercito formado en batalla?

HOY aplica la Iglesia, con justa razon, à Maria Santisima las palabras del Esposo de los Cantares: hasta ahora la Reyna de las Virgenes, oculta en la mas profunda obscuridad, no ha manifestado las extraordinarias maravillas, que se han obrado en su persona; pero ya llegó el dia glorioso, en que disipadas las sombras que la rodeaban, sale de entre las tinieblas, y todo el universo admirado es testigo de su gloria: hoy la vé el mundo

do coronada de magestad, de grandeza, y de resplandores: sobre su frente brillan todas las gracias de una nueva Aurora: *Aurora consurgens*: y son presagio de las que en adelante ha de derramar sobre toda la naturaleza: su rostro despide rayos de luz, semejantes à los de los mas resplandecientes Astros: *Pulchra ut Luna, electa ut Sol*: expresion muy natural de los raros exemplos de virtud, que en ella admiró el mundo: y es terrible como un Exercito, formado en orden de batalla: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*: en lo que se significan sus combates, y sus victorias.

Examinemos, Catolicos, el espiritu de estas expresiones, y juntemos nuestras voces à las aclamaciones, con que resuena la celestial Jerusalem; ¿pero deberé yo excitar solamente en vuestras almas una alegria vana, y una admiracion esteril? no lo permita el Señor: hoy para sacar un fruto digno de este Misterio, os hare vér, que si Maria entra en posesion de todos los bienes, los consiguió à costa de sus victorias, y que subió à lo sumo de la grandeza por el camino de los trabajos: fundado en este principio estableceré dos proposiciones, que servirán de materia à mi discurso; pero antes supongo el indubitable principio de que hablando en rigor Dios nada debe à la criatura, y que quando usamos de algunas expresiones, que parecen contrarias à esta, se deben entender en el sentido moral; esto supuesto, digo, que entre todas las criaturas, Maria fue la que en el instante de la muerte mereció la mas illustre recompensa; este será el asunto de la primera parte; y el de la segunda, que Maria fue

entre todas las criaturas, la que en el instante de la muerte consiguió efectivamente la recompensa mayor; es decir, que quando Maria acabó la carrera de su vida mortal, la debia el Cielo mas que à ninguna otra criatura, y que correspondió à esta deuda, derramando sobre ella sus mas extraordinarios favores: ò Reyna gloriosa, para poder celebrar dignamente vuestras alabanzas, necesito de vuestra gracia, concededmela, pues la imploro saludandos con el Angel. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Maria fue entre todas las criaturas, la que mas mereció que el Señor derramase sobre ella sus favores en la hora de la muerte, y es la razón, porque entre todas las criaturas fue la que mas fiel permaneció à su Dios, en el tiempo de su vida; su admirable fidelidad fue perfecta en su principio, en su extension, y en su constancia: el fin à que dirigia todas sus acciones era el mas sublime, el modo con que desempeñaba sus obligaciones era el mas perfecto, y la constancia con que se mantenía en las aflicciones, la mas heroyca: de donde infero, que si Dios debe à sus Siervos, quando éstos salen de esta vida mortal, algunas señales de particular amor, à Maria se las debia muy extraordinarias, y propias solamente para la Señora.

Bien sabeis, Catolicos, que la Reyna de los Angeles, en virtud del singular privilegio de su Concepcion immaculada, entró en posesion de todos los derechos, que le correspondian al hombre por ra-

zon de la justicia original ; que su entendimiento nunca estuvo obscurecido con las densas nubes de la infancia : y que su corazon no tenia mas pasiones , que las necesarias para hacer vér el imperio , que sobre ellas tenia la razon : al mismo tiempo no ignorais quan admirablemente supo aprovecharse esta Señora de estas felices disposiciones : nosotros apenas abrimos los ojos à la luz , quando ya miramos la culpa sin horror : los desordenes empiezan en nosotros con el uso de la razon ; parece que solamente conocemos la obligacion para faltar à ella , que solamente oímos los gritos de la conciencia para ahogarlos en su nacimiento , y que solamente adquirimos las noticias del Cielo , y del Señor , que en él reyna para despreciarle mas barbaramente : Maria , en una edad en que apenas se sabe lo que es caridad , ya era su víctima : todos sus movimientos se ordenaban à agradar à aquel Señor , que es en extremo amable , à buscar en todo su mayor gloria , à no vivir , ni respirar , sino por él , y à mirarle como unica regla de todas sus acciones : ved , Señores , el sacrificio extraordinario , y nunca visto hasta entonces , que la inspira su amor , para honrar con él al todo poderoso : la virginal pureza era una virtud ignorada entre los Judios , y la fecundidad se miraba como una de las principales bendiciones , prometidas à los verdaderos Israelitas : de aqui nacia aquellos ardientes suspiros , con que la madre de Samuel pedia al Cielo , que la concediese un hijo ; pero Maria , conociendo que una castidad perfecta será un sacrificio muy agradable al Señor , se obliga del modo mas solemne à permanecer siempre

pre Virgen ; nunca se dividirá su corazon entre Dios , y las criaturas ; pero como una accion tan singular , si llegára à ser conocida , podria grangearla los aplausos , y la admiracion de los hombres , procura ocultar su gloria con el santo velo del Matrimonio : no repara en ser tenida por esteril , ni en que se hable de ella como de una muger , con quien el Cielo explica sus iras , antes bien se tendrá por feliz de que los hombres la desprecien , aunque no llegará el caso de que Dios lo permita : ¿ oisteis hablar jamás , Catolicos , de desinteres mas noble , ni de una intencion mas heroyca ? ¿ no es esto manifestar de un modo el mas autentico , que en el bien que executa se olvida absolutamente de sí , y solo intenta agradar à aquel Señor , à quien mira como su unico bien ?

Quisiera , Señores , que todos nosotros estuviésemos animados de semejante deseo , pues sin él , todas nuestras obras , por buenas que nos parezcan , carecen de todo merito : mientras nuestras acciones no se ordenen à Dios , aunque nuestra vida exterior sea comparable à la de los mayores Santos , y aunque resplandezcan en ella todas las virtudes , será una vida inutil , y nos sucederá lo que à aquellos necios de quienes dice el Profeta , que sembraron , y no recogieron , que trabajaron , y se quedaron con las manos vacías : ved , Catolicos , si esas personas , cuya exterior conducta dá un testimonio tan lisongero de su recto modo de pensar , ved , si puestas sus acciones en la balanza del Santuario tienen el peso que ellas juzgan.

Semejantes personas suelen gobernarse en el

bien que practican por pura inclinacion natural: nacieron con unas felices disposiciones para el bien, y no hacen mas que seguir los impulsos de su corazon; sienten dentro de sí un natural horror al libertinage, y huyen de él; pero no levantan su corazon à Dios, ni cuidan de ordenar todas sus acciones à mayor honra, y gloria del Señor: ¿qué podremos decir de estos Christianos? Diremos que son virtuosos, pero su virtud no está sellada con el sello del Crucifixo, ni animada del espíritu del Evangelio: éste enseña, que las mas laudables acciones, si no se ordenan à un fin verdaderamente christiano, y digno de Dios, quedarán sin recompensa.

Otras personas hay, que tienen por objeto del bien que practican la vanidad, y el deseo de grangearse la estimacion de los hombres: estas personas facilmente dejarían de tener religion, si faltasen hombres que admirasen sus acciones: es tal su miseria, que al mismo tiempo que afectan retiro del mundo, qualquiera lugar, por escondido que sea, es teatro suficiente para su vanidad: ¿quántas de estas personas se privan de los mas inocentes placeres, arruinan su salud con austeridades, y pasan una vida tan mortificada como los Anacoretas, que habitan los desiertos? ¿es creible, que la hypocresía tenga tambien sus Martyres? ¡ah, quantos de estos infelices, por conseguir vanos aplausos, han hecho unos esfuerzos, con los que hubieran podido conquistar el Cielo, y se han perdido, con mas trabajo del que les hubiera costado el salvarse! Bien sé, que la virtud debe resplandecer à vista de los hombres, para que movidos éstos de su luz alaben al Padre Ce-

Celestial, pero tambien es cierto, que en muchas ocasiones, particularmente en aquellas acciones que son de puro consejo, debemos, segun nos enseña Jesu-Christo, retirarnos, y cerrar la puerta para orar; debemos procurar, que no repare el mundo en que ayunamos, y ocultar à la mano siniestra las buenas obras que practica la diestra: ¡desgraciadas de aquellas víctimas que se coronan de flores, para parecer públicamente en el teatro del sacrificio!

Otras personas practican las obras de virtud por ambicion; si à éstas las proponeis alguna obra virtuosa, por penosa que sea, la abrazarán inmediatamente, con tal que hayan de presidir à los demás que la practican; todo quanto tiene visos de superioridad lisongea su amor propio, y son liberales en acudir con sus bienes al socorro de las necesidades, quando los demás se manifiestan dispuestos à obedecer sus insinuaciones, como rigurosos preceptos; pero esta es una virtud falsa, y sobervia, que quiere seguir à un Dios crucificado, llevando en su compañía toda la arrogancia del Phariseo.

Otros son virtuosos por interes, por adelantar, y por llegar à ocupar los primeros puestos del Sacerdocio, y del Estado: muchas de esas almas, en quienes admirais tanto amor à la Patria, y tanto zelo por la salud de las almas, negocian con la virtud: se valen de la piedad, para incensar à la fortuna; y así, vereis que luego que llegan à conseguir sus deseos, se quitan la mascara, y desmienten con públicos escandalos el buen exemplo, que antes havian dado: ¿qué virtud esta, ò Dios mio! qué virtud la que no tiene mas movíl, que la vanidad, ò

la avaricia: *Receperunt mercedem suam.* (*Matth. 6. 2.*) Hipocritas, vuestra recompensa será proporcionada à vuestros meritos: para vuestras falsas virtudes está reservado igual castigo, que para los verdaderos delitos; pero aun paso mas adelante, y afirmo, que la virtud no debe amarse precisamente por sí misma; el verdadero motivo que nos la debe hacer abrazar, es el deseo de agradar à Dios, y de manifestarle nuestro respeto, nuestra confianza, y nuestro amor.

De este modo abrazó la virtud Maria Santísima, cuya fidelidad, no solamente fue la mas pura, sino tambien la mas universal, y perfecta en el cumplimiento de toda la ley: la ley estaba impresa en su alma, sin que usase de explicaciones, ni pretextos para suavizarla, ò quebrantarla, observando à la letra todos sus puntos: si se trata de acudir à Jerusalem en las solemnidades de las Pasquas, y en los dias festivos, es la primera que vá à ofrecer su incienso, y sus votos; si de Purificarse despues del Parto por medio de una ceremonia humilde, mirad à una Virgen mas pura que los Angeles, despojandose de todas sus prerrogativas, para ponerse en el numero de todas las demás mugeres: si se presentan ocasiones, en que manifestar su fé, su obediencia, su humildad, y su sumision, manifiesta su fé, dando pronto asenso à un Misterio impenetrable, que confunde al mas sublime entendimiento, su obediencia, aceptando la divina maternidad, no obstante las crueles sospechas à que se expone, su humildad, pensando bajamente de sí misma, y usando del titulo de esclava del mismo Señor, de quien es Madre,

dre, y su sumision, meditando dia, y noche en los divinos preceptos; de este modo practica Maria la virtud en orden à Dios; y si quereis ver Señores, cómo la practica en orden à los proximos, oid el retrato que de la Señora hace San Ambrosio à las Virgenes de Milan: Maria, dice este Santo Padre, nunca despreció à los humildes de corazon, nunca se valió de su autoridad contra los flacos, ni insultó à los miserables; cuidadosa siempre de no ofender à nadie, dispuesta à servir à todos, respetuosa con los mayores, modesta con sus iguales, enemiga declarada de la adulacion, y de la envidia, à todos mira con igual respeto, y solamente se olvida del que à ella se la debe: ¿qué caridad, y qué amor no manifiesta à Santa Isabel, à quien honra con su visita, para comunicarla parte de las bendiciones celestiales, de que se halla llena? ¿qué agrado no manifiesta en las bodas de Caná, y qué compasion de aquellos dos Esposos à los que veía expuestos à padecer un sonrojo? Maria era aquella muger incomparable, ocupada en la salud del mundo; no porque fuese, como algunas mugeres atrevidas, è ignorantes, que quieren dogmatizar, y avocar al tribunal de su flaco entendimiento las causas de la fé, sino porque con sus oraciones, y lagrimas movia los corazones de los Paganos, y Judios, y contribuía à los adelantamientos de la Iglesia, practicando un Apostolado tranquilo, y modesto, con el que sin asombrar al mundo, solo intenta salvarle.

Finalmente, ¿quereis saber, Señores, cómo practica Maria la virtud en orden à sí misma? ¿pero dónde he de hallar yo frases, para pintaros su desprecio, de

de las vanidades, su asistencia al trabajo, su tranquilidad en la pobreza, y las mortificaciones de su austeridad, y penitente vida? Examinad todas las virtudes, y vereis que todas se hallan en Maria en el mas eminente grado; una humildad sin exemplo, una pureza sin mancha, y una caridad sin limites, nos ofrecen en su persona una pintura de la mas alta, y consumada perfeccion: recorred todos los estados, y hallareis, que es modelo para todos: modelo de las Virgenes por su continuo cuidado en huir de quanto podia ofender su pudor; modelo de casadas por su amor à su casto esposo, y por la exacta vigilancia en cuidar de los negocios domesticos: modelo de las viudas por su amor al retiro, y al silencio: en qualquier lugar, en qualquiera edad, y en qualquiera estado que la miremos, siempre la hallaremos perfecta: es docil à las inspiraciones, obediente à las leyes, y fiel en todas sus obligaciones; es el mas perfecto, y admirable exemplar que podemos presentar à la vista de todo el universo.

Pues hoy propongo à la vuestra, Catolicos, este exemplar, para que le examineis atentamente, y estudiéis en él un punto, que acaso no haveis reflexionado bien hasta ahora, es à saber, que es inutil el que practiqueis algunos puntos de la Ley, si no observais ésta segun toda su extension: en la Ley hay ciertas obligaciones, que nos agradan, y à las que naturalmente nos inclinamos: ¿pero dónde está el hombre, que en aquellos puntos de la Ley que le disgustan, y repugnan, se mantiene irreprehensible? Ministros del Señor, este debe ser el principal asunto de nuestro zelo: los desordenes que lloramos, no pro-

provienen de que cada uno de los hombres se abandone generalmente à todos los vicios: casi no hay hombre, en quien no se halla alguna prenda, que le haga digno de ser estimado, por ella: no obstante estár el mundo tan corrompido, todavia hay en él alguna providad, pero es una providad imperfecta, porque no se estiende à todo; hay virtud, pero una virtud que no concede à Dios todo lo que el Señor pide: algunos se entregan à los rigores de la penitencia, ayunan, y se mortifican, pero si les hablais de que examinen los dudosos caminos, por donde se han enriquecido, no entienden este idioma; otros miden exactamente sus palabras para no ofender con ellas à sus proximos, pero si les decis, que se compadezcan de los infelices que llegan à sus puertas, y que los socorran, los hallareis inflexibles: vereis algunas mugeres, que freqüentan los Templos, y que practican en ellos muchos actos de devocion, pero persuadidas à que pongan freno à su lengua murmuradora, y mortifiquen su genio altivo, y las hallareis sordas à vuestros consejos; y llega à tanto la ceguedad, que muchos practican las obligaciones ajenas, olvidandose de las propias; dán saludables consejos à sus proximos, y no cuidan de la educacion christiana de sus hijos, y familia: ¿qué desgracia ver à un Magistrado entregarse atentamente à la leccion de los Padres, y Concilios, fiando al mismo tiempo la decision de las causas, que están à su cargo, à unos subalternos, que suelen dexarse corromper del interes!

Todas estas personas viven tranquilas, sin reflexionar, en que, como dice el Apostol Santiago, el que

quebranta un precepto, se hace reo de todos los demás: no repáran en que el gran Sacerdote Helí, hombre venerable por su piedad, integridad, y sumision à las ordenes del Cielo, atrae sobre sí, y su familia las mayores desgracias, por sér tan indulgente con sus ímpios hijos, que escandalizaban à Israel, y por no saber valerse de su autoridad paterna, para corregir sus sacrilegos excesos; no atienden à que el Phariseo, que ayunaba dos veces à la semana, y repartía en limosnas la decima parte de sus bienes, recibió en su propia casa el decreto de su condenacion, por su sobervía; vivís tranquilos, Catolicos, fiados en vuestra falsa justicia, y en que resistís à muchas iniquidades, ¿pero qué importa, si quando menos pensais, dais lugar à que el enemigo os dé un golpe mortal? ¿de qué sirve que una Plaza esté bien fortificada por muchas partes, si en ella se halla algun lado, por donde puede tener facil entrada el enemigo? ¡oh, vosotros, los que tan satisfechos vivís de vosotros mismos! sabed, que acaso vuestro exemplo es el mas peligroso, pues por lo mismo que permanecéis fieles en algunos puntos, autorizais à vuestros proximos con el bien que practicais, à que desprecien el que vosotros dexais de hacer: cuide-mos todos, Catolicos, de examinarnos, y cumplir exactamente todas las obligaciones de la Ley, pues, aunque la observancia de muchos preceptos no sea suficiente para salvarnos, la infraccion de uno solo basta para condenarnos.

Es necesario tambien perseverar en el amor à nuestras obligaciones, à exemplo de Maria, cuya fidelidad siempre permaneció inalterable: ved, Señores,

res, su invencible constancia en el Calvario, donde assiste al espectáculo del sangriento sacrificio que allí se executa para dar salud al mundo: ¿qué dolor no sentiria en aquel lance el corazon de la Soberana Reyna? ¿con qué ojos miraria à aquel Hijo el mas hermoso, y el mas justo entre todos los hijos de los hombres, desfigurado, y despedazado, aquel Hijo, objeto de su amor, que hecho víctima de las mas barbaras crueldades, vá à expirar en su presencia? ¡oh, Señora! ¿es posible, que la mas feliz de todas las madres, se haya de ver ahora la mas afligida de todas? Pero no creais, Catolicos, que aunque se vé en tan triste estado, haya de dár entrada en su corazon à indignas flaquezas: es verdad que siente, pero sería inhumanidad si no sintiera entonces: sus sentimientos son demostraciones del respeto con que mira la voluntad del Altísimo: en medio de su congoja, nada quiere sino lo que quiere su Hijo; quiere que se cumplan los decretos del Cielo, y que quede redimido el linage de los hombres; poseída de estos heroycos afectos, llena de amor, y de dolor, siente, y mira al mismo tiempo à su Hijo, sin oponerse à su sacrificio: parece, que en unas circunstancias de tanto abatimiento era cosa vergonzosa manifestar amor à Jesu-Christo; pero los juicios de Maria son muy distintos de los juicios de los hombres: quando Jesus, como dueño Soberano de la naturaleza, saca los muertos de los sepulcros restituyendolos à la vida, quando los elementos le obedecen, como à su Autor Soberano, Maria se oculta entre la multitud; pero quando se halla clavado en una Cruz, entonces se adelanta Maria, y confiesa en presencia

de todo el universo, que es su Hijo: ¿qué exemplo este, Catolicos, de valor, y de fidelidad? ¿qué motivo este de confusion, para los que en las menores desgracias pierden el animo, se impacientan, y murmuran contra el Cielo?

Pero acaso me preguntareis, ¿cómo siendo Maria la criatura mas amada de Dios, permite su Magestad, que se vea entregada à tan crueles aflicciones? ¡ah, Catolicos! no puedo menos de alegrarme de vuestras prosperidades, y felices sucesos; deseo que estos sean permanentes, y se aumenten mas cada dia; deseo tambien, que hagais buen uso de todas vuestras felicidades temporales; pero no puedo menos de deciros, que no consiste en esto la verdadera dicha: la verdadera felicidad no consiste en gozar placeres, poseer riquezas, ni en verse el hombre aplaudido, estimado, y respetado; tampoco consiste en gozar las suavidades de una devocion sensible; todavia hay otro mayor privilegio, y otro favor mas señalado, y es el sufrir christianamente; mientras habitamos en la tierra, no hay cosa tan preciosa para un Christiano, como la Cruz: bien podemos decir, quando nos hallamos en posesion de los bienes temporales, en el seno del descanso, y entre la afluencia de los consuelos celestiales: *Bonum est nos hic esse*: esto solamente será cierto en algun modo, pero no lo será absolutamente: el Tabór es un lugar muy delicioso, pero todavia es mas admirable el puesto que se ocupa en el Calvario: siempre que halleis Christianos crucificados, respetadlos, si advertis en ellos conformidad con la voluntad de su Dios, y por mas que os diga el amor

pro-

propio, creed firmemente, que estos son entre todos los hombres, à los que les ha cabido mejor suerte; todos los Christianos debemos sufrir, y el que à esto se niega, desmiente el sagrado caracter que imprimió en su alma el Bautismo: el que se niega à padecer, es un cobarde, que no sabe pelear, ni merece ser coronado: el descanso mas delicioso, y seguro para el Christiano, debe ser la Cruz: Maria Santissima, por su fidelidad, mereció en la muerte una extraordinaria recompensa; ahora vereis, Señores, como la consiguió efectivamente, que es la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

PARA hacer juicio de la magnificencia con que Dios recompensó à su Santa Madre en el instante de su muerte, basta reflexionar en las tres excelentes prerrogativas, que en aquel instante la adornaron: su muerte fue la mas embidiable, se siguió à ella la resurreccion mas gloriosa, y estuvo acompañada del mas extraordinario triunfo: su muerte fue la mas embidiable, porque murió à impulsos de su amor; su resurreccion fue la mas gloriosa, porque se invirtió à favor de Maria el orden comun señalado en los eternos decretos; y su triunfo fue el mas extraordinario, porque fue colocada en un lugar, inferior solamente al que ocupa la Trinidad Beatifica: estos tres titulos manifestaban muy claramente la singular predileccion del Señor, y la recompensa que merecieron sus heroycas virtudes.

Su muerte fue la mas embidiable: toda la vida

Mm 2

de

de la Reyna de los Angeles estuvo acompañada de una inalterable constancia en la observancia de los preceptos, y consejos: en Maria se pasó la infancia, la juventud, la edad madura, y la vejez, sin que pudiese percibir la mas leve sombra de imperfeccion; y asi, su muerte nos presenta tambien un espectáculo, del que no ha havido, ni habrá jamás exemplar: la muerte de Maria, libre de inquietudes, y congojas, nos representa la imagen de un apacible sueño, ò por mejor decir, de un verdadero triunfo: obedece à la ley de la muerte, porque tambien su propio Hijo quiso sujetarse à ella; pero obedecerá à esta ley de un modo, y por un motivo que nada tiene de comun con la muerte de los demás hijos de los hombres: estos son arrebatados al sepulcro por la violencia de las enfermedades, por el desfallecimiento de la naturaleza, ò por algun otro funesto accidente: condenados à morir, aun antes de nacer, ven al fin de su carrera la execucion de un decreto, que es para ellos de sumo abatimiento: no sucede asi à Maria Santissima: como no gimió ni un solo instante bajo el yugo del pecado, tampoco debe ser comprehendida en los abatimientos que se siguieron à él: morirá, pero en su muerte no verá mas que el cumplimiento de sus mas vivas ansias: morirá, pero no como víctima herida por un brazo violento, sino, segun dice San Bernardo, como víctima abrasada en el fuego del divino amor.

¿Què incendios serian, Catolicos, los de este divino fuego en el alma santa de Maria? Si San Efrén exclamaba en el desierto que no podia sufrir el ardor con que le abrasaba el amor divino; si San Es-

ta-

tanislao experimentaba en el tiempo que estaba abortando en la oracion, un ardor tan activo, que los pedazos de hielo que le aplicaban, no alcanzaban à corregir las impresiones que este fuego hacia en su cuerpo: si los Martyres miraban con alegria la espada con que havian de ser sacrificados, por que la contemplaban como instrumento de su reunion con Dios; ¿quál seria la actividad, y vehemencia del sagrado fuego que abrasaba el corazon de Maria? Maria, superior à todos los Santos, y aun à los mismos Angeles, por su alta dignidad, era superior à todos en el amor à su Dios: el fuego de su amor era suficiente para haver ocasionado en la Señora mucho antes, la separacion de su alma, y cuerpo; pero Dios que queria que llenase la medida de los dias que devia pasar en la tierra, para consuelo, y edificacion de los Christianos, la sostuvo con aquel poderoso brazo, que en otro tiempo havia conservado ilesos à los tres Niños en medio de las llamas del Horno de Babilonia; pero ya llegó el instante en que debia cesar el prodigio que dilatava su vida: ¿qué espectáculo tan admirable seria, Catolicos, el ver à la Madre de Dios en presencia de los Apostoles, y de una multitud de Fieles, que havian concurrido à asistir à su triunfo, anunciando con la serenidad de su rostro la paz que reynaba en su alma! ¿Qué espectáculo el ver à la Señora consagrando los ultimos instantes de su vida, con los mas vivos deseos de ir à reunirse con su Hijo, y con su Dios en la mansion de la inmortalidad! ¿qué muerte esta tan preciosa! su causa fue el amor, y su fin el recompensar Dios con ella la santidad de su Madre.

Mo-

Morir solamente à impulsos del amor divino, es un privilegio à que no podemos nosotros aspirar, pero morir con la muerte de los justos, entre los consuelos de la paz, y en la amistad del Altísimo, es una felicidad, que todos debemos desearla, que podemos obtenerla, y dirigir à ella todos nuestros esfuerzos; ¿pero qué es lo que hacemos para alcanzar esta felicidad? ¡Ah, Catolicos! oprimidos con el peso de nuestras perversas inclinaciones, vivimos en un perpetuo olvido de Dios: ¿hemos de esperar à la hora de la muerte para acordarnos de él, y aprender à amarle? En aquel triste, y deplorable estado, se dirá el hombre à sí mismo; yo pudiera haber empleado en la oracion, y en buenas obras los dias que he pasado en distracciones, y vanidades: pudiera haber consagrado à un Dios soberanamente amable, los dias que he perdido en conversaciones, y tratos mundanos: pudiera haverlo hecho así, si solamente huviera anhelado, y suspirado por mi Dios: ahora voy à parecer en su presencia: ¿qué sera de mí? ¡Felíz el hombre, Catolicos, que mientras goza de la vida, trabaja para verse libre en aquella hora de tan funestos pensamientos! ¡Felíz el que por medio de una vida santa, merece à la hora de la muerte volar tranquilo al seno de Dios, à quien ama, y de quien se contempla reciprocamente amado: el que muere de este modo, no sale del numero de los vivos, sino del de los desterrados, y esclavos.

El segundo privilegio de que goza Maria en este lance, es el de una resurreccion pronta, y anticipada: si pasamos, Catolicos, en espíritu al sepulcro en donde fue depositado su sagrado Cuerpo,

no

no veremos en él aquellas tristes ideas, que inspiran horror à todos los mortales: solamente veremos señales de su gloria, y de su triunfo: su Cuerpo, exempto del imperio de la muerte, brilla con unos resplandores, à los que no pueden ofuscar el polvo, y las tinieblas del sepulcro: su Cuerpo no espera, para bolverse à unir con su Alma, à aquel ultimo dia de los siglos, à aquel dia en que el Rey Soberano de los vivos, y los muertos, mandará se junten todas las cenizas esparcidas por el orbe, para recobrar su antigua forma: el sepulcro no es digno de conservar un deposito tan sagrado, el que solamente se le ha confiado por muy pocos dias: Maria goza inmediatamente el singular privilegio de una gloriosa resurreccion; y no penseis, Señores, que esta expresion es nacida de un zelo indiscreto por la gloria de la Reyna de los Angeles; es una piadosa tradicion, derivada hasta nosotros desde la primera edad del Christianismo,

Todos los Padres, y Doctores convienen unanimes en este punto: San Juan Damasceno supone esta resurreccion como cierta, y constantemente recibida de todos los Fieles: Sophronio, y Juvenal, ambos Patriarcas de Jerusalém, llaman à esta tradicion inmemorial: San Epiphanio compara la Asumpcion de la Virgen à la elevacion de Henoc, y Elias al Cielo: la Iglesia Griega celebra, como nosotros, esta Festividad, y todos los Catolicos la aplauden, y veneran, siendo muy conforme à los principios de la razon natural; pues si el Arca, que solamente contenia un poco de Manná, y las Tablas de la Ley, debió ser fabricada de una madera incor-

rup-

ruptible, con mucha mas razon debía estar exempto de los horrores de la corrupcion, y del sepulcro, un Cuerpo que havia servido de morada al Verbo increado: este Cuerpo, no habiendo sido inficionado con la mancha de nuestro primer Padre, tampoco debía estar sujeto à su maldicion: si la Religion de los Fieles ha conservado los huesos de muchos Santos, y éstos se presentan à la pública veneracion entre oro, y sedas, con mucha mas razon si el Cuerpo de Maria huviera sido reducido á cenizas, estas preciosas cenizas se huvieran conservado hasta nuestros tiempos con el mayor esmero, y se expusieran en nuestros Altares à la veneracion de los Fieles: finalmente, si en la muerte del Salvador del mundo resucitaron muchos Santos, no podía negarse el privilegio de la resurreccion anticipada à la Madre del Altisimo,

Supuestas estas autoridades, y estos tan bien fundados discursos, todos debemos publicar las glorias de Maria en su resurreccion, haciendo que resuenen los ayres con aquel Profetico Oraculo, que tan justamente se la aplica en este dia: *Non dabis Sanctum tuum videre corruptionem*: Perezcan en hora buena aquellos cuerpos que han sido abominables víctimas de la impureza, y de la intemperancia; aquellos ojos, que se han ocupado en engañar los corazones de los hombres, y aquella lengua, que se ha empleado en conversaciones obscenas; que se desfiguren, y corrompan en el sepulcro los mundanos, cuyos cuerpos están marcados con el sello de la sensualidad, es muy justo; ¿pero cómo era posible, ó Dios mio, que permitieseis que el virginal seno en
que

que habitasteis, que los castos pechos que os alimentaron, que los brazos en que descansasteis, y que el corazon que tanto os amó, fuesen pasto de los gusanos? Vos, Señor, no quereis que la Reyna del mundo quede confundida con sus Esclavos: *Non dabis Sanctum tuum videre corruptionem*, (Psalm. 15. 10.) siendo, pues, indubitable, que Maria resucitó, se infiere una conseqüencia muy natural de su resurreccion gloriosa, la que es muy propia de este asunto, y es la siguiente.

La Fé os enseña, Catolicos, que todos hemos de resucitar en el gran dia de la manifestacion; pero viviendo como vivis, ¿de qué modo esperais resucitar? vosotras, con especialidad, Señoras, ¿quál os parece que será algun dia el destino de vuestros cuerpos? ¿En qué estado hallarán vuestras almas à esos cuerpos, que adornais ahora con tanto fausto, que alimentais con tanto regalo, y que mirais como la parte mas apreciable de vosotras mismas? El Evangelio nos dice, que solamente se promete una resurreccion santa, y feliz, à los que son enemigos de su carne, à los que reprimen sus movimientos, à los que crucifican sus deseos, y à los que la sacrifican à la penitencia: ¿pues por qué empleais vosotras en perderos, y perder à vuestros proximos los dotes que el Cielo os ha concedido, para que hagais muy distinto uso de ellos? ¿cómo no os avergonzais de atormentar ese cuerpo, para que luzca algunas horas en las concurrencias profanas, quando al mismo tiempo si se trata de vuestra eterna salud, os horroriza la menor violencia? ¿Ignorais acaso, que muy presto, las enfermedades, los años, y
Tom. IV. Na las

las arrugas os han de desfigurar, y que todas vuestras diligencias no podrán librarle del derecho que sobre él tienen los gusanos, y la corrupcion? Oh!, y que lastima causa ver à una muger Christiana, cuidar tanto de la flor de la belleza pasagera, quando podria adquirirse con mas seguridad una hermosura inmortal! Si llega à suceder, que esos cuerpos de pecado sean entregados al poder de la Divina Justicia, para servir de pabulo à las eternas llamas, ¿quál será entonces vuestra desesperacion? ¿No vale mas que los ameis con un amor Christiano, que los alimenteis frugalmente, que los adorneis con modestia, y que los crucifiqueis santamente, que no el que los ameis de un modo, que será causa de que los veais perecer eternamente con vuestras almas?

Por el contrario; ¿qué consuelo no experimentará el Christiano fiel, que segun el precepto de San Pablo, haya tenido siempre impresa en sus miembros la mortificacion de Jesu-Christo! acaso en este mismo instante estará padeciendo los dolores, y congojas de la muerte; pero desde el momento de su resurreccion, su hermosura, su juventud, y su salud serán eternas, y se acordará con alegria de los dolores, que en esta vida le proporcionaron una felicidad tan dichosa.

Finalmente, el triunfo que consigue Maria en la hora de su muerte, es el mas glorioso: luego que llegó al término de su destierro, quedó inmortal è impassible, y dejando la mansion de sus lagrimas, sube sobre un carro de luz à la morada de los Santos: puertas eternas, abrios, y disponeos à recibir una Heroyna mucho mas illustre que Debora, Judith, y

Es-

Esther: una Heroyna que ha vengado à la naturaleza de los agravios que havia recibido del Principe de las tinieblas: ¿qué haria, Señores, en esta ocasion el Hijo mas amante, por la Madre mas digna de ser amada? que havia de hacer, sino lo mismo que Salomon con su madre Bethsabé: *Surrexit Rex in occursum ejus* (3. Reg. 2. 19.) sale à recibirla, y entre las aclamaciones de toda su Corte, la coloca en el lugar mas eminente del Cielo, sobre las más sublimes inteligencias: alli no permitiendo que falte cosa alguna à su gloria, la hace sentar à su derecha en un Trono: *Positus est Thronus Matri, quæ sedit ad dexteram ejus*, (Ibid.) mandando que todo quanto alli se halla inferior à la Divinidad, se postre à sus pies: pues no os admireis, Señores, de que al verla rodeada de tanto resplandor, la compare al Sol! la Divina Escritura: la conviene la elevacion de este astro, por el supremo lugar que ocupa en el Cielo, la convienen sus ardores, por la caridad que la abraza, y la conviene su fecundidad, por los infinitos favores que por su medio derrama Dios sobre la tierra: alli es para el mundo un Astro favorable, y para las potestades de las tinieblas un exercito formado en orden de batalla: desde alli arruina al Infierno, y alienta à la Iglesia en sus combates: alli derrama el Señor sobre ella todos sus dones, haciendola distribuidora de todas sus gracias, porque habiendo recibido Maria, mientras vivió, mas favores del Cielo, que todos los Santos juntos, correspondió à ellos perfectamente con su fidelidad; porque en toda su vida no tuvo un pensamiento indiferente, una palabra inutil, ni una accion puramente natural: porque tu-

vo mas parte que ninguna otra criatura en el Caliz, y en los oprobios del Redentor: y porque trabajó sin cesar por un Dios, que es esencialmente justo, y recompensa à sus Siervos: estas son las causas de que el Señor prefiriese à Maria à los demás Santos, y la diese entrada, antes que à ellos, en la feliz mansion de la inmortalidad.

Y así, Catolicos, la elevacion, el poder, y la gloria que Maria Santisima goza en el Cielo, son el fundamento de los honores, que se la tributan en la tierra: no referiré por menor estos honores, porque esto sería no acabar nunca mi discurso; bien sabeis, Señores, que à excepcion del culto que es debido à Dios, del que no puede participar una pura criatura, todos los demás respetos se tributan justamente à la Reyna de los Angeles: ¿qué Altares no se han levantado en todo el mundo Christiano, à honra de esta gran Reyna? ¿Quántas festividades se han instituido para perpetuar, y celebrar sus grandezas? ¿Quántas Santas Congregaciones se han formado bajo su proteccion? ¿Qué repetidos testimonios no vemos en todas partes, de la confianza que todos los siglos han manifestado tener en su poderoso amparo? La devocion à Maria, es una devocion que hemos mamado con la leche de nuestras madres, y la miramos como el mas rico patrimonio, que hemos heredado de nuestros mayores: nuestro mayor consuelo es representarnos à la Reyna de los Angeles, bajo la idea de una Madre amorosa, y contemplarnos nosotros como sus hijos: esta Señora se representa à nuestra imaginacion, como enemiga implacable del pecado, pero al mismo tiempo, muy com-

pa-

padecida de los pecadores: de aqui nace la filial confianza con que nos arrojamus à sus brazos: al oír el nombre de esta Madre amorosa, sentimos dentro de nuestras almas un consuelo que no alcanzan mis palabras à explicarle: por mas que se enfurezca el Herege, y el Libertino, nosotros siempre miraremos como nuestra mayor gloria, el ser siervos fieles de Maria: hasta la muerte permaneceremos en una devocion tan santa, y bien fundada; todos los dias de nuestra vida, y con mas especialidad en el que se celebra este Mysterio, tributaremos nuestros humildes respetos à la mas digna de todas las criaturas.

○ Virgen Santa, es verdad que hoy el Cielo os arrebató de la tierra, pero no por eso os perdemos: Vos, Señora, sois incapaz de olvidarnos, y así fijais sobre nosotros vuestros amorosos ojos: vuestro corazón se compadece de nuestras miserias, y vuestra grandeza iguala à vuestra bondad: desde el resplandeciente Trono en que estais sentada, nos alargais vuestras benéficas manos: ¡ó Madre la mas digna de todas! Despues de Dios, Vos sola sereis el unico objeto de nuestro amor; ¡ó Abogada poderosa! despues de Dios, en Vos sola pondremos toda nuestra confianza: todos nosotros postrados à vuestros pies nos confesamos humildes esclavos vuestros: ¿Qué no podamos, Señora, honraros tan perfectamente como mereceis! recibid nuestros respetos, no obstante ser tan cortos: Madre amorosa, Vos nos amais tiernamente, y sabeis nuestras necesidades, pues alcanzadnos del Cielo auxilios para imitar vuestra fidelidad, y constancia: Vos, Señora, estais viendo nuestros peligros, y nuestra flaqueza, defend-

ded-

dednos contra los enemigos de nuestra salvacion, y asistidnos con mas particularidad en la hora de nuestra muerte, para que bajo las alas de vuestra proteccion poderosa, tengamos parte en la felicidad imponderable de vuestro Santo Transito, y celebremos vuestro triunfo con los Bienaventurados en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SAN BERNARDO.

¿Tu quis es? Joan. c. i. v. 19.

¿Quién eres tú?

OID, Señores, la pregunta, que los Judios hacen en el Evangelio al Santo Precursor de Jesu-Christo: admirados de ver en él un hombre extraordinario, que estando, al parecer, consagrado à la penitencia, y al retiro, se deja ver repentinamente como Predicador por su zelo, y *mas que Profeta*, por su autoridad, procuran saber de él mismo, si es el antiguo Elias, ó algun nuevo Profeta, ó el Mesias que esperaban: *¿Tu quis es?*

Hoy me hallo yo, Catolicos, en la misma confusion: el gran Santo, cuya memoria celebramos, no parece menos incomprehensible, que el Bautista para los Judios, y asi puedo yo, movido de una justa admiracion, hacerle la misma pregunta que

que aquellos hicieron al Bautista, movidos acaso de una secreta envidia.

Confieso ingenuamente, que no sé como formar el elogio de San Bernardo; porque si quiero proponerle como Oraculo, y Columna de la Iglesia, se me representa al mismo tiempo escondido en el desierto, condenado al silencio, macerado con penitencias, y absorto en Dios, por medio de su continua contemplacion: si quiero alabarle como à cabeza, y modelo de los mas perfectos solitarios; le hallo hombre *poderoso en obras, y palabras*, maestro de los Doctores, arbitro de los Reynos, y censor de los Reyes, à quien la Iglesia debe la seguridad de su cabeza contra el cisma, la victoria de su fé contra el error, y la defensa de sus derechos contra las potestades del mundo: ¿pues cómo podré, Señores, daros à entender lo que es? el piadoso Historiador de su vida, asegura que solamente los que están animados de su espíritu, pueden llegar à conocer sus virtudes: *Neminem enarrate posse puto, qui non vivat de spiritu quo ille vixit.* (In vit. Bern. lib. I. c. 4.) Gran Santo, vos sois verdaderamente un mysterio para nuestros entendimientos, y asi decidnos quién sois: *¿Tu quis es?* Pero podremos dar fé, Catolicos, à la respuesta de nuestro Santo? Es verdad, que él mismo dice, que en este punto quiere que se atienda mas à su propio dicho, que al de otros: *Volo vos mibi credere de me magis quam alteri;* * pero semejante en otras cosas al Bautista, lo es tambien en su profunda hu-

(*) Epist. XI. El Autor usaba de la Edicion de Horstius.

dednos contra los enemigos de nuestra salvacion, y asistidnos con mas particularidad en la hora de nuestra muerte, para que bajo las alas de vuestra proteccion poderosa, tengamos parte en la felicidad imponderable de vuestro Santo Transito, y celebremos vuestro triunfo con los Bienaventurados en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SAN BERNARDO.

¿Tu quis es? Joan. c. i. v. 19.

¿Quién eres tú?

OID, Señores, la pregunta, que los Judios hacen en el Evangelio al Santo Precursor de Jesu-Christo: admirados de ver en él un hombre extraordinario, que estando, al parecer, consagrado à la penitencia, y al retiro, se deja ver repentinamente como Predicador por su zelo, y *mas que Profeta*, por su autoridad, procuran saber de él mismo, si es el antiguo Elias, ó algun nuevo Profeta, ó el Mesias que esperaban: *¿Tu quis es?*

Hoy me hallo yo, Catolicos, en la misma confusion: el gran Santo, cuya memoria celebramos, no parece menos incomprehensible, que el Bautista para los Judios, y asi puedo yo, movido de una justa admiracion, hacerle la misma pregunta que

que aquellos hicieron al Bautista, movidos acaso de una secreta envidia.

Confieso ingenuamente, que no sé como formar el elogio de San Bernardo; porque si quiero proponerle como Oraculo, y Columna de la Iglesia, se me representa al mismo tiempo escondido en el desierto, condenado al silencio, macerado con penitencias, y absorto en Dios, por medio de su continua contemplacion: si quiero alabarle como à cabeza, y modelo de los mas perfectos solitarios; le hallo hombre *poderoso en obras, y palabras*, maestro de los Doctores, arbitro de los Reynos, y censor de los Reyes, à quien la Iglesia debe la seguridad de su cabeza contra el cisma, la victoria de su fé contra el error, y la defensa de sus derechos contra las potestades del mundo: ¿pues cómo podré, Señores, daros à entender lo que es? el piadoso Historiador de su vida, asegura que solamente los que están animados de su espíritu, pueden llegar à conocer sus virtudes: *Neminem enarrate posse puto, qui non vivat de spiritu quo ille vixit.* (In vit. Bern. lib. I. c. 4.) Gran Santo, vos sois verdaderamente un misterio para nuestros entendimientos, y asi decidnos quién sois: *¿Tu quis es?* Pero podremos dar fé, Catolicos, à la respuesta de nuestro Santo? Es verdad, que él mismo dice, que en este punto quiere que se atienda mas à su propio dicho, que al de otros: *Volo vos mibi credere de me magis quam alteri;* * pero semejante en otras cosas al Bautista, lo es tambien en su profunda hu-

(*) Epist. XI. El Autor usaba de la Edicion de Horstius.

mildad; y si es licito decirlo así, la humildad que en los pecadores es una virtud verdadera, que los hace confesar sus propios defectos, en los Santos es una virtud que los desfigura à su propia vista, y una virtud que intenta degradarlos para con los demás: el Bautista solo piensa en ensalzar la gloria de su Divino Maestro, à costa de su propia gloria, y apenas se atreve à declarar que es la voz del que clama en el desierto: del mismo modo Bernardo, si le preguntamos ¿quién es? nos responde; yo no soy ni seglar por mi habito, ni religioso por mis ocupaciones; soy un compuesto de los dos Estados, ò por mejor decir, soy un monstruo: *Ego quædam chimera mei sæculi.* (Epist. 250.)

Sirvamonos, pues, Señores, de la noble idea, que el Santo nos ofrece de sí mismo; preguntémosle quién es: ¿*Tu quis es?* y poniendo en su boca la humilde repuesta del Bautista, oíganosle decir: yo soy una voz poderosa que clama en el desierto: *Ego vox clamantis in deserto.* Sino hubiera hecho mas que levantar su voz, sus excelencias hubieran sido comunes con las de otros muchos Santos que resplandecieron en la casa del Señor, y si hubiera permanecido siempre retirado en el desierto, se confundiria con aquellos justos que se perfeccionaron en lo mas escondido de las soledades: pero como juntó el zelo, y la doctrina de los unos, al estado, y perfeccion de los otros, se puede decir que no se parece à ninguno particularmente, porque se parece à todos: en todos los estados en que se manifiesta San Bernardo, vemos en él un mismo hombre, y admiramos un Santo Religioso que se hace tan util por

sus

sus talentos, como exemplar por el retiro de su profesion; siempre está clamando, y siempre vive en el desierto: y así os representaré, Catolicos, à San Bernardo como un perfecto solitario, que en su retiro hace los mas importantes servicios à la Iglesia; y como un Ministro Apostolico, que en medio de sus trabajos conservó siempre todo el espiritu de solitario: la autoridad que se adquirió por sus virtudes, y la santidad que resplandeció en su Ministerio, serán el asunto de este discurso.

Muchas veces confundiré al penitente, y al contemplativo con el Doctor, y el Apostol, pero esta confusion será efecto de la grandèza del asunto que voy à emprehender: Vos, Reyna Soberana de los Cielos, sois muy interesada en el elogio de un Santo, tan zeloso de vuestra Gloria, tan eloquente para ensalzar vuestras virtudes, y que tan entregado vivia à vuestra proteccion; y así para elogiarle dignamente, imploro, Señora, vuestro amparo, saludandoos con el Angel. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

NO me admiro, Catolicos, de los grandes elogios, que los Santos Doctores han tributado à la vida de los Solitarios; el desierto es para éstos asilo de su inocencia, camino para la perfeccion, y mansion de la paz: pero aunque son tan superiores à los demás hombres por su profesion, parece que su retiro es impedimento para que los sean utiles, y que no tienen mas merito que el de una virtud timida, que se salva huyendo de una piedad estéril, fal-

Tom. IV.

Oo

ta

ta de zelo, (*D. Bern. Epist. 89. n. 2.*) y de una santidad obscura, que no resplandece con el exemplo, (*Epist. 323. n. 1. serm. 64. in Cant. n. 3.* El mismo San Bernardo nos dice, siguiendo à San Geronimo, que un solitario es mas à proposito para llorar sus defectos, que para enseñar à sus proximos: que su seguridad consiste en ocultarse à la vista de los hombres, y su perfeccion en olvidarse de ellos, y que su principal cuidado debe ser el estar libre de todos los negocios: *In me unicum negotium mihi est; aliud non curo, quam non curem.* (Tertul. de Pallio. cap. 5.)

Y à la verdad ¿qué podian los hombres esperar de Bernardo, y cuáles serian sus ideas, respecto à los demás hombres, quando abrazó la Regla del Cister? porque si hemos de juzgar segun las apariencias, este joven, zeloso de la integridad de sus costumbres, procuraba ocultarse à la vista del público, para vivir encerrado en un sepulcro, porque los Religiosos de aquel Santo Monasterio eran unos hombres à quienes el mundo no conocia, habitaban en el Cielo por medio de su contemplación, y solamente estaban unidos à la tierra para trabajar en ella: eran inaccesibles à los demás hombres por su Clausura, y vivian separados entre sí por su silencio; tan pobres, y necesitados, que de todo carecian, aunque nada deseaban; eran penitentes en la inocencia, y fervorosos en la perfeccion: eran famosos en la Iglesia por su santidad, y mas solitarios por su espíritu, que por su retiro.

Pero no obstante, Catolicos, si el Espiritu de Dios llevó à Bernardo al desierto como à Jesu-Christo,

to, fue para que sirviese de espectáculo al mundo Christiano. Este gran Santo experimentó en sí lo mismo que nos enseñó, diciendo, que quando Dios se comunica, à las almas santas, las dá una fuerza invencible para que puedan mantenerse en la accion, y una sabiduria consumada, para que puedan esparcir la luz: *Duo confert eis, virtutem operationi, & sapientiam intellectui:* (Serm. 5. in Asump. B. M. V. n. 5.) En la profunda paz de una vida interior, le llenó Dios de zelo, y de sabiduria; de zelo, para que restableciese el buen orden en la Iglesia, y de sabiduria, para que conservase en ella la pureza de la Doctrina, dos circunstancias que os harán admirar, Señores, en un perfecto solitario, un verdadero Apostol.

Ya habian admirado los hombres el prodigioso ensayo que havia hecho de su zelo, y valor, quando juntando un considerable numero de amigos escogidos, vivia con ellos en el mundo, como si estuviera fuera del mundo: pero su retiro al desierto, à pesar de las grandes esperanzas, que le lisongeaban en el mundo, acabó de manifestar la grandeza de su alma: todas las acciones de Bernardo son grandes, y dignas de un Apostol, hasta los presagios de su vocacion, y su entrada en el Claustro. El que medita abrazar el Estado Religioso, suele decirse interiormente como el Profeta; *mi secreto para mí:* hace ocultamente pruebas de su vocacion para tener el consuelo de asegurarse de ella, y disimula en público, por tener libertad para seguir sus deseos: San Bernardo no procede así: el mundo es para nuestro Santo un enemigo tan despreciable, que no le teme;

no procura huir de él, valiendose del favor de las tinieblas, antes bien se retira al desierto publicamente: lleva en su compañía à sus amigos, sus parientes, y toda su familia: los que antes eran hermanos suyos por los vinculos de la sangre, lo son ya tambien por los de la Religion: y hasta su mismo padre, segun la carne, se convierte en hijo suyo, segun el espiritu.

Es verdad, Catolicos, que fue una gloria muy singular para nuestro Santo, el haver sido un Isaac para los Religiosos del Cister, que juntamente terminian como Abraham, quedar sin herederos de su nombre, esto es, sin imitadores de su penitencia: es verdad, que hizo un servicio muy señalado à la Iglesia en continuar una santa familia, que es de tanto honor para la Cristiandad; pero para mejor conocer la actividad de su zelo, y la utilidad de su profesion, veamos cómo procede en los negocios mas importantes de la Iglesia.

Acordaos, Señores, de aquel funesto tiempo, en que la Iglesia Romana, aquella hermosa hija de Sion, Madre, y Señora de las demás Iglesias, se dejaba ver bajo la figura de un monstruo con dos cabezas: à un mismo tiempo estaban sentados en la silla de Pedro dos Pontifices: Inocencio II. bien conocido por sus virtudes; éste por orden de Dios subió al Trono, pero el ambicioso Anacleto intentó arrojarle de él con sus astucias: al uno favorecia la justicia, y el otro se valia de la violencia: el verdadero Pastor era mirado como sospechoso por sus desgracias, y el falso se veía autorizado con sus prosperidades. De esto nació en Israel una division

que separaba à los Pueblos de los Pueblos, à los Principes de los Principes, y à los Obispos de los Obispos: unos seguian el partido del error por el interés que de ello les resultaba; otros no se atrevian à declararse à favor de la verdad, por miedo de engañarse: la Iglesia, aunque uniforme en su Fé, dividida à cerca de la legitimidad de su cabeza, se veía precisada à pelear contra sí misma. Vos, Dios mio, haveis prometido, que las puertas del Infierno no han de prevalecer contra ella, y la fidelidad de vuestras promesas alienta nuestra confianza.

Pero ¿quál será el hombre capaz de aplacar la tormenta que agita à la Nave de San Pedro? ¿quál será el hombre tan ilustrado, que pueda separar el error de la verdad, tan intrepido, que tenga valor para ponerse de parte de la justicia, tan eloquente, que sepa persuadir la verdad, y tan poderoso que reuna los votos de los Obispos, concilie el afecto de los Pueblos, gane los corazones de los Reyes, y en una palabra, tan feliz, que consiga ensalzar al verdadero Pontifice, y destronar al usurpador?

O sabios del mundo, vosotros sin duda le buscareis entre aquellos hombres prudentes del siglo, que tienen singular talento para conciliarse los afectos, que poseen el arte de la mas fina politica, que saben valerse de la mentira, quando ésta les es util, y usar de medios injustos quando los contemplan seguros para sus fines: pero no, en una obra tan santa no debe emplearse la prudencia de los hijos de las tinieblas: para defender la causa de Dios, se ha de buscar un hombre animado del espíritu del mismo Dios.

¿Pero en dónde hallaremos este hombre? en dónde se ha de hallar, en la soledad de Claravalle, y en la persona de Bernardo: Mirad, Señores, à este Venerable solitario, à este Santo Abad, à la frente de un pequeño número de Santos, à los que precede mas por sus virtudes, que por su clase: miradle en un Claustro que no es mas que un conjunto de Celdas rusticas, entregado, unas veces à Dios por la Oracion, otras à sus hermanos por la Caridad, y siempre vigilante à cerca de sí mismo; cumpliendo à la letra la penitencia que Dios impuso à nuestro primer Padre, añadiendo à las austeridades de la Regla, el peso de un aspero cilicio, consumido con los ayunos, extenuado por las enfermedades, no interrumpiendo jamás su silencio, sino para emplear su lengua en los Celestiales Canticos, ò en saludables Sermones; tan superior à los sentidos, que come sin hallar gusto en los manjares, y ve sin reflexionar en los objetos, desprendido de todas las cosas de la tierra, y santamente despreciador de sí mismo; miradle, y sabed, que este es el hombre que ha de ahogar el cisma; y ha de restituir la paz al mundo Christiano.

Figuraos, Señores, à todos los Prelados de la Francia, congregados con el Rey, y los Principes, en el Concilio de Estampes, para deliberar acerca de las dos elecciones que tienen dividida la Iglesia: ¿qué negocio mas arduo? ¿qué decision mas delicada? ¿qué juicio mas necesario? si se decide el punto, amenaza el peligro de que quede vencedor el Pontifice intruso, y si no se decide, se abandona al verdadero Pastor: ¿qué partido, pues, podrá tomar aquella
ilus-

ilustre junta en tan delicadas circunstancias? ¿quál ha de ser? el hacer à Bernardo arbitro supremo de tan importante negocio: Bernardo tiembla, alega para escusarse sus cortos talentos, y el retiro de su profesion, pero todo es en vano; la obediencia le obliga à decidir, y su decision se mira como Oraculo de la Iglesia.

Hablad, pues, ò gran Santo, hablad con aquella justicia, y aquella prudencia de que os ha dotado el Cielo: hablad para honra de vuestra profesion, para gloria de la Francia, y para sosiego de todo el pueblo fiel: hablad, y admiren todos los siglos lo que jamás vieron, y acaso no bolverán à ver, esto es, un pobre Religioso, en quien se reune toda la autoridad de un Concilio, y en quien descansa toda la fuerza del Espiritu Divino; vos solo, Santo mio, sereis el organo de la Iglesia, el defensor del verdadero Papa, el apoyo de la Santa Silla, y el pacificador del mundo Catolico.

A Bernardo debió en esta ocasion el legitimo Succesor de San Pedro, entrar en posesion de sus derechos; à Bernardo debió el mundo Catolico la felicidad de haver reconocido la justicia, y recobrado la paz: à Bernardo debe la Francia en particular, la gloria de haverse distinguido en esta ocasion, por su horror al cisma, por su fidelidad à la Santa Silla, y por su zelo à favor de los Soberanos Pontifices: la Francia fue la primera que reconoció al verdadero Papa, la que manifestó mas ansias por recibirle, y la que se declaró mas generosa en protegerle.

Este era Catolico, el poder de la santidad que resplandecia en San Bernardo: en él se vió cumpli-

da à la letra la promesa que Jesu-Christo hizo à sus Discipulos, quando les dixo, yo os daré en presencia de los Reyes una boca, y una sabiduria, à la que no podrán resistir vuestros enemigos: reparad, Señores, la autoridad con que trata el asunto del Papa, con los mayores Principes. Si es necesario vencer al Rey de Inglaterra, le hace Catolico, haciendole antes temblar como pecador: si es necesario vencer al terrible Duque de Aquitania, se reviste del poder de hombre de Dios, le amenaza como à otro Jeroboam, le derriba en tierra, le presenta el Sagrado Cuerpo de Jesu-Christo, y mas feliz que el antiguo Profeta, obliga à este Principe Cismatico, à que deponga su furor, y se reconcilie con la Iglesia: si es necesario defender la eleccion de Inocencio, contra la eloquencia de Pedro de Pisa, en presencia del Rey de Sicilia, habla con tanta eficacia, que consigue reducir à aquel Prelado à la obediencia del Papa, y dejar al Principe sin excusa en su union al falso Pastor: si es necesario oponerse à los artificios de un Emperador, que solo parece haver recibido en sus Estados à un Papa fugitivo, para obligarle à aceptar unas condiciones injustas, representa con valor al Principe la injusticia de sus proposiciones, y la malicia de su politica, haciendo ver à los Alemanes, è Italianos, que las sutilezas, y astucias de los Cortesanos, no tienen tanta eficacia, como la rectitud, y sencillez de un solitario.

Pero no os parezca, Señores, que queda satisfecho su zelo, con haver concluido el gran negocio del Cisma: muchas veces sucede, que despues de haver lucido un hombre en el desempeño de los negocios

ciós mas arduos, se entrega à un ocioso descanso, y que cansado del trabajo, ò satisfecho con la gloria que ha adquirido, pasa lo restante de su vida en una vergonzosa inaccion: pero el zelo de Bernardo es infatigable, y le mueve à interesarse en todos los negocios de la Iglesia: Bernardo se declara protector de la inocencia, y perseguidor de la injusticia, y de los escandalos. Se opone con el mismo valor que el Bautista à las empresas de un Soberano, que abusa de su poder para turbar el Ministerio de los Pastores, y disipar los bienes de la Iglesia: hace reflorar la hermosura del desierto, por el cuidado que pone en conservarla en su orden, y restablecerla en los demás: hace presentes à los Principes de la Iglesia, las obligaciones de su dignidad, representandoles lo incompatibles que son con éstas, la codicia, y la soberbia; que su verdadera gloria consiste en saber acomodar su alta dignidad al Ministerio Apostolico: que Jesu-Christo dejó para los grandes del mundo el luxo, el regalo, y la vanidad, pero que en los sucesores de los Apostoles, el verdadero modo de contener à los pueblos en la obediencia, es grangearse su amor, con la caridad, y con el aprecio de las virtudes: finalmente, su valor se estiende hasta llegar à reconvenir humildemente al Sucesor de Pedro: ¿qué prudentes lecciones no dá al Santo Pontífice acerca del peso de sus obligaciones, de la superioridad de su Ministerio, de la variedad de sus ocupaciones, de la eleccion de sus Ministros, y del uso de su autoridad?

Me parece, Señores, que os hallais con deseos de bolver à preguntar à San Bernardo: ¿Tu quis es?

os maravillais al verle tan respetado en el mundo, y tan autorizado en la Iglesia: pero no lo extrañeis, porque la excelencia de su profesion, y sus grandes virtudes le ganaban la admiracion, y el respeto de todos los hombres: todos miraban à los solitarios de Claravalle como otros tantos prodigios de la santidad de nuestro Santo: pero Bernardo como mas perfecto entre los perfectos, parecia mas venerable à los ojos del mundo: todas las virtudes de sus discipulos se veían reunidas en su persona: salia de su retiro rodeado de luz como Moyses, por el intimo comercio que havia tenido con su Dios, y à vista de un hombre, cuya celestial mision era tan manifiesta, todos se persuadian à que en él, la justicia reglaba los juicios, el zelo hacia las reconvenciones, la sabiduria dictaba los consejos, y la virtud ordenaba todas las acciones: esto fue lo que le dió un soberano imperio sobre todos los corazones: esto le hizo arbitro de la paz entre los Reyes, los Emperadores, y las Republicas; Predicador de la Cruzada contra los Infeles; Apostol de Francia, Italia, y Alemania, y si es licito decirlo asi, Dios de toda la tierra, como Moyses lo fue de Faraon.

¡O felices tiempos, en que la virtud fue recibida con tanto respeto, y oída con tanta sumision hasta en los Palacios de los Grandes! felices tiempos en que un pobre Religioso tuvo autoridad para hacer quanto quiso, aunque nunca quiso sino lo justo: es creíble, Catolicos, particularmente en un siglo como el nuestro, en el que es tan rara la virtud entre los hombres, en el que la murmuracion la desfigura con tanta injusticia, y la soberbia la mira con tanto

desprecio, ¿es creíble buelvo à decir, que el mundo haya dado en algun tiempo entrada en sus consejos à la virtud? Sí Señores; en el tiempo de San Bernardo se vió este prodigio, el que no debemos esperar que se renueve en nuestros dias, pues en ellos apenas se atreve la virtud à manifestarse, porque vé al libertinage correr sin freno, à la impiedad desfigurada con el nombre de grandeza de animo, y à la devocion afrentada con el de flaqueza: en nuestros dias, lejos de florecer la Santidad del Christianismo, apenas conservamos las costumbres de los prudentes Paganos, seria delito, segun la expresion de San Cypriano, parecer inocente entre tantos culpados, (*Epist. 1.*) la virtud no puede tener estimacion, por hallarse demasiado honrado el vicio, y por una nueva especie de hypocresía, si los Justos quieren ser menos odiosos, es necesario que parezcan menos Santos.

Puede ser, Señores, que interiormente me esteis diciendo; dadnos en nuestros dias un Bernardo, y nosotros le tributaremos toda nuestra veneracion: ¿pero os parece que daríais oídos à un Bernardo en medio de los desordenes, y excesos en que vivis? puede ser que le digeseis lo mismo que en otro tiempo oyó un Profeta: huye de aqui, retirate à otro país en donde sea menos importuna tu presencia: *Graderre, fuge in terra fuda*: retirate à los desiertos, y alli podrás vivir mas tranquilamente: *Comede ibi panem*: en las Aldeas serás temido de unas almas menos nobles que las nuestras: *Et prophetabis ibi*: pero no te atrevas à profetizar en presencia de los Grandes, que juzgan no estar obligados à respetar la virtud,

el Concilio de Sens: allí el sobervio Abeylardo, que se preciaba saberlo todo, se vió precisado à enmudecer; allí se vió la Fé victoriosa por medio de las palabras de un solitario sencillo, que no havia estudiado mas ciencia que la de los Santos, y mudo el error en boca de un Filosofo sutil, que era el hombre mas versado en las disputas de quantos havia en su siglo: esta célebre victoria nos enseña, que es muy impropio de la vana sutileza de los hombres, y mucho mas de la presumptuosa ignorancia de las mugeres, el juzgar de los Dogmas de la Fé; que la verdadera sabiduria, consiste, no en disputar, y en resistir, sino en someterse con sencillez al yugo de la Fé; y que en las materias de Religion, no se alcanza tanto, por medio de una ciencia adquirida, como por medio de la inspirada por Dios, qual fue la de San Bernardo: esta ciencia dió armas à nuestro Santo, para convertir à Gisberto de la Poireé, para confundir à Arnaldo de Brescia, y Henrique de Tolosa, y para destruir todas las profanas novedades, con que aquellos hombres querian manchar la pureza de la Fé.

O Dios mio: ¡Qué admirable sois en vuestros Santos! Quién hubiera creído, Catolicos, que un solitario, que por decirlo así, no tenia mas estudio que la oracion, mas escuela que los campos, mas Maestros, y Doctores que los robles, y encinas, havia de ser luz de la Iglesia, y consuelo de la Religion angustiada: ¡Qué método tan contrario el de San Bernardo, al que siguen muchos sabios de nuestros tiempos! à éstos la oracion les distrahe del estudio, y unicamente hallan descanso en los placeres; segun

su

su dictamen, la meditacion de las cosas espirituales no merece nombre de estudio, ni el cuidado de los negocios temporales, el de distraccion: aseguran que el ayuno debilita el espiritu, y que la abundancia, y variedad de manjares le despierta; miran como diversion de los simples, la leccion de libros piadosos, y las especulaciones estériles, ò profanas, como digno objeto de los talentos sublimes: finalmente, miran la ciencia de la salvacion, como la mas despreciable de todas, y les parece estar perfectamente instruidos, con tal que solo ignoren sus obligaciones: pero aprendan en el exemplo de San Bernardo, que Dios es un Señor, que sabe excusar el trabajo à los que le consagran su tiempo, y que nosotros solamente podemos llegar à ser verdaderamente sabios, por aquellos medios que pueden hacernos Santos. Bernardo, en el piadoso silencio de una celda, en el santo horror de los bosques, y en los sublimes éxtasis de su oracion, aprendió aquella Celestial Doctrina, que nos manifiesta à un mismo tiempo la excelencia de su entendimiento, y la pureza de su corazon: la sabiduria eterna cuidó de instruirle por sí misma, corrió los velos que ocultan los mas sublimes sentidos de las escrituras para que los viese; le dirigió en el estudio de la santa antigüedad, le comunicó luz para que penetrase nuestros mas oscuros Misterios; le dictó las verdades de la Religion, y finalmente, le dió aquel espiritu de inteligencia, y aquella profunda erudicion, que le hizo ser colocado en el numero de los Santos Doctores de la Iglesia.

Esta fue, Señores, la ciencia de nuestro incom-

pa-

parable solitario; ciencia tan divina, y poderosa, que consiguió con ella confundir à los Hereges de su tiempo: tan vasta, que se halló en estado de resolver todo genero de quèstiones; tan pura, que nunca pudo sufrir la menor mezcla de error; tan sublime, que pudo llegar à la mas alta elevacion de la vida espiritual; finalmente, tan prodigiosa, que en un tiempo en que todavia eran muy barbaras las costumbres, y estaban muy poco cultivados los talentos, se vió en los escritos de Bernardo una eloquencia tan noble, que es digna de los siglos mas ilustrados.

Hasta ahora haveis admirado, Catolicos, en nuestro Santo solitario, el zelo, y la sabiduria, que le adquirieron tan grande autoridad, con los que desde su retiro hizo tan importantes servicios à la Iglesia: ahora vereis en él un Ministro Apostolico, que en medio de sus fatigas supo conservar con toda pureza el espiritu de solitario: este es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

UNO de los mayores elogios con que Jesu Christo honró al Bautista, fue decir, que este gran Profeta era una antorcha que ardía, è iluminaba: *ille erat lucerna ardens, & lucens*; porque como dice San Bernardo, explicando estas divinas palabras, resplandecer sin abrasar, es una vanidad torpe: *est enim tantum lucere vanum*: (Serm. in Nativ. S. Joan. Bapt. tom. 2. pag. 105.) y abrasar sin resplandecer, es propio solamente de una virtud común; *tantum*

ardere parum; pero abrasar, y resplandecer, à un mismo tiempo, es lo sumo de la perfeccion: *ardere, & lucere perfectum*.

Esta, Catolicos, es la mas justa alabanza que yo puedo tributar à San Bernardo: hay una semejanza tan perfecta entre nuestro Santo, y el Bautista, que es muy facil conócer à ambos por unas mismas señas: Bernardo era luz, que alumbraba, y al mismo tiempo su corazon estaba abrasado con el fuego del Divino Amor: ya le haveis visto en el estado de solitario exercer los ministerios públicos de Apostól; ahora le vereis conservando en el ministerio de Apostól, el espiritu de Solitario.

Las obligaciones de un solitario, segun el mismo San Bernardo, se reducen principalmente à tres puntos; es à saber, al trabajo corporal, à la obscuridad del retiro, y al amor à la pobreza: el solitario halla en el trabajo corporal la austeridad con que mantiene sujeto el cuerpo; en el retiro, el recogimiento que eleva su espiritu; y en la pobreza voluntaria, el desasimiento que purifica su corazon: *Labor, & latebræ, & voluntaria paupertas hæc sunt monachorum insignia, hæc vitam solent nobilitare Monasticam* (Tract. de morib. & offi. Epis. r. cap. 9.) Examinad, Catolicos, à nuestro Santo en los diferentes Ministerios, que practicó en el discurso de su vida, y vereis que siempre observó una rigurosa austeridad en sus trabajos, un exacto recogimiento de espiritu en medio de sus ocupaciones, y un corazón desprendido de todos los bienes de la tierra, aun quando estaba rodeado de felicidades: vereis que conservó siempre el espiritu de soli-

tario, como si nunca huviera salido del desierto.

Siempre conservó una rigurosa austeridad en sus trabajos corporales; y aun no sé si diga que fuera del desierto se aumentaron sus fatigas: porque, Catolicos, figuraos un hombre extenuado con los santos excesos de su penitencia, y acostumbrado al sosiego de la soledad, entregado repentinamente à largos, y penosos viages; representaos un hombre de una salud muy quebrantada, cargado con el peso de los negocios públicos, y particulares, obligado à satisfacer las ansias de innumerables Pueblos, que acuden à oír su doctrina, à consolar à los muchos enfermos, que ponen en él las esperanzas de su salud; à los presentes, que quieren oír sus oráculos, à los ausentes, que desde lexos le consultan, à los Prelados, à los Cardenales, y al mismo Soberano Pontífice, que no pueden pasar sin sus consejos; representaos todas estas fatigas en un solo hombre, y ved, si podría gozar de algun descanso.

Con todo eso, jamás intentó agravar à los demás el yugo del Señor, y aligerarle para sí mismo; nunca se quejó de sus fatigas, nunca procuró recuperar sus fuerzas por medio del sueño, ò del regalo: vivió siempre muy distante de valerse de los empleos que ocupaba, como de pretexto para recobrar su libertad, ò interrumpir su abstinencia; oprimido con las fatigas, y enfermedades, no busca mas consuelo en su ministerio, que sufrir, y padecer: si pasa de una Iglesia à otra, es por necesidad; si trabaja, es movido del zelo que le anima; si necesita descanso, le busca en la oracion; y si vive, es casi por milagro: con razon, pues, decia, que por lo que à él to-

caba, no deseaba vivir, ni morir: *Nec mihi vivere volo, nec mori.* (Epis. 144. n. 2.) Solamente la obediencia pudo sacarle de su retiro, y el zelo obligarle à abrazar el ministerio Apostolico; pero siempre conservó la austeridad del desierto, sin admitir descanso alguno en sus trabajos.

Pero lo que mas admira en nuestro Santo, es el recogimiento interior, que conservó siempre en medio de las negociaciones mas difíciles, y de las empresas mas delicadas: bien sabeis, Señores, quan difícil es, que un hombre posea su alma, quando está precisado à aplicarse à los objetos exteriores: no hablo aqui con los mundanos, pues segun dice el Apostol, el hombre terrestre, y sensual no comprehende las cosas de Dios: el mundano, entregado à los placeres, y à las vanas ocupaciones del siglo, como ama la distraccion, no la contempla como mal: hablo con las almas christianas, que están precisadas à repartir el tiempo entre unos negocios inocentes, y el cuidado de su eterna salud; estas almas conocen muy bien el peligro, que hay en entregarse à los negocios exteriores, si el hombre no procura recogerse muchas veces dentro de sí mismo: el espíritu del Señor es un soplo ligero, y delicado, al que aparta de nosotros el viento impetuoso, y por poco que el alma se distraiga, pierde facilmente la paz interior.

Pero hay algunos Santos, à quienes la gracia hace superiores à todas las reglas: el Apostol conversaba en el Cielo, no obstante las grandes ocupaciones de su ministerio; y Bernardo, al mismo tiempo que exercia unas funciones verdaderamente apostolicas, hacia de su corazon una soledad, en la que

vivia como verdadero Anacoreta: no obstante hallarse en medio del mundo, sus sentidos estaban muertos para los vanos objetos, y sus deseos siempre fijos en el Cielo: aun quando estaba encargado de los negocios mas arduos, siempre tenia libertad, para entregarse à la mas alta contemplacion: como el Angel del Apocalipsis, tenia un pie en la mar, para pacificar al mundo agitado, y otro en la tierra, para no padecer él las inquietudes del mundo; cuidaba de los hombres por su zelo, y se poseía à sí mismo por medio de su recogimiento.

¿Qué Santo es este? podemos bolver à preguntar, Catolicos: *Tú quis es?* en la soledad escribe, y trabaja para bien de la Iglesia, y en el mundo contempla, y medita, como si viviera en el sosiego de su celda. La obediencia le saca de su retiro, y al mismo tiempo su corazon está suspirando por su amada soledad; en el mundo parece que ha adquirido nuevas fuerzas, para bolver al retiro; y admira el ver que aquella incomparable obra, que compuso sobre los Cánticos, la que sin duda pedía suma tranquilidad, y profunda meditacion, habiendo sido interrumpida tantas veces, siempre fuese continuada con igual espíritu.

Al ver, pues, un Santo, tan intimamente unido con su Dios por medio de la contemplacion, y retiro interior, no me admira, que se manifestase tan indiferente en los felices sucesos, que proporcionaba à su zelo la providencia: el fuego del divino amor, que abrasaba su alma, y su profunda humildad, le quitaban absolutamente el gusto para todos los objetos, que pueden lisongear al amor propio.

Si

Si el mundo, y la Iglesia le honran como à un Angel de paz, y de salud, procura rechazar con modestia las mas justas alabanzas: su zelo le sirve de materia para escrupulizar, y sus felices sucesos le ocasionan confusion: no piensa que la santidad de su profesion le ha hecho util à la Iglesia, antes por el contrario teme que los servicios que ha hecho à la Iglesia le hagan perder la santidad de su profesion; se aflige, se acusa en presencia de Dios, y de los hombres, y teme perder su alma, al mismo tiempo que está salvando las de sus proximos, creyendo que es tan peligroso en un Solitario el hablar, como en un Pastor el silencio.

Si se vé precisado à impugnar à Abeylardo, primero le persuade con caridad, y procura ganarle con prudente agrado, queriendo mas tener el consuelo de persuadirle en secreto, que la gloria de convencerle en público: si ha de hacer patentes los errores de Gisberto de la Poirée, publica al mismo tiempo el merito de su sumision, usando de unas voces, que mas parece haver sabido aquel Prelado vencerse à sí mismo, que ser su victoria efecto del zelo, y sabiduria de Bernardo: si se atreve à dár consejos al Sumo Pontifice Eugenio, respeta en él al Ungido del Señor, y al Principe del Pueblo Christiano, pero al mismo tiempo, como Siervo fiel, separa su veneracion de la lisonja, y como humilde Religioso, procura librar à su zelo de la nota de temerario: manifiesta à Eugenio los peligros de su dignidad, y al mismo tiempo ensalza sus preeminencias; si se acuerda que el Papa fue su hijo, y su discipulo, como Religioso, no se olvida de que este mismo Religioso, es

aho-

ahora su Padre, y su Maestro, como Papa; y manifestando en los elogios que le hace el amor, y el respeto de un hijo para con su padre, dá tambien à entender en sus reconvenciones el amor de un padre para con su hijo.

Si exerce el ministerio de la divina palabra, no le mueve el vano deseo de ser aplaudido, y solo aspira à la instruccion, y conversion de sus oyentes; no trabaja su discurso en conbinar ideas, ni su memoria en buscar frases esquisitas; el espiritu de Dios, que reside en su corazon, se manifiesta por su boca: si solamente hubiera aspirado à lucir en sus discursos, es indubitable que tenia un talento sobresaliente para conseguirlo; sus escritos están llenos de tanta delicadeza, que claramente se vé en ellos, que no hubiera tenido necesidad de caudal ageno, para grangearse los aplausos de su auditorio con aquellos ingeniosos adornos retóricos, que mas sirven de cebo à la curiosidad vana, que de pasto util à los oyentes; pero enemigo de toda afectacion, anunció siempre las verdades, que havia aprendido en la soledad con sencillez, y eficacia; y semejante à San Pablo, hubiera rasgado sus vestidos, si huviese encontrado Lycaonios, que quisiesen ofrecerle incienso, como à Dios de las palabras.

Si el fin de su ministerio hubiera sido llegar à poseer algun dia la dignidad de Apostol; si solamente hubiera mirado la Catedra de Moyses, como escalon para subir mas alto, no hubiera dejado de admitir alguno de los muchos Obispados, que le fueron presentados, ni hubiera renunciado la Silla de Milan, en la que tanto por su eloquencia, como por

por su santa libertad en reprehender los excesos de los Soberanos, se huviera manifestado digno sucesor de Ambrosio; pero, à imitacion del Profeta, solamente deseaba ser despreciado en la Casa del Señor, y temia tanto la dignidad Episcopal en sí mismo, quanto la respetaba en los demás.

Pero acaso juzgareis, Señores, que aunque descuida tanto de sus propios intereses, no abandonará los de su Monasterio; porque hay cierta especie de codicia sutil, que se disfraza con el nombre de precaucion prudente, y sabe conciliar la pobreza del particular con la riqueza del comun; pero no, Bernardo no dá lugar en su corazon à estas sutilezas; ¿qué beneficios no podia esperar del agradecimiento del Papa Inocencio, à quien tan gloriosamente havia mantenido en el Trono Pontificio, y del afecto del Papa Eugenio, que antes havia profesado su Regla? ¿qué ocasion mas favorable para pedir gracias, que aquella en que estos dos Pontifices honraron su Monasterio con su presencia? Pero entonces conoció el mundo que los Discipulos de Bernardo, lejos de querer hacerse odiosos con la posesion de las riquezas, miraban la santa pobreza como su mayor felicidad; porque persuadidos à que la modestia, la sencillez, el recogimiento, y la frugalidad, son los verdaderos tesoros de los Religiosos, todas las demostraciones de alegria, y toda la pompa con que en estas dos ocasiones recibieron à los augustos huespedes, se redujo, à que estos admirasen en ellos estas virtudes: los discipulos de Bernardo tenían cerrados los ojos para no ver la vanidad, y magnificencia del mundo; y los hombres del mundo

do apenas tenían ojos para ver, y admirar las virtudes de los discipulos de Bernardo: los Cortesanos envidiaban la suerte de los Solitarios; el mismo Papa Eugenio, dando un admirable exemplo de humildad, ocupa el mismo puesto que antes le correspondía entre sus hermanos, y práctica las austeridades de su antiguo estado, no obstante estar revestido de la suprema dignidad.

¡Ah, Catolicos! ¡qué digno hubiera sido de lastima nuestro Santo, si hubiera puesto su esperanza en los hombres, y si hubiera vivido unido à los Papas, ò por gloriarse vanamente de su privanza, ò por grangearse sus favores! ¡qué presto se hubiera visto desengañado! no sé si me atreva à proponer la prueba de esta verdad; pero el piadoso Cardenal Baronio dejó ya notado en sus Anales, (*ad an. 1043.*) que el Papa Inocencio, que debia la Tia-
ra à los trabajos, y aun no sé si diga à la proteccion de nuestro Santo, se entibió muy presto para con su bienhechor: Bernardo emprehendió los mas asperos viages por el servicio de Inocencio, pero éste empezó à cansarse de las freqüentes cartas de Bernardo, y à dár algunas muestras de su disgusto; en lo que se vé, exclama el mismo Cardenal con el Profeta David, lo fragil que es la esperanza que pone el hombre en los Príncipes, y potestades del siglo; pero como el zelo de Bernardo fue siempre desinteresado, como siempre havia empleado todo su credito à favor de la Religion, de la inocencia, y de la justicia, padece esta desgracia con una resignacion modesta, y religiosa, persuadido à que pierde muy poco el que pierde la gracia de un hombre mortal.

Nues-

Nuestro Santo pudiera decir, que el que contrahe amistad con los Grandes del mundo, se carga de un gran peso, y que estos consumen las fuerzas de los que los sirven, para abandonarlos luego que no los juzgan necesarios; pero no, Catolicos, la virtud de nuestro Santo Solitario le hace superior à los prosperos, y adversos sucesos; y lejos de quejarse del desvío del Papa, se acusa à sí mismo de indiscrecion.

No me parece, Señores, que es necesario referir los grandes milagros con que el Señor se dignó honrar el Monasterio de nuestro Santo: el mismo San Bernardo es el mayor de todos los milagros: cada vez me parece Bernardo mas incomprehensible; y confieso, que despues de haverle examinado muy atentamente, me veo precisado à dár fin à este discurso, bolviendole à preguntar, *tú quis es?* A la verdad, parece, Señores, que el mismo Santo se retrató à sí mismo, quando dijo, que el hombre verdaderamente perfecto es aquel, que siempre es agradable à Dios; util al proximo, y que cuida de sí mismo: *Placens Deo, cautus sibi, utilis suis.* (*Serm. 57. in Cant. Cant. n. 12.*) Pero ¿cómo pudo exercer el ministerio de Apostol en lo mas escondido de la soledad, y vivir como Solitario, en medio de las mas penosas funciones del ministerio Apostolico? ¿cómo pudo parecer à un mismo tiempo tan contrario, y tan semejante à sí mismo? no lo alcanzo, Señores; pero me parece, que le puedo aplicar lo que él mismo dice de aquellos famosos, y antiguos Caballeros, que sabian unir tan perfectamente la Profesion Religiosa con el Arte Militar, esto
-Tom. IV. Rr es,

SERMON

EN EL DIA DE LA BEATIFICACION

de Santa Juana Fremiot de Chantal,

Fundadora de la Orden de la

Visitacion.

In æternum coronata triumphat incoinquinatorum certaminum præmium vincens. Sap. 4.

Fue coronada eternamente, y triunfa despues de haver vencido, y logrado el premio de los combates, en los que jamás quedó manchada su gloria con la menor flaqueza.

YA llegó por último el glorioso dia tan deseado de mi corazon: ya puedo publicar mis afectos en presencia de los Altares; y si en alguna ocasion debió mi voz emplearse en panegyricar las acciones de un Heroe admirable, en ninguna con mas justo titulo que en la presente. (*) Perdonadme, Señores, estas expresiones que nacen de mi agradecimiento: este elogio es paga de una deuda religiosamente contrahida; la Iglesia me autoriza para poderla pagar: la Iglesia sola tiene derecho para abrir nuestras bocas, y determinar los objetos de nuestro

(*) El Autor en una peligrosa enfermedad ofreció à Dios predicar el Panegyrico de nuestra Santa en su Beatificacion.

tro culto, y declarar quáles son los Heroes que merecen nuestros elogios: hasta ahora, por grande que haya sido nuestro afecto, por mas bien fundada que pudiese parecernos nuestra veneracion, y por mas obligados que nos hallasemos con las gracias recibidas, nuestro zelo, contenido dentro de los sagrados limites que prescribe la Religion, se hallaba como suspenso.

IV Pero quanto mas tiempo han estado detenidas las expresiones de nuestro afecto, son tanto mas vivas, quando se les concede libertad para manifestarse: salgan, pues, hoy al público: canten nuestras bocas cánticos de alegria en este nuevo dia de triunfo: Sagrados Ministros del Evangelio, hoy debemos todos proclamar el nombre del triunfador, y publicar las heroycas acciones con que mereció los honores del triunfo, que hoy le concede la Iglesia: sepa, pues, el mundo que estos triunfos se consagran à la gloria inmortal de la Bienaventurada Juana Francisca Fremiot de Chantal, primera Religiosa, primera Superiora, y Fundadora de la Orden de la Visitacion.

Hoy triunfa en la tierra, despues de haver sido eternamente coronada en el Cielo por mano del Juez Supremo: *Triumphat in æternum coronata*: este es el justo premio de las victorias que consiguió en los combates, en los que jamás se manchó su gloria con la menor flaqueza: *Incoinquinatorum certaminum præmium vincens*: el mundo, y la naturaleza son los dos terribles enemigos con quienes peleó, y à los que dexó vencidos: sus victorias contra el mundo serán el asunto de la primera parte de este discurso.

curso; y las que consiguió contra sí misma, serán el de la segunda: estas fueron las victorias que la merecieron el triunfo glorioso que hoy goza: *In æternum coronata triumphat*: Divino Espiritu, la fuerza de vuestra gracia fue la principal causa de estas victorias, comunicadme la à mí, para que pueda celebrarlas dignamente; y para mas obligaros, invocamos todos la proteccion de vuestra Celestial Esposa, saludandola con el Angel. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Feliz Provincia, feliz Ciudad, que tuviste la gloria de haver dado à la Francia esta nueva Heroína de la Religion! Cerca de cinco siglos antes, Dijon, Capital del Ducado de Borgoña, havia visto nacer cerca de sus muros al célebre Doctor de la Iglesia San Bernardo; (*) y à fines del siglo decimo sexto, la misma sangre se unió à la de la familia de Fremiot en la persona de la Baronesa de Chantal. (**) Pero todavia no es tiempo, Señores, de hablar de la gloria de sus antepasados: esta gloria es uno de los trofeos que servirán de adorno al triunfo, cuyos honores hoy recibe.

San Agustín, explicando las victorias que la gracia hace conseguir à los Santos contra el mundo, quiere que para que estas victorias sean completas, se extiendan à todos los errores, à todos los atractivos,

(*) San Bernardo nació en Fontaines, à media legua de Dijon.

(**) Los Señores de Chantal descienden de una hermana de San Bernardo por línea femenina.

y à todas las amenazas del mundo: *Cum omnibus erroribus, amoribus, & terroribus vincatur hic mundus*: esta es la triplicada victoria que contra el mundo consiguió la Heroína, cuyo triunfo celebramos en este dia.

Venció sus errores: el mundo tuvo errores en todos los siglos, y aun en cada siglo parece que intenta nuevos errores; en cada edad muda de armas para combatir, y a ruina nuestra santa Fé, si le fuera posible: en los primeros siglos se ocupó el Christianismo en pelear contra la idolatría; hoy nuestro mas formidable enemigo es la irreligion, peor que la idolatría, y todos los demás errores: pero no obstante, à pesar de sus ardidés, triunfarémos de él, y tenemos por prenda de esta confianza las famosas victorias que sucesivamente ha conseguido la Iglesia de Jesu Christo contra todos los que tuvieron la osadía de querer derribarla. No sé si en algun tiempo se halló la Religion en Francia en mas deplorable estado, que à fines del siglo decimo sexto: la heregía, que solamente se oculta quando se halla sin fuerzas para poner en execucion sus proyectos, havia levantado públicamente el estandarte de la rebellion; en estas tristes circunstancias, la Borgoña tuvo la felicidad de que dentro de su Senado se hallase un Magistrado, que con su prudencia, y zelo supo conservarla la fidelidad que debia à su Dios, y à su Principe: este Magistrado fue el Presidente Fremiot, y padre de nuestra Santa, vasallo tan zeloso de los intereses de su Soberano, que no fue capáz de acobardar su constancia, la amenaza que le hicieron los Gefes de la

Liga, de embiarle la cabeza de su hijo, al que tenían prisionero; y Christiano tan perfecto en la práctica de las virtudes evangelicas, que en recompensa de sus importantísimos servicios, solo pidió el perdón para su mayor enemigo, el que consiguió como lo deseaba.

¿Pues cuáles serían, Catholicos, los hijos de tal padre? Su principal cuidado fue el educarlos, e instruirlos por sí mismo, no fiando à nadie su enseñanza, principalmente despues que la muerte los privó de una madre tan aproposito para educarlos en la virtud, como para dar Santos al mundo: como el virtuoso Tobías, en los tiempos mas calamitosos dividia todos sus cuidados entre el Estado, y su familia, siendo igualmente util al uno que à la otra: el zelo del bien del Estado le movia à educar bien à sus hijos, y el amor à éstos le servia de estímulo para mirar por los intereses del Estado; su principal lección era el exemplo, enseñandoles ante todas cosas à temer à Dios, à respetar à sus Superiores, y à vivir inviolablemente unidos à la fé de la Iglesia: ¿qué consuelos no experimentaria este buen padre al ver lo bien que se logran sus ideas? el unico hijo varón, que era toda la esperanza de su casa, se consagra al Señor, y este generoso Abraham, no solamente no murmura, sino que mira esta santa resolución como su mayor consuelo: es verdad que su nombre ha perecido absolutamente en la tierra, pero además de que vivirá mas gloriosamente en los anales de una de las mas illustres Metropolis, (*) nunca

(*) Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges.

se borrarà del libro en que Dios escribe los nombres de sus escogidos.

No os cause admiracion, Señores, ver en lo sucesivo à este admirable padre conformarse con tanta grandeza de animo, con los sacrificios que vé hacer à su santa hija: me atrevo à decir que ya anticipadamente los esperaba: desde sus primeros años la havia visto dotada de muy abundantes gracias: todavia se hallaba entre las fajas, y ya se puede decir que se advertian en ella la fé, la obediencia à la Iglesia, y el horror à las profanas novedades, que havian sido siempre el distintivo de su illustre familia: reynaba en ella como una natural antipatía à los Hereges: si algun Sectario llegaba à hablarla, inmediatamente se la mudaba el color, y quedaba como pasmada: ¡oh Padre amante, y feliz, qué afectos no sentiria tu corazon, quando la viste à la edad de cinco años disputar con un Caballero, inclinado à los errores de la nueva doctrina, y vencerle, ò à lo menos confundirle, tanto con la eficacia de su discurso, como con las gracias que añadian fuerza à sus tiernos acentos?

Segun iba creciendo en edad, se iba fortificando en la fé, y consiguiendo nuevas victorias: ved, Señores, aqui uno de los mas violentos combates: hacen liga contra nuestra Santa lá esperanza de una brillante fortuna, la inclinacion de su corazon, la carne, y la sangre: todas estas armas se unen, pero es para proporcionarla un triunfo mucho mas célebre. Su hermana la Baronesa de Efran, la propone la alianza con un Caballero de los mas distinguidos de Poituo: este joven amaba con extremo à nuestra

Santa, y ella no dexaba de corresponderle, por concurrir en él todas las prendas naturales que pueden mover à un corazon prudente: ignoraba Santa Juana la Religion del Esposo, que la destinaba su familia; pero apenas supo que era distinta de la que ella profesaba, quando rompió los lazos que voluntariamente havia formado hasta entonces, venciendo à un mismo tiempo los afectos de su corazon, y despreciando las esperanzas de la alta fortuna en que iba à verse colocada: los alhagos, las amenazas, las persecuciones, y las promesas, todo fue inutil para vencerla: nunca podrá resolverse à amar al que es enemigo de la Iglesia.

Despues de una victoria tan singular, ¿podrá lisonjearse el error de que tendrá fuerzas para engañarla? Tenia particularisima devocion à los Santos Martyres; hablaba continuamente de sus trabajos, y embidiaba su suerte: como no se hallaba en proporcion para derramar como ellos su sangre, supplia à lo menos sus deseos con sus lagrimas, llorando dia, y noche los estragos que ocasionaba el error, sin hallar consuelo mas que en la sencillez de su fé, y en la felicidad de haver nacido, y esperar vivir, y morir fiel, y obediente à la Santa Iglesia Catolica Apostolica Romana: para gozar mas bien los consuelos que la inspiraba esta felicidad, hizo que la compusiesen una meditacion sobre este asunto, y esta la servia de alivio en todas sus aflicciones: en ella aprendia aquella ciega sumision à las verdades de la fé, que la hacia no poder sufrir disputas acerca de nuestros Misterios, ni que se alegase mas razon para creer, que la revelacion de Dios, manifestada por

el órgano de su Iglesia: con esta meditacion se confirmaba cada dia mas en su respetuosa sumision al venerable cuerpo de los Obispos, al que siempre estuvo obediente, y quiso que obedeciesen perpetuamente sus hijas, sin la menor restriccion; ¡feliz mil veces, ò Dios mio, el alma en quien mantuvisteis siempre, por medio de vuestra gracia, tan piadosas ideas, y à quien concedisteis por Directores de sus virtudes à los mismos que haviais escogido para zelosos defensores de vuestra Fé, quales fueron San Vicente de Paulo, y San Francisco de Sales.

Con justo motivo he empezado, Señores, el Panegyrico de nuestra Santa, elogiando su fé: los que tenemos la dicha de vivir en el seno de la Iglesia, no podemos alabar mas virtudes que las que estrivan en este principal fundamento de toda la justificacion christiana: si advertimos alguna flaqueza en este fundamento, inmediatamente desaparece la santidad à nuestra vista, y el que en este punto se rinde al enemigo, nunca podrá triunfar entre nosotros.

Ya podemos celebrar sin temor los combates, y triunfos de nuestra Santa; despues de haverla manifestado victoriosa contra los errores, podemos darla el parabien de las victorias, que consiguió contra los alhagos del mundo.

Sin duda eran estos unos enemigos muy poderosos: su nacimiento era de los mas illustres: sus troncos eran los de las familias de Fremiot, y de Berbisís: el origen de sus ascendientes paternos, es conocido en la Provincia de Borgoña, por haver sido los primeros que recibieron la Fé de manos de su Apostol; y tres siglos de una constante sucesion

en los mas distinguidos empleos del Senado de Borgoña, era el timbre de su familia materna: su fortuna correspondia à su nacimiento, siendo muy sobradas sus riquezas para mantener el lustre de su casa; y la naturaleza parece se havia manifestado prodiga con nuestra Santa, dotandola de todas sus gracias, y atractivos.

Finalmente, triunfó tambien de los alhagos con que la acometió el mundo en la alianza que contrajo: bien conocida es, Señores, entre nosotros la familia Rabustins; en ella han sido igualmente célebres los individuos de ambos sexos: las Historias de nuestras guerras, y de nuestra literatura, están llenas de este famoso apellido, el que es uno de los mas apreciables adornos, tanto de los Anales de la Iglesia, como de los del Estado: nuestra Santa contrajo matrimonio con el Baron de Chantal, primogenito de esta Casa; este joven Caballero, aun mas recomendable por sus virtudes personales, que por las de sus mayores, en cuyo elogio basta decir, que por su prudencia mereció que el Presidente Fremiot le eligiese para esposo de su hija, y por su valor se ganó la estimacion, y confianza de Henrique el Grande: aqui debieramos, Señores, llorar la desgraciada, y temprana muerte de este joven, si no nos hubiera de servir en adelante de motivo para ensalzar una de las mayores victorias que contra sí misma consiguió su digna esposa.

Ya podemos, Catolicos, adornar su triunfo con los trofeos que nuestra Santa havia conseguido del mundo: ya os la podeis representar como aquella Muger fuerte, de quien habla la Escritura, sacrifi-

can-

cando su sosiego por cuidar de su familia, ganando el corazon de su esposo con su sumision, y correspondiendo con su amor à su confianza: buscando à la letra lino, y lana para trabajar con sus manos; igualmente habil en el desempeño de los negocios domesticos mas arduos, que en el de los de menos importancia; estendiendo unas veces la mano, segun la expresion de la Escritura, à los asuntos mas dificiles, y tomando en ella inmediatamente el uso: vigilante, atenta, cuidadosa, y haciendo reynar la abundancia en su familia, por el buen orden que en ella havia establecido.

Os la podeis representar como otra Esther, enemiga del fausto, y de los adornos, pero condescendiendo con las necesidades en que la ponía su clase, y con la voluntad de su esposo, pareciendo en público con la decencia correspondiente à su nacimiento, y estado, y quejandose al mismo tiempo à su Dios en lo intimo de su corazon, de la triste necesidad en que se hallaba, condenandose al mas austero retiro, quando la ausencia de su esposo la dejaba en entera libertad; mudando entonces sus adornos en cilicios, y sus perfumes en ceniza; procurando siempre acudir liberalmente à los indispensables gastos de su esposo, tanto en Campaña como en la Corte, usando de una muy prudente economía consigo misma.

Ya podeis contemplarla como la caritativa Tabbithes, ocupada en sus buenas obras, siendo el refugio, y el consuelo de todos los infelices; multiplicandose milagrosamente entre sus manos las provisiones, como entre las de la viuda de Sarepta, y al-

can-

canzando en tiempo de hambre, no solo para el sustento de su casa, sino para el de todos los pobres de sus Estados.

Finalmente, miradla como otra Judith en los tristes dias de su viudez, sirviendose de su juventud como de justo titulo para vivir mas retirada, y mirando sus riquezas como otros tantos avisos de la obligacion que tenia à repartirlas con los pobres; siendo à un mismo tiempo respetada, y amada, y obligando con sus procederres hasta à la misma malicia à que respetase su virtud.

Pero todas estas virtudes no eran mas que ensayos de las victorias que intentaba conseguir en adelante: en este estado se hallaba nuestra Santa, quando vió por la primera vez al Santo Obispo de Ginebra, igualmente amable en su trato, que habil en la ciencia de la direccion de las almas; guia ilustrada en los caminos de la perfeccion, la que él mismo practicaba tan escrupulosamente; guia segura, que con su exemplo, y con sus agradables discursos, facilitaba à todos los medios para que los practicasen: bajo la direccion de semejante Maestro, ¿qué progresos no haria una alma tan fuerte, y tan aguerida? Este santo Director la enseñó à acabarse de desprender de todos los lazos que todavia la unian à la tierra, y à no tener en ella mas cadenas que las de la divina caridad: mandad, ¡oh Dios mio! mandad, que vuestra sierva se halla dispuesta para todo.

¿Pero qué significan aquellos tiernos suspiros con que se queja en presencia de su virtuoso Padre? ¡Ah, Catolicos! no creais, que como la hija de Caleb,

le, pide una bendicion temporal: es verdad que se queja de su patrimonio: *Terram arentem dedisti mihi:* pero esta tierra árida es la brillante fortuna de que se vé acompañada en el mundo; y suspira por el retiro, en donde podrá recibir todas las influencias de las bendiciones celestiales: *Terram arentem dedisti mihi, da, & irriguam.*

Para conseguir un completo triunfo en la lid del Christianismo, dice San Gregorio Papa, que el medio mas proporcionado, es el despojarse de todo: el Athleta que quiere vencer, prosigue este Santo Padre, no se presenta al combate cargado de vestidos, y adornos: nuestros vestidos, Señores, son los bienes, y dignidades de la tierra; de estos vestidos se agarra nuestro enemigo para derribarnos en tierra: oh vosotros, exclama este Santo Doctor, los que aspirais à la Corona, arrojad generosamente todo aquello en que puede hacer presa vuestro enemigo.

¿En que se detiene nuestra Santa viuda para cumplir à la letra este consejo? ¿la detienen acaso los alhagos del mundo? ¿la asustan sus amenazas? No, Señores, pues ya havia mucho tiempo que estaba acostumbrada à vencer estos obstaculos: la providencia la havia puesto muchas veces en semejantes luchas, de las que la havia sacado victoriosa; miradla, Señores, en la casa de su suegro, (inferid de este lance todos los demás) en donde mas fiel, mas humilde, y mas generosa que Sara, se vé en algun modo sujeta à una Agar imperiosa, que irritando continuamente contra ella el genio credulo de su Amo, la hacia sufrir por espacio de siete años una especie de persecucion domestica, sensible en extremo pa-

ra nuestra Santa, por estenderse tambien à sus queridos hijos.

Pero quando llegó el caso de haverse de entregar enteramente à Dios, entonces fue quando experimentó de parte del mundo las persecuciones que, como dice San Pablo, deben esperar todos los que quieren seguir à Jesu-Christo: no hubo discurso falso, è injurioso, que no dirigiese contra ella la malicia; no quedó ardid, ni esfuerzo que no emplease el mundo para apartarla de su santo proposito, y bolverla à ligar con sus cadenas, por medio de un segundo matrimonio: ¿qué lagrimas, qué pretextos, y qué razones no la oponia su familia? ¿qué obstáculos tan invencibles no halla su santa resolucion? Pero à todo resiste, y por ultimo de todo triunfa.

Determinada à entregarse à Jesu-Christo de un modo mas firme, è inviolable, se resuelve à cumplir à la letra el consejo que daba à su Esposa el Esposo de los Cantares: *Pone me ut signaculum super cor tuum*: grava en su corazon el adorable nombre de aquel para quien solamente determina vivir en adelante! ¡oh amor generoso, y atrevido! ò no sé si diga indiscreto, y cruel, que la obligas à imprimir en su carne, por medio del fuego, y de las llamas, el nombre de Jesus.

Ya puede decir con San Pablo, que el mundo está muerto, y crucificado para sí, y que ella se halla muerta, y crucificada para el mundo; con el Apostol puede decir, que lleva sobre su cuerpo el carácter de Jesu-Christo: ¿qué triunfos no conseguirá militando bajo de este estandarte, que es prenda infalible de la victoria? Armada con estas armas, que

tantas veces han vencido al mundo, y fortalecida con este escudo impenetrable, ¿cómo podrá su corazon temer los dardos del mundo?

El Santo Obispo de Ginebra havia ideado mucho tiempo antes el plan de facilitar, por decirlo así, los caminos de la perfeccion à aquellas almas à quienes la edad, ò las enfermedades impedian llegar à ella, por las penosas sendas de las austeridades, imponiendo al corazon, y al espiritu el yugo que no podia llevar el cuerpo, manteniendo cautivos los sentidos, mas con las cadenas del amor, que con las del temor, y penitencia, formando una santidad sólida, è interior, en la que con poca contemplacion se hallase mucha sencillez, en la que huviese mas desapropio, que pobreza, mas caridad que retiro; y en la que una obediencia ciega substituyese à los ejercicios penosos del cuerpo: este me parece que era el plan general que el Señor havia inspirado à su Siervo; ¿pero de quién se havia de valer para su execucion?

Representaos, Señores, aquella famosa Profetisa de Israel, que guió à Barach à la victoria, y vereis figurada alli la union que despues se formó aqui entre el Santo Obispo de Ginebra, y la Baronesa de Chantal, con la diferencia de que nuestra Santa siguió, como era justo, ciegamente los consejos del Santo Obispo.

Vade, duc in Montem Thabor: me parece ser estas las mismas palabras que San Francisco de Sales decia à nuestra Santa; vé, y conduce al Monte Thabor, una tropa de gente escogida, à aquel verdadero Thabor, mansion de la pureza, y de todas las virtudes, al que solamente suben las almas.

privilegiadas, y escogidas del Señor; à aquel verdadero Thabor, en donde se pasan los dias, y los años como instantes en una intima union con Dios: feliz el alma que puede fixar en él su morada: alli se juntan con vos mas de diez mil Campeones escogidos de todas las Tribus de Israel; yo llevaré alli no al Principe de los Exercitos de Chanaan, sino al Principe del mundo, para que quede enteramente arruinado, y vencido: à estas palabras me parece estar oyendo responder à la humilde sierva del Señor; estoy pronta à obedeceros, iré donde me mandais, pero con la condicion de que me haveis de acompañar, guiando todos mis pasos: *Si venis mecum, vadam*: finalmente, asegurado el Santo Obispo de las disposiciones de su fiel Compañera, se resuelve à dar principio à la empresa: *Ibo quidem tecum*: la idea es propria de San Francisco de Sales, pero la execucion pertenece à la Baronesa de Chantal; nuestra Santa es propiamente quien experimenta todas las fatigas del combate, y asi, podemos atribuirle principalmente el honor de la victoria: *Victoria..... in manu mulieris.*

Admiraos vos misma, ò famosa Heroína, cantad al Señor un cántico de agradecimiento: *Surge, surge, Debora, surge, loquere canticum*: ¡ah, Catolicos! ¡en qué triste estado se hallaba entonces el verdadero Pueblo de Dios! Todas las calles de Sion estaban cubiertas de luto; apenas havia quien se atreviese à andar por ellas: *Qui everunt semitæ, & qui ingrediebantur per eas ambulaverunt per calles devios*: el mundo triunfaba hasta en el mismo Santuario, y en los asilos, que en otro tiempo se havia formado la Religión; pero Dios, compadecido de nues-

tras desgracias, suscitó un Profeta para su Pueblo, y una madre para Israel: *Donec surget Debhora, surget Mater in Israel*: ambos de comun acuerdo pelearon, y vencieron; salvaron las reliquias del Pueblo de Dios, y quedó vengada la gloria de Sion: *Salvatae sunt reliquiae Populi.* Ved, Señores, cumplida la Profecía del Real Profeta David, pues todos estos triunfos de nuestra Santa son parte de los triunfos de la Iglesia: ¡oh Soberano Rey de la Gloria! ¡quántas almas puras, è inocentes atrajo à vuestra morada esta nueva Esposa! ¡quánta multitud de Virgenes, semejantes à ella en hermosura, vienen todos los dias, siguiendo su exemplo, à consagrarse à vos en vuestro Santo Templo! ¡oh ilustre, y santa Esposa del Señor, qué abundantemente veis recompensado el sacrificio que hicisteis de vuestro Padre, y de vuestros amados hijos! Pero no pasemos adelante; antes de aplaudir su felicidad, y su gloria, es necesario acabar de referir los trofeos con que se ha de coronar su triunfo: las victorias que consiguió contra el mundo, han sido el objeto de la primera parte de este discurso; las que consiguió contra sí misma han de ser el de la segunda.

SEGUNDA PARTE.

NO son muy plausibles las victorias que el Cristiano consigue contra el mundo, pregunta San Gregorio Papa? ¿Declararse contra sus errores, pisar su fausto, y despreciar sus juicios, no son acciones propias de un corazon magnanimo? Sin duda, Catolicos; pero todo esto, añade San Geronymo, lo vimos practicar à los antiguos Philosophos:

el oponerse al torrente de las opiniones comunes, puede ser efecto de una oculta soberbia; la misma vanidad puede inducir al hombre al desprecio de las dignidades, y riquezas, y su amor propio puede li-songearse interiormente de la indiferencia que manifiesta exteriormente à lo que los demás hombres tanto aman, ò temen: por eso, prosigue el mismo San Gregorio, el verdadero heroismo, el que es superior à nuestras fuerzas, y à las luces de la Philosophia, el heroismo que nadie practicó, ni conoció antes de Jesu-Christo, consiste en vencerse el hombre à sí mismo: ya haveis visto, Señores, como la ilustre sierva de Dios, cuyo triunfo celebramos en este dia, despreció, y venció al mundo; ahora vereis las victorias que consiguió contra sí misma, ayudada de la divina gracia: estas victorias fueron ocultas, y secretas; pero no por eso son menos dignas de nuestra admiracion, y de nuestros aplausos.

Triunfó de su corazon, de su entendimiento, de su voluntad, y de todos sus sentidos: triunfó de su corazon, sacrificando sus mas inocentes inclinaciones, por medio de una resignacion generosa: triunfó de su entendimiento cautivando sus luces por medio de una ciega, y sencilla obediencia: triunfó de su voluntad, subordinandola en todo à las leyes de quien la governaba; y triunfó de sus sentidos, disipando sus ilusiones, por medio de la mas rigurosa mortificacion: ¿puede darse, Señores, triunfo mas completo?

Hasta ahora no haveis visto mas que el resplandor exterior de sus sacrificios, los que fueron admirables, aun à la vista del mundo; ahora es necesario que admireis en su corazon el valor, y el merito de estos mismos sacrificios: ¿qué pruebas no hicis-

teis,

teis, ò Dios mio, de esta alma generosa? Havia ocho años solamente que vivia en compania de su esposo, el que dignamente poseía todos sus afectos; pero un golpe funesto la priva repentinamente del que era todas sus delicias: ; no sé, Catolicos, qué cosa sea mas admirable en este lance, la resignacion del esposo, ò la de su esposa; el cuidado con que el uno se disponia à morir, ò el ansia con que la otra le proporcionaba los medios para alcanzarle la salud, y asegurarle la vida eterna! El heroismo del que la consuela, y que estando ya para espirar, quiere abrazar tiernamente al que le dió el golpe que le priva de la vida, ò el de nuestra Santa, que no solamente se olvida de la injuria, y la perdona, sino que casi inmediatamente dá al homicida de su esposo las mas sinceras señales de amistad: ya comprehendo, Señor, lo que significaba aquella terrible voz que la hicisteis oír en lo ultimo de su alma, estando todavía nadando en la sangre de su esposo, con la que dixisteis que os acompañase al Calvario.

Despues de esta pérdida nada la quedaba en el mundo que fuese mas digno de su amor que sus tiernos hijos: ¿qué no padeceria su corazon al tiempo de separarse de un padre afligido, que la miraba como su mayor consuelo, y alegria? Pero este padre no menos generoso que amante, cedió muy presto à las claras señales que vió en su hija de haver recibido ordenes del Cielo, que la mandaban preparar su corazon para mayores combates: el mayor obstaculo eran aquellos tiernos infantes, que con sus gritos, y suspiros procuraban detener à su querida madre; el mayor de ellos, abrazandola con violencia, y bañandola con sus lagrimas, al ver que sus debiles fuerzas

no

no alcanzaban à detenerla, se arroja à sus pies, para que no pueda pasar adelante su madre, sin pisarle: no puedo, Señores, acabar la relacion, pero imaginad vosotros mismos la lucha que habria dentro del corazon de esta muger fuerte: las lagrimas que se la escapan de sus ojos, dan à entender el combate que padece su alma; pero al mismo tiempo su intrepida resolucion manifiesta lo completo de su victoria.

En las guerras interiores, que el hombre se declara à sí mismo, sucede lo que en las exteriores, que son objeto de la gloria mundana: un gran golpe dado à tiempo, consterna de tal modo al enemigo, que le hace huir vergonzosamente, y es la mayor gloria del Heroe que pelea; los demás triunfos casi son consiguientes à esta primera victoria: semejantes acciones, decia San Francisco de Sales, hablando de las que acabo de referir, parece, que colocan repentinamente al alma en lo sumo de la perfeccion.

Pero todavia supo nuestra Santa añadir nuevo lustre à las victorias, que consiguió contra su corazon; facilmente conoceréis, Señores, lo mucho que estimaba à esta nueva Congregacion, à la que hacia tan grandes sacrificios: su santo Director no halla por parte del mundo medio alguno, para establecerla; nuestra Santa posee riquezas muy considerables, y así, parece natural que lleve de Egipto parte de sus tesoros, para que sirvan à la construccion del nuevo Tabernaculo; pero no, Catolicos: sus riquezas son de sus hijos; verá su edificio amenazando ruina por falta de socorros, y sufrirá con sus amadas compañeras todos los rigores del hambre, y de la miseria, antes que emplear en su alivio los bienes de su familia: mira à Dios como à unico

Autor de su empresa, y así, tanto en lo espiritual, como en lo temporal, quiere fiar à él solamente la execucion.

¡Oh ilustre familia! ningun derecho perdiste, de los que tenias sobre su corazon: en la escuela de San Francisco de Sales, no puede olvidarse nuestra Santa de que la Religion nunca destruye los derechos que impone la naturaleza: por mucho que ame su retiro, sabrá sacrificar su sosiego, siempre que sus hijos tengan necesidad de su asistencia: desde su retiro cuida de su educacion, y proporciona los medios para colocarlos: consolaos, pues, ò hijos dichosos, porque lejos de perder à vuestra madre, la ganais mas, quanto mas se retira del mundo: en adelante será para vosotros madre mas amante, y mas tierna, por lo mismo que es mas Christiana, y mas perfecta.

Pero ¡qué nuevos combates se preparan dentro de su corazon! aquel hijo, de quien ya hemos hablado, aquel hijo tan querido de su alma, quando caminaba con pasos agigantados por el camino de los honores, quando se hallaba en la flor de su edad, muere en una batalla à manos de los Hereges revelados: no espereis, Señores, que se manifieste insensible à este golpe: la Religion, como no rompe los lazos de la naturaleza, tampoco destruye la sensibilidad: al mismo tiempo que todas las personas, que asistian à consolarla, se deshacian en lagrimas, nuestra Santa, postrada delante de una Imagen de Jesus Crucificado, y besando tiernamente sus llagas, exclama; ¡ò mi Dios, y mi Redemptor! yo acepto todos los golpes, que vienen de vuestra mano: feliz hijo, que ha tenido la gloria de sellar con su san-

gre la fidelidad, que siempre han profesado à la Iglesia sus mayores: si la refieren la muerte de su virtuoso padre, de su illustre hermano, el Arzobispo de Bourges, y de los demás hijos suyos, siempre manifiesta unos mismos sentimientos, y una misma constancia; esta no se desmiente, ni aun quando recibe la triste noticia de la muerte de su santo Director: las lagrimas que en este caso derrama, son lagrimas tranquilas, son lagrimas de paz, (es expresion de la misma Santa) que manifiestan la intima union de su voluntad con la del Señor, y la seguridad que tiene del feliz descanso del Santo Obispo: pero luego que un Religioso (nada prudente en este lance) la reprehende su llanto, como contrario à la resignacion perfecta, inmediatamente suspende sus lagrimas, manifestando en esto el absoluto poder que exercia sobre su corazon.

Pero todavia es cosa mas penosa, y dificil, Catholicos, sujetar à un mismo tiempo el corazon, y el entendimiento: muchas veces suele suceder, que estando la voluntad sujeta, y rendida, el entendimiento, y el amor propio murmuran, quejandose de sus sacrificios, y vengandose de éstos, en algun modo, con las quejas: aquella ciega sencillez, que sacrifica todas las luces de la razon, ahogando en su raiz hasta las menores expresiones de sentimiento, es propia de un corto numero de almas heroicas.

No podia menos de tener en un grado muy eminente esta excelente virtud la hija espiritual de San Francisco de Sales: aun antes de conocer à su santo Director, siempre havia mirado esta virtud con muy singular afecto: por lo que me parece que el Señor havia formado estos dos corazones, para vi-

vir

vir intimamente unidos, estrechandolos con aquellos secretos lazos, que nacen de la uniformidad de las virtudes, los que obligan à los justos à amarse mutuamente: con esta sola reflexion podeis formar, Catholicos, la mas alta idea de nuestra Santa, contemplandola como un espejo animado, en el que vivamente se representan el espiritu, el corazon, las inclinaciones, los afectos, y el modo de pensar del Santo Obispo de Ginebra.

Luego que nuestra Santa formó las primeras ideas de perfeccion, su principal deseo fue hallar un hombre segun el corazon de Dios, para que la gobernase: continuamente pedia, y hacia que todos pidiesen al Señor, que la concediese esta gracia: nada se atrevia à determinar por sí misma; y aun esta santa disposicion fue motivo de que padeciese un nuevo martyrio, bajo el gobierno de un Director indiscreto, que imponiendola un yugo mas que judaico, la oprimia con el peso de una multitud innumerable de ejercicios, igualmente penosos, que humildes, ligandola con tan imprudentes nudos, que la privaba hasta de la inocente libertad de poder consultar: con todo eso nuestra Santa sufre este pesado yugo sin murmurar, ni quejarse: cada dia se aumentan mas las dudas, y congojas de su espiritu, pero ella busca el alivio solamente en el mismo Director que se las ocasiona, y aun apenas se atreve à oir la voz de su Dios que la consuela.

Al mismo tiempo que la Sierva del Señor se habia padeciendo estos tormentos, San Francisco de Sales acababa de idear el primer plan de su nuevo Instituto: Dios, para animarle, le manifestó en una vision la compañera que le destinaba, y al mismo

Tom. IV.

Vv

tiem-

tiempo, para consolar à su humilde Sierva, la manifestó el hombre que la señalaba para Director, y Padre: me parece, Señores, que esta vision está libre de toda sospecha de error, pues la refiere el mismo Santo Obispo de Ginebra; y afirma que despues, inmediatamente que se vieron, se conocieron.

¿Quereis, Señores, que os refiera literalmente algunas conversaciones, en que esta grande alma se manifiesta con toda claridad, respondiendò à las preguntas que la hace su santo Director? pues estadme atentos.

Ea, pues, la decia un dia su santo Director, ¿estais resuelta à entregaros à Jesu-Christo, sin limitacion alguna? estoy absolutamente resuelta, responde nuestra Santa: ¿os quereis consagrar à su amor? quisiera, responde, que su amor me consumiera, y transformára en sí: ¿renunciáis el mundo por Jesu-Christo, queriendo ser solamente de este divino Dueño? à él solo amo, y solo de él quiero ser en el tiempo, y en la eternidad: pues algun dia sabreis, concluye el Santo, los fines à que os destina el Señor; pero antes de que lo sepais, es necesario que pase un año entero: efectivamente pasóse todo el año, sin que nuestra Santa hiciese la menor pregunta, directa, ni indirectamente à cerca de estas ultimas palabras.

Finalmente, llegó el tiempo decretado por el Cielo: quisiera, Señores, poderos pintar à nuestra Santa, humildemente postrada à los pies del Santo Obispo, oyendole decir: ya sé lo que el Señor dispone de vos; y yo, responde, Padre, y Señor mio, estoy pronta à obedecer en todo su voz: si Dios dispusiera, dice el Santo, que en un Hospital os de-

dicaseis al servicio de los enfermos, ¿le obedeceriais? inmediatamente, responde la sierva del Señor: ¿y si os manda abrazar la estrecha Regla de Santa Clara? será igualmente pronta mi obediencia, responde: ¡oh, Dios mio! estas son las almas, que elegis para instrumentos de vuestras maravillas.

Pero, ¿cómo era posible que repugnase, ni resistiese, quando veía à su Santo Padre, hombre tan docto, è ilustrado, seguir tan ciegamente, por decirlo así, los consejos de sus amigos? La primera intencion de estos Santos Fundadores fue establecer una simple Congregacion, sin votos, ni clausura: sobre este plan empezaron à trabajar, pero el célebre Cardenal de Marquemon, Arzobispo de León, no aprueba esta idea, y quiere que se forme un Orden Religioso con todas las formalidades: San Francisco de Sales se rinde humildemente al dictamen de aquel sabio Prelado, y la Santa Fundadora, que no era mas que como un instrumento puesto en manos del Santo Obispo, consiente en todo, sin examinar las propuestas: ¿qué disposiciones serían las de su voluntad, quando su entendimiento se rendia tan humildemente? ¿y qué progresos no haria en la virtud de la obediencia esta misma voluntad, despues que se vió ligada con los solemnes votos de la Religion?

Sin obediencia, decia nuestra Santa à sus hijas nunca seremos mas que una fantasma de Religion, esto mismo pensaba San Agustin, quando decia, que una persona del mundo, obediente, era mas digna de estimacion, que una virgen indocil: nuestra Santa, persuadida vivamente de esta verdad, está continuamente predicando obediencia à sus hijas: suje-

temos, las decia, de tal modo todas nuestras inclinaciones à la regla muerta, que cada una de nosotras sea una regla viva: quisiera, decia en una ocasion, que si yo quebrantára voluntariamente la menor de vuestras leyes, se me secase inmediatamente una mano, para que sirviese de exemplo de terror à toda la Orden: pero no, Santa Esposa de Jesu-Christo, vuestras hijas no necesitan de exemplos de terror; vuestros exemplos de sumision, y obediencia, fueron, y serán siempre suficientes, para que en todas ellas se renueve vuestro espíritu.

Me parece, Señores, estar viendo à la famosa heroína de España, Santa Teresa de Jesus, quando establecia su Reforma en este Reyno: Santa Juana de Chantal, à imitacion de Teresa, recorre todas las Provincias, sufre la misma pobreza, los mismos trabajos, y las mismas persecuciones; manifiesta igual valor en los peligros, igual prudencia en los negocios, y el mismo olvido de sí misma en las mas arduas empresas: ambas Santas son igualmente respetadas, y veneradas de los Grandes, y de los Pueblos; baste por muchos el exemplo de los Principes de la augusta Casa de Lorena, que siempre llamaron à Santa Juana con el nombre de Madre, no permitiendo que ella les diese otro, que el de hijos.

Però la virtud, que mas sobresale en todas las heroicas acciones de nuestra Santa, es la obediencia: la obediencia la pone en movimiento, y la obediencia la detiene: las mayores señales de la omnipotencia, y misericordia de nuestro Dios, dice San Gregorio Papa, acompañan con la misma prontitud à la obediencia, que ésta se esmera en seguir sus

pre-

preceptos: *Obedientia præceptum, obedientiam signa secuta sunt*; y esta clausula me parece ser el compendio de la vida religiosa de nuestra Santa.

No atiende à los deseos, ni à las súplicas de los que la llaman à diferentes partes; no oye las voces de los Pueblos, ni aun las de sus amados hijos, sino quando sus Superiores la mandan, que las escuche: en este caso nada la detiene: *Obedientia præceptum*: inmediatamente se pone en camino, acompañada de la bendicion, y la paz; en unas partes reconcilia las familias, detiene la actividad de las llamas, è impide que se dilate la peste; en otras precave los estragos del hambre, comunica salud à los cuerpos, luz à las almas, y gracia à los corazones: es imposible, Señores, referir por menor los prodigios, que Dios obra por medio de su Sierva: *Obedientiam signa secuta sunt*.

En todas partes halla obstaculos, y se oponen à sus santos proyectos, aun aquellas personas que hacen profesion de la virtud; pero nada la asusta: luego que sus Superiores hablan, emprehende, y executa: *Obedientia præceptum*: en el mismo instante todo se muda, las dificultades se allanan, y halla socorros, en donde antes havia hallado contradicciones: *Obedientiam signa secuta sunt*.

Aunque la ocurran los proyectos mas ventajosos à la gloria de Dios, apenas se atreve à proponerlos à sus Superiores, queriendo siempre oír sus propuestas, como inspiradas por el Señor: sus mas felices empresas no son capaces de deslumbrarla, y quando las mas bien fundadas esperanzas pudieran lisongear su corazon, una sola palabra basta para detenerla: *Obedientia præceptum*: pero quanto mas

se

se humilla, y obedece, mayores son las felicidades que acompañan à sus piadosos designios: ¿en cuántas Ciudades, y Provincias introdujo, à costa de sus fatigas, dignos Ministros del Evangelio? buenos testigos sois de esta verdad, vosotros ilustres hijos de San Vicente de Paulo, que fuisteis à un mismo tiempo, instrumentos, y coadjutores de su zelo: antes de morir tuvo el consuelo de ver reynar el espíritu de su santo Director en mas de ochenta Casas, haviendo sido ella Fundadora de casi todas: *Obedientiam signa secuta sunt.*

Teniendo, pues, tan estrechamente cautivos su entendimiento, su voluntad, y su corazón, ¿qué la quedaba ya que vencer? aun la guerra que podían hacerla los sentidos, la havia precavido muy anticipadamente, disipando sus ilusiones por medio de la mas rigurosa mortificación.

No hablo, aquí, Señores, de las rebeliones de la carne, porque Dios, por medio de una gracia muy singular, la havia preservado hasta de los mas involuntarios movimientos de la concupiscencia: tampoco puedo alabar en nuestra Santa aquellas extraordinarias, y sangrientas penitencias que hemos visto practicar à otros siervos de Dios; porque debiendo ser un perfectísimo modelo, à quien en todo imitase aquel pequeño rebaño, que el Señor la confiaba, y aspirando éste à las virtudes interiores, no era conveniente, segun el dictamen de su santo Director, que se entregase à los exercicios públicos de la penitencia, los que en otras circunstancias serian muy agradables à los ojos de su Dios: el amor à la Cruz se manifiesta en nuestra Santa, como en San Francisco de Sales, en aquellas ocasiones que la presen-

ta la providencia, las que suelen ser muy frequentes en el estado Religioso: en sus enfermedades, casi continuas, siempre la parecia que era muy poco lo que padecia; de modo, que su Medico, cuyo testimonio en este asunto me parece ser de mayor excepcion, por ser Herege, despues de un maduro examen, confesó que su dolencia mas era efecto de su amor à Dios, que desorden de su temperamento: ¡à qué no se estendia su caridad en los tiempos de miseria! entonces se priva aun de lo preciso para su sustento, por acudir al remedio de los infelices: la pobreza religiosa era su mayor delicia; no se valia de los derechos que la daba su clase de Superiora, sino para vivir mas desprendida que todas las demás, fiando siempre el socorro de las necesidades del dia siguiente, (era expresion de nuestra Santa) à la divina providencia, y temiendo que no se verificase en ella muy à la letra el titulo de pobre de Jesu Christo.

Pero todavia hay otra guerra, Catolicos, en que la imaginacion, por medio de los sentidos, exercere un muy funesto imperio sobre nuestras almas: de este cenagoso caos, segun la expresion de San Agustin, se exhalan unos malignos vapores, que oscurecen, y manchan el resplandor de todas las virtudes; de aqui nacen las inquietudes, las ansiedades, y las tibiezas, que hacen desfallecer à la esperanza; de aqui las dudas, y engañosos discursos que hacen titubear à la fé, y las distracciones, è inconstancias, que hacen disgustarse al alma de la virtud, despiertan en ella los antiguos afectos que tuvo à los encantos del mundo: ¿quién creerá, Señores, que nuestra Santa pasó toda su vida en este genero de combates? Siem-

pre tuvo la fé muy firme, pero tambien fue extraordinariamente combatida al mismo tiempo: rara era la alma à quien mas inquietase el temor, ni que al mismo tiempo obrase mas constantemente por amor.

Estas victorias las consigue el alma por medio de la mortificacion interior: siempre está peleando, para mantener sus sentidos en un perpetuo cautiverio; y por no detenernos en probar esta verdad en nuestra Santa, con los infinitos pasages que para ello nos subministra su vida, basta acordarnos del voto que la permitió hacer su santo Director, de aspirar siempre por medio de sus acciones à la mayor perfeccion: ved, Señores, qual sería la grandeza de una alma, à quien San Francisco de Sales contempla capaz de cumplir un voto semejante.

Fueron, pues, completas sus victorias contra el mundo, y contra sí misma, y sus ultimos suspiros fueron el sello de estas victorias: vedla, Señores, en la cama de su dolor, como en un carro de triunfo, desde donde pisa al mundo, y à todos los afectos que él inspira: el unico dolor que la atormenta; es el de no poder morir con una muerte sangrienta en testimonio de su fé: emplea las pocas fuerzas que la quedan, en consolar, è instruir à sus amadas hijas: junta todo su fervor, para renovar de una vez todos sus sacrificios: el ultimo que le queda que hacer, es el de su vida: abandona ésta à la voluntad del Señor: mira con igual indiferencia la muerte, la vida, y los trabajos: no quiere, que pidan à Dios por su salud, ni por su alivio, sino solamente que se cumpla en ella su santa voluntad: estas fueron sus ultimas palabras, sin añadir à ellas mas que el sagrado nombre de su divino Esposo, el que repite conti-

tinuamente con sus moribundos labios.

Venid, Santo Obispo, Glorioso San Francisco de Sales, venid à recibir esta alma: ved, que se halla en aquel sublime estado de perfeccion, à que vos deseabais que llegase; venid, pues, à recibirla, segun se lo haviais prometido, para presentarla à su Celestial Esposo: me parece, Señores, que no tendreis por sospechoso el testimonio de San Vicente de Paulo: San Francisco de Sales, dice aquel Santo, baja desde el Cielo à recibir à esta alma pura, y la acompaña en la morada de la eternidad.

¡Qué triunfo, Catolicos, el de este dia! ¡qué merecedora es esta Santa Heroína de los honores, que hoy la tributamos! ò gloriosa Esposa del Señor, tú serás bendita por todos los siglos: *Benedicta es tū* porque el Altisimo te ha mantenido con su fuerza, y ha derramado sobre tí mas señales de su misericordia, que sobre otra muger alguna de tu siglo: *Præ omnibus mulieribus super terram*: hoy hace tan célebre tu nombre, que nunca se acabarán tus elogios, y tu gloria se aumentará cada dia mas en la tierra: *Ut non recedat laus tua de ore hominum*: los Pontifices, los Sacerdotes del Señor, y todos los Pueblos juntos, correrán ansiosos à tributarte sus respetos con mucha mas razon, que los de la Antigua Ley se los tributaban à la libertadora de Bethulia: *Benedixerunt eam omnes, una voce*: todos à una voz exclamarán: tú eres nuestro consuelo, nuestra alegría, y nuestra gloria; gloria de esta santa Congregacion que fundaste, para que fuese depositaria, y heredera de tu espiritu, y de todas tus virtudes: *Tu gloria Jerusalem*: eres la alegría, y el consuelo de la Iglesia, la que hoy tiene la satisfaccion de

probar con tu exemplo, que todavia reyna en su seno todo el Heroismo de los primeros siglos: *Tu lætitia Israel*: eres honor de tu Pueblo, gloria de toda la Francia, y con mas particularidad de la feliz Ciudad que te vió nacer, y te alimentó dentro de sus muros: *Tu honorificentia Populi nostri*: ¿cómo podremos, Catolicos, dejar de aplaudir un triunfo, en que por tantas razones somos interesados? pidamos al Señor, que coronó con tanta magnificencia sus virtudes, nos haga partícipes de su eterno triunfo en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON PARA EL DIA DE SAN AGUSTIN.

Dominus purgavit peccata ipsius, & dedit illi sedem gloriæ in Israel. Eccl. 47. 19.

El Señor le libró de sus pecados, y le hizo sentar en un trono de gloria en Israel.

NO os admireis, Señores, al oír que el Eclesiástico, en el magnifico elogio que hace de David, sin temer manchar la gloria de este Príncipe, diga, que cayó, y que el Señor le purificó de sus pecados: *Dominus purgavit peccata ipsius*: sabia que es tanta la flaqueza de nuestra naturaleza, que es mas digno de alabanzas el que se levanta despues de haver caído, que de reprehension el que cae.

Por eso, Catolicos, los desordenes que cometieron los hombres famosos, y lloraron despues, lejos

de disminuir en nuestro concepto su estimacion, me parece que nos los hacen mas recomendables; porque si no advirtieramos en ellos estos defectos, acaso dudáramos de si havian sido hombres; y muchas veces la unica semejanza que con ellos tenemos, es el gran caudal de flaqueza que nos acompaña.

En el elogio que hoy consagro à la gloria del grande Augustino, no temeré el confesar, que cayó como David, y que como à David, el Señor le purificó de sus pecados: *Dominus purgavit peccata ipsius*: ¿Acaso Augustino penitente es de mas honor para la Iglesia, de lo que hubiera sido Augustino, si hubiera perseverado inocente: luego que la gracia le manifestó sus desordenes, ¿de qué precauciones no usó para evitar todo quanto podia renovar las cadenas de su antiguo cautiverio? ¿con qué pasos tan agigantados caminó por las sendas de la virtud? ¿con qué severidad no trató su carne rebelde? ¿con qué zelo defendió, y enseñó la verdad que antes, por su desgracia, havia ultrajado? En él todas sus acciones se ordenan à su Dios: su tierno corazon arde en su amor, y su sublime entendimiento solamente se emplea en conocerle, y darle à conocer à los demas.

Augustino fue un Santo, que con la integridad de su penitencia, correspondió à la gracia de su Dios, que le havia purificado de sus culpas: *Dominus purgavit peccata ipsius*, y un Santo que con la extension de su zelo correspondió à la eleccion que su Dios hizo de él, para que ocupase uno de los puestos de mayor honor en la casa de Israel: *Et dedit illi sedem gloriæ in Israel*: esta, Señores, es la idea que me propongo en este discurso, por parecerme la mas propia para elogiar à un Santo, à quien despues

probar con tu exemplo, que todavia reyna en su seno todo el Heroismo de los primeros siglos: *Tu lætitia Israel*: eres honor de tu Pueblo, gloria de toda la Francia, y con mas particularidad de la feliz Ciudad que te vió nacer, y te alimentó dentro de sus muros: *Tu honorificentia Populi nostri*: ¿cómo podremos, Catolicos, dejar de aplaudir un triunfo, en que por tantas razones somos interesados? pidamos al Señor, que coronó con tanta magnificencia sus virtudes, nos haga partícipes de su eterno triunfo en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON PARA EL DIA DE SAN AGUSTIN.

Dominus purgavit peccata ipsius, & dedit illi sedem gloriæ in Israel. Eccl. 47. 19.

El Señor le libró de sus pecados, y le hizo sentar en un trono de gloria en Israel.

NO os admireis, Señores, al oír que el Eclesiástico, en el magnifico elogio que hace de David, sin temer manchar la gloria de este Príncipe, diga, que cayó, y que el Señor le purificó de sus pecados: *Dominus purgavit peccata ipsius*: sabia que es tanta la flaqueza de nuestra naturaleza, que es mas digno de alabanzas el que se levanta despues de haver caído, que de reprehension el que cae.

Por eso, Catolicos, los desordenes que cometieron los hombres famosos, y lloraron despues, lejos

de disminuir en nuestro concepto su estimacion, me parece que nos los hacen mas recomendables; porque si no advirtieramos en ellos estos defectos, acaso dudáramos de si havian sido hombres; y muchas veces la unica semejanza que con ellos tenemos, es el gran caudal de flaqueza que nos acompaña.

En el elogio que hoy consagro à la gloria del grande Augustino, no temeré el confesar, que cayó como David, y que como à David, el Señor le purificó de sus pecados: *Dominus purgavit peccata ipsius*: ¿Acaso Augustino penitente es de mas honor para la Iglesia, de lo que hubiera sido Augustino, si hubiera perseverado inocente: luego que la gracia le manifestó sus desordenes, ¿de qué precauciones no usó para evitar todo quanto podia renovar las cadenas de su antiguo cautiverio? ¿con qué pasos tan agigantados caminó por las sendas de la virtud? ¿con qué severidad no trató su carne rebelde? ¿con qué zelo defendió, y enseñó la verdad que antes, por su desgracia, havia ultrajado? En él todas sus acciones se ordenan à su Dios: su tierno corazon arde en su amor, y su sublime entendimiento solamente se emplea en conocerle, y darle à conocer à los demas.

Augustino fue un Santo, que con la integridad de su penitencia, correspondió à la gracia de su Dios, que le havia purificado de sus culpas: *Dominus purgavit peccata ipsius*, y un Santo que con la extension de su zelo correspondió à la eleccion que su Dios hizo de él, para que ocupase uno de los puestos de mayor honor en la casa de Israel: *Et dedit illi sedem gloriæ in Israel*: esta, Señores, es la idea que me propongo en este discurso, por parecerme la mas propia para elogiar à un Santo, à quien despues

de trece siglos mira todavia la Iglesia como modelo de Penitentes, y de Prelados; y estoy persuadido à que nada podré decir de honor en nuestro Santo, que no sea muy inferior à la alta idea, que vosotros, Catolicos, tenéis formada de sus virtudes; y para que yo pueda desempeñar dignamente el grave asunto de que hoy estoy encargado, ayudadme todos à pedir à la Reyna de los Angeles me alcance de su Divino Esposo, la gracia: AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

TAgaste, pequeña Ciudad de Africa, tuvo la felicidad de poseer à Augustino por los años de trescientos y cinquenta y quatro, imperando Constantino, hijo de Constantino el Grande. Nació de un Padre Pagano, pero de una Madre Christiana, tan zelosa de la Gloria de Jesu-Christo, como indiferente su Marido en el culto de sus falsos Dioses; y así pudo esta piadosa muger inspirar à su hijo, sin oposicion alguna, las primeras impresiones, y el amor à la Fé verdadera: mamó el niño Augustino con la leche de su Madre el respeto al Santo Nombre de Jesus, y à la señal de la Cruz; acometido de una violenta enfermedad en el curso de sus estudios, pidió con instancias el Bautismo, pero habiendo cesado el peligro, se le difirió esta gracia, segun la costumbre, ò ilusion de aquellos tiempos. Esta dilacion fue muy perjudicial para el joven Augustino: el comun enemigo supo aprovecharse de ella, haciendo que nuestro Santo se dejase arrebatarse de los excesos en que precipitaba à la juventud Africana su educacion licenciosa: el mal exemplo, y las ocasiones, su-

jetaron à Augustino al imperio de la sensualidad, el desorden del entendimiento se siguió muy presto à la corrupcion del corazon, y apenas se halló en estado de conocerse, quando entregó su corazon à la sensualidad, y su entendimiento à la ambicion, y al error.

A la edad de quinze años, Epoca que pudiera llamar muy notable, si nuestro Siglo no fuera tan fecundo en semejantes exemplares, à la edad de quinze años empezaron las pasiones à hablar al corazon de Augustino; todavia no amaba, pero ya deseaba amar: empieza à freqüentar los espectaculos, y éstos hacen en él la mas viva impresion, enseñándole à conocer dentro de sí ciertos movimientos secretos, è imperceptibles, que antes sentia, sin conocerlos, y que al mismo tiempo que representaban unas pasiones fabulosas, excitaban en su corazon pasiones verdaderas: se entrega à la leccion de los libros profanos, los que sirven mas para corromper su corazon, que para ilustrar su entendimiento; se une estrechamente con unos amigos libertinos, è insolentes, que solamente saben tributar elogios al vicio, y en presencia de los quales le era preciso gloriarse, aún de aquellos delitos que no havia cometido, por no parecer mas casto, ni menos libertino que ellos: *Pudebat non esse impudentem.* (Aug. lib. Conf.)

Quisiera, Señores, que vieseis aquí à Augustino del modo que él se pinta à sí mismo; segun iba creciendo en edad, y ciencia, crecia tambien en la impiedad, y en los desordenes: *Quanto aetate major, tanto vanitate turpior.* (Ibid.) hecho presa de las pasiones, que como olas de un mar tempestuoso, le atra-

jabán unas veces à un lado, y otras à otro, seguía la inclinacion, y el impetu de un corazon corrompido: *Factabar, & effundebat sequens impetum fluxus mei*: tened à bien, Señores, que pase en silencio la relacion de sus infames excesos; basta decir que Augustino amó, y fue correspondido: feliz el hombre que no halla en su corazon el retrato de Augustino pecador; y feliz tambien, el que despues de haverle imitado en los desordenes, tiene valor para imitarle en el arrepentimiento: ¿Dónde estaba yo entonces, ò Dios mio, exclama este Santo penitente? ¿Qué lejos me hallaba de las delicias de vuestra Santa Casa! es verdad que los hombres llaman flaquezas à estos excesos, ¿pero qué otra cosa son estos excesos à vuestra vista, ò Dios mio, mas que perversos frutos de un corazon corrompido, que busca en las criaturas la felicidad que no puede hallar sino uniendose à vos?

El entendimiento, Catolicos, tiene tambien sus pasiones como el corazon; ya he insinuado, que la sensualidad era la pasion dominante del corazon de Augustino, y el deseo de ser admirado entre los hombres, era la pasion de su entendimiento, à la que podia facilmente satisfacer, pues hallaba dentro de sí caudal suficiente para ello: ò Patricio, sal de tu sepulcro, y verás cumplidos tus deseos. Verás à tu hijo Augustino admirado, no solamente en Tagaste, y en Cartago, sino tambien en Roma; verás que esta gran Ciudad, Señora del Universo, se dá el parabien de tener dentro de sus muros à Augustino: pero Dios, que havia determinado hacer resplandecer su misericordia en nuestro Santo, no permitia que permaneciese mucho tiempo en aquella Ciudad, valiendose, para que saliese de ella, de los mismos medios

dios que parece debian servir para lisongear su ambicion: el Governador de Roma recibió cartas del Emperador, en que le mandaba le enviase à Milan un Maestro consumado de Rethórica; y el Governador sin detenerse, elige à Augustino, para satisfacer los deseos del Emperador: nuestro Santo se pone en camino para Milan, en seguimiento de la gloria mundana; unico objeto entonces, de sus deseos; pero no sabe que al mismo tiempo que va huyendo de la gracia, ésta le está esperando, y que muy presto la divina eloqüencia del Grande Ambrosio ha de empezar à desterrar de su alma las tinieblas del error.

Un corazon esclavo de la sensualidad, facilmente se rinde à todo quanto lisongea su pasion, y asi no es de admirar que Augustino dominado de la sensualidad, se entregue al error, no obstante su amor à la verdad, y su profundo ingenio: à la corrupcion del corazon se sigue regularmente la Heregía, para poder de este modo el hombre pecar sin remordimientos; facilmente se desprecia una doctrina que es molesta à las pasiones, y se abraza con gusto la que ahoga los gritos de la conciencia: Augustino empieza à caminar con pasos de Gigante, pero es por los caminos del error: genios sublimes, humillaos, y advertid que no hay astros en la naturaleza que no padezcan eclipses.

En el siglo de Augustino hacian los Hereges Manicheos horribles estragos en el campo de la Iglesia; Fausto, uno de sus mas famosos Partidarios, se apoderó de Augustino, y no obstante estar nuestro Santo dotado de un talento muy superior al de aquel Herege, se dejó cautivar de sus alhagueñas persuasiones: Augustino se declara Discipulo de

Faus-

Fausto: ¡ò Dios mio! ¡en qué abysmos no cae el entendimiento del hombre, quando Vos le abandonais à su propia flaqueza! todavia no frequentaba Augustino la escuela de Fausto, y ya se gloriaba de ser su discipulo: el profesar la doctrina de los Manicheos, consistia, Señores, en dividir la divinidad entre dos genios, siempre opuestos; en reconocer dos Autores eternos, uno principio necesario del bien, y otro principio necesario del mal, que como crueles tiranos de nuestra voluntad, nos impelen à uno de estos dos extremos; en introducir en el mundo una ciega fatalidad, que dominando nuestra libertad por medio de secretas influencias, arregla nuestra suerte, y decide soberanamente de nuestro destino; en escusar al hombre, acusando à Dios, imputandole nuestros delitos, asociandole à nuestros desordenes, y haciendole complice de nuestras flaquezas: ¡se pueden pensar, Catolicos, mayores abominaciones, y extravagancias! pues esta era la barbara Heregía de que se dejó engañar Augustino: ¡gran Dios! ¡qué obstaculo este para su conversion! antes era libertino por inclinacion, y ahora lo es por systema: ¡qué podemos esperar de sus excesos!

Y Vos, ò Madre afligida, y desconsolada, illustre Monica, vos llorais la ceguedad de un hijo tan amado; vuestro justo dolor es digno de compasion, pero esperad un poco, todavia no ha llegado el momento de la gracia, y segun la prediccion de un Santo Obispo, el Dios de misericordias no ha de permitir que perezca un hijo de tantas oraciones, y lagrimas. Es verdad que es Herege, y que vive en el error, pero todavia conserva en su corazon amor à la verdad, y quisiera conocerla: vive apartado de Dios,

Dios, pero quisiera amarle; camina entre las tinieblas, pero busca la luz; su curiosidad le ha perdido, y su curiosidad le salvará: la misma barbaridad de sus nuevas Doctrinas, empieza à ocasionar dudas en su entendimiento, y ya desea aclarar estas dudas.

¿No es ya tiempo, Señor, de que disipeis las ilusiones que ofuscan el entendimiento de Augustino? ¿Ha nacido un corazon tan noble para amar otro objeto mas que à Vos? ¿Un talento tan soberano ha de permanecer sepultado en el error, y en la mentira? Haced, Señor, que os ame, y que por ultimo conozca la verdad que busca: ya, Señores, está tocando Augustino aquel feliz momento: unas veces le insta la gracia con unos remordimientos, à los que no pueden aplacar todas las sutilezas del Manicheismo; otras veces le solicita por medio de las lagrimas de la piadosa Monica; otras le obliga à exclamar al oír referir à Ponciano la prodigiosa mudanza que havia ocasionado en dos Cortesanos la leccion de la vida de San Antonio, le obliga à exclamar, vuelvo à decir, hablando con Alippio; ¿es posible que hayamos de sufrir esto? los ignorantes se levantan, y arrebatan el Cielo, ¿y nosotros con toda nuestra ciencia, y erudicion, hemos de permanecer sepultados en el cieno de la carne, y de la sangre? al decir estas palabras, nace en su alma un ardiente deseo de oír al Sabio Obispo de Milan, Oraculo del mundo Christiano: Ambrosio habla, ò por mejor decir, la gracia habla por boca de San Ambrosio; y Augustino, docil, oye, admira, y reflexiona; cesa el encanto, se rasga el velo, abre los ojos, y empieza à ver la luz: ahora es tiempo, ò Madre piadosa, de aumentar vuestros ruegos, y oraciones; Augustino,

no, ya no es Manicheo, pero todavia no es Catolico: ya le estoy viendo tendido à la sombra de una higuera, poseído de una terrible tristeza, y dando libre curso à sus lagrimas, que hablando desde alli con su Dios, le dice; ¿hasta cuándo, ò Dios mio, hasta cuándo haveis de estar irritado contra mí? pero, ò Augustino feliz, suspende tus lagrimas, y escucha à la gracia que te habla, y te dice: *Tolle, lege.*

Admirado Augustino con este prodigio, le parece estar oyendo la voz de su Dios; toma en las manos el libro de las Epistolas de San Pablo, abre temblando aquel mysterioso libro, y tropieza con el passage en que se condena la vida mundana, y se establece la de un verdadero penitente: inmediatamente atemorizadas sus pasiones con el terrible golpe que las libra este Divino Oraculo, huyen, y desaparecen; cesan sus encantos, y Augustino vé con toda claridad sus imperfecciones, y defectos, y los abandona para siempre: de este modo le purificó el Señor de sus pecados: *Dominus purgavit peccata ipsius.* Es verdad, que hasta aqui hay muchos Christianos que pueden compararse con Augustino, pero si pasamos mas adelante, veremos desvanecido muy presto este paralelo: la conversion de Augustino fue tan perfecta, y durable, como sincera, y verdadera.

No sucede así à muchas almas que disimulan con Dios, y dan à su Magestad las exterioridades sin darle el corazon; otras solamente se convierten à Dios en secreto, despues de haverle abandonado con escandalo; otras, aunque desean convertirse no se atreven à abandonar sus intereses temporales: otras son tan inconstantes que empiezan, y se quedan à la mitad del camino, hoy son de Dios, y mañana del

mundo, y como débiles cañas se doblan à todos los vientos: nada de esto se halla en la penitencia de Augustino: conoce sus excesos, y quiere que sea pública su conversion, para que ésta sirva de edificacion, y exemplo al mundo, al que antes havia escandalizado: opone à todas sus pasadas culpas, las virtudes contrarias, en el grado mas perfecto, y héroyco: ya os le he representado, Catolicos, arrebatado del fatal torrente, que precipita à la juventud libre en el impuro abysmo de la sensualidad; quisiera poderosle representar ahora armado contra sí mismo, reduciendo, como el Apostol, el cuerpo de pecado à una estrecha servidumbre: sus ojos lascivos, que con sus impuras miradas havian dado ocasion à muchos infames deseos, son ya dos fuentes de lagrimas: su corazon penetrado de un vivo dolor, se exhala en suspiros, y sus sentidos corporales, à los que tanto havia lisongeadado, se hallan reducidos à un estrechisimo cautiverio.

Quisiera, Señores, poseer aquel estilo vivo, y penetrante, que se admira en las obras de nuestro Santo, para poder explicar los afectos de su corazon: para poder hablar dignamente del amor que Augustino tuvo à su Dios, era necesario experimentar lo mismo que él experimentaba, y amar à Dios del modo que él le amaba: vuestro divino fuego, ò Dios mio, abrasa, y consume todo mi corazon: *Totum enim cor meum consumit ignis tuus*; si siendo todavia catecumeno, se explica Augustino de este modo, ¿qué será, ò Dios mio, quando absolutamente esté entregado à Vos?

Enjugad vuestras lagrimas, piadosa Monica; ya llegó el tiempo de cumplirse el Oraculo del grande

Ambrosio, en que os aseguro, que no podia perecer un hijo de tantas lagrimas: ya por ultimo baja Augustino su cabeza para recibir las Sagradas Aguas del Bautismo; ya temeroso de que se disminuía el ardor del sagrado fuego, que la gracia de la regeneracion acaba de encender en su alma, se retira à una soledad, para no pensar mas que en su Dios, y en los favores que acaba de recibir del Cielo: oh! retiro santo, que tantas veces le oistes supirar, ¡qué no puedas referirnos los piadosos delirios de su amor à Dios! ò hermosura eterna, hermosura antigua, y siempre nueva, exclamaba, ¿cómo he podido vivir tanto tiempo sin amaros? mucho he tardado, Dios mio, en daros mi corazon, porque he tardado mucho en conoceros; ò amor, que siempre estás ardiendo, y nunca te apagas, inflama mi corazon, abrasa mi corazon, consume mi corazon, y haz que solamente respire amor à mi Dios. Dios mio, ¿es posible que nunca he de poder amaros como Vos mereceis? no obstante, me atrevo à decir, y sé que no se engaña mi conciencia, me atrevo à decir, que os amo quanto puede amaros una criatura; apagad, Señor, el fuego del Infierno, yo solamente le temo porque os amo: destruid el Paraíso, yo solamente le deseo porque os amo: si yo fuera Dios, y Vos Señor fuerais Augustino, yo quisiera ser Augustino para que Vos fuereis Dios.

¡Qué expresiones estas, Catolicos! los Sabios del mundo las notarán de extravagancias, pero el corazon de Augustino no conoce otras mas propias para explicar los excesos de su amor: à vista de un amor tan grande, no es ya de admirar, que Augustino manifieste mas deseo de ser abatido, que antes havia

manifestado de ser ensalzado; un corazon que tan vivamente ama à un Dios humillado, siempre anhelaba por los abatimientos: movido Augustino de este deseo, idea, y pone en execucion un plan, que es à un mismo tiempo asombro de la piedad, y confusion de la soberbia: él mismo hace una pública confession de sus delitos, la que deriva à los siglos futuros, para que todo el mundo sepa, que Augustino ha sido un libertino, y un grande pecador. Procure la vanidad proporcionar à los hombres una inmortalidad que no merecen; haga ésta unos lisongeros retratos que oculten à la posteridad, lo que verdaderamente han sido, que la humildad obliga à Augustino à hacer inmortales sus pecados, para que los que lean su historia, lloren despues de su muerte las flaquezas que él tan amargamente lloró en todo el curso de su vida, despues de su conversion.

Pero aún pasó mas adelante la humildad de nuestro Santo: desvanecido con su conciencia en el tiempo de sus desordenes, se dejó llevar de la soberbia, que es regularmente el veneno que inficiona los mas sublimes talentos; pero despues de convertido, espía esta vanidad, formando él mismo un tribunal contra sus propios escritos; en él los examina, los juzga, y condena los defectos que halla en las producciones de su entendimiento.

Pudiera representaros aqui, Catolicos, à Augustino, mirando con un santo horror los cargos, y las Dignidades Eclesiasticas, y contemplando el Sacerdocio, al que contra su voluntad quiere elevarle el Obispo Valerio, como efecto de la Divina Justicia, que quiere castigar sus pecados: pero el deseo que tengo de haceros ver à nuestro Santo, trabajando

do para establecer el Reyno de la verdad, no me dá tiempo para detenerme en otras reflexiones: en materia de humildad, nada podrá ya admiraros, Señores, en un Santo à quien haveis visto levantar los mas extraordinarios trofeos à esta virtud, en los libros de sus Confesiones, y Retractaciones.

Pasemos con la consideracion à aquella dichosa soledad, à donde se retiró Augustino despues que le iluminó la gracia: allí le veremos haciendo los primeros ensayos de su zelo: al principio se opone à los Academicos, de quienes antes havia sido ciego Sectario: manifiesta la falsedad, y extravagancia de esta pernicioso secta, que intenta reducir à problemas las mas constantes verdades: inmediatamente publica los libros de la vida feliz, de sus soliloquios, y de la immortalidad del alma: si sale del retiro para ir à Roma, à Milan, à Cartago, y à Hipona, deja señaladas todas sus mansiones con alguna obra en favor de la Religion Catolica: en una parte dá principio à su libro del libre alvedrio; en otra, en pública palestra opone la inocencia de costumbres de la Iglesia Catolica, à los desordenes de la de los Manicheos: publica consecutivamente sus libros del Genesis, el de la verdadera Religion, el de la Ciudad de Dios, los tratados acerca del Misterio de la Santissima Trinidad; pero para qué me canso, quando no es posible referir los muchos, y excelentes libros que compuso: basta decir por ahora, que quanto hasta aqui ha hecho Augustino por estender el Reyno de la verdad, no es mas que un corto ensayo de su zelo: y ya que le haveis visto corresponder por medio de la integridad de su penitencia, à la gracia con que Dios se dignó de purificarle, de sus

culpas, *Dominus purgavit peccata ipsius*, le vereis ahora corresponder con la extension de su zelo, à la eleccion que de él hizo el Señor, para ocupar uno de los mas honrosos puestos en la casa de Israel: *Et dedit illi sedem gloriae in Israel*, que es la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

SI quereis, Catolicos, formar una justa idea del zelo de Augustino, figuraos qual debe ser la ocupacion de un hombre, à quien solamente el temor de oponerse à las ordenes del Cielo, hace aceptar un puesto honroso en la casa de Israel: *Et dedit illi &c.* Unas veces debe estorvar que el hombre enemigo siembre la cizaña en el campo del padre de familias; otras veces debe cultivar este mismo campo con sumo cuidado, para que no echen raices en él las zarzas, y espinas de los vicios; y otras finalmente, debe alimentar el rebaño que está confiado à su cuidado, aun en los mas rigurosos inviernos de la miseria.

Augustino, Catolicos, cumplió exactisimamente con todas estas obligaciones de zeloso pastor: como pastor vigilante, è ilustrado descubrió los mas ocultos errores, y peleó felizmente contra quantos se atrevieron à disputar la victoria à la verdad: como pastor infatigable, instruía à su Pueblo, declarando la guerra à todos los vicios, no menos con su exemplo, que con sus palabras: y como pastor amoroso, consolaba à sus ovejas afligidas; mirando sus miserias como propias, correspondiendo de este modo à la eleccion que de él hizo el Señor, para ocupar uno

de los principales lugares en la casa de Israel.

Obligado à ceder à las religiosas instancias del Obispo Valerio, y de todo un Pueblo, admirador de sus virtudes, y talentos, se sienta Augustino en la Silla de Hipona: sabía que en las guerras que se declaran à la Fè, qualquiera Catolico es Soldado, y que puede tenerse por infelíz, el que no acude à la defensa; sabía tambien, que à los Obispos está particularmente confiada la conservacion del Sagrado Depositó, que éstos son Jueces de la Fé, y deben vengar sus ultrages: quántas ocasiones se le presentaron à Augustino en el tiempo de su Obispado para exercitar su zelo, manifestar los admirables tesoros de doctrina, y erudicion, que havia adquirido, y usar de las victoriosas armas con que se hallaba adornado? el siglo de nuestro Santo fue el mas fecundo en Heroes, pero tambien me atrevo à decir, que no huvò otro mas fecundo en Heregías, concurriendo todas estas circunstancias à hacer resplandecer mas la gloria, y el zelo de Augustino.

Si el Cielo permite que la verdad padezca algun eclipse, es para que Augustino tenga la gloria de disiparle; si el Cielo permite que sea impugnada la eficacia de la gracia, es para que Augustino tenga el honor de defenderla: si el Cielo permite que la Iglesia amenace ruina, es para que Augustino tenga la dicha de sostenerla; y finalmente, si el Cielo permite, que se levanten nuevos cismas, y nuevas heregias, es para que Augustino las impugne, y extermine: oíd, Señores, sus combates, ò por mejor decir, escuchad sus victorias.

La Iglesia, y particularmente la de Africa se hallaba por aquel tiempo combatida de crueles borras-

cas; la heregia hacia en todas partes horribles estragos; triunfaban los Donatistas, aquella secta invencible por su ostinacion, peligrosa por su furor, y considerable por su multitud; aquella secta, que para poder rechazar mejor la nota de escisma, havia establecido furtivamente en Roma un Pontifice, como si bajo la sombra de aquel falso Pastor pudiera apropiarse la comunion, y sucesion de la Silla de San Pedro. La Iglesia llama à Augustino en su socorro, y pone en sus manos sus intereses, y su defensa: Augustino acude prontamente al lugar del combate; habla, escribe, disputa, y aunque no tenga el consuelo de convertir à los mas rebeldes, y obstinados, à lo menos los confundirá, y confirmará à los flacos en la Fé: en unas partes triunfa del impuro Joviniano, que con el especioso pretexto de ensalzar la dignidad del Matrimonio, intentaba desterrar del mundo la santa virginidad: en otras confunde à Maximino, y Feliciano, que procuraban encender el fuego del Arrianismo, que todavia no estaba bien apagado; por ultimo, nunca acabaria, Señores, mi discurso, si quisiera nombrar todos los Hereges contra quienes peleó Augustino: basta decir, que quedando victorioso contra todas las heregias, tuvo el consuelo de ver espirar para siempre el Arrianismo, y sus Sectarios.

Pero me parece, Señores, que echáis menos el mas glorioso combate de Augustino, y el triunfo que consiguió contra Pelagio: convengo desde luego, Catolicos, en que olvideis todos los triunfos que hasta ahora ha conseguido nuestro invicto Santo; las victorias que hasta ahora os he referido no han sido mas que ensayos de su zelo, y de su valor; la

gloria de este combate nos hace olvidar de sus anteriores triunfos: se levanta en la Iglesia de Dios una nueva heregia, cuyo Padre es Pelagio, que tiene por discipulo al artificioso Celestino, por defensor al famoso Juliano, por cuna à la gran Bretaña, y por víctimas las Gaulas, y la Italia, heregia tanto mas alhagueña, quanto mas lisongea la independència de la voluntad, y la sobervia de nuestra naturaleza: heregia tanto mas peligrosa, quanto mejor sabe disfrazarse, y que con mil sofismas, y engañosos discursos, casi eclipsa la verdad, aun para los ojos mas perspicaces: heregia de las mas impías, pues contenta con la Ley, y los Profetas, hace inútiles para la eterna salud los tesoros de la Redempcion, y las riquezas, y auxilios de la gracia victoriosa de Jesu-Christo: heregia la mas perniciosa, pues afecta la mayor sumision, al mismo tiempo, que con mas insolencia levanta la vándera de la revelion.

Pero llegó el tiempo de que se manifestasen sus ardidés: qué confusión para el Heresiarca! Jesu-Christo, y su Gracia van à ser vengados de los ultrages que de él han recibido: Augustino hace ver al impío Heresiarca, que la causa de estar el hombre sujeto à la muerte, es el pecado, y no la naturaleza; que habiendose propagado la culpa de nuestro primer Padre à todos sus descendientes, no pueden éstos conseguir la salud, no siendo reengendrados en las Sagradas Aguas del Bautismo: le hace ver, que si en nuestra propia naturaleza se hallara el principio de nuestra justificacion, como él se atrevia à afirmar, ni tendríamos que agradecer à Dios, porque nada deberíamos à su misericordia, ni estaríamos sujetos al Sér Supremo, porque no dependeríamos

mos de él, ni tendríamos motivo para humillarnos, porque la gloria de nuestras buenas obras sería propia nuestra: ni tendríamos tampoco necesidad de orar, pues con nuestras propias fuerzas podríamos llegar à la consecucion de nuestro fin: finalmente, persiguiendo Augustino à aquel Heresiarca hasta dentro de sus mismas trincheras, le hace patente, que siendo todos los hombres pecadores por naturaleza, no pueden justificarse sino por medio de la Gracia del Redemptor; que aunque es verdad que la gracia sería inútil para el hombre, sin el consentimiento del hombre, el hombre sin la gracia no puede justificarse: que la gracia es à un mismo tiempo poderosa, y afable, poderosa porque sujeta à los rebeldes, y afable porque con su suavidad atrae à los hombres; que es propiedad esencial de la gracia adelantarse à nosotros para dar principio à las buenas obras, y mantenernos, para que acompañados de ella, las perfeccionemos; que no podemos alegar excusa del mal que practicamos, porque despreciamos la gracia; que debemos ser humildes en el bien que hacemos, porque la gracia es la que nos le hace obrar: que el decir, que el hombre puede obrar sin la gracia, no es ensalzar su valor, sino entregarle à su propia flaqueza; y finalmente, que al hombre se le dá la gracia, no para debilitar su libertad, sino para suplir su impotencia.

Estos fueron, Católicos, los mortales golpes, que Augustino dió al Pelagianismo: pudiera añadir à las ilustres victorias que consiguió nuestro Santo contra el cisma de los Donatistas, y el error de los Pelagianos, el triunfo que alcanzó su libro de la Virginitad contra Joviniano, y su tratado de las tres

Divinas Personas, contra Maneés, y Feliciano: ¿pero quién puede ignorar, que Agustino quedó siempre victorioso de todos los enemigos contra quienes peleó?

Os parece, Señores, que nuestro Santo se puso à descansar à la sombra de estos laureles? No por cierto; su zelo nunca conoció descanso; ya le habeis visto ocupado continuamente en levantar, y fortificar los muros de la santa Sion, en rechazar los asaltos del enemigo, en poner en seguridad el sagrado deposito de la Fé, ahora le vereis santamente ansioso de todos los trabajos del Obispado, emplear las fuerzas que le quedan en hacer resplandecer la Santidad de la Iglesia, en reformar los abusos, que manchaban su hermosura, y en arrancar las espinas de los vicios.

Pocas veces sucederá, Católicos, que un Predicador no mueva, y convierta à sus oyentes, si empieza su sermón con suspiros, y le acaba con lagrimas: aquel es mas eloquente Orador, que à imitacion de los Apostoles, y del Dios de los Apostoles, hace lo mismo que dice: de este modo predicaba Agustino: empezó cumpliendo toda la Ley, antes de enseñarla à los demas: humilde, modesto, casto, sóbrio, desinteresado, afable, y paciente, se armó de todas las virtudes para poder hacer oposicion à todos los vicios: de este modo le acompaña la victoria à todas partes; todo se rinde à la sabiduria que habla por su boca: si trata de las virtudes de la Fé, las persuade; si declama contra la intemperancia, mueve à la frugalidad; si fulmina rayos contra la sensualidad, hace amar la castidad; si habla contra el luxo, y los placeres, hace abrazar la aus-

austeridad, y penitencia; y si exclama contra la dureza de corazon que tienen los ricos para con los pobres, les inspira amor, y compasion de los infelices.

No espereis, Señores, que yo os haga una relacion individual de los copiosos frutos con que Dios honró el Ministerio de nuestro Santo; basta deciros, que su zelo era tan universal, que se estendia à todo: ¿para qué soy Obispo, decia un dia, hablando con su Pueblo, para qué soy Obispo, amados hijos míos, sino para vivir con vosotros en Jesu-Christo? y revestido del mismo amor que Moysés, y San Pablo, proseguia; no quiero salvarme sin vosotros: igual amor, y zelo manifestaba quando se trataba del alivio de los pobres: oid, ricos del siglo, vosotros, que dais à entender que teneis un corazon de bronce, manifestandoos insensibles à sus miserias: Agustino, pareciendole que daba poco, daba todo quanto tenia, porque estaba persuadido à que un Cristiano, y particularmente un Obispo, debe distinguirse de los demas fieles, no por la riqueza de los muebles que sirven de adorno à su casa, sino por el exercicio de su caridad. En su mesa jamas se presentaron aquellos exquisitos manjares que ha inventado la sensualidad, para satisfacer la gula; solo usaba de las viandas necesarias para mantener la vida, y quando mas, permitia algun corto regalo, con motivo de haver de exercer una honesta hospitalidad: nunca usó de sobervios vestidos, con pretexto de mantener el resplandor de su dignidad, ni permitió le pusiesen otros que fuesen mas ricos, que los que usaban los Clerigos de su Diocesis.

Si me preguntais, Señores, ¿qué hacia nuestro San-

Santo Obispo de las rentas de su Iglesia? os respondo, que hacia lo que el Evangelio os manda hacer à todos vosotros, con los bienes que os sobran: distribuía todas sus rentas entre los necesitados: contento con repartirlas entre ellos, apenas reservaba una corta porcion para su subsistencia: el juntar riquezas, decia en una ocasion, negando à los pobres su sustento, es ladronicio, y uno de los mas execrables pecados: ¿quántas veces, despues de haver agotado sus propios caudales, vendió hasta los Vasos Sagrados de su Iglesia por remediar las necesidades de los pobres?

¿Pero adónde me lleva el discurso? ¿qué escena tan funesta se presenta, Señores, à nuestra vista! ¿Es posible que el compasivo corazon de Augustino ha de estar reservado para ser testigo de tantas calamidades! ¿ò Dios mio! yo adoro vuestros incomprendibles juicios, pero me parece que no pudo vuestra mano poderosa descargar golpe mas sensible sobre vuestro Siervo; pues ve el campo, que con tantos sudores havia cultivado para gloria vuestra, amenazado de una proxima ruina por la incursion del hombre enemigo.

Ya me parece, Señores, que havreis conocido, que estoy hablando de aquellos funestos dias, en que entregada la Africa al furor de los Barbaros, se convirtió en horrible teatro de las mas estrañas revoluciones: de aquellos desgraciados dias, en que Dios, para castigar las infidelidades de su pueblo, permitió que los Wandalos, despues de haver llevado à todas partes el fuego, el hierro, y la muerte, fuesen por ultimo à poner sitio à la Ciudad de Hipona: ¿qué golpe este, Catolicos, para un pastor que
ama

ama tan tiernamente à sus ovejas, como Augustino! en esta ocasion, parece que se multiplicaba en otros tantos hombres, como objetos de compasion ofrecia la caridad à su vista: unas veces, como otro Moyses, levanta sus manos al Cielo, mientras Israel pelea contra el Amalecita; otras, exorta à su Pueblo, à que haga dignos frutos de penitencia, animandole, mas contra sus pecados, que contra sus enemigos; otras finalmente, postrado à los pies de los Santos Altares, pide à Dios, envíe contra él solo los rayos de su indignacion, è inutilice los esfuerzos del enemigo, ò que à lo menos, le saque de este mundo, por librarle del dolor de ver à su Pueblo hecho presa del furor de los Barbaros.

Oyó el Cielo, Catolicos, los ruegos de nuestro Santo, y à fines del tercero mes de sitio, Augustino, aquel Pastor tan compasivo de las miserias de sus ovejas, como zeloso en instruir las, aquel sabio humilde, aquel Santo, que con la integridad de su penitencia correspondió à la gracia con que su Dios le purificó de sus pecados: *Dominus purgavit*, &c. aquel Santo, que con su fervoroso zelo correspondió à la eleccion que de él hizo el Señor, para que ocupase uno de los mas distinguidos puestos en la casa de Israel: *dedit illi sedem*, &c. aquel Doctor, que puso Dios en su Iglesia, como un muro de bronce, para que la defendiese contra las incursiones de la Heregia; Augustino, modelo de Penitentes, y Obispos, expira cargado de años, de virtudes, y meritos.

Ociosos admiradores de las virtudes de los Santos, ¿no haveis de pensar alguna vez en imitarlos? ¿su eminente santidad, lejos de excitar en vosotros
una

una santa emulacion, ha de servir siempre de escusa à vuestra cobardia? confieso, que no todos tenemos la fuerza que Augustino, para impugnar las Heresías que se suscitan en la Iglesia, y que no todos somos llamados para ser en ella Maestros, y Doctores, pero todos debemos, como Augustino, honrar à la Iglesia con nuestra humilde obediencia à sus decisiones, y con la regularidad, y santidad de nuestras costumbres: todos podemos, à imitacion de Augustino, amar à Dios con todo nuestro corazon, humillarnos, y ser caritativos con nuestros proximos.

No nos dejemos engañar, Señores, por el padre de la mentira: contengamonos dentro de las virtudes propias de nuestro estado: nuestra santificacion está vinculada à la exacta práctica de estas virtudes: dejemos aquellas disputas en que se acalora el entendimiento, y se entivia la caridad: nosotros somos Christianos, para creer, y para obrar, y no para disputar: pongamos mas cuidado en obedecer à las impresiones de la gracia, que en examinar la naturaleza de la gracia: à nosotros nos basta confesar con la Iglesia, y con San Agustin, nuestra flaqueza, y la eficacia de la gracia; nuestra resistencia, y el poder de la gracia; nuestra indignidad, y lo gracioso de la gracia, procurando hacer cierta nuestra vocacion, por medio de las buenas obras, à las que está prometida la feliz inmortalidad: *Ad quam, &c.*

FIN.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD

UN

JUAN L

NOMIA DE NUEVO LEÓN

®

UANA

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEV
CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

